

WILLIAM GIBSON

LUZ VIRTUAL



MINOTAURO

MINOTAURO

LUZ VIRTUAL

William Gibson

Trilogía del Puente 1

Título original: *Virtual Light*
Traducción de José Arconada
Primera edición: noviembre de 1994
© William Gibson, 1993
© Ediciones Minotauro, 1994
Rambla de Catalunya, 62. 08007 Barcelona
Tel.: 900 30 01 27
ISBN: 84-450-7214-5
Depósito legal: B. 27.093-1994
Impreso por Romanyá/Valls
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)
Impreso en España
Printed in Spain

A Gary Gaetano Bandiera,
gran tipo, nuestro amigo

1. La luminosa carne de los gigantes

El mensajero apoya la frente en capas de vidrio, argón y plástico blindado. Observa el paso de una aeronave artillada que cruza la ciudad a media distancia como una avispa en vuelo de caza, la muerte cargada bajo el tórax en una cápsula lisa y negra.

Horas antes han caído unos misiles en un barrio del norte; setenta y tres muertos; la masacre no ha sido aún reivindicada. Aquí, los zigurats espejados de Lázaro Cárdenas ondean con la luminosa carne de los gigantes, desvían el aluvión de sueños de la noche hacia las avenidas que esperan: la rutina de siempre, un mundo sin fin.

Al otro lado de la ventana el aire pone en cada fuente de luz un tenue halo hepático, un aura amarilla que se disuelve imperceptiblemente en una translucidez marrón. Copos secos y delgados de la nieve fecal que sale de las alcantarillas se han alojado en la lente de la noche.

Cerrando los ojos, se concentra en el nido de fondo del control climático. Se imagina ahora en Tokio, una habitación en un ala nueva del antiguo Imperial. Se ve en las calles de Chiyoda-ku, bajo los trenes suspirantes. Lámparas de papel rojo bordean una calle estrecha.

Abre los ojos.

Ciudad de México sigue ahí.

Ocio botellas vacías, miniaturas de plástico, han sido cuidadosamente colocadas a lo largo del borde de una mesa baja: vodka japonés, Come Back Salmón, de nombre más irritante que el gusto que dejaba en la boca.

En la pantalla que está encima de la consola lo esperan los ptichka, todos ellos colocados sobre un friso color crema. En cuanto toma el mando a distancia los pómulos altos y marcados de todos ellos se les tuercen detrás de los ojos. Los jóvenes, que entran invariablemente desde el fondo, llevan guantes negros de piel. Rostros eslavos que le recuerdan los fragmentos indeseados de una infancia: la pestilencia de un canal negro, hierro contra hierro bajo un tren que se balancea, los techos altos y vetustos de un apartamento con vistas a un parque helado.

Veintiocho imágenes periféricas enmarcan a los rusos en sus emparejamientos más formales; ahora vislumbra fugazmente unas figuras transportadas desde la ennegrecida bodega de un ferry asiático.

Abre otra botellita.

Ahora los ptichka, cuyas cabezas se mueven en vaivén como máquinas bien lubricadas, se tragan a sus arrogantes y ensimismados novios. Los ángulos de la cámara recuerdan el ardor del cine industrial soviético.

La mirada se le desvía hacia el informe del tiempo de la NHK. Un frente de baja presión atraviesa Kansas. Junto a él, una transmisión islámica, de un inquietante sosiego, repite incesantemente el nombre de Dios en una caligrafía de base fractal.

Se bebe el vodka.

Mira la televisión.

Pasada la medianoche, en el cruce de Liverpool y Florencia, mira hacia la Zona Rosa desde el asiento trasero de un Lada blanco, mientras un respirador suizo nanopórico le roza ásperamente el mentón recién afeitado.

Todos los rostros que pasan están enmascarados, bocas y narices escondidas bajo filtros. Algunos, honrando el Día de Difuntos, se parecen a las mandíbulas jaspeadas de plata de las sonrientes calaveras de azúcar. Sea cual sea la forma que adopten, los fabricantes siempre hacen el mismo reclamo, dudoso y oblicuamente tranquilizador, sobre los viroides.

Se ha propuesto escapar a la monotonía, descubrir tal vez algo hermoso o de interés pasajero, pero aquí sólo hay rostros enmascarados, miedo, luces.

Un antiquísimo automóvil americano aparece casi arrastrándose por la esquina de la avenida Chapultepec, escupiendo intermitentes volutas de carbón por debajo de un destartado parachoques. Toda su superficie está cubierta por una polvorienta costra de resina color cola y espejos astillados; sólo el parabrisas, negro y lustroso, opaco como una burbuja de tinta, continúa expuesto, y le trae a la mente la cápsula letal del avión artillado. Siente que el miedo empieza a cobrar forma, un miedo sin fisuras, insensible, dotado de una convicción absoluta, alrededor de aquel fantasma de carnaval, el Cadillac, esa vieja reliquia vestida con una espectral túnica de mosaicos sucios y plateados. ¿Cómo es que se le permite arrojar tanta porquería sobre un aire ya imposible? ¿Quién viaja dentro, detrás del negro parabrisas?

Temblando, observa el paso del automóvil.

—Ese coche... —Se sorprende inclinado hacia adelante, dirigiéndose compulsivamente a la nuca morena del chófer cuyas orejas de enormes lóbulos le recuerdan un poco las reproducciones de vasijas que aparecen en el canal de telecompras del hotel.

—El coche —dice el chófer, que no lleva mascarilla, y que al darse vuelta parece que acaba de advertir la presencia del mensajero. El mensajero ve cómo el Cadillac espejado lanza un destello único y breve, alcanzado por el rubí del láser de un club nocturno, y desaparece.

Ordena al chófer que regrese al hotel.

Despierta de un sueño de voces metálicas bajo las abovedadas estancias de algún aeropuerto europeo, ve unas figuras lejanas celebrando unos silentes rituales de partida.

Oscuridad. El zumbido del control climático.

La textura de sábanas de algodón. El teléfono debajo de la almohada. Ruidos de tránsito ahogados por las ventanas inyectadas con gas. Han desaparecido la tensión y el pánico. Recuerda el bar. Música. Caras.

Advierte de pronto un equilibrio interior poco frecuente. Es la única paz que conoce.

Sí, ahí están las gafas, colocadas al lado del teléfono. Las saca del estuche y abre las patillas con un placer culpable que por alguna razón lo acompaña desde Praga.

Hace ya casi una década que la ama, aunque no lo piensa en esos términos. Lo cierto es que no ha comprado ningún otro programa y la montura de plástico negro ha empezado a perder brillo. La etiqueta del casete ya es ilegible, gastada por el roce de los dedos durante la noche. Tantas habitaciones como ésta.

Hace tiempo que la prefiere en silencio. Ha dejado de enchufar el envejecido cable de audio. Ha aprendido a poner su propio sonido: le susurra cosas mientras pasa en avance rápido los aburridos créditos y el paisaje montañoso, iluminado por la luna, de un lugar que no es Hollywood ni es Río, sino una aproximación digitalizada de ambos lugares.

Ella lo espera, como siempre, en la casa blanca de la carretera que bordea el cañón. Las velas. El vino. El vestido de lentejuelas de azabache contra la perfección mate de la blanquísima piel, lentejuelas negras, lisas y frías como el vientre de una serpiente que se le desliza sobre el muslo tenso.

Muy lejos, bajo sábanas de algodón, se le mueven las manos.

Más tarde, mientras se hunde en un sueño de distinta textura, el teléfono que está debajo de su almohada suena suavemente, una sola vez.

—¿Sí?

—Confirmada su reserva a San Francisco —dice alguien, mujer o máquina. Pulsa una tecla para grabar el número del vuelo, dice buenas noches y cierra los ojos a la tenue luz que se filtra por los oscuros bordes de las cortinas.

Lo envuelven los brazos blancos de la mujer, de un rubio eterno.

Se duerme.

2. Patrullando con Gunhead

IntenSecure hacía revisar sus vehículos cada tres turnos. Solían llevarlos a un gran túnel de lavado especializado al lado de Colby; veinte capas de sienna merífica frotadas a mano, y la chapa no se deterioraba.

Aquella noche de noviembre la República del Deseo puso fin a su carrera en la sección de respuesta armada. Berry Rydell había llegado un poco temprano al lugar.

Le gustaba cómo olía por dentro. Para quitar el polvo de la carretera usaban un producto rosado que vertían en el depósito del lavador, y el olor le recordaba un trabajo veraniego que había tenido en Knoxville en el último año de estudios. Habían estado construyendo viviendas en el interior de un viejo Safeway, en Jefferson Davis. Los arquitectos querían las paredes de hormigón en cierto modo desnudas, casi totalmente grises pero con algunos asomos de la pintura rosada que quedaba en las grietas y las hendiduras. Eran de Memphis y vestían trajes negros y camisas blancas de algodón. Resultaba evidente que las camisas eran más caras que los trajes, o que al menos costaban lo mismo, y las llevaban abotonadas hasta el cuello, aunque nunca usaban corbata. Rydell suponía que así se vestían los arquitectos; ahora que vivía en Los Ángeles sabía que eso era cierto. Una vez había oído a uno de ellos decirle a un capataz que lo que estaban haciendo era exponer la integridad del material en su paso por el tiempo. Le pareció que eso debía de ser una sandez, pero le gustó como sonaba; era como lo que les pasaba a los viejos en la televisión.

Pero en realidad de lo que se trataba era de quitar la mayor parte de aquella asquerosa pintura vieja de miles y miles de metros cuadrados de un bloque de hormigón igualmente asqueroso, y eso se hacía con un aerosol de aplicador oscilante instalado en el extremo de un largo tubo de acero. Si a uno le parecía que el capataz no estaba mirando, podía apuntar con el tubo a otro de los chicos y rociarlo con una cola de gallo de diez metros de largo: un chorro iridiscente y urticario que, de paso, le quitaba toda la pantalla solar que se hubiera puesto. Pero había que hacerlo desde la distancia adecuada, pues de muy cerca aquella cosa era capaz de quitarle el cromo a un parachoques. A Rydell y a Buddy Grigger los despidieron por eso. Salieron del Jeff Davis para meterse en la cervecería de enfrente, y Rydell acabó pasando la noche con una chica de Cayo Hueso: era la primera vez que dormía con una mujer.

Ahora estaba en Los Ángeles, conduciendo un Hotspur Hussar de seis ruedas con veinte capas de cera frotada a mano. El Hussar era un Land Rover blindado que podía alcanzar los doscientos veinte kilómetros en una recta del camino, si había tiempo suficiente para acelerar. Decía Hernández, su supervisor, que no podía esperarse de un inglés que construyese algo más grande que un sombrero, en todo caso algo que funcionara cuando fuese necesario; decía que IntenSecure tendría que haber comprado algo de Israel o de Brasil y que, al fin y al cabo, ¿de qué podía servir un tanque diseñado por Ralph Lauren?

Rydell no entendía de eso, pero el asunto de la cera significaba llevar las cosas demasiado lejos. Tal vez, pensó, querían que la gente lo asociara con esos grandes camiones marrones de la United Parcel, y al mismo tiempo quizá esperaban que se pareciera a esas cosas que se ven en las iglesias episcopales. Sin muchos dorados en el logo: algo discreto.

Los que trabajaban en el túnel de lavado eran en su mayoría inmigrantes mongoles, recién llegados, que no habían podido encontrar mejor empleo. Cantaban unas cosas rarísimas mientras trabajaban, y a Rydell le gustaba escucharlos. No entendía cómo lo hacían; sonaban como ranas arbóreas, pero emitían dos sonidos a la vez.

Ahora se dedicaban a pulir las filas de protuberancias cromadas que había a los lados. Estaban pensadas para sostener rejas electrificadas antidisturbios, y el cromado sólo cumplía funciones estéticas. Los carros antidisturbios de Knoxville también estaban electrificados, pero contaban con un sistema de goteo que los mantenía mojados, lo cual era mucho más peligroso.

—Firma aquí —le dijo el jefe de la cuadrilla, un chico negro muy tranquilo llamado Anderson. De día estudiaba medicina y siempre daba la impresión de haber pasado las dos últimas noches en vela.

Rydell agarró el aparato y el lápiz óptico y estampó su firma en la placa. Anderson le dio las llaves.

—A ver si descansas —dijo Rydell. Anderson sonrió con desgano. Rydell desactivó la alarma de la puerta y caminó hasta el Gunhead.

Alguien había escrito aquello de «GUNHEAD» con un rotulador verde en el tablero que había dentro, encima del parabrisas. De ahí le había quedado el nombre, pero sobre todo porque a Sublett le gustaba. Sublett, un refugiado de Texas, había salido de una extraña videosecta instalada en un camping para caravanas. Decía que su madre había estado haciendo todo lo necesario para entregar el trasero de él a la iglesia, aunque Sublett no entendía lo que ella quería decir.

Sublett no se moría de ganas de hablar del tema, pero Rydell había llegado a entender que aquella gente creía que el vídeo era el medio de comunicación preferido por Dios, y que la pantalla en sí era una especie de zarza ardiente perpetua. «Él está en los detalles», había dicho Sublett en una ocasión. «Tienes que estar muy atento si Lo quieres ver.» Fuera cual fuese la forma en que se lo adoraba, era evidente que Sublett había absorbido más televisión que cualquier otra persona que Rydell hubiese conocido, sobre todo películas antiguas en canales que no daban otra cosa. Sublett decía que Gunhead era el nombre de un tanque robot en una película japonesa de monstruos. Hernández pensaba que era el mismo Sublett quien había escrito ese nombre allí. Sublett lo negaba. Hernández le decía que lo quitase. Sublett no le hacía caso. Allí seguía, y Rydell sabía que Sublett era demasiado respetuoso de la ley para cometer actos de vandalismo, y además la tinta del rotulador podría haberlo matado.

Sublett sufría unas alergias terribles. Había entrado en shock a causa de diversos tipos de detergentes y disolventes, y por eso no había forma de hacerlo ir al túnel de lavado, nunca. Por si fuera poco, las alergias lo habían hecho hipersensible a la luz, así que tenía que llevar lentes de contacto espejados. Con el uniforme negro de IntenSecure y el pelo seco y rubio, las lentillas le daban un aspecto de robot nazi. Eso podía llegar a complicarle la vida en más de una tienda de Sunset, a las tres de la mañana, por ejemplo, aunque lo único que anduviese buscando fuese agua mineral o una Coca Cola. Sin embargo, a Rydell le agradaba tenerlo como compañero de turno, porque era el poli privado más pacifista que se podía encontrar. Y a lo mejor ni siquiera estaba loco. Dos características que para Rydell eran cualidades determinantes. Como a Hernández le gustaba señalar, SurCal disponía de reglamentos más estrictos para decidir quién podía ser peluquero y quién no.

Al igual que Rydell, muchos de los de respuesta armada de IntenSecure habían sido oficiales de policía de algún tipo, algunos incluso provenían del Departamento de Policía de Los Ángeles, y si las reglas de la empresa que prohibían portar armas personales significaban algo, era costumbre que sus colegas aparecieran con la más variada ferretería. Las puertas por donde entraba el personal estaban equipadas con detectores de metales, y Hernández tenía un cajón lleno de navajas automáticas, pistolas aturdidoras, manoplas, cuchillos y cualquier otra cosa encontrada por los detectores. Como en la mañana de los viernes en algunos colegios de Miami Sur. Hernández lo devolvía todo una vez terminado el turno, pero cuando salían de servicio tenían que arreglárselas con los Glocks y los tacos.

Los Glocks eran armas convencionales de la policía, de por lo menos veinte años de antigüedad, que IntenSecure compraba por lotes a las policías que podían permitirse pasar a munición sin cartucho. Si se respetaba el reglamento, había que mantener el Glock guardado en su funda de plástico y dejar las fundas sujetas con velero al tablero central de la furgoneta. Cuando se respondía a una llamada, se despegaba la pistola enfundada del tablero y se pegaba al parche correspondiente en el uniforme. Ésa era la única ocasión en que se podía estar fuera de la furgoneta con un arma encima, cuando se entraba realmente en respuesta.

Los tacos ni siquiera eran armas, al menos legalmente, pero una descarga de diez segundos a poca distancia le desfiguraba la cara a cualquiera. Eran dispositivos antidisturbios de fabricación israelí, que utilizaban aire comprimido y disparaban cubos de caucho reciclado de una pulgada. Parecían el resultado de una unión forzada entre un rifle de asalto y una grapadora industrial, salvo por la carcasa de plástico amarillo chillón. Cuando se apretaba el gatillo, los tacos salían en una fila compacta. Si eras lo bastante hábil, podías hacer tiros de esquina: bastaba con hacerlos rebotar en la superficie adecuada. Disparados de cerca, podían cortar en dos una plancha de aglomerado, a condición de mantener apretado el gatillo, y a menos de treinta metros producían heridas importantes. La teoría decía que uno no solía toparse con muchos

asaltantes armados, y un taco tenía muchas menos probabilidades de hacerle daño al cliente o a su propiedad. Si te encontrabas con un asaltante armado, tenías el Glock. Aunque podía ocurrir que el asaltante llevase balas sin cartucho cargadas en una recámara flotante, pero eso no estaba en la teoría. Tampoco estaba en la teoría que los asaltantes armados de verdad solían ir ciegos de dancero, y que eso los hacía inhumanamente rápidos y clínicamente psicóticos.

En Knoxville se había consumido mucho dancero, y eso le había valido la suspensión a Rydell. Rydell se había infiltrado en un apartamento donde un maquinista llamado Kenneth Turvey mantenía secuestrados a su novia y dos niños pequeños y exigía hablar con la presidenta. Turvey era blanco, muy delgado, hacía un mes que no se bañaba y llevaba la Última Cena tatuada en el pecho. Era un tatuaje muy reciente: ni siquiera había cicatrizado del todo. A través de una película de sangre que aún se estaba secando, Rydell alcanzó a ver que Jesucristo no tenía cara. Tampoco la tenían los apóstoles.

—Maldita sea —dijo Turvey al ver a Rydell—. Sólo quiero hablar con la presidenta. —Estaba sentado de piernas cruzadas, desnudo, en la cama de su novia. Tenía un tubo apoyado en el regazo, completamente forrado en cinta adhesiva.

—Estamos tratando de ponerte en contacto con ella —dijo Rydell—. Lamentamos que tarde tanto, pero es que hay que pasar por una serie de canales.

—Maldita sea —dijo Turvey, agotado—, ¿no hay nadie que entienda que estoy cumpliendo una misión divina? —No parecía particularmente enojado, sólo cansado y harto. Rydell alcanzaba a ver a la novia por la puerta abierta del único dormitorio del piso. Estaba echada boca arriba, en el suelo, y parecía tener una pierna rota. No podía verle la cara. Estaba completamente inmóvil. ¿Dónde andaban los niños?

—¿Qué es eso que tienes ahí? —preguntó Rydell, apuntando al objeto que Turvey tenía apoyado en las piernas.

—Es un arma —dijo Turvey—, y es por eso que tengo que hablar con la presidenta.

—Nunca había visto un arma como ésa —reconoció Rydell—. ¿Qué dispara?

—Latas de pomelo —dijo Turvey—. Llenas de cemento.

—¿En serio?

—Mira —dijo Turvey, y se llevó el tubo al hombro. Tenía una especie de recámara de manufactura muy compleja, un gatillo que parecía parte de un alicate de presión, y un par de tubos flexibles. Estos últimos llegaban, según vio Rydell, hasta una bombona grande de gas, de las que se llevan con carretilla, apoyada en el suelo junto a la cama.

Allí, de rodillas en la polvorienta moqueta de poliéster de la chica, vio cómo se levantaba el morro de aquella cosa, un arma suficientemente grande como para dejarte fuera de combate. Vio cómo Turvey apuntaba hacia el armario, por la puerta abierta.

—Turvey —se oyó decir—, ¿dónde están los chicos?

Turvey apretó el mango del alicate y abrió en la puerta del armario un agujero del tamaño de una lata de zumo de fruta. Allí estaban los chicos. Seguramente gritaron, aunque Rydell no recordaba haberlos oído. Después, su abogado argumentaría que en ese momento Rydell no sólo estaba sordo, sino también en estado de catalepsia inducida sónicamente. El invento de Turvey producía pocos decibelios menos que una granada de los SWAT. Pero Rydell no conseguía recordar. Tampoco recordaba haber disparado a Kenneth Turvey en la cabeza. Sus recuerdos empezaban en el momento en que había despertado en el hospital. Había allí una mujer de Polis en problemas, que había sido el programa favorito del padre de Rydell, pero aquella mujer le dijo que no podría hablar con él mientras no se hubiese comunicado con su agente. Rydell le dijo que no tenía agente. Ella le dijo que ya estaba enterada, pero que un agente lo llamaría.

Rydell pasó un rato pensando en todas las veces que él y su padre habían mirado Polis en problemas.

—¿De qué tipo de problemas se ocupa usted aquí?, Special —terminó por preguntar. La mujer le sonrió.

—No tiene importancia, Berry; a lo mejor ni siquiera son problemas. La estudió con más atención. Era bastante atractiva.

—¿Cómo te llamas?

—Karen Mendelsohn.

No parecía ser de Knoxville, ni siquiera de Memphis.

—¿Eres de Polis en problemas?

—Sí.

—¿A qué te dedicas?

—Soy abogada —dijo. Rydell no recordaba haberse encontrado nunca con un abogado de carne y hueso, pero en adelante conocería a muchos más.

Los indicadores del tablero de instrumentos de Gunhead eran placas de cristal líquido sin rasgos distintivos; se ponían en funcionamiento cuando Rydell introducía la llave en el contacto, tecleaba el código de seguridad y efectuaba una verificación básica de los sistemas. Las cámaras ocultas bajo el parachoques trasero eran lo que más le gustaba: facilitaban muchísimo la maniobra de estacionamiento; podías ver exactamente hacia dónde retrocedías. La conexión con la Estrella de la Muerte no funcionaba mientras estuviese en el túnel de lavado: demasiado acero en el edificio; en esas ocasiones la tarea de Sublett consistía en mantenerse al tanto de todo mediante un auricular.

En la sala de personal de IntenSecure había un rótulo advirtiendo que era política de la empresa no llamarlo así, la Estrella de la Muerte, pero todos lo hacían. La misma Policía de Los Ángeles lo llamaba así. Oficialmente era el Satélite Policial Geosinclínico del Sur de California.

Rydell salió del edificio marcha atrás, sin apartar la mirada de las pantallas del tablero de instrumentos. Los motores cerámicos gemelos de Gunhead eran bastante nuevos y no hacían mucho ruido. Rydell oía el siseo de los neumáticos en el suelo de hormigón mojado.

Sublett lo esperaba afuera, reflejando con los ojos plateados las luces traseras de los coches. El sol se ponía a sus espaldas, y en los colores del cielo había más presagios que en el acostumbrado cóctel de aditivos. Sublett se apartó cuando Rydell pasó a su lado marcha atrás, alarmado por la posibilidad de que las ruedas lo salpicaran con alguna gota de espuma. También Rydell estaba alarmado: no quería tener que llevar al tejano al Cedars por uno de aquellos ataques de alergia.

Rydell esperó a que Sublett se pusiera un par de guantes de látex.

—Hola —dijo Sublett acomodándose en el asiento. Cerró la puerta y empezó a quitarse los guantes, metiéndolos cautelosamente en una bolsa con cremallera.

—No te ha tocado ni una gota —dijo Rydell, viendo el cuidado con que Sublett trataba los guantes.

—Tú ríete —replicó Sublett con voz cansina. Sacó una cajita de chicle hipoalergénico e hizo una burbuja—. ¿Cómo anda el viejo Gunhead?

Rydell examinó los indicadores con satisfacción.

—Todavía tira.

—Espero que esta noche no tengamos que atender llamadas de ningún fortín —dijo Sublett mascando.

Los llamados fortines figuraban en la lista que Sublett se había hecho de llamadas indeseables. Decía que el aire que había en ellos era tóxico. A Rydell eso le parecía una tontería, pero estaba cansado de discutirlo. Los fortines eran más grandes que las casas convencionales, más caros, y Rydell daba por sentado que sus propietarios pagaban una buena cantidad por mantener el aire en buenas condiciones. Sublett sostenía que, en primer lugar, cualquiera que se hiciese construir un fortín era un paranoico, y al vivir tan encerrado no dejaba circular el aire, que entonces se viciaba.

Rydell no había oído hablar de fortines cuando vivía en Knoxville. Pensaba que eran cosas que se hacían en Los Ángeles. Sublett, que trabajaba en IntenSecure desde hacía casi dos años, principalmente patrullando Venice en el turno de día, había sido el primero en hablarle de ellos. La primera vez que a Rydell le tocó atender una llamada de un fortín no pudo dar crédito a lo que veía; uno tras otro se sucedían los niveles subterráneos excavados bajo lo que parecía, aunque no del lodo, una planta de lavado en seco bombardeada. Y en el interior todo era vigas de madera descubierta, estucado blanco, alfombras turcas, cuadros enormes, suelos de pizarra, muebles que nunca antes había visto. Pero había sido una llamada falsa; un caso de violencia doméstica, pensó Rydell. El marido habría golpeado a la mujer, la mujer habría pulsado el botón, y luego se les ocurrió inventar que habría sido sólo un fallo del sistema. Pero no podía haber sido un fallo de verdad, pues alguien tenía que haber pulsado el botón, y nadie atendió la llamada en clave que recibieron 3,8 segundos después. Será que la mujer se hizo un lío con los teléfonos y apretó el botón, pensó Rydell. Aquella noche había estado patrullando con «Big George» Kechakmadze, y tampoco al georgiano (de Tbilisi, no de Atlanta) le había

gustado el asunto. «¿Sabes qué son estos señores? Son abonados, muchacho. No hay sangre, así que fuera de ahí, ¿entendido?», le había dicho «Big George». Pero Rydell no dejaba de recordar los ojos tensos de la mujer, la manera de apretarse la garganta con el cuello de la bata blanca. El marido llevaba una bata igual, pero lucía unas piernas fuertes y velludas y unas gafas caras. Algo no andaba bien, pero nunca sabría qué era, así como tampoco entendería del todo cómo se vivían esas vidas que se parecían a las de la tele pero eran otra cosa.

Vista desde ese ángulo, Los Ángeles estaba llena de misterios insondables.

Había terminado por gustarle el patrullaje. No tener que ir a ningún sitio en particular, sino patrullar a bordo de Gunhead, simplemente. En ese momento entraba en La Ciénaga, y el cursor verde del tablero de mandos hacía lo mismo.

—Zona prohibida —dijo Sublett—. Hervé Villechaize, Susan Tyrell, Marie-Pascal Elfman, Viva.

—¿Viva? —Preguntó Rydell—, ¿Viva qué?

—Viva. La actriz.

—¿De cuándo es?

—Mil novecientos ochenta.

—Yo no había nacido.

—En la tele el tiempo siempre es el mismo, Rydell.

—Vaya, hombre, yo que creía que estabas tratando de mejorar tu educación y eso. — Rydell desactivó el efecto espejo de la ventanilla de su puerta para ver mejor a una pelirroja que lo adelantaba a bordo de un Daihatsu Sneaker descapotable—. De todos modos a ésa no la había visto nunca. —Era esa hora de la noche en que las mujeres automovilistas de Los Ángeles parecían más bonitas que cualquier otra cosa. Las autoridades sanitarias trataban de ilegalizar los descapotables aduciendo que aumentaban el índice de cáncer de piel.

—Endgame. Con Al Gliver, Moira Chen, George Eastman, Gordon Mitchell. 1985.

—Bueno, yo tenía dos años —dijo Rydell—. Pero tampoco he visto ésa.

Sublett se calló. Rydell le tuvo lástima; lo cierto era que el tejano no conocía otra forma de entablar una conversación; además, sus padres, allí en el campamento de caravanas, habrían visto todas esas películas y muchas más.

—Ah —dijo Rydell, tratando de retomar el hilo—, anoche estuve viendo una vieja película...

Sublett se animó.

—¿Cuál?

—No lo sé —dijo Rydell—. Es un tipo de Los Ángeles que acaba de conocer a una chica. Descuelga un teléfono público, porque está sonando. Es de noche, muy tarde. El que llama es alguien que trabaja en un silo de misiles y sabe que acaban de lanzar misiles a los rusos. Está tratando de llamar a su padre, o a su hermano, algo así. Dice que el fin del mundo se acerca. El que responde al teléfono oye, del otro lado de la línea, que llegan unos soldados y le disparan al tipo. Al que había llamado, quiero decir.

Sublett cerró los ojos para concentrarse en la exploración de su archivo de trivialidades.

—¿Y luego? ¿Cómo termina?

—No lo sé —dijo Rydell—. Me fui a dormir.

Sublett abrió los ojos.

—¿Quiénes actuaban?

—Ni idea.

Los plateados ojos sin pupila de Sublett se abrieron, incrédulos.

—Por Dios, Berry, no deberías mirar la tele si no le prestas atención.

Después de matar a Kenneth Turvey no pasó mucho tiempo en el hospital, apenas dos días. Su abogado, el mismísimo Aaron Pursley, insistió en que deberían haberlo hospitalizado más tiempo para evaluar mejor el alcance del shock postraumático. Pero Rydell detestaba los hospitales y, después de todo, no se sentía mal, salvo porque no recordaba exactamente lo que había sucedido. Además contaba con Karen Mendelsohn para ayudarlo, y con su nuevo agente, Wellington Ma, que se ocupaba de tratar con la gente de Polis en problemas, aunque nadie era tan atractivo como Karen, que tenía el pelo castaño y largo. Wellington Ma era chino, vivía en Los Ángeles y, según le dijo

Karen, su padre había estado metido en la banda del Gran Círculo, pero le desaconsejó sacar el tema a colación.

La tarjeta de visita de Wellington Ma era una placa rectangular de cuarzo rosado sintético que llevaba su nombre grabado con láser: «The Ma-Mariano Agency», una dirección en Beverly Boulevard y todo tipo de números y direcciones de correo electrónico. Rydell la recibió mientras estaba todavía hospitalizado; le llegó por GlobEx, metida en un pequeño sobre de ante gris.

—Parece que te podrías cortar con esto —dijo.

—Claro que podrías; a muchos les ha pasado —dijo Karen Mendelsohn—; y si la metes en la billetera y te sientas se hace añicos.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—Se supone que la vas a cuidar mucho. No recibirás más.

Rydell nunca llegó a conocer a Wellington Ma en persona, en todo caso no hasta mucho tiempo después, pero Karen solía llevar consigo un pequeño maletín con un par de visores conectados a un cable, y así Rydell podía hablar con él y verlo en su despacho de Los Ángeles. Era la telepresencia más nítida que Rydell había usado jamás, y daba verdaderamente la impresión de que el interlocutor estaba allí. Por la ventana veía una desproporcionada pirámide del color de un frasco de Noxzema. Le preguntó a Wellington Ma qué era aquello, y Ma le explicó que era el antiguo Centro de Diseño, ahora reconvertido en un centro comercial de saldos, y que Rydell podría visitarlo cuando fuese a Los Ángeles, lo cual ocurriría pronto.

Jenni-Rae Cline, la novia de Turvey, había iniciado una compleja serie de demandas judiciales entrecruzadas contra Rydell, el Departamento de Policía, la ciudad de Knoxville y la empresa propietaria del edificio de apartamentos donde vivía, que tenía su sede en Singapur. Las demandas totalizaban veinte millones.

Al ser ahora un policía en problemas, Rydell descubrió con agrado que Polis en problemas estaba allí para ayudarlo. Para empezar habían contratado a Aaron Pursley, a quien, naturalmente, Rydell conocía por el programa de televisión. Tenía en efecto ese pelo gris, esos ojos azules, esa nariz con la que se podría cortar leña, y llevaba téjanos, botas Tony Lama y camisas vaqueras de algodón blanco como las que usaban los ejecutivos, con una pajarita Navajo de bolas de plata. Era famoso y defendía a policías como Rydell de gente como la novia de Turvey y su abogado.

El abogado de Jenni-Rae Cline sostenía que la presencia de Rydell en el apartamento de su cliente no tenía justificación alguna, que por haber estado allí había puesto en peligro la vida de la chica y las de sus hijos, y que de paso había matado a Kenneth Turvey. Del señor Turvey decía que había sido un diestro artesano, un trabajador cabal, una entrañable figura paterna para los pequeños Rambo y Kelly, un cristiano renacido, un adicto a la 4-Tiobuscalina en proceso de desintoxicación, y el único sostén económico de la familia.

—¿En desintoxicación? —preguntó Rydell a Karen Mendelsohn, en su habitación de las Suites Ejecutivas del aeropuerto. Karen acababa de mostrarle el fax que había recibido del abogado de Jenni-Rae.

—Por lo visto, ese mismo día había asistido a una reunión —dijo Karen.

—¿Qué hacía allí? —preguntó Rydell, recordando la Última Cena con sangre todavía húmeda.

—Según nuestros testigos, inhaló descaradamente una cucharada de su sustancia favorita, tomó el estrado por asalto y divagó durante treinta minutos sobre los calzones de la presidenta Millbank y el estado actual de su aparato genital. A continuación sacó el suyo, se masturbó sin llegar a eyacular y abandonó el sótano de la Primera Iglesia Bautista.

—Santo Dios —dijo Rydell—. ¿Y eso ocurrió en una de esas reuniones para adictos, como las de Alcohólicos Anónimos?

—Así es —dijo Karen Mendelsohn—; y por lo visto la actuación de Turvey ha desencadenado una lamentable serie de recaídas. Naturalmente, vamos a enviarles un equipo de consejeros para que trabajen con los que asistieron a la reunión.

—Eso está muy bien —dijo Rydell.

—Causará buen efecto en el tribunal —dijo Karen—, en el improbable caso de que tengamos que llegar hasta allí.

—No se estaba desintoxicando —replicó Rydell—. Ni siquiera se había recuperado del último puñado que se había metido por la nariz.

—Aparentemente eso es cierto —dijo ella—. Pero resulta que además era miembro de Adultos Supervivientes del Satanismo, y éstos han empezado a interesarse en el caso. Así las cosas, tanto el señor Pursley como el señor Ma piensan que lo mejor es que nos marchemos pronto, Berry. Tú y yo.

—Pero ¿qué pasa entonces con los tribunales?

—Estás suspendido de tus funciones en el Departamento, aún no se te acusa de nada, y tu abogado se llama Aaron con dos aes Pursley. Te marchas de aquí, Berry.

—¿A Los Ángeles?

—A Los Ángeles.

Rydell se quedó mirándola. Pensó en lo que había visto de Los Ángeles por la televisión.

—¿Crees que me gustará?

—Al principio —dijo Karen—. Al principio es probable que tú le gustes a ella. Por de pronto, me gustas a mí.

Y así fue como terminó metiéndose en la cama con una abogada, una abogada que olía estupendamente, decía palabrotas, se movía provocativamente y usaba lencería de Milán, una ciudad de Italia.

—The Kill-Fix. Con Cyrinda Burdette, Gudrun Weaver, Dean Mitchell y Shinobu Sakamaki. Mil novecientos setenta y siete.

—No la he visto —dijo Rydell, mientras apuraba el último sorbo del descafeinado frío doble del fondo de hielo lechoso de la taza plástica del termo.

—Mamá vio a Cyrinda Burdette. Fue en un centro comercial de Waco. Hasta le pidió un autógrafo. Lo puso encima de la tele junto a las estampas de oraciones y al holograma del reverendo Wayne Fallón. Tenía una estampa de oraciones para todo. Una para el alquiler, otra para evitar el sida, la tuberculosis...

—¿De verdad? ¿Cómo las usaba?

—Las tenía siempre encima del televisor —explicó Sublett, y terminó la pulgada de agua cuatro veces destilada que quedaba en la delgadísima botella traslúcida. En esa zona de Sunset sólo había un lugar donde las vendían, pero a Rydell no le molestaba; quedaba al lado de una cafetería que servía café para llevar, y podían dejar el coche en el estacionamiento de la esquina. El encargado del lugar siempre parecía alegrarse de verlos.

—No hay estampa de oraciones que lo proteja a uno del sida —dijo Rydell—. Lo que tienes que hacer es vacunarte, como todo el mundo. Y hacer que tu madre se vacune también. —Por la ventana desespejada Rydell vio un santuario callejero dedicado a J. D. Shapely; se levantaba contra una pared de hormigón, último vestigio de un edificio que había habido allí en otro tiempo. En West Hollywood se veían santuarios de éstos a montones. Alguien había escrito con aerosol SHAPELY ERA UN MARICÓN IMBÉCIL con pintura rosada brillante, en letras de casi un metro de alto, y al lado un enorme corazón rosa. Más abajo, pegadas a la pared, se acumulaban postales con la imagen de Shapely y fotos de gente que seguramente había muerto. Sólo Dios sabía cuántos millones habían muerto. En la acera al pie de la pared se veían flores marchitas, restos de velas y otras cosas más. Había algo en las postales que incomodaba mucho a Rydell; el hombre parecía un cruce entre Elvis y algún santo católico: muy delgado y con ojos demasiado grandes.

Rydell se volvió hacia Sublett.

—Hombre, cómo es posible que todavía no te hayas hecho vacunar; sólo un ignorante puede ir así por la vida.

Sublett se crispó.

—Pero es que eso es peor que una vacuna viva; ¡eso que dices es nada menos que otra enfermedad!

—Claro que lo es —dijo Rydell—, pero no te hace ningún daño. Y aún corren por aquí montones de virus antiguos. Si fuera por mí, la vacuna sería obligatoria.

Sublett se estremeció.

—El reverendo Fallón siempre decía que...

—A la mierda el reverendo Fallón —dijo Rydell poniendo el contacto—. El hijo de puta lo único que hace es forrarse en dinero vendiendo estampitas de oraciones a gente como tu mamá. A ti te consta que todo eso son estupideces, ¿no es así?, porque, si no, ¿a qué

habrías venido aquí? —Puso a Gunhead en marcha y se incorporó al tráfico de Sunset. Una de las ventajas de conducir un Hotspur Hussar es que la gente siempre te cede el paso.

La cabeza de Sublett parecía hundida entre los elevados hombros. Ahora Sublett era como un preocupado gallinazo de ojos de acero.

—No es tan sencillo —dijo—. Es todo cuanto me han enseñado a ser. No es posible que todo eso sea una tontería, ¿verdad?

Rydell lo miró de soslayo, y sintió lástima.

—Bueno, no —dijo—, supongo que no necesariamente todo, pero es que...

—¿A ti qué te enseñaron a ser, Berry?

Rydell tuvo que pensárselo.

—Republicano —dijo al fin.

Karen Mendelsohn aparecía como lo mejor entre una serie de cosas a las que Rydell sabía que podría acostumbrarse sin ninguna dificultad. Como volar en primera clase o disponer de una tarjeta Sur-Cal MexAmeriBank cargada a la cuenta de Polis en problemas.

La primera vez que estuvo con ella, en las Suites Ejecutivas de Knoxville, como no traía nada consigo trató de enseñarle sus certificados de vacunación (exigidos por el Departamento, pues de lo contrario no lo habrían asegurado). Ella se rió y le dijo que la nanotecnología alemana se encargaría de todo. Entonces le enseñó aquella cosa que se veía a través de la tapa transparente de un aparato que parecía una diminuta olla a presión alimentada por pilas. Rydell había oído hablar de ellas, pero nunca había visto una; también había oído decir que costaban tanto como un coche pequeño. En alguna parte había leído que había que mantenerlas siempre a temperatura corporal.

Daba la impresión de que se movía un poco. Era una cosa clara y gelatinosa. Le preguntó si en verdad estaban vivas. Ella le dijo que no exactamente, pero casi, y que el resto eran bolas Bucky y automatismos subcelulares. Rydell ni siquiera se habría dado cuenta, pero Karen no estaba dispuesta a ponérsela delante de él.

Fue al baño para hacerlo. Cuando salió con aquella ropa interior, Rydell aprendió por fin dónde estaba Milán. Y si bien era cierto que él no sabía que aquello existía, sabía en cambio que era verdad, pero no tardó en olvidarse del asunto, o casi.

A la mañana siguiente alquilaron un helicóptero para viajar a Memphis y desde allí volaron en Air Magellan a Los Ángeles. Viajar en primera clase implicaba sobre todo encontrar mejores aparatos en el respaldo del asiento delantero, y Rydell decidió en el acto que su favorito era un equipo de telepresencia que podía sintonizar con las cámaras deslizantes instaladas en la parte exterior del avión. Karen odiaba utilizar el pequeño VirtuFax que llevaba siempre en el bolso, así que se puso en contacto con su despacho en Los Ángeles y ordenó que le presentaran la correspondencia de esa mañana en la pantalla del respaldo. Rápidamente se puso a trabajar, hablando por teléfono y enviando faxes y dejando a Rydell con sus oooohs y sus aaaahs ante las imágenes que le daban las cámaras.

Los asientos eran más grandes que cuando volaba para visitar a su padre en Florida; la comida era mejor y los tragos, gratis. Tomó tres o cuatro, se quedó dormido, y no despertó hasta que sobrevolaban Arizona.

El aire era extraño en Los Ángeles, y la luz, diferente. California estaba mucho más poblada de lo que esperaba, y era más ruidosa. Allí los esperaba un hombre de Polis en problemas: sostenía en alto un pedazo de cartón blanco con la palabra MENDELSONN escrita con rotulador rojo, aunque la S estaba al revés. Rydell sonrió, se presentó y le dio un apretón de manos. Al hombre pareció gustarle eso; dijo llamarse Sergei. Cuando Karen le preguntó dónde mierda estaba el coche, el hombre se puso muy rojo y dijo que no tardaría ni un minuto en buscarlo. Karen dijo que no, que lo acompañarían al estacionamiento en cuanto hubieran aparecido las maletas, que de ninguna manera iba ella a esperarlo en aquel zoológico. Sergei asintió. Una y otra vez intentaba doblar el rótulo y metérselo en el bolsillo de la chaqueta, pero era demasiado grande. Rydell se preguntó intrigado por qué de pronto se habría puesto Karen tan ácida. Cansada por el viaje, tal vez. Hizo un guiño de complicidad a Sergei, pero por lo visto lo único que consiguió fue ponerlo más nervioso.

Cuando aparecieron las maletas, las dos de piel negra, de Karen, y la Samsonite azul que Rydell había comprado con su nueva tarjeta de crédito, él y Sergei cargaron con ellas y salieron a lo que parecía ser un distribuidor de tráfico. Fuera, el aire era el mismo, pero más caliente. Una voz grabada repetía sin parar que los espacios blancos eran sólo para carga y descarga. Por allí circulaba todo tipo de vehículos; había bebés llorando, gente apoyada en montones de maletas, pero Sergei sabía a dónde iban: hacia aquel garaje al otro lado de la calle.

El coche de Sergei era largo, negro, alemán, y daba la impresión de que alguien acababa de limpiarlo con saliva caliente e hisopos de algodón. Cuando Rydell se ofreció a conducir, Sergei volvió a ponerse nervioso y lo empujó al asiento trasero junto a Karen, que se rió al ver esa escena, e hizo que Rydell se sintiera mejor.

Mientras salían del garaje, Rydell vio a dos policías junto a unas enormes letras de acero inoxidable que decían METRO. Llevaban cascos con aire acondicionado y visores transparentes de plástico. Estaban azuzando a un viejo con las porras, aunque parecía que no las tenían encendidas. Al viejo se le habían caído los pantalones a la altura de las rodillas y llevaba grandes parches de cinta adhesiva pegados a los pómulos, lo cual era casi invariablemente señal de cáncer. Estaba tan quemado que costaba decir si era blanco o qué. De las escaleras que daban justo a donde estaban el viejo y los policías, bajo el cartel de METRO, salía una multitud que se apartaba a un lado para evitarlos.

—Bienvenido a Los Ángeles —dijo Karen—. Alégrate de no haber tenido que usar el Metro.

Aquella noche cenaron en lo que Karen dijo que era Hollywood, con Aaron Pursley en persona, en un restaurante Tex-Mex de la calle North Flores. Era la mejor comida Tex-Mex que Rydell había probado. Cerca de un mes más tarde, trató de llevar a Sublett para celebrar su cumpleaños y con suerte subirle los ánimos con una cena como en casa, pero el portero no los dejó entrar.

—Está completo —les dijo.

Rydell vio muchas mesas vacías a través de la ventana. Era temprano y apenas si había algún cliente.

—Qué me dice de aquéllas? —dijo Rydell, señalando las mesas vacías.

—Reservadas —dijo el hombre.

Sublett dijo que de todas formas la comida picante no le convenía demasiado.

Lo que más le había llegado a gustar de las rondas de patrullaje a bordo de Gunhead era subir a las colinas y los cañones, especialmente en las noches de luna.

A veces se veían cosas que uno no podía estar del todo seguro de haber visto. Una noche de luna llena, en una carretera rural, cuando salía de una curva, los faros de Gunhead iluminaron a una mujer desnuda que se quedó paralizada, temblando, como un ciervo. Permaneció allí un instante, lo bastante para que Rydell creyera haber visto que la mujer llevaba unos cuernos de plata o un sombrero con una media luna con las puntas hacia arriba, y que parecía japonesa, que fue lo que le resultó más extraño. Y ella lo vio a él —él vio que ella lo había visto— y sonrió. Y luego desapareció.

Sublett también la vio, pero en él desencadenó un verborreico éxtasis de temor religioso, y todas las películas de terror que había visto se transformaron en los desvaríos del reverendo Fallón sobre brujas, adoradores del diablo y el poder vivo de Satanás. Había consumido la dosis semanal de chicle y no paró de hablar hasta que Rydell le dijo que cerrara el pico.

Precisamente porque había desaparecido, Rydell quería pensar en ella. En el aspecto que tenía, en lo que estaría haciendo allí y en el modo en que había desaparecido. Sublett seguía malhumorado en el asiento contiguo, y Rydell trató de recordar cómo había logrado tan perfecta y repentinamente no estar allí. Y lo raro es que recordaba el hecho de dos maneras, lo cual no tenía nada que ver con el modo en que no lograba recordar haber matado a Kenneth Turvey, aunque los ayudantes de producción y los abogados de la red lo habían discutido tantas veces que ahora tenía la impresión de haberlo visto, al menos en la versión de Polis en problemas (que nunca llegó a emitirse). La recordaba así: había bajado por el terraplén que bordeaba la carretera, aunque no sabría decir si corriendo o flotando. Y de esta otra manera: había saltado —aunque lo de saltar se quedaba corto— cuesta arriba por el otro lado de la carretera, pasando de algún

modo por encima de la polvorienta vegetación que la luna plateaba, y desapareciendo por completo como si tal cosa.

¿Y acaso las japonesas llevaban el pelo así de largo y rizado? ¿Y no había creído ver que se había afeitado la sombreada oscuridad de la entrepierna imitando la forma de un signo de exclamación?

Se encontró comprándole a Sublett cuatro cajas de chicles especiales en una farmacia rusa de Wilshire que estaba de guardia todas las noches. El precio lo dejó estupefacto.

También había visto otras cosas, en los desfiladeros, sobre todo cuando le tocaba patrullar zonas muy alejadas. Por lo general eran fuegos, fuegos pequeños, en sitios donde no se explicaba que hubiera fuegos. Y luces en el cielo, a veces, pero Sublett había oído tantas estupideces sobre contactos en el campamento que si Rydell veía alguna luz, mientras estaba al volante, sabía que no debía mencionarlo.

Pero a veces, cuando andaba por allí arriba, se le ocurría pensar en la mujer. No sabía nada de ella, y por alguna extraña razón ni siquiera le importaba si era o no humana. Pero nunca le daba la impresión de que fuera mala, sino diferente.

Y ahora conducía, hablando de todo y de nada con Sublett, en la noche que resultaría ser su última noche de patrulla para IntenSecure. No había luna, sino un extraño cielo claro en el que brillaba alguna que otra estrella. Faltaban cinco minutos para la primera ronda de casas, y a continuación volverían a Beverly Hills.

Hablaban de una cadena de gimnasios japoneses llamada Body Hammer. Body Hammer no ofrecía gran cosa dentro del marco de los gimnasios convencionales; de hecho, hacían lo que podían para ofrecer lo contrario, y su clientela estaba compuesta por jóvenes a quienes les gustaba la idea de hacerse inyectar tejido fetal brasileño y reforzarse el esqueleto con lo que la publicidad llamaba «materiales de rendimiento».

Sublett decía que aquello era obra del diablo.

Rydell decía que era una concesión de una firma de Tokio.

Gunhead dijo:

—Homicidio múltiple, toma de rehenes en curso, hijos menores del abonado afectados posibles. Benedict Canyon. Tienen ustedes autorización de IntenSecure para emplear armas mortales, repito, armas mortales.

Y el tablero de instrumentos se encendió como una vieja videogalería.

Tal como sucedieron las cosas, Rydell ni siquiera tuvo tiempo de acostumbrarse a Karen Mendelsohn, a los asientos de primera clase ni a ninguna de esas cosas.

Karen vivía en el enésimo piso del Century City II, alias la Gota, que parecía una teta verde semitransparente y estilizada y era la tercera entre las estructuras más altas de la Cuenca de Los Ángeles. Con la luz adecuada casi se podía ver a través de ella, y distinguir los tres gigantescos puntales que sostenían el edificio en pie, cada uno tan grande que habría podido contener un rascacielos normal y aún sobraría espacio. Formaban un tripode y por su interior pasaban ascensores que bajaban y subían en diagonal; tampoco a eso tuvo Rydell tiempo de acostumbrarse.

Remataba la teta un pezón de cobre cuidadosamente corroído, parecido a uno de esos sombreros chinos, que podría cubrir un par de campos de fútbol. Allí, justo debajo, estaba el apartamento de Karen, junto a otros cien igualmente costosos, un club de tenis, bares y restaurantes, y un centro comercial en el que había que pagar un abono para poder ir de compras. El apartamento de ella quedaba en el borde, y tenía grandes ventanas curvadas instaladas en la pared verde.

Allí todo era de distintos tonos de blanco, salvo su ropa, siempre negra, sus maletas, también negras, y las grandes batas que le gustaba ponerse y que tenían el color de un copo de cebada.

Karen decía que eso era Retro Agresivo Años Setenta y que el estilo empezaba a cansarla. Rydell estaba de acuerdo, pero no le pareció cortés decírselo.

La red le había proporcionado una habitación en un hotel de West Hollywood que se parecía más a un edificio de viviendas convencional, pero Rydell no pasaba mucho tiempo allí. Hasta que empezó lo de Pooky Bear en Ohio, estaba casi siempre en el piso de Karen.

El descubrimiento de las primeras treinta y cinco víctimas de Pooky Bear influyó en gran medida en la carrera de Rydell como policía con problemas. No ayudó el hecho de que las primeras personas que llegaron a la escena del crimen, la sargento China Valdez

y la cabo Norma Pierce, fueran, con mucho, las mujeres más atractivas de toda la dotación de Cincinnati («telegénicas a morir», había dicho uno de los ayudantes de producción, aunque a Rydell le sonó extraño, dadas las circunstancias). A partir de ese momento la cuenta empezó a elevarse, tanto que superaría con creces cualquier récord conocido o establecido de asesinatos en serie. Se reveló entonces que todas las víctimas eran niños. Luego la sargento Valdez tuvo una crisis postraumática violenta, al punto de entrar en una taberna del centro y destrozarle las rótulas a un conocido pedófilo, personaje insólitamente repulsivo que respondía al alias de Caramelos de Goma y que no tenía en absoluto nada que ver con los crímenes de Pooky Bear.

Aaron Pursley ya estaba volando a Cincinnati en un jet Lear que no tenía un gramo de metal. Karen se había puesto los visores y hablaba sin parar con al menos seis personas a la vez, y Rydell estaba sentado en el borde de la gran cama blanca, empezando a sospechar que algo había cambiado.

Cuando por fin Karen se quitó los visores, no se levantó y se quedó mirando fijamente un cuadro blanco colgado de una pared blanca.

—¿Ya tienen sospechosos? —preguntó Rydell.

Karen lo miró como si no lo hubiera visto antes.

—¿Sospechosos? Ya tienen confesiones... —A Rydell le llamó la atención lo vieja que parecía ella en ese instante, y se preguntó qué edad tendría en realidad. Karen se levantó y salió del dormitorio.

Volvió a los cinco minutos vestida con un nuevo conjunto negro. —Haz tus maletas. Ahora no te puedo tener aquí. —Y volvió a marcharse, sin un beso, sin decir adiós, y eso fue todo.

Rydell se levantó, puso la televisión y vio a los asesinos de Pooky Bear por primera vez. A los tres juntos. Le pareció que tenían un aspecto muy común, que es el aspecto que tiene esa gente cuando aparece en la televisión.

Así estaba, sentado y vestido con una de las batas color cereal, cuando una pareja de vigilantes privados entró sin llamar a la puerta. Llevaban uniformes negros y calzaban el mismo tipo de botas de punta alta tipo SWAT que él había usado cuando patrullaba en Knoxville, las que tenían plantillas Kevlar por si a alguien se le ocurría disparar a la planta de los pies.

Uno de ellos comía una manzana. El otro llevaba una porra en la mano.

—Hola, colega —dijo el primero masticando un trozo de manzana—; nos han encargado que te echemos de aquí.

—Yo tenía unas botas como ésas —dijo Rydell—. Hechas en Portland, Oregón. Doscientos noventa y nueve dólares en Costco.

El que llevaba la porra le sonrió. —Bueno, ¿qué, haces tus maletas?

Y Rydell hizo sus maletas, recogiendo lo que no fuera negro, blanco o color cebada y metiéndolo de cualquier manera en la Samsonite azul.

El vigilante de la porra lo miraba y el otro deambulaba por el piso mientras terminaba la manzana.

—¿Para quién trabajan? —preguntó Rydell.

—IntenSecure —dijo el de la porra.

—¿Buena organización? —Rydell estaba cerrando la cremallera de la maleta.

El hombre se encogió de hombros.

—Está en Singapur —dijo el otro guardia mientras envolvía el corazón de la manzana en un kleenex arrugado que sacó de un bolsillo del pantalón—. Tenemos todos los grandes edificios, las urbanizaciones cercadas, esas cosas. —Y con gran cuidado metió los restos de la manzana en el bolsillo del uniforme negro esmeradamente planchado, detrás de la chapa de latón.

—¿Tienes dinero para el Metro? —preguntó el hombre de la porra.

—Sí, claro —le dijo Rydell, pensando en la tarjeta de crédito.

—Pues entonces andas mejor que la mayoría de los imbéciles que nos toca escoltar hasta la puerta —dijo el hombre.

Al día siguiente la red le anulaba la tarjeta del Mex-AmeriBank.

Quizá Hernández estuviera equivocado con respecto a las furgonetas SWAT inglesas, pensó Rydell mientras ponía el Hotspur Hussar en sobremarcha con las seis ruedas y

sentía cómo Gunhead se adhería a la calzada como una sanguijuela de tres toneladas y doble motor. Nunca antes lo había hecho.

Sublett soltó un grito cuando los arneses de colisión se ajustaron automáticamente y lo sacaron de golpe de su habitual postura desgarbada.

Rydell se subió a la acera cubierta de polvo de escarcha para adelantar a más de cien a un Bentley de colección, por el lado equivocado, además. Fugacísima visión del rostro de una pasajera horrorizada, justo cuando Sublett lograba levantar la lámina de plástico rojo que activaba las luces de emergencia y la sirena.

Y ahora una recta. Ni un coche a la vista. Rydell se situó en el centro de la calzada. Sublett iba haciendo un extraño ruido agudo, inquietantemente sincronizado con el creciente gemido cerámico de los Kyoceras gemelos, y a Rydell se le ocurrió que el tejana había sucumbido por completo a la presión, y que estaba cantando en alguna lengua del campamento, tan sólo conocida por los obnubilados seguidores del reverendo Fallón.

Pero no, cuando miró de costado vio que Sublett movía los labios mientras revisaba frenéticamente los datos del cliente a medida que pasaban por la pantalla del tablero, los ojos tan desorbitados que parecía estar a punto de hacer saltar las lentillas plateadas. Rydell vio, además, que mientras leía, Sublett se dedicaba a cargar su gastado Glock de segunda mano, y que movía los dedos con la mayor soltura, como si estuviera preparando un sándwich o doblando un periódico.

Y eso sí era estremecedor.

—¡La Estrella de la Muerte! —gritó Rydell. Sublett tenía la obligación de llevar el auricular siempre puesto, de estar atento a la Palabra de los Verdaderos Policías, que llegaba vía satélite y anulaba instantáneamente cualquier otra comunicación.

Sublett giró la cabeza, metiendo el cargador en el Glock, con el rostro tan pálido que parecía reflejar los colores del tablero de mandos con la misma nitidez que los círculos acerados de sus ojos.

—Los criados están todos muertos —dijo Sublett—, y los sujetos tienen a los tres niños en el cuarto de juegos—. Parecía estar comentando algún detalle medianamente insólito que mostraban en la televisión, por ejemplo una mediocre versión alterada de alguna película antigua y querida, filmada con otro elenco y destinada a algún oscuro segmento étnico del mercado—. Dicen que los van a matar, Berry.

—Ya todo esto, ¿qué dice la policía? —gritó Rydell, golpeando el acolchado volante en forma de ocho en un rabioso ataque de frustración.

Sublett se llevó un dedo al oído izquierdo. Parecía que en cualquier momento se pondría a gritar.

—Desconectados —dijo.

La esquina derecha del parachoques delantero de Gunhead arrancó de cuajo un buzón rural Sears de 1943, completamente galvanizado y sin duda adquirido por un altísimo precio en la avenida Melrose.

—¿Cómo demonios van a estar desconectados? —Le dijo Rydell—. ¡Es la policía!

Sublett se sacó el auricular del oído y se lo ofreció a Rydell.

—No hay más que estática...

Rydell miró la pantalla del tablero. El cursor de Gunhead era una verde lanza de destino que serpenteaba por una carretera comarcal de un verde más claro hasta un casto círculo blanco del tamaño de una alianza. En la ventana de la derecha iba leyendo los signos vitales de los hijos del abonado. Los tres chicos tenían acelerado el pulso. En la pantalla de abajo aparecía en infrarrojo la imagen incongruentemente apacible del portón principal de la casa del cliente. Parecía sólido. Los datos decían que estaba cerrado y armado.

Fue probablemente en ese instante cuando Rydell decidió actuar.

Alrededor de una semana más tarde, cuando todo quedó aclarado, Hernández se mostró comprensivo. No es que estuviera contento, desde luego, pues todo había ocurrido durante su turno, pero sí dijo que, dadas las circunstancias, no se podía culpar a Rydell.

IntenSecure había hecho venir todo un avión lleno de gente de la sede central de Singapur, supo Rydell, para mantener a la prensa fuera del asunto y llegar a un acuerdo con los clientes, los Schonbrunn. No sabía en qué podría haber consistido el acuerdo, y prefería no saberlo; no había ningún programa llamado Polis privados en problemas, y sólo el portón de los Schonbrunn debía de costar unos dos años de su sueldo.

IntenSecure podía darles otro portón, naturalmente, porque entre otras cosas el original se lo habían instalado ellos mismos. Era un señor portón, todo hay que decirlo, un producto de fabricación japonesa con láminas de fibra reforzada termoempotradas en hormigón, que fácilmente había podido quedarse con casi todas las manos de pintura siena merífica de la parte delantera de Gunhead.

Y luego estaban todos los daños a la casa en sí, sobre todo los ventanales del salón (que había atravesado) y los muebles (que había aplastado).

Pero, encima, también los Schonbrunn tenían sus quejas, le explicó Hernández. Algo así como dolor emocional, dijo, mientras le servía a Rydell una taza de mal café del enorme termo metálico que guardaba detrás del escritorio. Pegado al termo había un imán de nevera que decía: YO NO ESTOY BIEN, TÚ NO ESTÁS BIEN... PERO, BUENO, TODO ESTÁ BIEN.

Habían transcurrido dos semanas desde la noche en cuestión, eran las diez de la mañana y Rydell lucía una barba de cinco días, un panamá Stetson de trama fina, un holgado y desgastado bañador de color naranja, una camiseta de la Policía de Knoxville que empezaba a desintegrarse en las costuras de los hombros, las botas negras SWAT del uniforme de IntenSecure, y en el brazo izquierdo un inmovilizador transparente inflado.

—Dolor emocional —dijo.

Hernández, que era casi tan ancho como su escritorio, le alcanzó la taza de café.

—Sólo te puedo decir que tienes mucha suerte.

—Me he quedado sin trabajo, con el brazo inmovilizado, ¿y dice que tengo suerte?

—Vamos a ver, hombre —dijo Hernández—; te podrías haber matado. La Policía de Los Ángeles podría haberte freído a tiros. Los Schonbrunn se han portado como unos señores, teniendo en cuenta lo mal que lo ha pasado la señora Schonbrunn. ¿Que te has fastidiado el brazo? Pues chico, oye, lo siento. —Hernández encogió los hombros en un movimiento enorme—. Al fin y al cabo no te han despedido. Sólo que ahora no podemos dejarte conducir. ¿Quieres hacer guardias en urbanizaciones? Ningún problema.

—No, gracias.

—¿Vigilancia en grandes almacenes? ¿Te gustaría trabajar en el Encino Fashion?

—No.

Hernández entrecerró los ojos.

—¿Ya has visto a la tía que trabaja allí?

—No.

Hernández soltó un suspiro.

—¿Qué ha sido del palo aquel que te cayó en Nashville?

—Knoxville. El Departamento me aplicó suspensión permanente. Por actuar sin autorización y sin el apoyo adecuado.

—¿Y de la zorra ésa, la que te está demandando?

—A ella y a su hijo los pillaron robando en una tienda en Johnson City, es lo último que he sabido. —Ahora fue Rydell quien se encogió de hombros, pero a él le dolió el gesto.

—¿Ves? —dijo Hernández—. Te digo que tienes suerte.

En el instante en que arremetió con Gunhead contra el portón cerrado y armado de la casa de los Schonbrunn en Benedict Canyon, Rydell experimentó la fugaz presencia de algo muy elevado, muy puro y clínica y absolutamente vacuo; el hacer, el no pensar; esa extraña exultación adrenalínica junto con la pérdida de los aspectos más inquietantes de la propia conciencia.

Y eso —pensó más tarde, mientras recordaba cómo luchaba con el volante al tiempo que arrasaba un jardín japonés, cruzaba un patio y perforaba una membrana de vidrio blindado que cedió como si fuera algo de un sueño— se parecía mucho a lo que había sentido cuando sacó el arma, apretó el gatillo y vació el cráneo de Kenneth Turvey, cuyos sesos salpicaron un tabique aparentemente infinito de madera blanca que nadie se había molestado jamás en pintar.

Rydell Fue hasta Cedars para visitar a Sublett.

IntenSecure lo había confinado a un cubículo privado para mantenerlo a salvo de las arremetidas de reporteros curiosos. El tejano estaba sentado en la cama, mascando

chicle y con la mirada puesta en la pantalla de cristal líquido de un reproductor de discos que llevaba apoyado en el pecho.

—Los señores de la guerra del siglo veintiuno —dijo cuando entró Rydell—. Con James Wainwright, Annie McEnroe y Michael Beck.

Rydell sonrió.

—¿De qué año es?

—Mil novecientos ochenta y dos. —Sublett quitó el volumen y levantó la mirada—. Pero ya la he visto un par de veces.

—He ido al despacho a ver a Hernández. Dice que no tienes que preocuparte por tu empleo.

Sublett miró a Rydell con aquellos inexpresivos ojos plateados.

—¿Y qué pasa con el tuyo, Berry?

A Rydell empezó a picarle el brazo por debajo del inmovilizador inflado. Se inclinó para sacar una pajita plástica de la papelera blanca que había al lado de la cama. Metió la pajita bajo el inmovilizador y se rascó.

—Yo estoy fuera. No me dejan volver a conducir.

Sublett miraba la pajita.

—No deberías tocar material usado, y menos en un hospital.

—Tú no tienes nada contagioso, Sublett. Eres uno de los cabrones más limpios del mundo.

—¿Y qué vas a hacer, Berry? De algo tendrás que vivir.

Rydell dejó caer la pajita de vuelta en la papelera.

—Pues, no lo sé. Pero no quiero trabajar como guardia de urbanización ni en centros comerciales.

—¿Qué sabes de los piratas esos, Berry? ¿Crees que terminarán por dar con los que nos engatusaron?

—No. Son demasiados. República del Deseo lleva ya mucho tiempo operando por aquí. Los Federales tienen una lista de cerca de trescientos afiliados, pero no hay forma de pescarlos a todos y averiguar quién fue el que lo hizo. A menos que alguno dé el soplo, cosa que no suelen hacer.

—Pero ¿por qué querrían hacernos eso a nosotros?

—Y yo qué sé, Sublett.

—Por pura maldad.

—Desde luego, y dice Hernández que la Policía de Los Ángeles le ha dicho que suponen que alguien quería pillar a la señora Schonbrunn en bragas, como quien dice. —Ni Sublett ni Rydell habían llegado a ver a la señora Schonbrunn, pues luego resultó que era ella la que estaba en el cuarto de juegos, y no los niños, que habían ido al estado de Washington con su papá para sobrevolar los tres volcanes más recientes.

Ninguna de las informaciones que Gunhead había recibido aquella noche, desde que salieran del túnel de lavado, había sido verídica. Alguien había manipulado el ordenador de a bordo del Hotspur Hussar para pinchar el haz de comunicaciones con una serie de datos complejamente elaborados y absolutamente espúreos; así habían desconectado a Rydell y a Sublett de InterSecure, de la Estrella de la Muerte (que, por supuesto, en ningún momento se había desconectado). Rydell sospechaba que alguno de aquellos simpáticos mongoles del túnel de lavado sabría algo del asunto.

Y quizá en aquel instante de extraña lucidez, cuando la arrugada trompa de Gunhead seguía tratando de trepar por los destrozados restos de un par de grandes sofás de cuero, y con el recuerdo de la muerte de Kenneth Turvey por fin materializado allí delante, Rydell habría llegado a la conclusión de que esa sensación intensa y demente, ese prurito de «Al Ataque», era algo en lo que no siempre debía confiar del todo.

—Pero hombre —había dicho Sublett, como si hablara consigo mismo—, van a matar a esos bebés. —Soltándose el cinturón, saltó afuera, Glock en mano, antes de que Rydell tuviera tiempo de reaccionar. Rydell le había hecho apagar la sirena y las luces una calle antes, pero sin duda cualquiera que estuviera en aquella casa sabría ya que había llegado InterSecure.

—Respondiendo —se oyó decir Rydell mientras se pegaba el Glock al uniforme y aferraba la pistola de tacos, que aparte de la velocidad de descarga era probablemente lo más indicado para un tiroteo en una habitación llena de niños. Abrió la puerta de una patada y saltó dentro; sus botas atravesaron la tapa de vidrio de una pulgada de espesor de una mesa baja. (Sutura de doce puntos, pero el corte no era profundo.) No veía a

Sublett por ninguna parte. Avanzó a trompicones, acunando el bulto amarillo de la pistola, vagamente consciente de que algo le fallaba en el brazo.

—¡Quieto, hijo de puta! —Dijo la voz más atronadora del mundo—, ¡Policía! ¡Tira esa mierda o te volamos la cabeza! —Rydell se encontró en el foco de un resplandor brusco y extraordinariamente doloroso, una luz tan brillante que le entraba en los ojos estupefactos como metal caliente. —¿Me oyes, cabrón?! —Haciendo muecas de dolor, cruzándose los dedos delante de los ojos, Rydell dio media vuelta y vio la bulbosa barquilla blindada del helicóptero. El aire que desplazaba terminaba de aplanar todo lo que Gunhead no había destruido en el jardín japonés.

Rydell dejó caer la pistola de tacos.

—¡La otra pistola también, imbécil!

Con el índice y el pulgar, Rydell tiró del mango del Glock, que se desprendió junto con su funda de plástico produciendo el tenue pero singular rasgido del velero. De algún modo alcanzó a oírlo entre el tamborileo asordinado del motor del helicóptero.

Dejó caer el Glock y alzó los brazos. O lo intentó. Tenía el izquierdo roto.

Encontraron a Sublett a unos cinco metros de Gunhead. Tenía la cara y las manos hinchadas como rosados balones de juguete y parecía estar asfixiándose. El casero bosnio de los Schonbrunn había utilizado un producto que contenía xileno e hidrocarburos clorados para limpiar unas rayas de lápiz en una mesa de roble.

—¿Qué mierda le pasa a éste? —preguntó uno de los policías.

—Es alérgico —dijo Rydell apretando los dientes; le habían esposado las muñecas por detrás de la espalda y le dolía muchísimo—. Tenéis que llevarlo a Urgencias.

Sublett abrió los ojos, o intentó hacerlo.

—Berry...

Rydell recordó el nombre de la película que había visto en la televisión. —Zona milagrosa —dijo.

Sublett se esforzó por mirarlo. —No la he visto —dijo, y se desmayó.

Aquella noche la señora Schonbrunn había estado agasajando a su paisajista polaco. La policía la descubrió en el cuarto de juegos. Lívida de furia, se encontraba interesantemente embutida en un conjunto de látex inglés de dos mil dólares, en cuero de North Beach, y lucía unas esposas Smith & Wesson de colección que alguien había hecho cariñosamente acolchar y revestir con cromo negro. Evidentemente, el paisajista había echado a correr colina arriba en cuanto oyó a Rydell que estacionaba el Gunhead en el salón.

3. Una fiesta poco divertida

Chevette nunca robaba cosas, no por lo menos a otras personas, y desde luego nunca cuando entregaba mensajes. Excepto aquel mal lunes en que se llevó las gafas de sol de un auténtico cretino, y eso sólo porque el tipo le cayó mal.

Sucedió así: estaba asomada a la ventana de un noveno piso, mirando hacia el puente que había más allá de las carcacas grises de los grandes almacenes cuando él se le acercó por detrás. Estaba a punto de localizar el cuarto de Skinner, suspendido en lo alto de los viejos cables, cuando sintió que la punta de un dedo le tocaba la piel de la espalda. La tocaba por debajo de la cazadora de Skinner, por debajo de la camiseta.

Llevaba esa cazadora a todas partes, como si fuera una especie de armadura. Sabía que para ir en bicicleta en esa época del año, el único material adecuado era el nanoporo, y sin embargo usaba esa cazadora de piel de caballo, con las solapas adornadas por los códigos de barras de las chapas de Aliados. Las bolitas metálicas que remataban el cierre de las cremalleras bailaron en el aire cuando Chevette se volvió para apartar el dedo de un manotazo.

Ojos inyectados de sangre. Un rostro que parecía a punto de derretirse. Sostenía entre los labios un puro corto y verdoso que estaba apagado. Se lo sacó de la boca y mojó la punta humedecida en una copa pequeña que contenía un licor transparente; luego bebió un prolongado sorbo del licor. Los labios le sonreían a ella mientras abarcaban el borde de la copa. Como si supiera que ese lugar no le correspondía, ni tampoco una fiesta como ésa, ni un hotel antiguo pero verdaderamente caro de la parte alta de Geary.

Pero ése había sido el último servicio del día, un paquete para un abogado; muy cerca de allí ardían fogatas de mendigos, y junto a los fuegos, acurrucada alrededor, toda aquella gente tan terminalmente desafortunada, tan completa y químicamente perdida. Rostros encendidos por la mágica iluminación de unos diminutos tubos de vidrio. Ojos cerrados en medio de una satisfacción terrible y fugaz. Esas escenas le ponían los pelos de punta, siempre.

Tras cerrar el candado de la bicicleta y activar la alarma entre los ruidos huecos del estacionamiento subterráneo del Morrisey, utilizó el ascensor de servicio que llevaba al vestíbulo, donde los gorilas de seguridad trataron de hacerse con el paquete, pero eso era imposible. Ella no iba a entregarlo a otra persona que no fuera exactamente el señor Garreau del 808, tal como lo indicaba con toda claridad la papeleta del talonario de entregas. Le pasaron un lector óptico por el código de barras de la chapa de Aliados, radiografiaron el paquete, la hicieron cruzar por un detector de metales y le indicaron el camino hacia un ascensor forrado con espejos rosados y rematado con bronce de bóveda bancada.

Subió, pues, al octavo, y salió a un corredor tan silencioso como el suelo de algún bosque en un sueño. Dio con el señor Garreau: mangas de camisa blancas y corbata color plomo recién vertido. Garreau firmó la papeleta sin mirar a Chevette a los ojos, y paquete en mano, le cerró los tres dígitos de latón de la puerta en las narices. Chevette repasó el estado de su pelo en el cero en cursiva impecablemente pulido. La coleta estaba correctamente empinada allí detrás, pero no tenía la certeza de que le hubieran dejado la parte de adelante como ella quería. Las erizadas mechas seguían demasiado largas. Parecía despeinada. Volvió sobre sus pasos por el corredor oyendo el tintineo de los hierros de la cazadora de Skinner y sintiendo cómo las zapatillas SWAT nuevas se le hundían en la recién aspirada alfombra color terracota, mojada de lluvia.

Pero cuando las puertas del ascensor se abrieron, dejaron caer hacia adelante a una chica japonesa. O casi, porque Chevette la sostuvo por debajo de los brazos y la apoyó contra el borde de la puerta.

—¿Dónde fiesta?

—Es lo que te iba a preguntar —dijo Chevette.

—¡Piso nueve! ¡Gran fiesta!

Los ojos de la muchacha eran todo pupilas, el flequillo lustroso como plástico.

Y así, Chevette, con una verdadera copa de vino llena de verdadero vino francés en una mano, y con el sándwich más pequeño que había visto jamás en la otra, se encontró preguntándose cuánto tiempo le quedaba hasta que el ordenador del hotel advirtiera que ella seguía sin salir del edificio. No porque pudiesen ir a buscarla allí, pues era obvio que

alguien había pagado una buena cantidad de dinero para poder celebrar esa clase de fiesta.

Una fiesta auténticamente privada, porque en un baño a oscuras encontró a un grupo fumando nieve. La aspiraban de un delfín de vidrio soplado, de suaves curvas iluminadas por la sibilante lengua azulada de un encendedor industrial.

Y tampoco se trataba de una única sala, sino de muchas, todas ellas comunicadas. Y además mucha gente, la mayoría de los hombres engalanados con esos trajes de chaquetas de cuatro botones, camisas almidonadas de cuellos sofocantes, sin corbata pero con un broche enjoyado. Las mujeres lucían vestidos que Chevette había visto sólo en revistas. Ricos, tenían que ser, y extranjeros. Aunque ser rico ya era una manera suficiente de ser extranjero.

Había logrado acostar a la japonesa en un largo sofá verde en el que ahora roncaba, ya a salvo, a no ser que alguien se le sentara encima.

Al mirar alrededor, Chevette se dio cuenta de que no era la única nativa mal vestida que se había colado en la fiesta. Estaba el chico del baño que fumaba con el enorme bolígrafo amarillo, por ejemplo, pero aquél era un caso extremo. Había además un par de chicas a todas luces trabajadoras de los bajos fondos, pero tal vez eso no fuera más que la dosis de colorido local aceptado para esa clase de fiestas, si es que alguien sabía qué clase de fiesta era aquélla.

Pero allí estaba también aquel imbécil pegado a ella, sonriéndole con esa sonrisa de cretino borracho, y ella con la mano puesta en una pequeña navaja automática, otro objeto que había tomado prestado de Skinner. Tenía un agujero en la cacha, y si se apretaba con el dedo pulgar salía la cuchilla; bastaba con una mano. No llegaba a medir tres pulgadas, era ancha como una cuchara soper, perversamente dentada, y de cerámica. Skinner la llamaba una navaja fractal; el filo en sí era dos veces más largo que la propia cuchilla.

—Me parece que no te estás divirtiendo —dice el hombre. Es europeo, pero no está segura de dónde. Ni francés ni alemán. También es europea la cazadora de piel que lleva, pero nada que ver con la de Skinner. Es de algún animal de piel delgada y color tabaco con pliegues como de seda gruesa. Chevette piensa en las irvistas de lomo amarillo que Skinner tiene en su casa; algunas tan viejas que las fotografías no son más que tonalidades grises, el mismo color que a veces tiene la ciudad vista desde el puente.

—Pues estaba muy bien hasta que llegaste —dice Chevette, pensando que tal vez es hora de irse, nada bueno puede esperar de ese tipo.

—Dime —dice él ahora, mirando apreciativamente la cazadora y la camiseta y los pantalones de ciclista—, ¿qué servicios ofreces?

—¿Qué demonios quieres decir?

—Está claro —dice él señalando a las trabajadoras de los bajos fondos que están al otro lado de la sala— que tú ofreces algo más interesante —palabra que dice acariciándola con la lengua— que esas dos.

—Te equivocas —dice Chevette—. Trabajo de mensajera.

Y una extraña pausa cruza el rostro del hombre, como si algo hubiese pasado al lado de su borrachera y le hubiera dado un codazo. A renglón seguido echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada, como si le hubiesen contado el mejor chiste del mundo. Chevette alcanza a ver un montón de dientes muy blancos y de aspecto muy caro. Los ricos nunca llevan hierro en los dientes, le ha explicado Skinner.

—¿Dije algo gracioso?

El cretino se seca los ojos. —Es que tenemos algo en común, tú y yo...

—Lo dudo.

—Yo también soy mensajero —dice él, pero a Chevette le parece que un camino cuesta arriba le haría vomitar el hígado.

—Un courier —añade, como para recordárselo a sí mismo.

—Pues proyecta, entonces —dice Chevette y se aleja de él, pero justo en ese momento se apagan las luces y empieza a sonar «Es la novia de Dios», de Corán Cromado. Chevette, que es una incondicional de Corán Cromado y los escucha cuando va en la bici y necesita un poco de ánimo para seguir adelante, se pone a seguir el ritmo, ahora que todos bailan, hasta los fumetas del baño.

Ahora que el cretino no está a la vista, o al menos lo ha olvidado, Chevette advierte que esta gente se ve mucho mejor cuando baila. Se encuentra bailando delante de una

chica con falda de piel y botas cortas negras de espuelas de plata. Chevette sonríe; la chica devuelve la sonrisa.

—¿Eres de la ciudad? —pregunta la chica cuando termina «Es la novia de Dios», y por un instante Chevette cree que le han preguntado si es una mensajera municipal. La chica —la mujer— es mayor de lo que le había parecido; puede que se acerque a los treinta, pero en todo caso es mayor que Chevette. Es guapa pero no parece salida de un modelo para armar; ojos negros, pelo oscuro corto—. ¿De San Francisco?

Chevette asiente.

La canción que sigue es más vieja que ella; es del negro ese que se volvió blanco y luego se le hundió la cara, supone Chevette. Trata de localizar el vaso en que estaba bebiendo, pero todos se parecen. La muñeca japonesa pasa junto a ella bailando, sacudiendo el flequillo; mira a Chevette como si no la conociera.

—Cody suele encontrar todo lo que necesita en San Francisco —dice la mujer con una voz cansina que sin embargo da a entender que todo aquello le resulta de lo más gracioso. Alemana, piensa Chevette, por el acento.

—¿Quién?

La mujer alza las cejas: —Nuestro anfitrión —dice sin abandonar la plácida sonrisa.

—Es que acabo de entrar, pasaba por aquí, como quien dice.

—¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! —exclama la mujer, riendo.

—¿Por qué?

—Porque así podría volver a salir.

—¿No te gusta esto? —Ahora la tiene más cerca, y huele a perfume caro. Chevette se siente de pronto preocupada por el olor que ella misma debe de despedir, después de todo un día en la bici y sin haberse dado una ducha. Pero la mujer la agarra del brazo y se la lleva a un rincón.

—¿No conoces a Cody?

—No. —Chevette ve al borracho, al cretino, por la puerta que da a la sala contigua, donde las luces permanecen encendidas. La está mirando a los ojos—. Y la verdad es que me debería ir marchando, ¿sabes?

—No es necesario. Por favor. No sabes cuánto te envidio el poder elegir.

—¿Eres alemana?

—Paduana.

Chevette sabe que eso es parte de lo que antes era Italia. La parte norte, cree recordar.

—¿Y quién es ese tal Cody?

—A Cody le gustan las fiestas. A Cody le gusta esta fiesta. Esta fiesta empezó hace años. Si no es aquí es en Londres, Praga, Macao... —Un muchacho se desplaza entre la multitud sosteniendo una bandeja con copas. Chevette duda de que sea un empleado del hotel. La almidonada camisa blanca no es ya tan almidonada: la tiene abierta hasta abajo y los faldones cuelgan sueltos.

Y Chevette advierte que lleva algo prendido a una tetilla como una pesa de metal. El cuello de la camisa está desprendido delante, y le abulta detrás de la nuca como una aureola caída. Acerca una bandeja y la mujer levanta una copa de vino blanco. Chevette sacude la cabeza. En la bandeja hay un platillo blanco con píldoras y lo que parecen ser dosis de dancin.

El muchacho le hace un guiño a Chevette y sigue su camino.

—¿Lo encuentras extraño? —La mujer vacía la copa de un trago y la arroja hacia atrás. Chevette oye cómo se rompe.

—¿Eh?

—La fiesta de Cody.

—Sí. Supongo. Quiero decir, acabo de entrar...

—¿Dónde vives?

—En el puente. —Espera la reacción de la mujer.

La sonrisa se hace más ancha.

—¿De veras? Parece tan... misterioso. Me gustaría ir, pero no hay visitas guiadas, y dicen que es peligroso...

—No lo es —dice Chevette, y luego vacila—. Pero no... Te vistas muy elegante, ¿sabes? Pero no es peligroso, ni siquiera tanto como este barrio —pensando en los que rodeaban las hogueras—. No te metas en la Isla del Tesoro. No trates de llegar hasta Oakland. Quédate en la parte suspendida.

—¿Te gusta vivir allí?

—¿Que si me gusta? No viviría en ninguna otra parte.

La mujer le sonríe. —Tienes mucha suerte, entonces. Supongo.

—Bueno —dice Chevette, sintiéndose torpe—, tengo que marcharme.

—Me llamo María...

—Chevette —dice ella tendiendo la mano. Casi igual que su segundo nombre. Chevette-Marie.

Se dan la mano.

—Adiós, Chevette.

—Que te diviertas mucho, ¿de acuerdo?

—No es una fiesta divertida.

Acomodándose los anchos hombros de la cazadora de Skinner, Chevette saluda con la cabeza a María y empieza a abrirse paso entre la gente, ahora más numerosa. Parece que siguen llegando amigos de Cody. Hay más japoneses, advierte, todos ellos con trajes formales; sus esposas, o secretarias, o lo que sean, lucen todas collares de perlas. Está claro, sin embargo, que eso no les impide contagiarse del ambiente. También hay más ruido, ahora que la gente está más aturdida. Es ese rumor constante que hay en las fiestas cuando los tragos ya han hecho su efecto, y por eso Chevette tiene más prisa por marcharse.

Se encuentra atascada cerca de la puerta que da al baño donde habían estado los fumetas; esa puerta está cerrada ahora. Un grupo de franceses hablan en francés y se ríen y agitan las manos, pero Chevette oye que alguien vomita. —Paso —le dice a un hombre de pajarita y pelo gris de corte militar, y lo aparta de un empujón, haciéndole derramar parte de la copa. El hombre le dice algo en francés.

Ahora se siente claustrofóbica de verdad, como le pasa en los despachos si un recepcionista la hace esperar para recoger algo, y se queda mirando cómo los oficinistas van de un lado para otro y ella se pregunta si todo aquello tiene algún sentido o si no hacen más que ir de un lado para otro. Puede que el vino le haya caído mal, o que se le haya subido un poco a la cabeza, porque no suele beber, y ahora encuentra desagradable el sabor que le ha dejado en la garganta.

Y de pronto aparece su borracho, su europeo del cigarro apagado, el rostro sudado demasiado cerca de la cara de ojos apáticos, levemente preocupados, de una de las chicas de los bajos fondos. La tiene arrinconada en una esquina de la sala. Están todos tan apretujados, tan cerca de la puerta y el corredor y la libertad, que Chevette se encuentra de pronto apretada contra la espalda del tipo, sólo un instante, nada que interrumpa las cochinadas que debe de estar diciéndole a la chica, desde luego, aunque el tipo no se olvida de propinarle un fuerte codazo en las costillas para ganar más espacio.

Y Chevette, que mira hacia abajo, ve algo que asoma de un bolsillo de la cazadora de cuero color tabaco.

Y ya lo tiene en la mano, de ahí a los pantalones de ciclista, y ya está fuera de la sala, y el cretino ni siquiera se ha dado cuenta.

En el súbito silencio del pasillo, ahora que los ruidos de la fiesta se desvanecen a medida que se acerca al ascensor, quiere echar a correr. Quiere reírse también, pero empieza a sentirse asustada.

Camina.

Deja atrás las bandejas, las copas sucias y los platos de la fiesta.

Se acuerda de los gorilas de seguridad del vestíbulo.

Lleva la cosa metida en los pantalones.

En un pasillo lateral ve las puertas abiertas y hospitalarias de un ascensor de servicio. Un chico centro-asiático junto a un carrito de metal salpicado de pintura y cargado hasta el tope de rectángulos planos que son pantallas de televisor. El chico la mira aprensivamente cuando Chevette se escurre y se pone a su lado. Tiene un rostro que es todo pómulos, ojos brillantes encapuchados, el pelo rasurado hasta muy arriba, cortado casi en vertical con la nuca, como lo llevan todos ellos. Luce una chapa de personal de seguridad abrochada en la pechera gris del uniforme, y un VirtuFax colgado del cuello con un cordel de nailon rojo.

—Sótano —dice Chevette.

Suena el fax. El chico lo alza, pulsa un botón y se asoma al visor. Lo que Chevette lleva en los pantalones parece haber crecido desproporcionadamente. El muchacho

suelta el fax, que le rebota en el pecho, la mira parpadeante, y aprieta un botón: S-6. La puerta se desliza a un costado y Chevette cierra los ojos.

Apoya la espalda en el acolchado a cuadros que cubre las paredes del ascensor y lamenta no estar ya en casa de Skinner, oyendo el crujido de los cables tensores. Allí el suelo está hecho con láminas puestas de canto; por el centro asoma el remate de la cabeza del cable que, según Skinner, está hecho de 17.464 cables, cada uno del grosor de un lápiz. Pegando la oreja al cable, y si sopla bien el viento, se oye el canto del puente.

El ascensor se detiene en el cuarto sin razón alguna. Nadie lo espera cuando la puerta se abre. Chevette quiere apretar el botón S-6 pero se obliga a esperar a que lo haga el chico del fax. Él no la decepciona.

Y resulta que el S-6 no es el garaje que tanto ansía, sino un laberinto de túneles de hormigón centenarios, pavimentados con losas de asfalto agrietado y de techo surcado por viejas tuberías sujetas con abrazaderas de hierro. Chevette sale del ascensor mientras el chico manipula una de las ruedas del carrito.

Todo un siglo de congeladores industriales cerrados con candado; cincuenta aspiradoras cargándose las baterías en una fila de enchufes; rollos de telas anchas apilados como troncos. Más gente en ropa de trabajo, algunos de blanco como los cocineros, pero Chevette se esfuerza por adoptar pose de mensajera y espera dar la impresión de que está trabajando.

Encuentra unas escaleras estrechas y sube. El aire está caliente y estancado. Cada vez que acomete otro tramo de escaleras, los sensores de movimiento encienden las luces. Siente que el peso del viejo edificio la oprime.

Pero allí está su bici, en el S-2, detrás de una maltratada columna de hormigón.

—Aléjese —dice la bicicleta cuando Chevette está a metro y medio. No habla en voz muy alta, como lo haría un coche, pero da toda la impresión de que lo dice muy en serio.

Bajo la capa de óxido de imitación pintado con aerosol, y el artístico vendaje de cinta adhesiva, la geometría del cuadro, un núcleo de papel envuelto en carbono, hace que a Chevette le tiemblen los muslos. Pasa la mano izquierda por el bucle de identificación situado detrás del asiento. Se oye un doble zik cuando los frenos se desbloquean, y por fin Chevette monta.

Nunca ha disfrutado tanto como al pedalear subiendo por la rampa manchada de aceite, saliendo de allí.

4. Oportunidades profesionales

Kevin Tarkovsky, el compañero de piso de Rydell, lucía en la nariz un hueso atravesado, y trabajaba en una tienda de artículos de windsurf llamada Sóplame.

El lunes por la mañana, cuando Rydell le contó que había renunciado a su empleo en IntenSecure, Kevin se ofreció a encontrarle trabajo de vendedor en el ramo de artículos de playa.

—Tienes ante todo el físico que hace falta —le dijo Kevin, examinándole el pecho y los hombros. Rydell aún llevaba el bañador anaranjado que se había puesto para ir a ver a Hernández. Se lo había pedido prestado a Kevin. Acababa de quitarse el inmovilizador del brazo, y lo había desinflado y tirado en el cubo de pintura plástica que utilizaban como papelera. En uno de los lados del cubo había un autoadhesivo grande con la imagen de una margarita—. Podrías hacer ejercicio con más regularidad. Tal vez ponerte algunos tatuajes. Motivos tribales negros.

—Kevin, no sé hacer tabla, ni windsurf, ni nada. Apenas si he visto el océano. Sí, un par de veces, en la bahía de Tampa. —Eran casi las diez de la mañana. Kevin tenía el día libre.

—Vender es aportar una experiencia, Berry. El cliente necesita información, tú se la proporcionas. Pero también le brindas una experiencia. —Kevin se tocó el hueso de res pulido a modo de ilustración—. Y de paso le vendes un conjunto nuevo.

—Pero si ni siquiera estoy bronceado...

Kevin tenía aproximadamente el color y el brillo de un par de mocasines marrones de la marca Cole-Haan que la tía le había regalado a Rydell al cumplir quince años. Y eso no tenía nada que ver con la genética ni con la exposición a la luz solar no filtrada: era el resultado de una serie de inyecciones periódicas y un complicado régimen de pastillas y lociones.

—Eso sí —admitió Kevin—, un poco bronceado tendrías que estar.

Rydell sabía que Kevin no hacía windsurf, que nunca lo había hecho, pero de la tienda se traía unos discos que reproducía en un equipo con visores y ensayaba los diversos movimientos y maniobras prácticas, y a Rydell no le cabía la menor duda de que Kevin estaba capacitado para proporcionar toda la información que el comprador potencial pudiera desear. Y esa importantísima experiencia: además del bronceado, el físico de gimnasio y el hueso que le atravesaba la nariz llamaban mucho la atención. Principalmente de las mujeres, aunque en realidad esto último parecía importarle poco.

Kevin vendía sobre todo ropa. El tipo de prendas caras que supuestamente lo preservaban a uno de los rayos ultravioletas y de los contaminantes que había en el agua. Guardaba dos cajas llenas de ese tipo de cosas, apiladas en el único armario de la sala. Rydell, que no se caracterizaba por tener un guardarropas excesivamente surtido, solía ser invitado a hurgar entre el contenido de las cajas y tomar prestado lo que se le antojase, que no era mucho, pues la indumentaria del windsurf solía ser fosforescente, o de nanoporo negro, o de reflejos especulares. Algunas de las prendas más llamativas tenían logos de la marca Sóplame que eran sensibles a los rayos ultravioletas y se volvían visibles cuando las cosas no iban muy bien en materia de ozono, como descubrió Rydell la última vez que acudió al mercado de los granjeros.

El y Kevin compartían una de las dos habitaciones de una casa de los años sesenta situada en Mar Vista, localidad que no hacía honor a su nombre. Alguien había levantado un par de láminas de aglomerado en medio de la hasta entonces única habitación. Del lado de Rydell, el aglomerado estaba cubierto con las mismas grandes margaritas adhesivas y con una colección de las pegatinas que suelen ostentar los parachoques en recuerdo de lugares como la Montaña Mágica, el Condado de Nissan, Disneylandia y el Skywalker Park. Dos personas más compartían la casa, tres, si se contaba a la china que ocupaba el garaje (pero ella tenía allí su propio cuarto de baño).

Rydell había comprado un futón con la mayor parte de su primer mes de sueldo de IntenSecure. Lo había comprado en una parada del mercado, la más barata, y el negocio se llamaba Futon Mouth, lo cual a Rydell le pareció de lo más gracioso.¹La chica de Futon Mouth le había explicado que bastaba con sobornar al tipo del Metro con un billete de veinte para que lo dejara subir al tren con el futón enrollado en una enorme bolsa de plástico verde que a Rydell le recordaba las bolsas para cadáveres.

Últimamente, mientras esperaba que llegase el momento de quitarse el inmovilizador del brazo, había pasado largas horas sentado en aquel futón, con la mirada clavada en las pegatinas de parachoques. Se preguntaba si el que las había puesto allí se habría tomado la molestia de visitar todos aquellos lugares. En una ocasión Hernández le había ofrecido un trabajo en el Condado de Nissan. IntenSecure tenía allí una concesión de vigilancia privada. Sus padres habían ido a Disneylandia en el viaje de novios. Skywalker Park estaba en San Francisco; antiguamente se llamaba Golden Gate, y recordaba haber visto en la televisión un par de disturbios menores cuando lo privatizaron.

—¿Estás abonado a alguna red de búsqueda de empleo, Berry?

Rydell negó con la cabeza.

—Entonces ésta la pago yo —dijo Kevin, pasándole el casco. No se parecía en nada a las estilizadas y diminutas antiparras de Karen; éste era un burdo aparato de plástico blanco como el que usan los chicos para sus juegos—. Póntelo. Yo marco.

—Vaya, Kevin —dijo Rydell—, es muy amable de tu parte, pero no tienes por qué molestarte.

Kevin se tocó el hueso que le ornamentaba la nariz.

—Bueno, qué quieres que te diga. Hay un alquiler que pagar.

Lo había, en efecto. Rydell se puso el casco.

—Veamos —dijo Sonya con toda la frescura posible—, aquí aparece que te graduaste en un programa de formación postsecundaria...

—En la Academia —corrigió Rydell—. La de Policía.

—Sí, Berry, pero aquí aparece que luego estuviste empleado durante un total de dieciocho días, antes de que te suspendieran del cargo. —Sonya parecía un personaje de dibujos animados, el de una niña bonita. No tenía poros. Carecía de textura. Tenía dientes muy blancos, que parecían un dispositivo de una sola pieza que podría extraerse intacto para examinarlo de cerca, pero no para limpiarlo, pues no era necesario: los dibujos animados no comen. Eso sí, tenía unas tetas maravillosas, las que Rydell le habría dibujado si hubiese sido un dibujante de talento.

—Cierto —dijo Rydell pensando en Turvey—. Tuve algunos problemas al poco tiempo de ponerme a patrullar.

Sonya asintió con entusiasmo. —Entiendo, Berry.

Rydell se preguntó qué sería lo que entendía. O qué entendía el sistema experto que la utilizaba como marioneta. O cómo entendía. ¿Qué impresión causaba alguien como Rydell al sistema informático de una agencia de empleo? No mucha, concluyó.

—Luego te marchaste a Los Ángeles, Berry, y aquí figuran diez semanas de trabajo para la división residencial de respuesta armada de la IntenSecure Corporation. Conductor con experiencia en el manejo de armas.

Rydell pensó en la cápsula de misiles colgada del vientre del helicóptero artillado de la Policía de Los Ángeles. Quizá incluso llevara uno de esos cañones CHAIN.

—Sí —admitió.

—Y renunciaste a tu puesto en IntenSecure.

—Así aparece.

Sonya miró a Rydell con una sonrisa resplandeciente, como si él acabara de reconocer su condición de diputado del Congreso o su doctorado.

—Bueno, Berry dijo entonces—, deja que me ponga mi casco de pensar un momentín.

Le hizo un guiño con los ojos de dibujo animado que enseguida se cerraron.

Por Dios, pensó Rydell. Trató de desviar la mirada, pero el casco de Kevin no tenía periféricos, por lo que no había nada que ver hacia los lados. Sólo Sonya y el rectángulo desierto de su escritorio, borrosos detalles que sugerían un despacho y el logo de la agencia de empleo a espaldas de Sonya, en lo alto de la pared. El logo la hacía parecer una presentadora de televisión que sólo daba muy buenas noticias.

Sonya abrió los ojos. Su sonrisa se hizo incandescente.

—Eres del sur —dijo.

—Ajá.

—Plantaciones, Berry. Magnolias. Tradición. Pero también cierta oscuridad. Un tono gótico. Faulkner.

—¿Fo... qué?

—Arte Popular Pesadillesco, Berry. Ventura Boulevard, Sherman Oaks.

Kevin seguía mirándolo cuando Rydell se quitó el casco y escribió una dirección y un número de teléfono en la contraportada de People de la semana anterior. La revista era de Mónica, la chica china del garaje; siempre se hacía imprimir sus ejemplares para no encontrar una sola reseña de desastres ni escándalos; pero pedía en cambio triple ración de romances de gente célebre, y en particular todo lo que tuviera que ver con la familia real británica.

—¿Encontraste algo, Berry? —preguntó Kevin, esperanzado.

—Puede que sí —dijo Rydell—. Un lugar en Sherman Oaks. Los voy a llamar para ver de qué se trata.

Kevin jugueteó con el adorno nasal.

—Puedo llevarte —dijo.

En el escaparate de Arte Popular Pesadillesco se exponía un enorme cuadro que representaba el Éxtasis. Rydell había visto ese tipo de pinturas en los laterales de las furgonetas de los evangélicos, estacionadas en los centros comerciales. Toda una serie de terribles y sangrientos accidentes automovilísticos y demás desastres, y las almas redimidas volando hacia los cielos para encontrarse con Jesús. Este era mucho más pormenorizado que los que él recordaba. Todas y cada una de las almas redimidas tenía un rostro propio, como si de verdad representase a alguien, y algunas le recordaron a personajes famosos. Pero parecían pintadas por un quinceañero o por una anciana.

Kevin lo había dejado en la esquina de Sepúlveda, y Rydell tuvo que desandar dos calles para encontrar el local, después de pasar junto a una cuadrilla de obreros con cascos de ala ancha que vaciaban el cemento para lo que sería el tiesto de una palmera. Rydell se preguntó si Ventura habría tenido palmeras de verdad antes del virus; las de imitación eran tan populares ahora que todo el mundo quería plantarlas por todas partes.

Ventura era una de esas interminables calles de Los Ángeles. Sabía que había pasado incontables veces delante de Arte Popular Pesadillesco al volante de Gunhead, pero esas calles presentaban un aspecto completamente distinto cuando se las recorría a pie. Por una parte, porque uno se sentía sumamente solo; por otra, porque se daba cuenta de lo avejentados y ruinosos que estaban muchos de los edificios. Espacios vacíos detrás de escaparates mugrientos, siempre con un montón de correspondencia comercial amarilleando en el suelo al pie de la puerta, y tal vez un charco de algo que no podía tratarse de agua de lluvia y le hacía a uno preguntarse qué podía ser. Se pasaba por delante de un par de locales de ese estilo, y luego frente a una tienda que vendía gafas de sol a un precio que sextuplicaba el alquiler que Rydell pagaba por su media habitación en Mar Vista. En la tienda de gafas había un vigilante privado que te abría la puerta pulsando el botón de seguridad.

Arte Popular Pesadillesco era así, emparedado entre un establecimiento cerrado de regeneración capilar y una depauperada agencia inmobiliaria que vendía además pólizas de seguros. ARTE POPULAR PESADILLESKO: GÓTICO SUREÑO, con las letras pintadas a mano en caracteres abultados y pilosos, como patas de un mosquito de dibujos animados, todo en blanco sobre fondo negro. Pero frente a la tienda, un par de costosos automóviles estacionados: un Range Rover gris plata que parecía Gunhead vestido para el baile de graduación, y uno de aquellos antiquísimos y diminutos Porsche para dos ocupantes que a Rydell siempre le daban la impresión de que les faltaba la llave con que se les daba cuerda. Evitó pasar junto al Porsche dando un amplio rodeo: esa clase de coches solían estar equipados con sistemas antirrobo hipersensibles, por no decir hiperagresivos.

Un vigilante privado lo observaba a través del vidrio blindado de la puerta; no era de IntenSecure, sino de otra empresa menos conocida. Rydell se había puesto unos pantalones de lona caqui que Kevin le había prestado. Le quedaban un poco estrechos de cintura, pero lucían mucho mejor que el bañador anaranjado. Llevaba también una camisa negra del uniforme de IntenSecure con los distintivos arrancados, el sombrero Stetson y los zapatos SWAT. No estaba muy seguro de que el negro combinase bien con la lona caqui. Tocó el timbre. El vigilante le abrió la puerta.

—Tengo cita con Justine Cooper —dijo quitándose las gafas oscuras.

—Está con un cliente —dijo el poli de alquiler. Podía tener treinta años, y parecía salido de alguna granja de Kansas o algo parecido. Rydell miró hacia el fondo y vio a una

mujer muy delgada y de pelo negro. Hablaba con un hombre gordo completamente lampiño. Daba la impresión de que trataba de venderle algo.

—La esperaré —dijo Rydell.

El granjero no respondió. La ley del estado disponía que no podía portar armas, sólo la porra aturdidora de alta potencia que llevaba dentro de una ajada funda de plástico, pero era probable que tuviera encima alguna otra cosa. Una de esas pistolitas rusas con balas de un calibre concebido en un comienzo para destrozar el motor de los carros blindados. Los rusos, nunca famosos por su sentido de la seguridad, se llevaban la palma en materia de ofertas especiales.

Rydell miró a su alrededor. El viejo Éxtasis era un tremendo ejemplo de Arte Popular Pesadillesco. Esa clase de cristianos, había sostenido siempre su padre, eran patéticos. Para ellos el Milenio había llegado y pasado, y no quedaba Éxtasis de que hablar, y allí seguían, proclamando lo mismo de siempre. Sublett y su familia en el campamento de Texas, mirando viejas películas por influencia del reverendo Fallón: eso al menos tenía un cierto atractivo.

Trató de mirar disimuladamente, de ver qué sería lo que la señora quería venderle al gordo, pero ella se dio cuenta y eso no era bueno. Decidió entonces ir más hacia el fondo del local, fingiendo examinar las mercancías. Había toda una sección de objetos de aspecto arácnido que tenían un desagradable parecido con las coronas funerarias y estaban protegidos por un vidrio de desteñido marco dorado. A Rydell le daba la impresión de que las coronas estaban hechas con rizados de viejos cabellos. Había también unos diminutos ataúdes para bebés, todos corroídos, y en uno de ellos habían plantado una hiedra. Había mesas para café hechas con lo que Rydell supuso serían lápidas, lápidas antiguas, con inscripciones tan erosionadas que no se podían leer. Se detuvo junto a una armazón de cama hecha con esas figuras de negritos vestidos de mozos de hotel que en Knoxville no se podían usar de decoración para el jardín porque la ley lo prohibía. A los negritos les habían pintado, hacía muy poco, se veía, unas enormes sonrisas de labios rojos capaces de engullir melones enteros. La cama estaba cubierta con un edredón de parches cosidos a mano que representaban una bandera confederada. Rydell buscó la etiqueta del precio y solo encontró una que decía VENDIDO.

—¿Señor Rydell? ¿Puedo llamarlo Berry? —Justine Cooper tenía una mandíbula tan estrecha que parecía incapaz de alojar una dentadura corriente. Llevaba el pelo corto, un pulido casco marrón. Estaba vestida con un par de prendas oscuras y ondeantes que, pensó Rydell, estaban calculadas para ocultar un cuerpo de insecto. Su acento no daba la impresión de que procediere del sur de ningún sitio, y había en toda ella una tensión visible, como de cables tirantes.

Rydell vio que el gordo salía de la tienda y se detenía en la acera a desactivar las defensas del Range Rover.

—Sí, claro.

—¿Es usted de Knoxville? —Notó que la mujer respiraba deliberadamente, como si tratara de no hiperventilarse.

—Así es.

—No tiene mucho acento.

—Pues, ojalá todos pensarán así. —Rydell sonrió, pero ella no le devolvió la sonrisa.

—¿Su familia es de Knoxville, señor Rydell?

Mierda, pensó, Rydell, vamos, llámame Berry. —Mi padre sí, creo. La familia de mi madre es de cerca de Bristol, casi toda.

Los oscuros ojos de Justine Cooper, que apenas mostraban el blanco de la córnea, lo miraban de hito en hito, pero sin que parecieran registrar nada en particular. Rydell supuso que ya habría cumplido los cuarenta.

—Señora Cooper.

La mujer tuvo un sobresalto, como si la hubiera espantando.

—Señora Cooper, ¿qué son esas cosas que parecen coronas de entierro con esos marcos antiguos? —dijo, señalándolas.

—Coronas recordatorias. Del suroeste de Virginia, finales del siglo diecinueve, principios del veinte.

Muy bien, pensó Rydell, haz que hable de su mercancía. Se acercó a las coronas enmarcadas para mirarlas mejor.

—Parece pelo —dijo.

—Lo es —dijo ella—. ¿Qué iba a ser si no?

—¿Cabello humano?

—Naturalmente.

—¿Quiere usted decir que es cabello de muerto? —Ahora veía la filigrana de finísimas trenzas, rematadas en nudos pequeños que parecían flores. El cabello era opaco, de ningún color en particular.

—Señor Rydell, mucho me temo que le he hecho perder el tiempo. —Hizo un movimiento indeciso hacia él—. Cuando hablé con usted por teléfono me dio la impresión de que sería usted, como diría, bueno, como mucho más del sur.

—¿Qué quiere usted decir, señora Cooper?

—Lo que ofrecemos aquí a la gente es una cierta visión, señor Rydell. Una cierta oscuridad, también. Un tono gótico.

Maldita sea. El busto parlante de la agencia de empleo había repetido esas memeces palabra por palabra.

—Supongo que no habrá usted leído a Faulkner.

Justine Cooper alzó una mano para apartar algo invisible, algo suspendido delante de su cara.

Allí iba otra vez.

—Pues no.

—Ya me lo imaginaba. Mire usted, querría encontrar a alguien que pudiese transmitir exactamente esa oscuridad, señor Rydell. El espíritu del Sur. Un febril sueño de sensualidad.

Rydell parpadeó.

—Pero usted no me transmite eso, lo siento. —La tela de araña invisible había vuelto de alguna manera.

Rydell miró al poli de alquiler, pero éste no parecía estar prestando atención a la entrevista. De hecho, parecía dormido.

—Señora —dijo Rydell escogiendo las palabras—. Me parece que está usted más loca que un corral de cabras.

Las cejas de la mujer se alzaron de un salto.

—Eso es —dijo.

—Eso es, ¿qué?

—Color, señor Rydell. Fuego. Las siniestras policromías verbales de un deterioro casi inconcebiblemente avanzado.

Rydell tuvo que meditar en esto último. Se sorprendió mirando hacia la cama de los negritos.

—¿No vienen nunca negros a protestar por estas cosas?

—Al contrario —replicó ella, con un renovado tono de voz—, vendemos muchísimo a los vecinos más solventes de South Central. Al menos ellos tienen el sentido de la ironía. Supongo que no les queda otro remedio.

Ahora tendría que caminar hasta la estación más cercana, volver a casa en el tren subterráneo y decirle a Kevin Tarkovsky que no había sido suficientemente sureño.

El vigilante le estaba abriendo la puerta.

—¿De dónde es usted exactamente, señora Cooper? —preguntó Rydell.

—De New Hampshire —dijo ella.

Estaba ya en la acera, y la puerta se cerró a sus espaldas.

—Yanquis de mierda —le dijo al Porsche. Era lo que su padre habría dicho, pero ahora le resultaba difícil asociarlo a alguna cosa.

Por la calle pasó uno de esos enormes camiones alemanes articulados, de los que quemaban aceite de canola. Rydell detestaba esos trastos. Los gases del escape olían a pollo frito.

5. Hay problemas

Los sueños del mensajero están hechos de metal caliente, de sombras que gritan y corren, de montañas del color del hormigón. En el flanco de una colina están enterrando a los huérfanos. Ataúdes de plástico azul claro. Nubes en el cielo. El sombrero alto del sacerdote. Nadie ve llegar la primera bomba desde la montaña de hormigón. Abre un agujero en todo: el flanco de la colina, el cielo, un ataúd azul, la cara de una mujer.

Un ruido demasiado fuerte para poder ser ruido, pero en medio de él, sin que se sepa cómo, oyen, sólo ahora, los festivos estruendos de los morteros, y sobre el flanco gris de la montaña se elevan pequeñas nubes de humo.

El mensajero se incorpora, solo en el centro de la cama doble, quiere gritar y no puede; las palabras le salen en un idioma que él ya no se permite hablar.

Le late la cabeza. Bebe agua sin gas de la jarra de acero inoxidable de la mesita de noche. La habitación se mueve, se oscurece, vuelve a aclararse. Se obliga a salir de la cama, desnudo, camina sin hacer ruido hasta las ventanas altas y anticuadas. Aparta a un lado las pesadas cortinas. San Francisco. Amanecer de plata bruñida. Martes. No es México.

En la sala de baño blanca le molesta la luz repentina, se lava con agua fría la cara entumecida. Todavía tiene sueño. Se estremece, las baldosas frías resultan desagradables bajo los pies descalzos. Las putas de la fiesta. Hardwood. Decadente. El mensajero desaprueba la decadencia. Su trabajo lo pone en contacto con la verdadera riqueza, con el poder verdadero. El conoce a gente de sustancia. Hardwood es riqueza sin sustancia.

Apaga la luz del baño, y cuidando los pasos vuelve a la cama, cediendo al dolor de cabeza.

Con el edredón de funda a rayas subido hasta el mentón se dedica a recorrer los recuerdos de la noche anterior. Hay lagunas. Abuso. Desaprueba el abuso. La fiesta de Hardwood. La voz al teléfono ordenándole asistir. Ya se había tomado algunos tragos. Ve el rostro de una joven. Rabia, desprecio. El pelo corto y oscuro de la joven retorcido en puntas.

Siente que tiene los ojos demasiado grandes para las órbitas. Al frotárselos, ve brillantes fognazos enfermizos. El peso frío del agua le baila en el estómago.

Recuerda haber estado sentado en el amplio escritorio de caoba, bebiendo. Antes de la llamada, antes de la fiesta. Recuerda los dos estuches abiertos delante de él, idénticos. A ella la tiene guardada en uno. El otro está destinado a lo que se le ha confiado. Es caro, pero no le cabe la menor duda de que la información que contiene es de gran valor. Pliega los auriculares de grafito del aparato y cierra el estuche. Luego toca el estuche que contiene todo el misterio de ella, la casa blanca en la colina, el alivio que ella ofrece. Mete los estuches en los bolsillos de la chaqueta...

Pero ahora se pone tenso; bajo el edredón el estómago se le retuerce en una marejada de ansiedad.

Había llevado esa cazadora en la fiesta, de la que no recuerda gran cosa.

Pasando por alto los latidos de la cabeza sale a rastras de la cama y encuentra la cazadora hecha un ovillo al pie de una silla.

El corazón le da un salto.

Aquí. Lo que tiene que entregar. Encerrado por la cremallera del bolsillo interior. Pero los bolsillos exteriores están vacíos.

Ella no está. Escarba ahora en el resto de la ropa. A gatas; latidos de agonía detrás de los ojos; mira bajo la silla. No está.

Pero al menos ella puede ser sustituida, se recuerda, aún de rodillas, con la cazadora en las manos. Ya encontrará a alguien que le venda ese tipo de programa. Últimamente, reconoce ahora, había empezado a sospechar que la imagen de ella perdía resolución.

Mientras lo piensa, ve cómo sus dedos abren el bolsillo interior, sacan el estuche que contiene el encargo, la propiedad del cliente, aquello que ha de ser entregado. Lo abre.

Los visores de plástico negro rayado, la etiqueta del cassette, gastada e ilegible, la translucidez amarillenta de los auriculares.

Oye un sonido fino y chillón que le sale del fondo de la garganta. Sin duda parecido al que le había salido, años atrás, cuando cayó la primera bomba.

6. El puente

Cuidando de calcular correctamente el treinta por ciento de propina, Yamazaki, pagó el viaje y bajó esforzadamente del desvencijado asiento del taxi. El taxista, que sabía que todos los japoneses eran ricos, contó desganadamente los billetes rotos y mugrientos, y echó las tres monedas de cinco dólares en la tapa rajada de un termo de Nissan County pegada al tablero de instrumentos. Yamazaki, que no era rico, se echó el bolso al hombro, dio la espalda al taxi y echó a andar hacia el puente. Como siempre, le emocionaba verlo allí, con la luz de la mañana filtrándose entre los vericuetos de la construcción.

Alrededor de la figura desnuda del puente, tan rigurosa como el nuevo programa, había crecido otra realidad absorta en su propio calendario de obras. Y esto había ocurrido poco a poco, sin ningún plan, utilizando toda técnica y material imaginables. El resultado era amorfo, alarmantemente orgánico. De noche, iluminado por luces de Navidad, por neón reciclado, por antorchas, poseía una extraña energía medieval. De día, visto desde lejos, le recordaba las ruinas del británico muelle de Brighton, como visto a través de un caleidoscopio fisurado de estilo vernáculo.

Los huesos de acero, los tendones trenzados, se habían perdido en una acumulación de sueños: salones de tatuaje, galerías de juegos, quioscos precariamente iluminados y atiborrados de revistas decrépitas; vendedores de fuegos artificiales, taquillas de apuestas, bares sushi, prestamistas sin licencia, herbolarios, barberos, bares. Sueños de comercio cuyos locales ocupaban por regla general los carriles que antes habían servido para el tránsito de vehículos; y por encima, subiendo hasta lo más alto de las torres y los cables, se alzaba el barrio, complejamente suspendido, con su población no censada y sus zonas de fantasías más privadas.

La primera vez que lo había visto, hacía tres semanas, era de noche. Envuelto en la niebla, había estado entre los vendedores de frutas y verduras, con las mercancías esparcidas en mantas. Había mirado hacia la boca de la cueva, con el corazón saltándole en el pecho. Desde las cacerolas de los vendedores de sopa subía vapor hacia un arco de neón dentado rescatado de la basura. Todo fluía simultáneamente, diluyéndose, fundiéndose con la niebla. La telepresencia apenas daba indicios de la magia y singularidad de todo aquello, así que caminó con pasos lentos, perfectamente estupefacto, hacia el interior de las fauces de neón y el colorido carnaval de superficies rescatadas de la basura. Un país de ensueño. Láminas de aglomerado plateadas por la lluvia, mármol roto de las paredes de bancos olvidados, plástico corrugado, latón bruñido, lentejuelas, lienzos pintados, espejos, cromo opacado y escoriado por el aire salino. Muchas cosas, demasiadas para sus ojos aturcidos. Supo que el viaje no había sido en vano.

Sin lugar a dudas, no había en todo el mundo un Thomasson más magnífico.

Ahora volvía a entrar allí. Martes por la mañana, en medio de una algarabía ya conocida —los carritos de hielo y de pescado, el matraqueo de una máquina de tortillas—, y consiguió orientarse hasta una cafetería cuyo interior tenía la textura de un antiguo ferry: barniz oscuro y abollado sobre madera lisa y dura, como si alguien lo hubiera recortado en una sola pieza de un cansado buque de pasajeros, lo cual era perfectamente posible, pensó, sentado frente al largo mostrador. Hacia Oakland, más allá de la isla embrujada, el fuselaje sin alas de un 747 alojaba las cocinas de nueve restaurantes tailandeses.

La joven que atendía el mostrador lucía brazaletes tatuados, como estilizados lagartos de color añil. Pidió café. Se lo trajeron servido en porcelana gruesa y pesada. No había dos tazas iguales. Sacó el cuaderno del bolso, lo encendió y anotó una breve descripción de la taza, de la minúscula trama de grietas en la superficie barnizada, como la miniatura de un mosaico de azulejos. Entre sorbo y sorbo de café, revisó las notas del día anterior. La mente de Skinner guardaba un notorio parecido con el puente. Cosas que se habían ido acumulando alrededor de un armazón hasta que todo alcanzó un nivel de crisis que dio lugar a un nuevo programa. Pero ¿qué era ese programa?

Le había pedido a Skinner que le explicase el tipo de acumulación que había llevado al estado actual de la estructura secundaria. ¿Cuáles eran las motivaciones de un constructor determinado, de un constructor individual? Su cuaderno había grabado, transcrito y traducido la confusa y tangencial respuesta.

Un hombre estaba pescando. Recogió la línea. Sacó una bicicleta. Totalmente cubierta de percebes. Todos se echaron a reír. Se llevó la bicicleta y puso una casa de comidas. Consumió de almejas, mejillones fríos cocinados al vapor, cerveza mexicana. Colgó la bici encima del mostrador. Apenas tres taburetes, y echó la caja hacia afuera, unos tres metros, usando SuperCola y clavos. Forró las paredes interiores con postales. Parecían letreros. Por las noches se acomodaba detrás del mostrador. Una mañana ya no estaba. Clavos rotos, algunas astillas pegadas a la pared de una barbería. Mirabas hacia abajo y veías el agua entre los dedos de tus pies. Como ves, colgó la caja demasiado afuera.

Yamazaki miraba el humo que subía desde el café, imaginando una bicicleta cubierta de percebes, todo un Thomasson de considerable potencia. A Skinner le había llamado la atención el término, y el cuaderno había grabado el intento de Yamazaki por explicar su origen así como el significado de su uso actual.

Thomasson era un jugador de béisbol norteamericano, muy atractivo, muy fuerte. Fue contratado por los Gigantes de Yomiyuri en 1982 por una gran cantidad de dinero. Se descubrió entonces que era incapaz de batear la pelota. El escritor y artesano Gempei Akasegawa se apropió de su apellido para describir ciertos monumentos inútiles e inexplicables, rasgos del paisaje urbano que carecen de sentido y son sin embargo curiosamente artísticos. No obstante, el término ha ido adquiriendo nuevos matices de significado. Si lo desea usted, puedo obtener la información y traducir las definiciones actuales de nuestro Gendai Yogo Kisochishiki, o sea, El conocimiento básico de términos modernos.

Pero Skinner, de rostro gris sin afeitado, ojos azules de córnea amarillenta y manchada de venas rotas, se había limitado a encogerse de hombros. Tres de los residentes que anteriormente habían aceptado ser entrevistados habían citado a Skinner como uno de los primeros, uno de los pioneros del puente. También el emplazamiento de la casa indicaba un cierto prestigio, aunque Yamazaki se preguntó cuántas personas se habrían alegrado de poder construir en las torres de tensión de los cables. Antes de la instalación del ascensor eléctrico, llegar allí habría sido un reto para cualquiera. Hoy, con la cadera dislocada, el viejo era en realidad un inválido, y dependía de sus vecinos y de la chica. Le traían comida y agua, y se ocupaban de que su retrete químico funcionara siempre. A cambio, supuso Yamazaki, la chica recibía alojamiento, aunque aquella relación se le antojaba más profunda, más compleja.

Pero si Skinner era difícil de interpretar a causa de su edad, su personalidad, o ambas cosas, la chica que vivía con él era opaca, de la manera ordinaria y hosca que Yamazaki asociaba con los jóvenes americanos. Pero tal vez eso sólo se debiera a que él, Yamazaki, era un desconocido, japonés, y encima preguntón.

Miró hacia un lado del mostrador, fijándose en el perfil madrugador de los demás clientes. Norteamericanos. El hecho de estar de verdad allí, tomando café junto a esa gente, no dejaba de parecerle sorprendente. Qué extraordinario. Se puso a escribir en el cuaderno; el lápiz chasqueaba al tocar la pantalla.

El apartamento se encuentra en una alta casa victoriana, construida con madera y primorosamente pintada, situada en un barrio donde los nombres de las calles honran a políticos norteamericanos del siglo diecinueve: Clay, Scott, Pierce, Jackson. Esta mañana, martes, al salir del apartamento, advertí, en un lado del poste más alto de la escalera, señales de que faltaba un gozne. Sospecho que en su momento debió de sostener una puerta para niños. Mientras caminaba por Scott buscando un taxi, encontré en la acera una pisoteada tarjeta postal con la imagen hacia arriba. La lluvia había ampollado los rasgos angostos del mártir Shapely, el santo del sida. Muy melancólico.

—No tendrían que haber dicho eso. De Godzilla, quiero decir.

Yamazaki se encontró parpadeando ante el rostro severo de la chica que atendía el mostrador.

—¿Perdone?

—No tendrían que haber dicho eso de Godzilla. No tendrían que haberse reído. Aquí hemos tenido nuestros terremotos, y ustedes no se rieron de nosotros.

7. Que te vaya bien

Hernández siguió a Rydell hasta la cocina de la casa de Mar Vista. Llevaba un overol azul sin mangas y un par de esas horribles sandalias alemanas, de las que tienen un millar de papilas para masajear la planta de los pies. Rydell nunca lo había visto sin uniforme y le resultaba algo chocante. Llevaba en los brazos unos tatuajes grandes, viejos; números romanos, cosas de pandillas. Tenía pies morenos y compactos, como de oso.

Era un martes por la mañana. No había nadie más en la casa. Kevin estaba en Sóplame, y los demás andaban haciendo lo que tenían que hacer. Quizá Mónica estuviese en su cuarto del garaje; de todas maneras, no se la solía ver demasiado.

Rydell sacó la bolsa de copos de maíz de la alacena y la desenrolló con cuidado. Había cantidad suficiente para un cuenco. Abrió la refrigeradora y sacó una jarra plástica con tapa a presión que tenía un trozo de cinta adhesiva pegada en un lado. En la cinta habían escrito LECHE EXPERIMENTAL con un rotulador de punta gruesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Hernández.

—Leche.

—¿Por qué dice «experimental»?

—Para que nadie más se la beba. Se me ocurrió en la residencia de la Academia. —Vertió los copos en el cuenco, los cubrió con leche, buscó una cuchara y se llevó el desayuno a la mesa de la cocina.

La mesa tenía una pata coja, así que había que comer sin apoyar los codos.

—¿Cómo está tu brazo?

—Muy bien. —Rydell olvidó no apoyar los codos. Leche y copos se esparcieron por el marcado hule blanco que cubría la mesa.

—Toma. —Hernández fue al mostrador y sacó unas cuantas servilletas de papel beige.

—Esas son de fulanito —dijo Rydell—, y no le gusta nada que se las usemos.

—Papel experimental —dijo Hernández depositando las servilletas en manos de Rydell.

Rydell recogió la leche y la mayor parte de los copos. No alcanzaba a adivinar qué estaba haciendo allí Hernández, así como tampoco había adivinado que él tuviese un Daihatsu Sneaker, con el holograma animado de una cascada en la capota.

—Bonito el coche estacionado ahí fuera —dijo Rydell señalando con el mentón mientras engullía una cucharada de copos.

—Es el coche de mi hija Rosa. Lo traigo del taller.

Rydell masticó, tragó.

—¿Los frenos o algo así?

—La maldita cascada. Se suponía que debería tener unos animalitos que salen de entre los arbustos y parecen mirar la cascada, ¿sabes? —Hernández se apoyó en el mostrador, doblando los dedos de los pies dentro de las papilosas sandalias—. Son como animales de Costa Rica, ¿sabes? Es un tema ecológico. La chica es de lo más verde que hay. Nos hizo quitar lo poco que quedaba del césped para poner esas cosas que cubren la tierra y que son como arañas grises. De todas formas, los del taller no consiguen que salgan, esos malditos animales. Tenemos garantía y todo, pero es inútil, sólo nos ha traído complicaciones. —Hernández meneó la cabeza.

Rydell terminó los copos de maíz.

—¿Has estado alguna vez en Costa Rica, Rydell?

—No.

—Pues es una maravilla. Igual que Suiza.

—Tampoco he estado allí.

—No, me refiero a lo que hacen con la información. Como lo que los suizos hacían con el dinero.

—¿Quiere decir los paraísos fiscales?

—Eso es. Gente lista. No tienen ejército, ni armada, ni fuerza aérea; son neutrales. Y se ocupan de los datos de todos.

—Sean lo que sean esos datos.

—Son increíbles. Gente lista. Y se gastan todo el dinero en ecología.

Rydell llevó el cuenco, la cuchara y las servilletas empapadas a la cocina. Lavó el cuenco y la cuchara y los secó con las servilletas, que luego ocultó en el cubo de la basura. Se levantó y miró a Hernández.

—¿Qué puedo hacer por usted, jefe?

—Al revés. —Hernández sonrió. Una sonrisa no muy tranquilizadora—. He estado pensando en ti. En tu situación. No está bien. Nada bien. Ahora no podrás volver a ser policía. Ahora que has renunciado, no podré contratarte ni siquiera como guardia de urbanizaciones para IntenSecure. A lo mejor te gusta hacer de vigilante en una tienda de licores, metido en una de esas cajitas. ¿Es eso lo que quieres hacer?

—No.

—Muy bien. Porque esos trabajos son los mejores para hacerse matar. Viene cualquiera y te quita la cajita de encima.

—De momento estoy buscando algo relacionado con la venta minorista.

—¿Lo dices en serio? ¿Venta? ¿Qué es lo que vendes?

—Armazones de camas hechas con figuras de mozos de hotel, de hierro fundido. Imágenes hechas con cabello humano de cien años de antigüedad.

Hernández entornó los ojos y se alejó del mostrador; caminó hacia la sala. Rydell pensó que se estaba marchando, pero no hacía más que empezar a pasearse. Había hecho lo mismo en un par de ocasiones en el despacho de IntenSecure. Justo cuando estaba a punto de entrar en la sala se volvió y caminó de nuevo hacia Rydell.

—Hay veces que te pones en plan burro. No sé. Deberías pararte a pensar que a lo mejor he venido a ayudarte, ¿entendido? —Y de nuevo hacia la sala.

—Dígame qué es lo que quiere.

Hernández se detuvo, se volvió, suspiró.

—No has estado nunca en NorCal, ¿verdad? ¿En San Francisco? ¿Conoces a alguien por allí?

—No.

—IntenSecure también tiene licencia en NorCal, ¿sabes? Es otro estado, otras leyes, otra actitud. Puede que hasta sea otro jodido país, pero también allí tenemos nuestras cosas. Más edificios de oficinas, cantidad de hoteles. Lo de las urbanizaciones cerradas no se da mucho por allí. Sólo en las ciudades periféricas. Concord, Hacienda Business Center, cosas así. También en eso tenemos una buena tajada.

—Pero es la misma empresa. Si no me contratan aquí no van a contratarme allá.

—No digas tonterías. Nadie habla de contratarte. Te diré de qué se trata, porque a lo mejor puede haber algo para ti con un tipo. Es uno que trabaja por su cuenta. Cuando la empresa tiene cierto tipo de problemas, a veces hacen llamar a alguien. Este tipo del que te hablo no es de IntenSecure. Es un independiente. Pues bien, su oficina está ahora pasando por esa situación.

—Espere un momento. ¿De qué me está hablando? ¿Me está hablando de respuesta armada independiente?

—El tipo es un sabueso. ¿Sabes lo qué es un sabueso?

—¿Los que buscan a la gente que trata de no pagar sus deudas, de irse sin pagar el alquiler, esas cosas?

—O marcharse con tu crío en medio de un litigio por la custodia, lo que sea. Pero, mira, hoy día ese tipo de fugas suelen resolverse mediante la red. Basta con rastrearles el paso en DatAmerica y terminas por dar con ellos. Y si no —y alzó los hombros—, hasta puedes llamar a la policía.

—Así que un sabueso lo que hace es... —sugirió Rydell, recordando un episodio de Polis en problemas que había visto con su padre.

—Evitar que al fin tengas que recurrir a la policía.

—O a una agencia de detectives autorizada.

—Eso es. —Hernández lo miraba.

Rydell pasó a su lado rumbo a la sala, y oyó el ruido de plástico mojado de las sandalias alemanas que le seguían los pasos por las baldosas de la cocina. Alguien había estado fumando tabaco allí la noche anterior. Lo olía. Era una violación del contrato. El casero se pondría furioso. El casero era un inmigrante serbio que tenía un BMW de hacía quince años, llevaba siempre uno de esos gorros de fieltro tiroleses e insistía en que lo llamaran Wally. Como Wally sabía que Rydell trabajaba en IntenSecure, había querido mostrarle la linterna que tenía sujeta bajo el tablero de instrumentos del BMW. Medía casi medio metro de largo y tenía un bolón que activaba una buena descarga de gas picante. Le había preguntado a Rydell si le parecía que eso era «suficiente».

Rydell le había mentido. Le dijo que la gente que se drogaba con dancet, recurría de vez en cuando a una buena dosis de gas picante. Porque les aclaraba la nariz. Los ponía en funcionamiento. El gas picante los hacía volar.

Rydell miró al suelo y vio por primera vez que la moqueta de la sala de la casa de Mar Vista era exactamente igual que aquella por la que se había arrastrado en el apartamento de la novia de Turvey, en Knoxville. Tal vez ésta estuviese algo más limpia, pero era igual. Nunca lo había notado.

—Oye, Rydell, no te interesa, muy bien. Yo tengo un día libre y decido venir a verte. ¿Te das cuenta? Mira, unos piratas informáticos te tendieron una trampa, tu caíste, llevaste la respuesta demasiado lejos. Todo eso lo entiendo. Pero sucedió, hombre, está en tu expediente, y esto es todo lo que yo puedo hacer por ti. Ahora, escucha con atención. Si a la empresa le parece que lo haces bien, puede que el rumor llegue hasta Singapur.

—Hernández...

—He usado mi día libre...

—Hernández, yo no sé nada de buscar gente...

—Pero puedes conducir. Es todo lo que necesitan. Tú le harías de chófer al sabueso, ¿entiendes? Tiene la pierna lesionada. No puede conducir. Y este asunto es delicado. Requiere personal listo. Yo les he dicho que tú podrías hacerlo. Hice eso. Les dije.

Mónica había dejado un ejemplar de People en el sofá. La revista estaba abierta en la página de un artículo sobre Gudrun Weaver, una actriz que a sus cuarenta años había encontrado a Dios, por cortesía del reverendo Wayne Fallón, justo a tiempo para que su foto saliera en People. Había una foto de ella de página entera: sentada en un sofá de la sala, contemplaba arrebatadamente una hilera de monitores, en los que se repetía la misma película antigua.

Rydell se vio a sí mismo en el futón de Futon Mouth, contemplando las flores adhesivas y las pegatinas de los parachoques.

—¿Es legal?

Hernández se dio un manotazo en el muslo que sonó como un pistoletazo.

—¿Legal? Te estoy hablando de IntenSecure Corporation. Estamos hablando de cosas importantes. Estoy tratando de ayudarte. ¿Crees que yo te pediría que hicieras algo ilegal?

—Entonces, ¿cuál es exactamente la oferta, Hernández? ¿Voy allí y conduzco?

—¡Bingo, joder! ¡Conduces! El señor Warbaby te dice que conduzcas y tú conduces.

—¿Quién?

—Warbaby. Lucius Warbaby.

Rydell levantó la People de Mónica y encontró una foto de Gudrun Weaver y el reverendo Wayne Fallón. Gudrun Weaver parecía una actriz, de unos cuarenta años. Fallón parecía una zarigüeya con implantes de pelo y vestido con un esmoquin de diez mil dólares.

—Ese Warbaby, Berry, está en la cresta de la ola. Es una estrella. Si no, ¿para qué lo iban a contratar? Si aceptas el trabajo aprenderás de todo. Todavía eres joven, muchacho. Puedes aprender cantidad.

Rydell devolvió la People al sofá.

—¿A quién tratan de encontrar?

—Robo en un hotel. Alguien se llevó algo. Seguridad ya está allí. Ordenes de Singapur, parece que esto es un lío gordo. Es todo lo que sé.

Rydell se puso a la cálida sombra del cobertizo de la cochera para mirar las movedizas profundidades de la cascada animada que ornaba el capó del Sneaker de la hija de Hernández. De la espesura de la selva tropical subía una neblina. Una vez había visto una Harley decorada de tal modo que todo lo que no estaba bajo triple capa de cromo era un hervor acelerado de bichos en tamaño natural. Escorpiones, ciempiés, de todo.

—Mira —dijo Hernández—, ¿ves ahí, donde todo parece borroneado? Pues se supone que eso debería ser una especie de oso perezoso. Un tipo de lémur, ¿sabes? Garantía de fábrica.

—¿Cuándo quieren que vaya?

—Te doy el teléfono. —Hernández le entregó un trozo roto de papel amarillo—. Llámalos tú.

—Gracias.

—Hombre —dijo Hernández—, quiero que te vaya bien. De verdad. Me gustaría que fuera así. —Tocó el capó del Sneaker—. Mira esta mierda. Garantía de fábrica.

8. La mañana siguiente

Chevette soñaba que iba conduciendo por Folsom, con un fuerte viento lateral que amenazaba con arrojarla contra el carril contrario. Doblaba a la izquierda en la Sexta, ahora con el viento en cola, se saltaba la roja en el cruce de Howard y Mission, pasaba en ámbar el de Market, aplicaba los frenos y dejaba la marca de las dos ruedas.

Inclinándose lo más que podía sobre el manillar, subía ahora por Taylor hacia Nob.

—Esta vez lo consigues —dijo.

Pedaleando al máximo, con el viento como una mano fuerte en la espalda, un cielo despejado y tentador en lo alto de la cuesta, pasaba la cadena a una marcha endiabladamente más fuerte, hecha por encargo, demasiado grande para el regulador de velocidades, demasiado grande para cualquier cuadro de bicicleta, y sentía cómo los relucientes dientes del piñón encajaban el cambio, cómo el martilleo de las piernas se reducía a una rotación regular... pero luego perdía impulso.

Se erguía y volvía a esforzarse, y gritaba, mientras le corrían por las venas torrentes de ácido láctico. Ya estaba en la cima, elevándose...

Una luz coloreada se colaba en el cuarto de Skinner a través de los paños cónicos de la ventana redonda. Martes por la mañana.

Dos de los trozos más pequeños de vidrio se habían raído; habían tapado los huecos con trapos que arrojaban sombras sobre la destartada pared amarilla de National Geographic. Skinner estaba sentado en la rama, cubierto con una vieja camisa a cuadros, y con las mantas y el saco de dormir subidos hasta el pecho. Su cama era una puerta de ocho tablas de roble sostenida sobre cuatro tapacubos de Volkswagen oxidados, rematada con una plancha de gomaespuma. Chevette dormía en el suelo, sobre otra lámina de gomaespuma más estrecha que enrollaba cada mañana y escondía detrás de una larga caja de madera llena de engrasadas herramientas. A veces el olor de la grasa mecánica se infiltraba en el sueño, pero no le importaba.

Sacó un brazo al frío de noviembre y pescó un jersey de un taburete de madera. Metió el jersey en el saco de dormir, y sin salir de allí se lo puso, empujando hacia abajo hasta que le cubrió las rodillas. El cuello estaba tan estirado que a cada rato se le caía de los hombros. Skinner no dijo nada, pero es que casi nunca decía nada.

Chevette se frotó los ojos, fue a la escalerilla atornillada a la pared y subió los cinco escalones. Abrió el cerrojo de la escotilla del techo sin siquiera molestarse a mirarla. Ahora subía allí casi todas las mañanas, iniciando su jornada primero con el agua y luego con la ciudad, a no ser que lloviese o hubiese demasiada niebla; en ese caso le tocaba a ella bombear la antigua Coleman con el tanque pintado de rojo que parecía un submarino de juguete. Skinner se encargaba de eso cuando el tiempo era bueno, pero si llovía pasaba mucho tiempo en la cama. Decía que la lluvia le afectaba la cadera.

Salió, pues, por el agujero cuadrado y se sentó en el borde, dejando las piernas suspendidas en el interior de la sala. Afuera el sol se esforzaba por disipar el gris plateado. En días tórridos calentaba el alquitrán del rectángulo chato que era la azotea y se notaba el olor.

Skinner le había mostrado unas fotos de los pozos de La Brea en National Geographic; unos animales grandes y tristes se hundían para siempre en Los Ángeles, hacía mucho tiempo. Eso era el alquitrán, el asfalto, y no algo que se produjese en alguna fábrica. A él le gustaba saber de dónde procedían las cosas.

Su cazadora, la que ella se ponía siempre, venía de D. Lewis, Great Portland Street. Eso quedaba en Londres. A Skinner le gustaban los mapas. Algunos números de la National Geographic incluían mapas doblados, y todos los países eran grandes y solitarias manchas de color. Y en aquel tiempo no había tantos. Había algunos enormes: Canadá, la Unión Soviética, Brasil. Ahora éstos se habían dividido en muchos países pequeños. Skinner decía que Estados Unidos había seguido ese camino sin reconocerlo. Que hasta California había sido alguna vez un estado enorme.

La azotea de Skinner medía seis por cuatro, pero curiosamente parecía más pequeña que la habitación que cubría, aun cuando las paredes de ésta estaban cubiertas completamente por las cosas de Skinner. En el tejado no había más que un oxidado carrito de metal, un juguete, cargado con un par de rollos de viejo papel alquitranado.

Chevette miró tres torres más allá, hacia la Isla del Tesoro. Una columna de humo salía de una fogata en la costa, donde el brazo voladizo del puente, envuelto por la

niebla, se perdía hacia Oakland. En la torre de suspensión más lejana había una especie de cúpula compuesta por piezas que parecían de cobre nuevo, pero Skinner decía que no eran más que láminas de polietileno plegadas. Allí había una estación de comunicaciones, algo que hablaba con los satélites. Pensó que un día de éstos iría a ver.

Una gaviota gris le pasó al lado, a la altura de los ojos.

La ciudad tenía el aspecto de siempre, con las colinas que parecían animales dormidos detrás de las torres de oficinas que ella conocía de memoria. Tendría que distinguir perfectamente ese hotel.

La noche de la víspera le había volado la cabeza.

No podía creer que lo hubiera hecho, que hubiera sido tan estúpida. El estuche que había sacado del bolsillo de aquel imbécil pendía de la cazadora de Skinner colgada en el gancho de hierro con cabeza de elefante. Sólo contenía unas gafas de sol: parecían de las caras, pero eran tan oscuras que no había logrado ver nada al probarlas la noche anterior. Los gorilas de seguridad habían escaneado sus chapas al entrar; que ellos supieran, ella no había vuelto a salir. Tarde o temprano el ordenador habría empezado a buscarla. Si llegaban a indagar en Aliados, diría que se había olvidado de registrar su salida, que había bajado en el ascensor de servicio después de hacer la entrega en la 808. Desde luego que no había estado en fiesta alguna, y de todos modos, ¿quién podría haberla visto allí? El imbécil. Y quizá él supiera que ella le había birlado las gafas. Tal vez se había dado cuenta. Tal vez recordase, cuando estuviese sobrio.

Skinner gritó que el café ya estaba, pero que se habían quedado sin huevos. Chevette se deslizó por el borde del agujero, se descolgó y apoyó el pie en el peldaño más alto de la escalerilla.

—Si quieres huevos tendrás que ir a buscarlos —dijo Skinner mirándola desde la bomba Coleman.

—Déjame un poco de café. —Se enfundó en unos leotardos de algodón negro y se puso las zapatillas deportivas sin molestarse en atarlas. Abrió la escotilla del suelo y salió por debajo, aún pensando preocupada en el imbécil, en las gafas, en el trabajo. Bajó tres peldaños de hierro del lateral de una vieja grúa. La cesta de recoger cerezas seguía donde la había dejado al volver. La bici estaba atada a un poste y con dos alarmas Radio Shack por si acaso. Subió a la cesta de plástico amarilla, que le llegaba hasta la cintura, y pulsó el conmutador.

El motor gimió y la rueda de grandes dientes que movía el mecanismo desde el fondo la llevó pendiente abajo. Skinner decía que la cesta de recoger cerezas era su funicular. Pero no lo había construido él; un negro que se llamaba Fontaine se lo había instalado cuando Skinner empezó a tener problemas para subir. Fontaine vivía en el extremo de Oakland, con un par de mujeres y un montón de niños. Se encargaba del mantenimiento de muchas de las instalaciones eléctricas del puente. De vez en cuando aparecía con la larga gabardina de paño, una bolsa de herramientas en cada mano, y engrasaba y repasaba las cosas. Y Chevette tenía un número al que podía llamarlo en caso de que el funicular se estropease por completo, pero eso aún no había sucedido.

La cesta dio una sacudida al tocar el fondo. Chevette salió a la pasarela de madera y siguió la lechosa pared de plástico tensado, las sombras halógenas de las plantas de detrás, y el burbujeo del riego hidropónico. Dobló en la esquina y bajó las escaleras hacia el ruido y el ajeteo de las mañanas en el puente. Nigel se le acercó con uno de los carros, uno nuevo. Estaba haciendo una entrega.

—Vette —dijo con esa sonrisa bonachona. La llamaba así.

—¿Has visto a la señora de los huevos?

—Lado ciudad —dijo él, que siempre se refería así a San Francisco, mientras que Oakland era siempre sólo «Land»—. No está mal, ¿verdad? —Señaló el carro con gesto de orgullo de constructor. Chevette vio el bastidor de aluminio dorado al fuego, los tapacubos taiwaneses y los bordes reforzados. Nigel hacía trabajos a algunos Mensajeros Aliados, los que aún usaban bicis de metal. No le había gustado que Chevette optara por una con cuadro de papel. Chevette se inclinó para pasar el dedo por una parte especialmente lisa del dorado.

—Está bien, sí —admitió.

—¿Todavía no se te ha deslaminado esa mierda japonesa?

—Claro que no.

—Ya te pasará. En bajada sufre mucho. Es de vidrio.

—Vendré a verte cuando me pase.

Nigel meneó la cabeza. El gastado flotador de pesca que llevaba colgado de la oreja izquierda giró e hizo un ruido.

—Será demasiado tarde —dijo, y siguió empujando el carro hacia Oakland.

Chevette encontró a la señora de los huevos y compró tres que venían envueltos en dos grandes hojas secas. Era algo mágico. Le daba lástima sacarlos; el envoltorio era perfecto, y no había forma de volver a ponerlos como estaban, ni de averiguar cómo lo hacía ella. La señora de los huevos recibió la moneda de cinco y la echó en la bolsita que llevaba colgada del escuálido cuello de lagartija. No le quedaba un solo diente, y su cara era toda un nido de arrugas que se centraba en la húmeda ranura que tenía por boca.

Skinner estaba sentado a la mesa cuando ella volvió. Era más un estante que una mesa. Bebía café de la abollada taza metálica de un termo. Entrar y verlo así como estaba no daba enseguida una idea de lo viejo que era; sólo grande, de manos, de hombros, todos los huesos: grande. Cabello gris que peinaba hacia atrás desde la frente depositaría de toda una vida de cicatrices, lastimaduras, un par de puntos negros que parecían tatuados, y entre ambos un corte donde se sedimentaba algún tipo de arena.

Chevette desenvolvió los huevos, la magia de la señora de los huevos, y los puso en un cuenco de plástico. Skinner se levantó de la silla crujiente, haciendo una mueca al sentir el peso sobre la cadera. Ella le pasó el cuenco y él se balanceó hasta la hornilla del Coleman. Para hacer huevos revueltos no usaba manteca, sólo un poco de agua. Dijo que se lo había enseñado el cocinero de un barco. Los huevos quedaban bien pero la sartén era difícil de lavar, y de eso se encargaba Chevette. Mientras él cascaba los huevos, ella se acercó a la cazadora, colgada del gancho, y sacó el estuche.

Imposible decir de qué estaba hecho, y eso significaba que era caro. Era gris oscuro, como el grafito de un lápiz, delgado como la cáscara de uno de los huevos, pero quizá soportara el peso de un camión. Como su bici. La noche anterior había descubierto cómo se abría: el índice aquí y el pulgar allí y se abría. Ni cierre ni nada, ni resorte. Tampoco llevaba marca, ni números de patente. Por dentro era como de ante negro, pero al tacto parecía espuma.

Esas gafas, anidadas allí dentro. Grandes y negras. Como el Orbison del cartel pegado en la pared de Skinner, blanco y negro. Skinner decía que la mejor forma de pegar un cartel para siempre era usar leche condensada como pegamento. De la que venía en lata. Pocas cosas venían ahora en lata, pero Chevette sabía a qué se refería, y el tipo aquel de cara rara y gafas negras estaba firmemente adherido a la lámina blanca de aglomerado que era la pared de Skinner.

Las sacó del ante negro, que se alisó al instante.

Le preocupaban. No sólo porque las había robado, sino porque pesaban demasiado. Resultaban demasiado pesadas para lo que eran, incluso con los auriculares. El marco parecía esculpido en un bloque de grafito. Tal vez así fuera, pensó; el interior de papel del cuadro de su bici estaba envuelto en grafito, y era ingeniería Asahi.

Golpes de espátula de Skinner, revolviendo huevos.

Se las puso. Negro. Negro total.

—Katharine Hepburn —dijo Skinner.

Se las quitó.

—¿Eh?

—Llevaba gafas grandes, como ésas.

Chevette agarró el encendedor que Skinner tenía junto a la Coleman, lo encendió, colocó la llama delante del cristal. Nada.

—¿Para qué son? ¿Para soldar? —Skinner puso la ración de huevos que le tocaba a ella en una bandeja de aluminio que decía 1952 y la depositó junto a un tenedor y el tazón de café.

Chevette dejó las gafas en la mesa.

—No se ve nada. Sólo negro. —Acercó el taburete de madera de arce y el tenedor. Se comió los huevos. Skinner también se sentó y comió los suyos, mirándola.

—Soviéticos —dijo él, tras un sorbo del tazón del termo.

—¿Eh?

—Así hacían esas gafas en la antigua Unión Soviética. Tenían dos fábricas de gafas, y una de ellas siempre las hacía así. Ni bien salían de fábrica las llevaban a las tiendas. Nadie las compraba; compraban las de la otra fábrica. Por el embalaje.

—¿La fábrica que hacía las gafas negras?

—La Unión Soviética.

—¿Eran idiotas o qué?

—No es tan sencillo... ¿De dónde las sacaste?

Chevette miró el café.

—Las encontré. —Levantó el tazón y bebió.

—¿Trabajas hoy? —Skinner se levantó y se metió la camisa en los pantalones. La herrumbrada hebilla del viejo cinto de cuero estaba sujeta con clips retorcidos.

—De doce a cinco de la tarde. —Chevette levantó las gafas, las miró del otro lado. Pesaban demasiado para el tamaño que tenían.

—Tengo que hacer venir a alguien. A mirar el combustible...

—¿Fontaine?

Skinner no contestó. Chevette volvió a poner las galas en el ante negro. Cerró el estuche. Se levantó. Llevó los platos a la cocina. Volvió la mirada al estuche que descansaba en la mesa.

Más vale que lo tire, pensó.

9. Cuando la diplomacia fracasa

Rydell salió de Burbank hacia la joven noche del martes a bordo de una aeronave de rotor pivotante de la CalAir. El tipo de San Francisco había pagado el billete desde el punto de destino. Dijo que lo llamara Freddie. En CalAir no había juegos en el respaldo de los asientos, y los pasajeros pertenecían sin duda alguna a una escala más baja. Bebés que lloraban. Le tocó un asiento de ventanilla. Allá abajo se veía el tendido de luces a través de la tenue película de grasa capilar del pasajero anterior: el Valle. Las oquedades turquesas de las escasas piscinas que quedaban, fondos iluminados. Un dolor sordo en el brazo.

Cerró los ojos. Vio a su padre en la cocina de la caravana en Florida, lavando un vaso. En ese preciso instante ya no había duda de que la muerte le crecía por dentro, era un hecho establecido, había cruzado alguna línea. Hablaba de su hermano, del tío de Rydell, tres años más joven y muerto hacía cinco años; una vez le había enviado a Rydell una camiseta desde África. Sellos del ejército en el sobre de burbujas. Uno de aquellos antiguos bombarderos B-52 y estas palabras: CUANDO LA DIPLOMACIA FRACASA.

—Esa debe de ser la Autopista de la Costa, ¿verdad?

Abrió los ojos y vio a la señora que se estiraba por encima de él para mirar a través de la película de grasa capilar. Parecida a la señora Armbruster, su maestra de quinto grado; más vieja de lo que habría sido su padre ahora.

—No lo sé —dijo Rydell—. Podría ser. Yo veo todo como si fueran calles. Quiero decir —añadió— que no soy de aquí.

La señora le sonrió mientras volvía al abrazo de su angosto asiento. Igual que la señora Armbruster. La misma extraña combinación de tela de paño y malla de punto y abrigo Santa Fe. Esas ancianas de zapatos de suela gruesa de caucho.

—Nadie lo es —dijo, y estiró el brazo para palmearle la rodilla vestida de caqui—. Al menos en estos tiempos.

Kevin le había dejado llevarse los caquis.

—Ajá —dijo Rydell mientras su mano buscaba desesperadamente el botón para reclinar el asiento, el pequeño círculo de metal que lo esperaba para ayudarlo a parecer dormido. Cerró los ojos.

—Yo voy a San Francisco a ocuparme del traslado de mi difunto esposo a una unidad criogénica más pequeña —dijo ella—. Una que ofrece módulos de depósito individuales. Las revistas del ramo lo llaman «tratamientos de boutique», por grotesco que parezca.

Rydell encontró el botón y descubrió que los asientos de la CalAir permitían un reclínamiento máximo de diez centímetros.

—Lleva en criogénesis, no sé, nueve años; pero nunca me ha gustado la idea de que su cerebro vaya dando tumbos por ahí. Envuelto en papel de aluminio. ¿A usted no le hace pensar en tubérculos horneados?

Los ojos de Rydell se abrieron. Trató de pensar en algo que decir.

—O en zapatillas deportivas en una secadora —añadió ella—. Ya sé que están hipercongelados, pero no da en absoluto la impresión de descanso, ¿verdad?

Rydell se concentró en el respaldo del asiento que tenía delante. Nada más que plástico. Gris. Ni siquiera un teléfono.

—Estos sitios tan pequeños no prometen nada nuevo en lo que al despertar se refiere, desde luego. Pero a mí me parece que añaden un toque de dignidad. Yo al menos lo veo en términos de dignidad.

Rydell miró de costado. Su mirada quedó atrapada en la de ella: ojos color de avellana enmarcados por una finísima trama de arrugas.

—Y desde luego yo no estaré si alguna vez lo descongelan, o lo que sea. No creo en eso. Siempre discutíamos. Yo pensaba en los miles de millones de muertos, en la mortalidad anual de los países pobres. «David», le decía, «¿cómo puedes siquiera considerar esa posibilidad cuando la mayor parte de la humanidad vive sin aire acondicionado?»

Rydell abrió la boca. La cerró.

—Yo, sin ir más lejos, soy miembro tarjeta-habiente de Cese a Medianoche.

Rydell no sabía muy bien qué podía significar eso de «tarjeta-habiente», pero sí que Cese a Medianoche era una organización de ayuda mutua para la eutanasia, e ilegal en Tennessee. Aunque allí también lo hacían, y un colega policía le había contado que dejaban leche y galletas a disposición del personal de las ambulancias. Por lo general

solían practicárselo a ocho o nueve de una sola vez. Corte. Así lo llamaban los enfermeros. Lo hacían mezclando drogas de prescripción legal. Sin agonía, sin ruido. Los suicidios más limpios del mundo.

—Perdone, señora —dijo Rydell—, pero es que yo tendría que recuperar algo de sueño.

—No faltaba más, joven. Si que parece usted cansado.

Rydell cerró los ojos, reclinó la cabeza y permaneció así hasta que sintió que los rotores pivotaban en posición de descenso.

—Tommy Lee Jones —dijo el negro. Tenía un peinado que parecía una maceta al revés y lucía una espiral esculpida a un lado de la mata de pelo. Como un fez pero sin la borla. Medía poco más de metro y medio, y la camisa, tres tallas más grande, le hacía parecer demasiado ancho. Era una camisa amarillo limón con un estampado de pistolas de tamaño natural, a todo color, de todos los tipos. Llevaba además unas enormes bermudas azul marino que le llegaban muy por debajo de las rodillas. Calcetines de campaña, zapatillas deportivas con lucecitas rojas incrustadas en el borde de las suelas y unas gafas espejadas con lentes del tamaño de las monedas de cinco dólares.

—Te equivocas de persona —dijo Rydell.

—No, hombre, tú le pareces a él.

—¿A quién?

—A Tommy Lee Jones.

—¿Quién?

—Era un actor. —Por un instante Rydell pensó que aquel hombre estaba en la secta del reverendo Fallón. Tenía hasta el mismo color de gafas que las lentillas de contacto de Sublett—. Tú eres Rydell. Te he visto en Separado al Nacer.

—¿Tú eres Freddie? —Separado al Nacer era un programa informático de la policía que se usaba para casos de personas desaparecidas. Escaneaban la foto de la persona buscada y el ordenador daba los nombres de una media docena de celebridades que se parecieran al individuo en cuestión, y luego se dedicaban a preguntar a la gente si había visto últimamente a alguien que le recordase a A, B o C... Lo curioso era que daba mejor resultado que enseñando la foto de la propia persona. El instructor de la Academia de Knoxville había explicado a la clase de Rydell que eso se debía a que ponía en acción la parte del cerebro que mantenía el registro de las celebridades. Rydell imaginó que eso debía de ser algún tipo de lóbulo para estrellas de cine. ¿Tendríamos de verdad algo así? En ese caso, el de Sublett tenía que ser enorme. Cuando probaron el programa con Rydell, en la Academia, salió asociado con Howie Clacton, el lanzador del equipo de Atlanta; no recordaba que nadie lo asociara con ningún Tommy Lee Jones, aunque tampoco pensaba que se pareciese gran cosa a Howie Clacton.

El tal Freddie le tendió una mano muy blanda que Rydell estrechó.

—¿Tienes equipaje? —preguntó Freddie.

—Sólo esto. —Rydell levantó un poco la Samsonite.

—Ese que está allí es el señor Warbaby —dijo Freddie, apuntando hacia una puerta de salida, donde una chilanga uniformada verificaba las tarjetas de embarque de los pasajeros antes de dejarlos salir. Otro negro sobresalía por detrás de ella, enorme, ancho como Freddie, pero el doble de alto.

—Un tipo grande.

—Ajá —dijo Freddie—, y más vale que no lo hagamos esperar. Hoy le duele la pierna, pero insistió en venir caminando desde el estacionamiento para recibirte.

Rydell estudió al hombre mientras se acercaban a la puerta, mientras le daba la tarjeta a la guardia. Era enorme, más de un metro noventa, pero lo que más le llamó la atención era la inmovilidad que transmitía, y también la tristeza que tenía en el rostro. Esa mirada la había visto en los ojos de un pastor negro al que su padre solía ir a escuchar, ya en los últimos tiempos. Bastaba con mirar la cara del pastor para imaginar que había visto todo lo que la vida tiene de triste y eso hacía que hasta se pudiese creer lo que decía. Al menos el padre de Rydell se lo creía, quizá, hasta cierto punto.

—Lucius Warbaby —dijo el hombre mientras sacaba de los profundos bolsillos de una larga gabardina de color verde oliva, con forro de seda cosido en rombos, las manos más grandes que Rydell había visto jamás. La voz sonó tan profunda que casi era subsónica. Rydell miró la mano tendida y vio que lucía uno de esos anticuados anillos de chapa

ancha, en el que se leía WARBABY en mayúsculas sans-serif hechas con pedacitos de brillantes.

Rydell respondió al apretón de manos y sus dedos abrazaron el oro y los diamantes.

—Encantado de conocerlo, señor Warbaby.

Warbaby tenía puesto un Stetson negro que llevaba totalmente horizontal, con el borde del ala doblado hacia arriba. Usaba gafas de gruesa montura negra. Lentes transparentes, tan ordinarias como vidrios de ventanas. Los ojos detrás de aquellas lentes eran chinos o algo por el estilo: gatunos, sesgados, de un extraño color pardo dorado. Se apoyaba en uno de esos bastones ajustables que dan en los hospitales. Tenía puesta en la pierna izquierda una abrazadera de carbono con acolchado de nailon azul oscuro. Têjanos negros de tela delgada, recién comprados, sin lavar, metidos en las cañas de unas botas tejanas de tres tonos de negro, esmeradamente lustradas.

—Dice Juanito que es usted un chófer decente —dijo Warbaby, como si se tratara del comentario más triste que jamás había oído. Rydell no sabía que a Hernández lo llamaran así—. Dice que no conoce usted la zona...

—Así es.

—La ventaja de eso —dijo Warbaby— es que nadie de aquí lo conoce. Llévale la maleta, Freddie.

Freddie recogió el equipaje de Rydell con manifiesta reticencia, como si no le gustara que lo vieran cargar esas cosas.

La mano del anillo grande se apoyó en un hombro de Rydell. Sólo el anillo parecía pesar diez kilos.

—¿Le ha explicado Juanito qué es lo que estamos haciendo?

—Habló de un robo en un hotel. Dijo que IntenSecure lo había contratado a usted especialmente...

—Un robo, en efecto. —Warbaby daba la impresión de soportar él solo la gravedad moral del universo entero, y de estar resuelto a aguantar la carga—. Algo se ha perdido. Y ahora todo está más... complicado.

—¿Y eso?

Warbaby soltó un suspiro.

—El hombre que lo perdió está muerto.

Algo más brillaba en esos ojos.

—¿Muerto cómo? —preguntó Rydell, cuando le quitaron el peso del hombro.

—Homi-cidio —dijo Warbaby, en voz baja y lúgubre pero con pronunciación muy clara.

—Se está usted preguntando de dónde sale mi nombre —dijo Warbaby desde el asiento trasero de su Ford Patriot negro.

—Me estoy preguntando dónde meter la llave, señor Warbaby —dijo Rydell, sentado al volante y estudiando un tablero de instrumentos lleno de opciones. Los coches norteamericanos eran los únicos del mundo que aún se molestaban en exhibir físicamente la instrumentación. Quizá por eso no abundaban. Lo mismo que esas Harley con tracción de cadena.

—Mi abuela —retumbó Warbaby, como una placa tectónica que cede y se hunde hacia la China— era vietnamita. Mi abuelo era un chico de Detroit. Un militar. Se la trajo de Saigón, pero no tardó en dejarla. Mi padre, su hijo, se cambió el apellido por Warbaby,²¿entiende? Un gesto. Sentimental.

—Ajá —dijo Rydell poniendo el voluminoso Ford en marcha y verificando la transmisión. Saigón era adonde los ricos iban de vacaciones.

Doble tracción. Blindaje de cerámica. Neumáticos Goodyear Barrecalles, sólo un arma grande podía pincharlos. De la rejilla de ventilación colgaba un ambientador de cartón cortado en forma de pino.

—Y en cuanto a lo de Lucius, pues la verdad es que no lo sé.

—Señor Warbaby —dijo Rydell torciendo el cuello—, ¿adónde quiere que lo lleve?

En el tablero de instrumentos sonó de pronto un pitido de módem.

Sentado en el lujoso asiento del acompañante, Freddie soltó un silbido.

—La madre que lo parió —dijo—. ¡Qué fuerte!

Rydell giró de nuevo la cabeza para ver qué salía del fax: un gordo, desnudo sobre sábanas empapadas de sangre. Charcos de sangre donde los fogonazos del flash del fotógrafo quedaban fijados como tenues espejismos de sol.

—¿Qué es lo que tiene debajo de la barbilla? —preguntó Rydell.

—Una corbata cubana —dijo Freddie.

—No, hombre. —La voz de Rydell subió una octava—. ¿Qué es eso?

—La lengua del tipo —dijo Freddie, arrancando la hoja de la ranura y pasándosela a Warbaby.

Rydell oyó el crujido del fax.

—Qué gente —dijo Warbaby—. Es terrible.

10. Baile moderno

Yamazaki estaba sentado en un taburete bajo mirando cómo se afeitaba Skinner.

Skinner estaba sentado en el borde de la cama y se enrojecía la cara con una afeitadora desechable, enjuagando la hoja en un abollado cuenco de aluminio que acunaba entre las piernas.

—La hoja está vieja —dijo Yamazaki—. ¿No la tira usted?

Skinner lo miró por encima de la afeitadora plástica.

—Verás, Scooter, lo que pasa es que al cabo de un tiempo no pierden más el filo. —Se enjabonó otro poco y se afeitó el bigote; entonces se detuvo. Durante las primeras visitas Yamazaki había sido «Kawasaki». Ahora era «Scooter». Aquellos viejos ojos claros lo contemplaban con una mirada neutra, encapuchados bajo párpados rojizos. Yamazaki pensó que Skinner se reía para sus adentros.

—¿Le doy risa?

—Hoy no —dijo Skinner, dejando caer la afeitadora en el cuenco, donde pelos de barba gris y jabonaduras se arremolinaron en una demostración de tensión superficial—. No como el otro día, cuando te vi persiguiendo esos zurullos.

Yamazaki había pasado toda una mañana tratando de diagramar la disposición del alcantarillado en el grupo de viviendas que, pensaba él, eran el «vecindario» de Skinner. La profusa utilización de mangueras transparentes de cinco pulgadas daba amenidad a su trabajo, que así parecía un juego pensado para niños, sobre todo cuando se afanaba por seguir el trayecto de algún bolo de residuos que pasaba de una vivienda a la siguiente. Las mangueras bajaban por la superestructura en elegantes arcos aleatorios, entreverándose como haces de ganglios que se unían bajo la calzada inferior en un tanque de cuatro mil litros. Cuando el tanque se llenaba, le había explicado Skinner, un conmutador de mercurio instalado en un flotador activaba una bomba y mandaba las aguas residuales a un colector de un metro de diámetro que las transportaba hasta la red municipal.

Yamazaki se había propuesto considerar ese cruce como un interfaz entre el programa del puente y el programa de la ciudad, pero sonsacarle a Skinner lo que pudiera decirle de la historia del puente era a todas luces más importante. Convencido de que Skinner conocía la clave del significado existencial del puente, Yamazaki había abandonado la exploración física de la construcción secundaria para pasar el mayor tiempo posible en compañía del viejo. Cada noche, desde el apartamento que le habían prestado, enviaba el material acumulado en la jornada al Departamento de Sociología de la Universidad de Osaka.

Ese día, mientras subía hacia el ascensor que lo llevaría a casa de Skinner, se había encontrado con la chica, que bajaba para dirigirse al trabajo, con el cuadro de la bicicleta colgado de un hombro. Estaba empleada como mensajera en la ciudad.

¿Sería significativo que Skinner compartiese su vivienda con alguien que se ganaba la vida en la arcaica intersección de la información y la geografía? Los despachos que la chica visitaba eran electrónicamente contiguos; a efectos prácticos, constituían un único ordenador para el que no había mapa de distancias a causa de la naturaleza instantánea y sin costuras de la comunicación. Con todo, esa misma naturaleza sin costuras, que había hecho del correo físico una novedad costosa, podía ser considerada como una forma de porosidad, y hacía por ende necesario el servicio que la chica prestaba. Al transportar físicamente fragmentos de información por una retícula que consistía en poco más que precisamente eso, el nivel de seguridad era absoluto en el universo fluido de los datos. Con el documento metido en el bolso de la chica, era posible saber exactamente dónde estaba; de otro modo, el documento no estaba en ningún lugar, o quizá estaba simultáneamente en todos, en ese instante del tránsito.

La encontró atractiva, a la chica de Skinner, en cierto sentido extraña, exótica, con esas piernas blancas y duras y esa alborotada y agresiva cola de pelo oscuro.

—¿Sueñas, Scooter? —Skinner puso el cuenco a un lado con manos un poco temblorosas, y se recostó en almohadas que tenían lamparones de humedad. La pared de madera chapada pintada de blanco crujió débilmente.

—No, Skinner-san. Pero usted me prometió que me contaría la primera noche, cuando decidieron tomar el puente... —Hablabla con voz suave, con palabras deliberadamente

escogidas, intentando irritar y agujonear a su interlocutor. Activó la función de grabación del cuaderno.

—No decidimos nada. Te lo he dicho ya...

—Bueno, pero por alguna razón sucedió.

—Las cosas pasan. Pasó esa noche. Sin señales, sin líder, sin arquitectos. Tú crees que fue política. Pero eso ya no se baila, muchacho.

—Pero usted dijo que la gente estaba «preparada».

—Pero no para nada en particular. Eso es lo no parece entender. De acuerdo, el puente estaba allí, pero no he dicho que estuviese esperándonos. ¿Ves la diferencia?

—Creo que...

—Tú no crees una mierda. —En ocasiones el cuaderno ordenador tenía problemas para registrar los coloquialismos de Skinner, que además solía farfullar. Un sistema experto de Osaka había sugerido que quizá el hombre había sufrido algún tipo de daño nervioso, tal vez debido al consumo de drogas callejeras, o a uno o más derrames cerebrales de poca intensidad. Pero Yamazaki pensaba que Skinner había pasado demasiado tiempo cerca de esa cosa que había permitido al puente convertirse en lo que se había convertido—. Nadie —siguió Skinner, hablando pausadamente al principio, como para hacer hincapié— usaba el puente para nada. Después de la llegada del Pequeño Grande, ¿entiendes?

Yamazaki asintió mientras miraba cómo las letras del discurso de Skinner, ya traducido, llenaban la pantalla.

—El terremoto lo jodió todo, Scooter. El túnel de Tesoro se vino abajo. Esa parte siempre había sido inestable. Al principio dijeron que lo iban a reconstruir, de abajo arriba, pero no tenían dinero ni para empezar. Así que lo cerraron con cercas de alambre, rematadas con alambre de espino, levantaron paredes de hormigón en ambos extremos. Entonces llegaron los alemanes, unos dos años después, vendiendo nanomecánica y diciendo cómo construir el nuevo túnel. Sería barato; habría espacio para una autopista y un tren magnético. Y nadie podía creerse la rapidez con que lo llevaron a cabo, una vez que los Verdes le dieron el visto bueno. Y claro, los grupos de presión Verdes de la biotecnología los obligaron a cultivar los tramos en Nevada. Como si fueran calabazas, Scooter. Luego los trajeron hasta aquí con grúas y los hundieron en la bahía. Unas máquinas pequeñísimas pero duras como diamantes pululaban alrededor; luego lo engancharon todo y, pumba, allí estaba el túnel. El puente quedó donde lo ves.

Yamazaki contuvo el aliento, seguro de que Skinner perdería el hilo, como solía suceder; a veces, sospechaba Yamazaki, deliberadamente.

—Había una mujer que no paraba de decir que había que cubrirlo todo con hiedra; trepadora de Virginia, decía. Otro decía que tenían que demolerlo antes de que lo hiciese otro terremoto. Pero allí siguió. Y en las ciudades, cantidad de gente sin un sitio donde estar. Si tenías suerte encontrabas casa en los pueblos de cartón de los parques. Además, habían traído de Portland unos tubos de goteo que instalaron conectándolos a los colectores de lluvia de los edificios. Tanta agua iba a dar al suelo de las aceras que no había quién parase allí. Vaya ciudad jodida, Portland. Eso lo inventaron allí. —Tosió—. Pero esa noche la gente se instaló, sin más. Después se contaron historias para todos los gustos sobre cómo ocurrió. Los chaparrones no cesaban, además. ¿Quién iba a pensar en disturbios con un tiempo así?

Yamazaki imaginó los dos arcos del puente abandonado en medio de la lluvia, la multitud acumulándose. Vio cómo escalaban las cercas de alambre, las barricadas; eran tantos que la cerca cedió, cayó. Entonces subieron a las torres; más de treinta se mataron al caer. Pero cuando amaneció, allí estaban los supervivientes, aferrados en lo alto, acompañados por los helicópteros de la prensa que, en medio de la luz gris, volaban en círculos como pacientes libélulas. Eso lo había visto muchas veces, al mirar las grabaciones en Osaka. Pero Skinner había estado allí.

—Igual eran mil, de este lado. Otros mil en Oakland. Y echamos a correr. La policía iba quedando atrás; al fin y al cabo, ¿qué protegían? Lo que hacían era seguir las instrucciones que les habían dado en materia de multitudes: no dejar que la gente se reúna en las calles. Allí estaban, con sus helicópteros en la lluvia, alumbrándonos. Nos lo pusieron más fácil. Yo llevaba unas botas de punta. Corrí hasta una cerca de malla de alambre que mediría casi cinco metros y fui clavando las botas para subir. Así es fácil subir una cerca, ¿sabes? Hombre, subí como si volara. Arriba me esperaban rollos de alambre de espino, pero los que venían detrás me empujaban, empujaban hacia arriba lo

que tuvieran delante; eran filas de dos por cuatro, con abrigo, sacos de dormir. Todo eso para ponerlo encima de la cerca. Y yo sentía como... si no pesara.

Yamazaki tuvo la impresión de que ya no estaba muy lejos del meollo de la historia.

—Salté. No sé quién saltó primero, pero salté. Al otro lado. Caí al asfalto. La gente gritaba. Habían aplastado las barreras del lado de Oakland, que eran más bajas. Vimos las luces cuando corrían ya por el voladizo. Las de los helicópteros de la policía y las de balizas que llevaban algunos. Corrían hacia Tesoro. Allí no quedaba nadie desde que se habían marchado los de la Marina... También nosotros echamos a correr. Nos encontramos como a mitad de camino y empezaron a oírse los hurras. —La mirada de Skinner era desenfocada, extraviada y distante—. Después de eso se pusieron a cantar, himnos y mierdas por el estilo. Se arremolinaban, cantando. Una locura. Yo y otros más estábamos muy excitados. Y veíamos que la policía se acercaba. Tanto nos daba.

Yamazaki tragó saliva.

—¿Y entonces?

—Empezamos a subir. A las torres. Tenían unas escalerillas soldadas, ¿sabes?, para que los pintores pudieran subir. Pues nosotros subimos. La televisión ya había mandado sus propios helicópteros, Scooter. Estábamos saliendo en los telediarios de todo el mundo y no lo sabíamos. ¿Quién se iba a enterar? ¿A quién le importaba? La cosa era subir. Pero estábamos saliendo en vivo y en directo. A la policía eso le ponía las cosas difíciles. La gente se caía. El que yo tenía delante llevaba las suelas de los zapatos sujetas con cinta aislante negra. La cinta estaba empapada, se le iba soltando, le resbalaban los pies. Todo esto en mis narices. Los pies le resbalaban en los peldaños de la escalerilla y me plantaba el talón en los ojos. Yo no miraba... Ya casi en lo alto le resbalaron los dos pies al mismo tiempo.

Skinner guardó silencio, como si escuchase algún sonido distante. Yamazaki no se atrevió a respirar.

—Para aprender a subir —siguió—, lo primero es no mirar abajo. Segundo, una mano y un pie en el puente todo el tiempo. Ese hombre no lo sabía. Y con esos zapatos... Se desprendió, cayó de espaldas. No hizo ni un solo ruido. Fue casi... elegante.

Yamazaki sintió un escalofrío.

—Pero yo seguí subiendo. Había parado de llover, ya amanecía. Me quedé.

—¿Qué sintió? —preguntó Yamazaki.

Skinner parpadeó.

—¿Sentir?

—Bueno, ¿qué hizo?

—Vi la ciudad.

Yamazaki bajó en el ascensor de Skinner hasta donde empezaba la escalera; la cesta amarilla y vertical parecía un vaso de picnic olvidado por algún gigante. En la calle hervía el bullicio del comercio nocturno, y desde la oscuridad de un zaguán le llegaron ruidos de naipes, la risa de una mujer, voces estridentes en español. El atardecer era un vino rosado al otro lado de unas lonas de plástico que aleteaban como velas en un viento que traía olor a comidas fritas, humo de maderas, el aroma dulce y oleoso del cannabis. Unos chicos con maltratadas chaquetas de cuero se acucillaban alrededor de un juego cuyas piezas eran guijarros pintados.

Yamazaki se detuvo. Se quedó muy quieto, con una mano apoyada en una baranda de madera embadurnada con rayas de aerosol plateado. El relato de Skinner parecía irradiarse a través de todas las cosas, de las sonrisas de caras sin lavar y del olor de las cocinas, como aros concéntricos de sonido nacidos de alguna campana escondida, de tono demasiado bajo para el ansioso oído extranjero.

No sólo hemos transitado el cierre del siglo, pensó, el cambio del milenio, sino también el fin de otra cosa con otro nombre. ¿Era? ¿Paradigma? Por todas partes, señales de cierre. La modernidad tocaba a su fin. Allí, en el puente, hacia ya tiempo que eso había ocurrido.

Ahora caminaría hacia Oakland, en busca del extraño corazón de esa cosa nueva.

11. De entrega

Era martes. Chevette no estaba en forma. No podía proyectar. No enfocaba. Lo notó Bunny Malatesta, el que asignaba los repartos, y su voz le sonó a ella como un zumbido.

—Chev, no te lo tomes a mal, pero ¿no tendrás la reglamentaria por casualidad?

—Vete a la mierda, Bunny.

—Oye, que sólo quise decir que hoy no estás como una moto, como de costumbre. Sólo eso.

—Dame la dirección.

—Mo, 655, quince, recepción.

Recogió el encargo, fue hasta Cali, 555, piso 51. Hizo la entrega y bajó otra vez. El día se había puesto gris después de la promesa de la mañana.

—Montgomery, 456, treinta y tres, recepción, usa el montacargas.

Chevette se detuvo y dejó la mano en el bucle de reconocimiento de la bici.

—¿Y eso?

—Dicen que los mensajeros han estado tallando graffiti en los ascensores de los usuarios. Usa el montacargas o te echarán o no te dejarán entrar, en cuyo caso Aliados rescindiré tu contrato.

Recordó haber visto el emblema de Ringer rayado en la plaqueta de inspección de uno de los ascensores del 456. Maldito Ringer. Había rayado más ascensores que cualquier otro en toda la historia. Hasta llevaba consigo un juego de herramientas para hacerlo.

De 456 la mandaron a 1 EC con una caja más grande de lo que debía aceptar, pero para eso estaban los portabultos y las correas, y además, ¿por qué darle el negocio a los transportistas? Bunny la llamó cuando salía y la mandó a Beale, 50, la cafetería del segundo piso. Supuso que sería el bolso de una mujer, envuelto en un plástico de cocina, y no se equivocó. Marrón, de piel de lagarto o algo parecido y con un par de ramitas verdes atascadas en las esquinas del plástico. Las mujeres olvidan los bolsos, se dan cuenta, y piden al encargado que mande un mensajero. Suelen ser buena fuente de propinas. Ringer y algunos otros tenían por costumbre abrirlos, revisar el contenido, y a veces encontraban drogas. Ella no. Ella pensaba en las gafas.

Ese día no había modo de acelerar el reparto. Aliados no marcaba itinerarios, pero a veces salían por casualidad; recoger esto aquí, dejarlo allá, luego eso allí. Pero era raro que sucediera. Trabajando para Aliados había que pedalear mucho más. Su récord era de dieciséis entregas en un día; costaba lo mismo que hacer cuarenta en otra empresa.

Llevó el bolso a Fulton, en Masonic, y allí le dieron dos monedas de cinco una vez que la propietaria hubo comprobado que no faltaba nada.

—El restaurante tiene la obligación de llevarlo a la poli —dijo Chevette—. No queremos estas responsabilidades—. Mirada inexpresiva de la señora del bolso, que parecía una secretaria. Chevette guardó la propina.

—Alabama, 298 —dijo Bunny, como si le regalase una perla de gran valor—. A ver si tonificas esos muslos.

Chevette salió pitando para llegar lo antes posible, recoger y llevar. Pero no conseguía alcanzar el rendimiento de costumbre.

Las gafas del imbécil...

—Por razones tácticas —dijo la rubia—, actualmente no abogamos ni por la violencia ni por la brujería contra particulares.

Chevette acababa de volver de la calle Alabama, la última entrega del día. La mujer que hablaba para la CNN en la diminuta pantalla plana que había en lo alto de la puerta del despacho de Bunny llevaba el rostro cubierto por una tela negra que se estiraba y tenía tres aberturas triangulares. Las letras azules en la base de la pantalla decían: FIONA X - PORTAVOZ - FRENTE DE LIBERACIÓN DE SOUTH ISLAND.

El pasillo que conducía a Mensajeros Aliados, excesivamente iluminado por tubos fluorescentes, olía a estireno, impresoras láser, zapatillas deportivas abandonadas, bolsas de comida rancia que trajeron a Chevette recuerdos de una guardería en un sótano sin calefacción, en Oregón, con una descolorida luz de invierno que se colaba por altas ventanas opacas. En ese instante la puerta de calle se abrió de golpe a sus espaldas, y un par de embarradas zapatillas talla 43 color neón bajaron golpeando las

escaleras; Samuel Saladin DuPree, con las mejillas salpicadas de comas grises de polvo callejero, la miró exhibiendo una enorme sonrisa.

—¿Qué te hace tan feliz, Sammy Sal?

El mensajero más guapo de Aliados, sin lugar a dudas. DuPree eran ciento ochenta y cinco centímetros de ébano eléctrico, distribuidos por un cuerpo de tal fuerza y elegancia que Chevette le imaginaba huesos de metal bruñido revestido con tres capas de cromo: una armadura de mercurio. Como en esas viejas películas donde el tipo grandote se mete a político después de haberse dejado la piel en alguna historia. A la mayoría de las chicas, pensar en los huesos de Sammy Sal les daba ganas de que él les estrujara los suyos, pero no a Chevette. Sammy Sal era gay, eran amigos, y últimamente Chevette no estaba muy segura de qué efecto le causaba todo eso.

—Pues la verdad —dijo Sammy Sal, quitándose la suciedad de la cara con el dorso de una de las largas manos— es que he decidido matar a Ringer. Y la verdad, como sabes, nos hace libres...

—Ya —dijo Chevette—, apuesto que hoy has entregado en 456.

—Así es, querida. Eso hice. Hasta allá arriba, en un montacargas asqueroso. En un montacargas asqueroso y lento. ¿Y por qué?

—Porque Ringer escribió su emblema en las placas, Sal. ¿También en la madera?

—Exactamente, querida Chevette. —Sammy Sal se soltó el pañuelo azul que llevaba al cuello y lo usó para limpiarse la cara—. Por lo tanto, habrá culo roto a puntapiés.

«...y has de empezar, ahora, a sabotear sistemáticamente tu propio trabajo —decía Fiona X—; y si no lo haces serás considerado enemigo de la especie humana.»

Con un ruido seco se abrió la puerta de la taquilla de repartos, un lugar tan intrincadamente revestido de horarios, organigramas, envejecidos registros municipales y faxes de quejas de clientes que Chevette no alcanzaba a imaginar el aspecto que podría tener la superficie original. Bunny asomó la cabeza, marcada de cicatrices y mal afeitada, como si fuera una tortuga, parpadeando a la luz del pasillo y mirando automáticamente hacia arriba, atraído por el tono de Fiona X. El lustro se le endureció cuando vio la máscara, y empleó menos tiempo en el zapping mental que en dejar de mirar la pantalla.

—Tú —dijo, mirando ahora a Chevette—, Chevy. Ven aquí.

—Espérame, Sammy Sal —dijo Chevette.

Bunny Malatesta había sido mensajero ciclista en San Francisco durante treinta años. Lo seguiría siendo si las rodillas y la espalda no se lo hubiesen impedido. Era a la vez lo mejor y lo peor que había para trabajar con Aliados. Lo mejor porque llevaba un mapa ciclista de la ciudad colgado en el fondo de los ojos, mejor que el que pudiese producir cualquier ordenador. Conocía todos los edificios, todas las puertas, cómo eran los vigilantes y la seguridad. Se sabía todo al dedillo, Bunny; y mejor aún, se sabía el folklore, toda la historia, los incidentes que a uno lo hacían sentirse parte de algo que valía la pena por muy demencial que fuera. Bunny era en sí una leyenda, que había pulverizado los parabrisas de unos siete coches de la policía a lo largo de su carrera de ciclista, un récord que seguía en pie. Pero era lo peor por las mismas razones y otras más, porque no había manera de engañarlo. Con cualquier otro encargado de asignaciones uno podía hacerse un poco el loco, pero no con Bunny. Porque él sabía.

Chevette lo siguió. Bunny cerró la puerta. Las antiparras que solía usar para su trabajo le bailaban colgadas del cuello, y uno de los visores acolchados llevaba un parche de celofán. La habitación no tenía ventanas y Bunny mantenía las luces apagadas para trabajar. Media docena de monitores en color formaban un semicírculo frente a un sillón negro giratorio que tenía la almohadilla lumbar rosada de caucho atada con cintas y parecía una gigantesca larva inflamada.

Bunny se masajeó la zona lumbar con la palma de las manos.

—El disco me está matando —dijo, sin dirigirse a Chevette.

—¿Por qué no le dices a Sammy Sal que te lo haga crujir? —Sugirió Chevette—, Lo hace muy bien.

—Ya cruje solo, cariño. Ése es precisamente el problema. Ahora cuéntame lo que estabas haciendo anoche en el Morrisey. Y más te vale que sea la verdad.

—Haciendo una entrega —dijo Chevette automáticamente. No había otro modo si quería seguir mintiendo y salirse con la suya. Esperaba que eso sucediera, pero no tan pronto.

Vio que Bunny se quitaba las antiparras, las desconectaba y las ponía encima de un monitor.

—¿Y cómo es que no registraste tu salida? Nos han llamado por eso; dicen que entraste a hacer una entrega, que verificaron tus chapas y que no volviste a salir. Oiga, le dije yo, le puedo asegurar que no está allí ahora, porque la he mandado a hacer un servicio a la calle Alabama.

Bunny la miraba.

—Eh, Bunny —dijo Chevette—, era mi última entrega, había dejado la bici en el sótano y al salir encontré un montacargas que estaba bajando y lo aproveché. Va sé que hay que registrar la salida, pero pensé que habría también alguien a la salida del garaje, ¿sabes? Cuando llegué a la rampa no había nadie, sólo un coche que salía, así que me colé detrás pasando por debajo de la barrera y me encontré en la calle. ¿Qué, tendría que haber dado la vuelta y entrado en el vestíbulo?

—Ya sabes lo que dice el reglamento.

—Era tarde, ¿sabes?

Bunny se sentó con dolorido esfuerzo en el sillón de la almohadilla lumbar. Puso las manos nudosas sobre las rodillas y se quedó mirando a Chevette, cosa nada acostumbrada en Bunny. Algo lo tenía preocupado de verdad. No sólo unos vigilantes que se habían puesto pesados porque el mensajero no había registrado la salida.

—¿Cuán tarde?

—¿Eh?

—Quieren saber a qué hora te marchaste.

—Pues, unos diez minutos después de haber entrado. Como mucho quince. El sótano es un laberinto.

—Entraste a las 18:32:18 —dijo él—. Ésa fue la hora a la que te registraron. Han hablado con el cliente, un abogado, por eso saben que entregaste. —Seguía mirándola.

—Bunny, ¿qué pasa, hombre? Diles que metí la pata, ya está.

—¿No fuiste a ninguna otra parte del hotel?

—No —dijo Chevette y sintió una extraña corriente que la recorría, como si hubiese cruzado una línea que no permitía volverse atrás—. Bunny, yo le entregué el paquete al cliente.

—No creo que les preocupe el paquete del cliente —dijo Bunny.

—¿Y entonces?

—Mira, Chev —dijo Bunny—, que me llame el de seguridad es una cosa. «Lo siento, jefe, no volverá a suceder.» Pero era un pez gordo de la empresa, IntenSecure, se llama, y habló con Wilson directamente. —El dueño de Aliados—. Y yo tengo que entendérmelas y arreglarlo todo con Wilson y con mister Seguridad, tengo que hacer que Grasso me cubra las espaldas ante el consejo, y naturalmente, él arruina todo...

—Bunny —dijo Chevette—, lo siento.

—Vaya, conque lo sientes; yo también lo siento, pero resulta que hay un jefazo de los de seguridad sentado detrás de un escritorio preguntándole al jodido Wilson qué habías hecho exactamente después de haberle entregado el paquete al abogado. Preguntándole qué tipo de empleada eras exactamente, desde cuándo eres mensajera de Aliados, que si tienes antecedentes penales, que si por consumo de drogas, que dónde vives.

Chevette vio las gafas oscuras del imbécil, exactamente donde las había dejado. En el estuche, detrás de las National Geographic del 97 de Skinner. Trató de sacarlas de allí con un esfuerzo mental. Sacarlas por el techo que olía a alquitrán y hacerlas caer a la calle. Hundir las malditas gafas en la bahía tal como tendría que haberlo hecho esa mañana. Pero no, allí estaban.

—Esto no es normal —dijo Bunny—. No sé si me entiendes.

—¿Les has dicho dónde vivo, Bunny?

—Les dije que en el puente —explicó Bunny, esbozando una sonrisa—. No se puede decir que tengas lo que se llama una dirección, ¿verdad? —Hizo girar el sillón y empezó a apagar los monitores.

—Bunny —dijo Chevette—, ¿qué harán ahora?

—Irán a buscarte —dijo Bunny, de espaldas—. Porque no sabrán dónde seguir buscando. Tú no habrás hecho nada, ¿verdad Chevy? —Por la nuca le asomaba un poco de pelo gris.

Automáticamente:

—No. No... Gracias, Bunny.

Bunny respondió con un gruñido neutro, zanjando el asunto, y Chevette salió de nuevo al pasillo; el corazón le saltaba bajo la cazadora de Skinner. Subió la escalera y

llegó a la puerta pensando en el trayecto más corto hasta su casa, con un desfile de luces rojas en la cabeza, diciéndose: tengo que deshacerme de esas gafas, tengo que...

Sammy Sal tenía a Ringer acorralado contra una cesta de basura reciclada de color azul. En la rudimentaria percepción que Ringer tenía de las cosas estaba empezando a entrar la preocupación.

—Yo a ti no te he hecho nada.

—Has vuelto a escribir tu nombre en los ascensores, Ringer.

—¡Pero a ti no te he hecho nada!

—Causa y efecto, pedazo de idiota. Ya sabemos que para ti es un concepto difícil, pero inténtalo: si tú la cagas, la mierda sigue corriendo. Si sigues rayando tu nombre en los ascensores de lujo de los clientes, nosotros te la damos, puedes estar seguro. —Sammy Sal extendió los dedos largos y morenos de la mano izquierda por el casco súper reforzado de Ringer, palpándolo como si fuera una pelota de baloncesto, y se lo retorció tirando al mismo tiempo hacia arriba. La correa del casco se hundió en el mentón de Ringer.

—¡Yo no te hice nada! —gorgoteó Ringer.

Chevette pasó de largo esquivándolos para llegar al estacionamiento de bicis al pie del retrato mural de Shapely. Alguien le había arrojado un condón lleno de pintura azul que acertó en el místico ojo del mártir y derramó un chorro azul por la sacrosanta mejilla.

—Eh —la llamó Sammy Sal—, ven y ayúdame a torturar a este gusano.

Chevette pasó la mano por el bucle de identificación y trató de sacar el manillar de la bici del enredo de acero de molibdeno, grafito y revestimientos de aramida. Las alarmas de todas las demás bicicletas se dispararon a la vez, un coro frenético de balidos ensordecedores, gemidos de sirenas digitalizadas y el estallido de un larguísimo y estridente rosario de obscenidades en español, proferidas con rencor de serpiente, todo ello arteramente mezclado con gemidos de animal atormentado. Sacó la bici de allí, asentó los dedos del pie en el pedal, montó evitando por un pelo no caerse del otro lado, y arrancó hacia la calle. Por el rabillo del ojo vio que Sammy Sal soltaba a Ringer.

Vio que Sammy Sal subía a su propia bicicleta, un tubo grueso veteado de rosa y negro con las iridiscencias de Fluoro-Rimz de un generador instalado en el eje.

Sammy Sal la estaba siguiendo. Nunca había tenido tan pocos deseos de compañía.

Salió disparada.

Proyecta. Proyecta y nada más.

Como su sueño de la mañana, pero más aterrador.

12. Movimiento ocular

Rydell estuvo observando a los dos polis de San Francisco, Svobodov y Orlovsky, y resolvió que trabajar para Warbaby podía llegar a ser interesante. Los tipos eran auténticos, la acción pura y dura. Homicidios era lo máximo, no había otro departamento que se le igualase.

Y allí estaba él, en California del Norte, desde hacía cuarenta y ocho minutos, tomando café con los de Homicidios. Sólo que ellos tomaban té. Té caliente. En vasos. Con mucho azúcar. Rydell estaba sentado en el extremo, más allá de Freddie, que tomaba leche. Después estaba Warbaby, que no se había quitado el sombrero, luego Svobodov, y a su lado Orlovsky.

Svobodov era casi tan alto como Warbaby, pero en él todo era fibra y grandes protuberancias óseas. Tenía el pelo largo y muy claro, peinado hacia atrás desde la pétrea frente, con cejas que hacían juego, y una piel muy tersa y brillante, como si hubiese pasado demasiado tiempo frente a una estufa. Orlovsky era delgado y moreno, tenía un copete en el medio de la frente, dedos muy peludos, y llevaba esas gafas que parecen serradas por la mitad.

Ambos tenían esa cosa en la mirada, la que te clava y le inmoviliza y se hunde sin contemplaciones, pesada e inerte como el plomo.

Rydell había asistido a un curso de eso en la Academia de Policías, pero no le había servido de gran cosa. Se llamaba «Insensibilización y respuesta del movimiento ocular», y lo dictaba un psicólogo forense jubilado llamado Bagley, de la Universidad de Duke. Las clases de Bagley solían consistir en divagaciones sobre anécdotas de asesinos en serie que había procesado en Duke, muertes por autoestrangulación erótica, cosas así. Era sin duda una buena forma de pasar el tiempo entre «Casos de delitos famosos» y «Armas de fuego: planes de formación». Pero Rydell solía salir desconcertado de las clases de «Delitos famosos», pues invariablemente los instructores le pedían que hiciera el papel del delincuente. Y él no lograba entender por qué. Así que le costaba concentrarse en «Movimiento ocular». Y si alguna vez alcanzaba a extraer alguna lección útil de Bagley, una sesión de «Planes» bastaba para que la olvidara. «Planes» era como jugar un videojuego violento, pero con armas de verdad.

Cuando llegaba la hora de contar la puntuación obtenida en «Planes», había que revisar los orificios de entrada, las heridas, las de uno mismo o las del contrincante, y determinar si el perdedor había muerto desangrado o había entrado en coma hidrostático. Algunos tenían ataques de nervios postraumáticos después de un par de sesiones de «Planes», pero Rydell siempre salía con una sonrisa torcida. No porque fuera violento, o porque no le afectara ver sangre, sino por la dureza de la tarea. Pero no era de verdad. En todo caso, nunca aprendió a hechizar a la gente con la mirada. Pero al teniente Svobodov le sobraba ese talento, y su socio, el teniente Orlovsky, tampoco se quedaba atrás, pues era casi tan eficaz, y lo hacía desde el fondo de aquellas gafas cortadas. Encima, el tipo parecía un hombre lobo, lo que ayudaba bastante.

Rydell siguió estudiando la pinta de «Homicidios-San Francisco», que parecía consistir en una vieja gabardina marrón, chaleco negro antibalas y camisa y corbata blancas. Las camisas eran de botones hasta el cuello y las corbatas a rayas, como las del miembro de un club o algo así. Los pantalones tenían dobladillo en el ruedo y los mocasines solapa con borlas enormes y suela gruesa de caucho. Los únicos que llevaban ese tipo de camisas, corbatas y zapatos eran los inmigrantes, gente que se ponía lo más americano que hubiese. Pero rematar el conjunto con un antibalas y una London Fog gastada parecía otra cosa, una declaración de actitud. Tampoco chocaba con el conjunto la aerodinámica empuñadura de plástico de una H&K, que fue lo que Rydell vio asomar del chaleco abierto de Svobodov. No lograba recordar el número del modelo, pero parecía de las que llevaban el peine debajo del cañón. Empleaba balas sin cartucho que parecían lápices de cera, con un propelente plástico moldeado sobre aleaciones que asomaban como uñas grandes.

—Si supiéramos lo que tú ya sabes, Warbaby, las cosas serían más sencillas. — Svobodov echó una ojeada alrededor del reducido comedor y sacó un paquete de marlboros de la gabardina.

—Eso es ilegal en este estado, colega —dijo la camarera, encantada de poder amenazar a cualquiera con la ley. Lucía una cabellera abultada. Era uno de esos lugares

donde te toca comer si trabajas en una mierda de fábrica en el turno de medianoche. Si la suerte era completa, supuso Rydell, el paquete incluía exactamente ese tipo de mujer.

Svobodov la arrojó con unos dos mil voltios negativos de «mirada de poli», se sacó de un tirón un porta chapas de plástico negro del chaleco, lo abrió hacia la camarera y lo dejó caer. Guiado por el cordel de nailon, cayó golpeándole el pecho y Rydell oyó el ruido del choque: alguna armadura adicional había bajo esa camisa.

—Cuando vengan esos dos mormones de la patrulla de autopistas se lo enseñas a ellos —dijo la mujer.

Svobodov se llevó el cigarrillo a los labios.

Warbaby alzó un puño en el que sostenía un bloque de oro del tamaño de una granada de mano.

Con eso encendió el cigarrillo del ruso.

—¿Cómo es que tienes eso, Warbaby? —Dijo Svobodov al ver el encendedor—. ¿Ahora fumas?

—Cualquier cosa menos esos marlboros chinos, Arkady. —Fúnebre como siempre—. Están llenos de fibra de vidrio.

—Son norteamericanos —insistió Svobodov—. Con licencia del fabricante.

—Hace seis años que en este país no se produce un cigarrillo legal —dijo Warbaby con toda la tristeza del mundo.

—Marl-bor-ro —dijo Svobodov, sacándose el cigarrillo de la boca y señalando las letras al lado del filtro—. Cuando éramos niños, Warbaby, Marlboro representaba dinero.

—Arkady —dijo Warbaby, como haciendo gala de paciencia—, cuando éramos niños, el dinero era dinero.

Orlovsky se echó a reír. Svobodov hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué es lo que sabes, Warbaby? —dijo Svobodov, volviendo al tema.

—Han encontrado al señor Blix muerto en el Morrissey. Asesinado.

—Un trabajo profesional —dijo Orlovsky—, Quieren que lo veamos como un asunto étnico, ¿sabes?

Svobodov miró a Warbaby de soslayo.

—Eso no lo sabemos.

—¿Qué me dices de la lengua? —señaló Orlovsky, convencido—. Ahí está el cebo. Para despistarnos. Creen que pensamos en Los Reyes Latinos.

Svobodov aspiró del cigarrillo y sopló el humo apuntando hacia la camarera.

—¿Y qué es lo que sabes, Warbaby?

—Hans Rutger Blix, cuarenta y tres años, nacionalizado costarricense. —Warbaby hablaba como si pronunciase el primer discurso de un funeral.

—Muy bonito —le dijo Svobodov al Marlboro.

—Warbaby —dijo Orlovsky—, sabemos que estabas trabajando en esto antes de que a ese infeliz le cortaran la garganta.

—Infeliz —dijo Warbaby, como si el muerto hubiese sido un amigo, o un hermano de logia—. El hombre está muerto. ¿Eso lo hace un infeliz?

Svobodov no se movió de su asiento y siguió fumando. Apagó el Marlboro en el plato que tenía delante, al lado del atún intacto.

—Infeliz. Créeme.

Warbaby suspiró.

—¿Llevaba una cazadora, Arkady?

—Te interesa su cazadora —dijo Svobodov—. Dinos qué trabajo le estabas haciendo. Sabemos que habló contigo.

—Nunca hablamos.

—De acuerdo —dijo Svobodov—. Habló con IntenSecure. Tú trabajas por tu cuenta.

—Y nada más —dijo Warbaby.

—¿Por qué habló con IntenSecure?

—Porque perdió una cosa.

—¿Qué cosa?

—Algo de carácter personal.

Svobodov suspiró.

—Lucius. Por favor.

—Unas gafas de sol.

Svobodov y Orlovsky se miraron entre ellos y luego volvieron a mirar a Warbaby.

—¿IntenSecure llama a Lucius Warbaby porque alguien pierde unas gafas de sol?

—Tal vez fueran muy caras —sugirió Freddie tímidamente. Se estaba estudiando la cara en el espejo de detrás del mostrador.

Orlovsky entrelazó los dedos y los apretó.

—Se le ocurrió que podía haberlas perdido en una fiesta —adelantó Warbaby—; que a lo mejor alguien se las había robado.

—¿En qué fiesta? —Svobodov se movió en el taburete y Rydell oyó el crujido de la armadura escondida.

—Una fiesta en el Morrissey.

—¿La fiesta de quién? —Orlovsky lo miró por encima de las gafas.

—La fiesta del señor Cody Hardwood —dijo Warbaby.

—Hardwood —dijo Svobodov—. Hardwood...

—¿Te suena Pavlov? —dijo Freddie sin dirigirse a nadie.

—Dinero —gruñó Svobodov.

—Y no del de Marlboro —dijo Warbaby—. El señor Blix fue a la fiesta del señor Hardwood. Se tomó algunas copas...

—Tenía tanto alcohol en la sangre que no necesitaba que lo embalsamasen —dijo Orlovsky.

—Se tomó sus copas. Llevaba ese objeto en un bolsillo de la cazadora. A la mañana siguiente ya no lo tenía. Llamó a los de seguridad del Morrissey; ellos llamaron a IntenSecure; IntenSecure me llamó a mí...

—Desapareció su teléfono —dijo Svobodov—. Se lo llevaron. No hay nada con qué asociarlo. Ni agenda, ni cuaderno, nada.

—Trabajo profesional —entonó Orlovsky.

—¿Y las gafas? —Dijo Svobodov—. ¿Qué clase de gafas?

—Gafas de sol —dijo Freddie.

—Ésas las encontramos. —Svobodov sacó algo de un bolsillo lateral de la London Fog. Una bolsa de cremallera, de las que se utilizan para las pruebas del delito. La sostuvo en alto. Rydell vio unas astillas de plástico negro—. Realidad virtual barata. Pisoteadas en la alfombra.

—¿Se sabe qué metía en esas gafas? —preguntó Warbaby.

Ahora le tocaba a Orlovsky hacer las revelaciones. Sacó una segunda bolsa del bolsillo interior del chaleco negro.

—Buscamos software y no encontramos nada. Entonces lo radiografiamos. Alguien le metió esto por la garganta. —Un rectángulo negro. Llevaba una etiqueta adhesiva gastada y manchada—. Pero antes lo degollaron.

—¿Qué es? —preguntó Warbaby.

—McDonna —dijo Svobodov.

—¿Qué? —Freddie se asomó por encima de Warbaby para mirar el objeto—. ¿Mc-qué?

—Un pornochip. —Rydell no entendió al principio, pero luego cayó en la cuenta—. McDonna.

—Me pregunto si lo habrán leído de arriba abajo —dijo Freddie, sentado en el asiento trasero del Patriot. Tenía los pies apoyados en el respaldo del asiento del acompañante y las lucecitas rojas del reborde de las zapatillas le iban deletreando una canción.

—¿Leído qué? —Rydell tenía la mirada puesta en Warbaby y los rusos; estaban reunidos al lado de uno de los coches de policía secreta menos discretos que había visto jamás: era gris ballena y llevaba los faros y el radiador protegidos por una rejilla de grafito de expansión. Las gotas de una lluvia fina perlaban el parabrisas del Patriot.

—El pornochip que encontraron en el esófago del tipo. —Si Warbaby parecía triste cada vez que hablaba, Freddie siempre parecía relajado. Pero la voz de Warbaby sonaba triste de verdad, mientras que el relajamiento de Freddie daba justamente la impresión contraria—. Esos programas llevan muchísimos códigos. Puedes esconder lo que quieras en el empapelado, ¿entiendes? Si usas fractales para dar la textura de la piel, por ejemplo, podrías mezclarle una cantidad de textos...

—¿Te interesa la informática, Freddie?

—Soy el asesor técnico del señor Warbaby.

—¿De qué te parece que están hablando?

Freddie estiró el brazo y se tocó una zapatilla. Las palabras rojas desaparecieron.

—Ahora están hablando en serio.

—¿Qué quieres decir?

—Están negociando. Nos interesa saber lo que saben de Blix, del muerto.

—¿En serio? ¿Y qué sabemos?

—¿Sabemos? —Freddie silbó—. Lo tuyo es conducir—. Retiró los pies del respaldo y se sentó muy tieso—. Pero tampoco es que sea ultraconfidencial: IntenSecure y DatAmerica son más o menos lo mismo.

—¿En serio? —Svobodov parecía dominar la conversación— ¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que tenemos una base de datos más grande que la de la policía. La próxima vez que Rubadub necesite hacer una consulta se alegrará de habernos hecho un favor. Pero hay que ver cómo anda el ruso esta noche. ¡Le está costando un huevo!

Rydell recordó la vez que había ido a la casa de Big George Kechakmadze invitado a una barbacoa y el tipo trató de convencerlo de que se hiciera socio de la National Rifle Association.

—Por aquí hay muchos rusos metidos en la policía, ¿verdad?

—¿Por aquí? Por todas partes.

—Es curioso que a tantos les dé por el trabajo policial.

—Piensa un poco. Vivían en un estado policial. Quién sabe, a lo mejor les gusta.

Svobodov y Orlovsky subieron a la ballena gris. Warbaby se acercó al Patriot apoyándose en el bastón de aleación. El coche policía subió unos quince centímetros empujado por el sistema hidráulico y se puso a gemir y a temblar. La lluvia bailaba en el largo capó mientras Orlovsky ponía el motor en marcha.

—¡Qué increíble! —dijo Rydell—. No les importa mucho que los vean, ¿verdad?

—Les interesa que los vean —dijo Freddie, críptico, mientras Warbaby abría la puerta e iniciaba el proceso de meter el corpachón de piernas tiesas en el asiento trasero.

—Despegue —dijo Warbaby cerrando de un portazo—. Protocolo: nos toca salir primero.

—Por ahí no —dijo Freddie—. Por ahí vamos a Gandlestick Park. Ve por este lado.

—Sí —dijo Warbaby con tristeza—, tenemos recados que hacer en el centro.

El centro de San Francisco era impresionante. Todo aquello enmarcado por colinas, construido en lo alto y al pie de colinas, le dio a Rydell la impresión de, bueno, no sabía de qué. De estar en un lugar. Un lugar concreto. No tenía la certeza de que le gustara estar allí. Quizá parecía demasiado lo contrario de L.A. y por eso producía la sensación de estar a la deriva en una retícula de luz que se extendía hacia el confín de todas las cosas. Allí tenía la impresión de haber llegado desde algún lugar, con esos edificios viejos tan cerca unos de otros, sin que hubiera nada más moderno que el alto y puntiagudo, coronado con aquella cosa (y sabía que también ése era antiguo). Aire fresco y húmedo, vapor que salía de tapas enrejadas en la calzada. Gente en las calles, además, y no como la de siempre: gente con empleo y ropa. Un poco como en Knoxville, intentó decirse, pero no encajaba. Era otro sitio extraño.

—¡No, hombre, a la izquierda, a la izquierda!

Freddie golpeó el respaldo del asiento. Tenía que aprenderse otra ciudad. Echó un vistazo al cursor del mapa en el tablero de instrumentos del Patriot buscando un cruce a la izquierda que lo llevara a aquel hotel, el Morrissey.

—No golpees el asiento del señor Rydell —dijo Warbaby, que tenía entre las manos una larguísima tira de papel de fax —; está conduciendo. —Había llegado durante el viaje. Rydell supuso que sería algo sobre Blix, el degollado.

—Fassbinder —dijo Freddie—. ¿Le suena Rainer Fassbinder?

—No estoy para chistes, Freddie —dijo Warbaby.

—No es chiste. Puse a Blix en Separados al Nacer, hice un escáner de la foto que el ruso le mandó antes. Dice que se parece a Rainer Fassbinder. Y eso que la foto era de cuando estaba muerto, con el cuello abierto. El Fassbinder ése debía de tener cara de duro, ¿verdad?

Warbaby soltó un suspiro.

—Freddie...

—Bueno, en todo caso era alemán. Encajaba con la nacionalidad...

—El señor Blix no era alemán, Freddie. Aquí dice que el señor Blix ni siquiera era el señor Blix. Y ahora déjame leer. Rydell necesita estar tranquilo para acostumbrarse a conducir en la ciudad.

Freddie gruñó. Rydell oyó el ruido de los dedos que tecleaban en el miniordenador que Freddie llevaba a todas partes.

Rydell dobló a la izquierda por la calle que le pareció estar buscando. Zona de combate. Ruinas. Fuegos que ardían en latas. Figuras oscuras y encorvadas, con caras blancas de vampiro.

—No frene —dijo Warbaby—. Ni acelere.

Algo que giraba salió de la apretada multitud, se les atravesó en el camino y se estrelló contra el parabrisas, donde quedó pegado un instante antes de caer, dejando la huella de una repulsiva baba amarillenta. ¿No era más bien gris con sangre, como un trozo de intestino?

Semáforo en rojo en la esquina.

—Sáltese la luz —ordenó Warbaby.

Rydell obedeció entre bocinazos de protesta. La cosa amarilla seguía ahí.

—Pare. No. Encima de la acera. Así. —Los Goodyear Barrecalles treparon sacudiendo el Patriot—. Busque en la guantera.

Rydell la abrió y se encendió una luz. Windex, un rollo de papel absorbente y una caja de guantes de látex desechables.

—Adelante —dijo Warbaby—. Nadie nos va a molestar.

Rydell se puso un guante, sacó el Windex, el papel, y salió. «Que no te caiga nada encima», se dijo, pensando en Sublett. Disparó un buen chorro de Windex sobre la mancha, se enrolló un fajo de papel absorbente en el guante y limpió el parabrisas. Se quitó el guante envolviendo con él el papel empapado, tal como le habían enseñado en la Academia, pero luego no supo qué hacer.

—Tírelo por ahí —dijo Warbaby desde adentro. Así lo hizo. A continuación se apartó del coche, cinco zancadas, y vomitó. Se limpió la boca con papel nuevo. Volvió al coche, cerró la puerta y metió el Windex y el papel en la guantera.

—¿Vas a vomitar por eso, Rydell?

—Cállate, Freddie —dijo Warbaby. La suspensión del Patriot crujió cuando Warbaby se inclinó hacia adelante—. Despojos de un matadero, sin ninguna duda —dijo—. Pero es bueno que sepa tomar precauciones—. Volvió a reclinarsse—. Tuvimos una vez un grupo que se llamaba la Espada del Cerdo. ¿Ha oído hablar?

—No —dijo Rydell—. Nunca.

—Robaban extintores de los edificios. Los recargaban con sangre. Sangre de matadero. Pero, como podrá imaginar, hacían correr la bola de que la sangre era humana. Y se dedicaban a perseguir a los seguidores de Jesús, cuando hacían marchas; los atacaban con esos extintores...

—Jesús —dijo Rydell.

—Exacto —dijo Warbaby.

—¿Ves esa puerta de allí? —dijo Freddie.

—¿Qué puerta? —El vestíbulo del Morrisey llevaba a Rydell a susurrar, como si estuviera en una iglesia o en una funeraria. La alfombra era tan blanda que le daban ganas de echarse allí a dormir.

—La negra —dijo Freddie.

Rydell vio un rectángulo negro laqueado, perfectamente liso, sin siquiera un pestillo. Ahora que lo pensaba, la verdad era que no encajaba con nada de cuanto había a la vista. El resto del lugar estaba lleno de madera lustrada, bronce opacos, hojas de vidrio biselado. Si Freddie no le hubiera dicho que era una puerta habría pensado que se trataba de una obra de arte, de un cuadro o algo parecido.

—De acuerdo. ¿Y qué más?

—Eso es un restaurante —dijo Freddie—. Y es tan caro que ni siquiera se puede entrar.

—Bueno —dijo Rydell—. De esos hay muchos.

—No, hombre, no —insistió Freddie—. Quiero decir que hasta siendo rico, aunque el dinero te salga por el culo no puedes entrar. Es privado. Japonés.

Esperaban al lado del mostrador de seguridad mientras Warbaby hablaba por un teléfono interno. Los tres tipos que hacían guardia en el mostrador llevaban uniformes de IntenSecure, pero de los de lujo, con el logo de la empresa en chapas de bronce pegadas en las gorras puntiagudas.

Rydell había estacionado el Patriot en un garaje subterráneo, varias plantas más abajo, en los cimientos del edificio. Nunca había visto una cosa parecida: cuadrillas enteras de hombres vestidos de chef preparando cientos de platos de una ensalada magra, y diminutas aspiradoras Sanyo recorriendo el lugar en rebaños color pastel; una

actividad de entre bastidores que nunca se sospecha cuando no se hace más que esperar en el vestíbulo.

Las Suites Ejecutivas, cuando se había alojado con Karen Mendelsohn en Knoxville, disponían de unos robots coreanos que limpiaban todo en cuanto mirabas para otro lado. Hasta tenían uno especial que se comía el polvo de la pantalla mural, pero eso a Karen no le impresionaba. Significaba que no tenían con qué contratar gente, decía.

Rydell vio que Warbaby se volvía hacia ellos y devolvía el teléfono a uno de los tipos con gorra de pico. Hizo una señal para que se acercaran. Los esperó apoyado en el bastón mientras Rydell y Freddie obedecían.

—Nos van a llevar arriba —dijo. El que recibió el teléfono que Warbaby devolvía salió de atrás del mostrador. Advirtió que Rydell llevaba una camisa IntenSecure a la que le habían arrancado los galones, pero no dijo nada. Rydell se preguntaba cuándo tendría tiempo para comprarse ropa, y dónde debería ir a comprarla. Miró la camisa de Freddie y pensó que no sería Freddie la persona a quien le pediría consejo.

—Por aquí, caballero —dijo el de la gorra a Warbaby. Freddie y Rydell siguieron a Warbaby hacia el otro extremo del vestíbulo. Rydell vio cómo Warbaby hundía el bastón en la alfombra. Oyó el ruido de la abrazadera que llevaba en la pierna: sonaba como un reloj lento.

13. Angustias

A veces, cuando pedaleaba a fondo, cuando lograba proyectar de verdad, Chevette se liberaba de todo: de la ciudad, del cuerpo, hasta del tiempo. Le constaba que eso era el éxtasis del mensajero, y aunque sabía a libertad, la verdadera causa era la comunión perfecta, el engranaje. La bici entre las piernas era como una cola hiperevolucionada y extraña que de algún modo había desarrollado durante siglos de paciencia; una encantadora y compleja máquina ósea con ruedas de Lexan reforzadas, cojinetes de fricción casi inexistente y amortiguadores llenos de gas. En esos momentos formaba parte indisoluble de la ciudad, un puntito salvaje de energía y materia, y tomaba mil decisiones, instante tras instante, en función del tránsito, según como brillara la lluvia en los carriles para coches o por como se moviera el cabello caoba de una secretaria, que caía con toda elegancia, exhausto, sobre los hombros del abrigo de lana oscura.

Así empezaba a sentirse ahora, a pesar de todo; si tan sólo se dejara ir, si dejara de pensar, si dejara que la mente se le hundiese en la maquinaria de huesos y piñones y papel japonés forrado en carbono...

Pero Sammy Sal le dio alcance. Chevette tuvo que rozar el borde de la acera para no pasar por encima de una tapa de ventilación. El frenazo hizo que las ruedas dibujaran rayas negras en el suelo. Sammy Sal frenó al mismo tiempo, y el Fluoro-Rimz de su bici parpadeó y se apagó.

—¿Qué es lo que te tiene así, cariño: —Sammy Sal le puso una mano en el brazo en tono brusco y enfadado—. ¿Qué pasa? ¿Estás tomando algún nuevo producto que te hace más lista y más rápida, o qué?

—Déjame en paz.

—Ni hablar. Yo te conseguí este empleo. Si es que vas a mandar todo a la mierda, yo quiero saber por qué.

Dando un manotazo en la goma negra que revestía el manillar, apagó la música.

—Por favor, Sammy, por favor. Tengo que ir a lo de Skinner...

Sammy Sal le soltó el brazo.

—¿Por qué?

Chevette tuvo un acceso de tos, lo controló y respiró tres veces con fuerza.

—¿Has robado algo alguna vez, Sammy Sal? Trabajando, quiero decir.

Sammy Sal la miró.

—No —dijo—, pero tengo fama de joderme a los clientes.

Chevette sintió un escalofrío.

—Yo no.

—No —dijo Sammy Sal—, pero tú no haces entregas en todos los sitios a donde voy. Además, tú eres una chica.

—Pero anoche robé una cosa. Del bolsillo de alguien, en una fiesta en el hotel Morrisey.

Sammy Sal se pasó la lengua por los labios.

—Y, ¿cómo es que tenías la mano en su bolsillo? ¿Lo conocías de algo?

—El tío era un imbécil —dijo Chevette.

—Ah. Claro. Creo que lo conozco.

—Me estuvo molestando. Y esa cosa se le salía del bolsillo.

—¿Estás segura de que era del bolsillo de donde le salía esa cosa que te molestaba?

—Sammy Sal —dijo Chevette—, esto es serio. Estoy que me cago.

Sammy Sal la miró más de cerca.

—¿Eso es todo? ¿Estás asustada? ¿Te robaste algo y estás asustada?

—Bunny dice que los de la empresa de seguridad llamaron a Aliados, que hablaron con Wilson y todo. Me están buscando.

—Joder —dijo Sammy Sal, aún escrutándola—. Yo que pensaba que te habías colocado con dancer, y que Bunny te había descubierto. Me pongo a seguirte para molerte a palos y lo único que te pasa es que estás asustada.

Chevette lo miró a los ojos.

—Así es.

—Bueno —dijo Sammy Sal, hundiendo los dedos en la goma negra—, y ¿de qué tienes miedo?

—Tengo miedo de que suban a lo de Skinner y las encuentren.

—¿Encuentren qué?

—Esas gafas.

—¿De espías? ¿De sol? ¿De aumento, como las de Alicia? —Sammy Sal hizo tamborilear los dedos en la goma negra.

—Son gafas negras. Como gafas de sol, pero no se ve nada.

Sammy Sal inclinó la hermosa cabeza hacia un lado.

—¿Cómo que no se ve nada?

—Es que son negras.

—Ah, entiendo —dijo—; si te jodieras a los clientes, pero sólo a los guapos, como yo, sabrías qué son esas gafas. Perdona, pero se ve que no tienes muchas amistades entre la gente bien. Si te acostaras con arquitectos, o con neurocirujanos, sabrías qué son esas gafas. —Sammy Sal levantó la mano para jugar con la oxidada bolita que bailaba colgada de la cremallera de la cazadora de Skinner—. Son gafas LV. Luz virtual.

Chevette había oído hablar de eso, pero no sabía muy bien qué era.

—¿Son caras, Sammy Sal?

—¿Caras? Más a menos como un coche japonés. Aunque tampoco es que cuesten mucho más. Llevan alrededor de las lentes unas unidades de activación electromagnética que trabajan directamente sobre el nervio óptico. Tengo un amigo que trajo a casa unas que sacó del trabajo. Un estudio de arquitectos paisajistas. Te las pones, sales a caminar, y todo se ve normal, pero cada planta, cada árbol que ves, tiene una etiqueta colgando, con el nombre. En latín y todo...

—Pero si son negras negras.

—No si las enciendes. Las enciendes y dejan de parecer gafas de sol. Te hacen parecer, no sé, serio. —Le sonrió—. De todas formas ya tienes suficiente cara de serio. Ése es tu problema.

Chevette se estremeció.

—Sube conmigo a lo de Skinner, Sammy. ¿De acuerdo?

—No me gustan las alturas —dijo Sammy Sal—. Esa cajita se te va a caer de lo alto del puente una de estas noches.

—Por favor, Sammy. Este asunto me tiene angustiada. Si me acompañas me sentiría bien, pero si me paro a pensar en eso me muero de miedo. ¿Qué puedo hacer? Quién sabe si al llegar me encuentro a los polis allá arriba. A lo mejor mañana al llegar al trabajo Bunny me despide. ¿Qué haré entonces?

Sammy Sal la miró igual que la noche en que ella le había pedido que la metiera en Aliados. Luego le sonrió. Malo y divertido. Con esos dientes blancos y afilados.

—Bueno, pero que no se te salga de entre las piernas. Vamos. A ver si me sigues el paso.

Sammy arrancó. La fluorescencia brilló como un blanco neón cuando empezó a pedalear. Seguramente había pulsado el botón de la caja de ritmos, porque Chevette oyó los latidos del bajo mientras lo seguía entre el tránsito.

14. Desamorado

—¿Quieres otra cerveza, cariño?

La mujer que atendía el mostrador lucía una intrincada trasería negra a ambos lados del cráneo rasurado, que le llegaba hasta lo que a Yamazaki le pareció que sería la línea de nacimiento del pelo. El estilo del tatuaje combinaba motivos célticos y rayos a la manera de los dibujos animados. El pelo que le crecía en la coronilla era como el de un animal nocturno que se hubiera alimentado a base de peróxido y vaselina. Tenía la oreja izquierda perforada al azar, tal vez unas doce veces, por un fino trozo de alambre de acero. En cualquier otro momento, Yamazaki habría encontrado esta exhibición sumamente interesante, pero ahora estaba absorto en la escritura, sentado frente al cuaderno abierto.

—No —dijo—, gracias.

—¿Qué pasa? ¿No te quieres emborrachar o qué? —dijo ella, muy alegre. Yamazaki levantó la mirada. La mujer estaba esperando su decisión.

—¿Sí?

—Si quieres estar aquí sentado tienes que consumir algo.

—Cerveza, por favor.

—¿La misma?

—Sí, por favor.

La mujer abrió una botella de cerveza mexicana por cuyos costados resbalaban trocitos de hielo. Se la puso en la barra y se dedicó a atender al cliente que tenía a la izquierda. Yamazaki volvió al cuaderno.

Skinner insiste en decir que esto no sigue plan alguno, que no hay estructura de base. Que no hay más que los huesos, el puente, el Thomasson en sí. El Pequeño Grande no fue Godzilla. Efectivamente, en la cultura de este lugar no existe un mito exactamente equivalente (aunque puede que esto no sea cierto en el caso de Los Ángeles). La Bomba, esperada durante tanto tiempo, ha desaparecido. En su lugar llegaron estas plagas, los cataclismos más lentos. Cuando Godzilla llegó por fin a Tokio, nosotros zozobrábamos entre la negación y una desesperación profunda. A decir verdad, celebramos la más espantosa de las destrucciones. Intuíamos, cuando todavía llorábamos a nuestros muertos, que una vez más se nos presentaba la más asombrosa de las oportunidades.

—Qué cosa más simpática —dijo el hombre que tenía a la izquierda, poniendo la mano izquierda en el cuaderno ordenador de Yamazaki—. Seguro que es japonés, por lo bonito. —Yamazaki miró, sonriendo con timidez a unos ojos de insólita inexpresividad. Brillantes, concentrados en lo que miraban, y sin embargo vacíos de expresión.

—De Japón, sí —dijo Yamazaki. La mano se retiró del ordenador, lenta y acariciante.

—Desamorado —dijo el hombre.

—¿Perdone?

—Desamorado. Me llamo así.

—Yamazaki.

Los ojos, muy claros y abiertos, eran los de alguien que mira desde el fondo de unas aguas tranquilas.

—Sí. Me imaginaba que algo así tendría que ser. —Esbozó una sonrisa cómoda, enfatizada por oro viejo.

—¿Sí? ¿Así cómo?

—Algo japonés. Algo-zaki, algo-zuki. Algo-mierda de ésa. —La sonrisa se acentuó un poco—. Bébase su Corona, señor Yamazaki. —La mano del desconocido se le fue cerrando con fuerza alrededor de la muñeca—. Hace calor, ¿no?

15. En la 1015

Había un producto llamado Kil'Z que Rydell había conocido en la Academia. Olía, pero levemente, a tónico capilar antiguo, fresco y floral, y se usaba en situaciones en que se habían derramado considerables cantidades de fluidos corporales. Era un agente antiviral capaz de aniquilar desde el VIH 1 hasta el VIH 5, el congo de Crimea, la fiebre de Mokola, el dengue de Tarzana y la gripe de Kansas City.

Era el olor que notó mientras el empleado de IntenSecure usaba una llave maestra negra anodizada para abrir la puerta de la 1015.

—No se preocupe, que cuidaremos de cerrar con llave al salir —dijo Warbaby, tocándose el ala del sombrero con el dedo índice. El de IntenSecure vaciló y dijo:

—Sí, señor. ¿Desea algo más?

—No —dijo Warbaby, y entró en la habitación con Freddie pegado a los talones. Rydell decidió que lo único que podía hacer era seguirlos, cosa que hizo cerrándole la puerta en las narices al de IntenSecure. Aquello estaba a oscuras. Las cortinas bajas. Olor a Kil'Z. Las luces se encendieron. La mano de Freddie se apoyaba en el interruptor. Warbaby miraba un trozo de alfombra más claro que el resto de la superficie color ladrillo: el sitio donde debía de haber estado la cama.

Rydell miró alrededor. Anticuado, de aspecto caro. Mobiliario como de círculo privado. Las paredes revestidas de una tela que parecía seda, lustrosas rayas blancas y verdes. Muebles de madera lustrada. Sillas tapizadas en verde musgo. Una lámpara grande de bronce con pantalla verde oscuro. Un cuadro viejo y descolorido de marco grueso y dorado. Rydell se acercó para mirar mejor. Un caballo tiraba de un carro de dos ruedas con un único asiento pequeño; a bordo un hombre barbado, tocado con un sombrero estilo Abraham Lincoln. «Currier & Ivés», decía el rótulo. Rydell se preguntó cuál de los dos sería el caballo. Entonces vio, en el vidrio de la ventana, un goterón redondo, entre marrón y púrpura, de sangre seca. Se había agrietado, como el barro en el lecho seco de un riachuelo en verano. Se notaba que no lo habían rociado con Kil'Z. Dio un paso atrás.

Freddie, con sus enormes bermudas y la camisa de los dibujos de pistolas, se había acomodado en una de las sillas verdes y abría el ordenador portátil. Rydell vio que desenrollaba un cablecito negro y lo enchufaba en la toma junto al teléfono. Se preguntó si Freddie no sentiría frío en las piernas al llevar bermudas en noviembre. Ya había notado que hay negros que se toman la moda tan a pecho que se visten como si el clima no existiera.

Warbaby no hacía otra cosa que mirar, con un insuperable aire de tristeza, hacia el sitio donde había estado la cama.

—¿Y bien? —dijo.

—Ya casi lo tengo, enseguida —dijo Freddie, haciendo girar el ratón esférico del portátil.

Warbaby gruñó. Mientras lo miraba, a Rydell le dio la impresión de que las lentes de las gafas de montura negra se habían puesto negras un instante. Juegos de la luz. Y entonces se sintió muy incómodo, porque en ese momento Warbaby miró a través de él, siguiendo algo que se movía tan manifiestamente que el mismo Rydell se volvió para ver... nada.

Volvió a mirar a Warbaby, que levantó el bastón y señaló el espacio donde habría estado la cama, y luego apuntó de nuevo hacia la alfombra. Warbaby suspiró.

—¿Quiere ahora los datos que registró la Policía de San Francisco? —preguntó Freddie.

Warbaby gruñó. Su mirada saltaba de un lado a otro. Rydell pensó en los documentales televisivos sobre el vudú; los sacerdotes ponían los ojos en blanco cuando los dioses se les habían metido en el cuerpo.

Freddie seguía haciendo girar la bolita bajo los dedos.

—Huellas, pelo, restos de epidermis... Ya sabe cómo son las habitaciones de hotel.

Rydell no lo pudo soportar. Se plantó delante de Warbaby y lo miró a los ojos.

—¿Qué diablos está haciendo?

Warbaby lo vio. Le ofreció una sonrisa lenta y triste y se quitó las gafas. Sacó un pañuelo de seda azul marino de un bolsillo lateral de la larga gabardina y las limpió. Luego se las dio a Rydell.

—Póngaselas.

Rydell miró las gafas y vio que ahora las lentes eran negras.

—Adelante —dijo Warbaby.

Rydell notó lo pesadas que eran mientras se las ponía. Negrura total. En seguida hubo un hormigueo de luces diminutas, como las que se ven cuando uno se frota los ojos en la oscuridad, y entonces vio a Warbaby. Justo detrás de Warbaby, colgadas de una pared invisible, había palabras, números, de un amarillo brillante. Entraron en foco en cuanto los miró, a expensas de la nitidez de Warbaby, y vio que eran estadísticas forenses.

—O si no —le dijo Freddie—, puedes estar aquí en este momento...

Y reapareció la cama, empapada de sangre, el cadáver blando y pesado del hombre despatarrado como una rana. Aquella cosa debajo de la barbilla, negra amoratada, bulbosa.

Sintió un espasmo en el estómago, la bilis le subió por la garganta y entonces una mujer desnuda se levantó de otra cama, en otra habitación; tenía el pelo de un plateado lunar imposible.

Rydell se quitó las gafas de un tirón. Freddie estaba reclinado en la silla, sacudido por una risa muda, con el portátil en las rodillas.

—Vaya —alcanzó a decir—, tendrías que haber visto la cara que pusiste. ¿Por qué no le hacemos ver ese trozo de la porno que está en el informe de Arkady...?

—Freddie —dijo Warbaby—, ¿tantas ganas tienes de ponerte a buscar otro empleo?

—No, señor Warbaby.

—Puedo ser duro, ya lo sabes.

—Sí, señor. —Ahora Freddie parecía preocupado.

—En esta habitación murió un hombre. Alguien se inclinó sobre él en esta cama —y apuntó hacia la cama que no estaba—, le abrió una sonrisa nueva y por ahí le sacó la lengua. No se trata de un simple homicidio. Esos trucos de anatomía no se aprenden viendo la tele, Freddie. —Le tendió la mano a Rydell. Rydell le devolvió las gafas. Las lentes eran otra vez negras.

Freddie tragó saliva.

—Sí, señor Warbaby. Usted perdone.

—¿Cómo funciona eso? —preguntó Rydell.

Warbaby limpió las gafas y se las puso de nuevo.

Ahora eran transparentes.

—Llevan unos contactos en las monturas y en las lentes. Afectan directamente los nervios.

—Es una pantalla de luz virtual —dijo Freddie, ansioso por cambiar de tema—. Todo puede digitalizarse, y lo ves por ahí.

—Telepresencia —dijo Rydell.

—Nooo —dijo Freddie—, eso es luz. Esos son fotones que salen y te llegan a los ojos. Esto no funciona así. El señor Warbaby va caminando y mirando cosas, y ve al mismo tiempo los datos que les corresponden. Si se las pones a alguien que no tenga ojos, pero sí el nervio óptico en condiciones, pues también puede ver la información que entra. Para eso hicieron los primeros, para los ciegos.

Rydell fue hasta las cortinas, las separó y miró hacia una calle cualquiera en la noche de esta otra ciudad. Gente caminando. Poca.

—Freddie —dijo Warbaby—, ponme a esa señorita Washington que está en el informe de IntenSecure descodificado. La que trabaja en Mensajeros Aliados.

Freddie asintió y tecleó en el ordenador.

—Sí —dijo Warbaby, viendo algo que sólo él podía ver—, es posible. Perfectamente posible. Rydell —y se quitó las gafas—, échele un vistazo. —Rydell dejó las cortinas, se acercó a Warbaby, recogió las gafas y se las puso. Algo le decía que sería un error vacilar, incluso si tenía que volver a mirar al muerto.

La negrura se transformó otra vez en color, y en la forma de la cara de una chica, frente y perfil. Huellas dactilares. La imagen de la retina derecha ampliada hasta el tamaño de una cabeza. Datos. WASHINGTON, CHEVETTE-MARIE. Ojos grises, grandes. Nariz larga y recta, discreta sonrisa para la cámara. Pelo negro, corto y cepillado, salvo por una extravagante coleta que le salía de la coronilla.

—¿Y bien? —Dijo Warbaby—. ¿Qué le parece?

Rydell no sabía qué se le preguntaba. Terminó por decir:

—Guapa.

Oyó que Freddie soltaba un bufido, como si hubiera dicho una estupidez.

Pero Warbaby dijo:
—Mejor. Así no se le olvida.

16. Girasol

Sammy Sal la dejó atrás donde la calle Bryant se pierde entre las caóticas ruinas de las trampas antitanque de hormigón. Grande como era, nadie se le igualaba en el manejo de la bici; sabía girar de maneras imposibles; dar un salto y vuelta completa, si era necesario, y Chevette lo había visto hacerlo en una apuesta. Pero ella sabía dónde encontrarlo.

Justo cuando acometía el primer trecho del voladizo miró hacia arriba y le pareció que el puente la miraba, con ojos de antorchas y neón. Había visto fotos de cómo era antes, cuando los coches iban y venían durante el día, pero nunca se lo había llegado a creer del todo. El puente era lo que era, y de algún modo siempre lo había sido. Refugio, rareza, donde ella dormía, hogar para quién sabía cuántos, incluidos todos sus sueños.

Resbaló cuando pasaba frente a un puesto de pescado, patinando sobre el hielo granizado y las vísceras grises que las gaviotas se disputaban por las mañanas. El pescadero le gritó algo, pero ella no lo entendió.

Siguió rodando entre paradas y puestos y el comercio vespertino, buscando a Sammy Sal.

Lo encontró donde pensaba, apoyado en el cuadro de la bici al lado de un puesto de café. Ni siquiera jadeaba. Una chica de Mongolia, de pómulos que parecían biseles bañados en miel, le preparaba una taza.

Chevette apretó los frenos y se deslizó hasta llegar a su lado.

—Pensé que tendría tiempo para uno corto —dijo, recibiendo la taza diminuta.

A Chevette le dolían las piernas por el esfuerzo.

—No faltaba más —dijo, mirando hacia el puente y luego haciéndole un gesto a la chica para que le pusiese otro café a ella. Se quedó mirando cómo sacaba el puñado humeante de grano molido, la cucharada de café fresco y el manotazo rápido para apisonar la carga. La chica levantó la palanca y volvió a enroscar el filtro en la máquina.

—¿Sabes una cosa? —Dijo Sammy Sal, antes de tomar un primer sorbo breve—, no deberías meterte en este tipo de problemas. No tienes por qué. Mira, Chevette, hay dos clases de personas. Los que pueden pagar hoteles como ése son una. Nosotros somos la otra. Antes había una clase media, los que estaban a medio camino. Pero eso ya no existe. La única relación que hay entre nosotros y esa otra clase consiste en que nosotros les proyectamos los mensajes. Y por eso se nos paga. Tratamos de no mojarles la alfombra con la lluvia que nos cae. Y así vamos tirando, ¿sabes? Pero ¿qué pasa en el interfaz? ¿Qué pasa cuando nos tocamos?

Chevette se quemó la boca con el café exprés.

—Delito —dijo Sammy Sal—, sexo. Quizá drogas.

Puso la taza en el mostrador de aglomerado del puesto.

—Y poco más.

—Tú te los jodes —dijo Chevette—. Eso has dicho.

Sammy se encogió de hombros.

—A mí me gusta hacerlo. Ahí está mi problema, que lo voy buscando. En cambio tú fuiste y lo hiciste, sin razón. Atravesaste la membrana. Dejaste que tus dedos te llevaran. Mala idea.

Chevette sopló el café.

—Ya lo sé.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer cuando pase lo que pase?

—Ahora me voy a casa de Skinner, busco las gafas, las saco al techo y las tiro.

—¿Y luego qué?

—Luego me dedico a lo mío, hasta que aparezca alguien.

—¿Y entonces?

—Yo no he hecho nada. Ni puta idea. A mí que me registren.

Sammy Sal asintió con la cabeza, moviéndola despacio, pero no dejaba de estudiarla.

—De acuerdo. Bueno, tal vez sí, tal vez no. Si quieren recuperar esas gafas pueden llegar a pellizcarte fuerte. Hay otra salida: vamos a buscarlas, volvemos a Aliados y les contamos lo que pasó.

—¿Nosotros?

—Sí. Yo iré contigo.

—Me echarán.

—Ya encontrarás otro trabajo.

Chevette se bebió el café de un trago. Se secó los labios con la mano.

—Ese empleo es lo único que tengo, Sammy. Tú lo sabes. Tú me lo diste.

—Tienes donde dormir, ahí arriba. Tienes a ese lunático de mierda que te ha dado asilo...

—Yo le doy de comer, Sammy Sal...

—Pero al menos ahora estás enterita, cariño. En cambio, si viene un tipo con pasta y decide molerte el culo a palos porque le has robado las gafas de datos, ya nada será como antes.

Chevette dejó la taza vacía en el mostrador, buscó en los bolsillos de la cazadora y le dio a la chica quince por los dos cafés y dos dólares de propina. Se acomodó las hombreras de la cazadora de Skinner haciendo bailar las bolitas de metal.

—No. Una vez que esa mierda esté en la bahía nadie podrá demostrar que hice nada.

Sammy Sal soltó un suspiro.

—Eres una inocente.

La palabra le sonó rara; no sabía que se pudiera usar con ese sentido.

—¿Vendrás conmigo, Sammy Sal?

—¿Para qué?

—Para hablar con Skinner. Te pones entre él y sus revistas. Las he dejado allí. Detrás de sus revistas. Así no me verá sacarlas. Luego subo al techo y las tiro.

—De acuerdo —dijo Sammy—. Pero insisto, vas a salir mal parada.

—Por lo menos lo voy a intentar, ¿no te parece?

Desmontó y se puso a empujar la bici puente adentro.

—Sí, supongo que lo harás —dijo Sammy Sal, que también se bajó de la bici y empujó, detrás de ella.

En la vida de Chevette había tres momentos buenos de verdad, momentos de auténtica magia. Uno fue la noche en que Sammy Sal le dijo que intentaría buscarle un puesto en Aliados, y lo logró. Otro fue cuando compró la bici en City Wheels, pagando al contado, y salió de la tienda montándola. Y el otro fue la noche que conoció a Lowell en Disidentes Cognitivos, si es que ésa podía considerarse ahora una ocasión afortunada.

No porque fueran ésos sus momentos de mayor fortuna, pues se trataba de épocas igual y terriblemente desagradables, salvo por la oportunidad en que la suerte entraba en juego.

Había tenido suerte la noche en que saltó por encima de la alambrada que cercaba el Centro Juvenil de las afueras de Beaverton, pero había sido una noche de mucha mierda. Para probarlo tenía cicatrices en las palmas de las manos.

Y había tenido mucha suerte la primera vez que se aventuró por el puente, por la calzada inferior, con las rodillas que le temblaban a causa de una fiebre que había contraído mientras bajaba por la costa. Le dolía todo: las luces, cada color, cada sonido; el cerebro, como un espectro inflamado, pujaba por salir al mundo. Recordaba cómo arrastraba el colgajo de las suelas despegadas de las zapatillas de deporte por el suelo lleno de basura; también aquello le dolía, y tuvo que sentarse, al fin, cuando todo estaba al revés y daba vueltas a su alrededor, como el coreano que salió corriendo del minúsculo local para gritarle, «de pie, de pie, aquí no, aquí no». Y ese Aquí No le pareció tan buena idea que se fue directamente hacia allá, cayendo de espaldas, y ni siquiera sintió el golpe del cráneo en el pavimento.

Fue entonces cuando la encontró Skinner, aunque él no lo recordaba así, o tal vez no quería hablar del tema; Chevette nunca llegó a estar segura. No lo creía capaz de haberla llevado a la casa por sus propios medios, pues él mismo necesitaba ayuda para subir, a causa del problema en la cadera y todo eso. Aunque aún había días en que la energía lo invadía y uno se daba cuenta de lo fuerte que tenía que haber sido en el pasado; entonces hacía cosas de las que no se lo creía capaz. Por eso no estaba segura.

Lo primero que había visto al abrir los ojos había sido el rosetón de iglesia con los trapos que tapaban los huecos, el sol que entraba, y puntos y manchones de colores que nunca había visto: todo nadaba ante sus ojos febriles, como insectos en el agua. Después llegó la etapa rompehuesos, cuando el virus la estrujaba de la misma manera en que el viejo estrujaba las toallas mojadas con que le envolvía la cabeza. Cuando la fiebre cedió y se fue, como si se hubiera alejado cien kilómetros, mucho más allá de la frontera de la

enfermedad, Chevette empezó a perder el pelo en mechones secos que quedaban pegados a las toallas húmedas como si fuera algún tipo de relleno sucio.

Cuando le volvió a crecer salió más oscuro, casi negro. Por eso tuvo la impresión de ser otra persona. Tal vez su verdadera persona, pensó.

Se había quedado con Skinner, haciendo lo que él le decía para conseguir alimentos y mantener las cosas en orden y funcionando en la casa. La mandaba a la calzada, donde los traperos exponían las mercancías. La hacía bajar con cualquier cosa: una llave inglesa que llevaba la marca BMW en uno de los lados, una decrepita caja de cartón con esas cosas negras y planas que antiguamente se usaban para oír música, una bolsa de dinosaurios de plástico. Nunca pensaba que nada de aquello pudiese tener algún valor de cambio, pero por una u otra razón siempre lo tenía. La llave inglesa los alimentó una semana, y por dos de los platos negros le dieron todavía más. Skinner sabía de dónde venían las cosas antiguas, para qué servían, y sabía también cuándo alguien podía interesarse por ellas. Al principio temía no sacar suficiente provecho a lo que vendía, pero eso a él no parecía preocuparle. Si algo no se vendía, como los dinosaurios de plástico, volvía al almacén, que era como él llamaba a las cosas que anidaban al pie de las cuatro paredes.

A medida que recuperaba las fuerzas y le crecía la nueva cabellera, fue aventurándose cada vez más lejos del cuartucho de la punta de la torre. No llegaba hasta ninguna de las dos ciudades, al principio, aunque en un par de ocasiones había caminado hasta Oakland por el voladizo, y se había quedado mirando. Allí se respiraba otro aire, aunque no sabía por qué. Pero donde más a gusto se encontraba era en la parte colgante del puente, donde todo la envolvía, la gente que iba y venía ganándose la vida o haciendo lo que fuese, donde todo crecía o cambiaba un poco cada vez. No había nada parecido, al menos entre lo que ella conocía, al menos en Oregón.

Al principio ni siquiera se daba cuenta de que aquello le sentaba bien; sólo tenía la impresión de que algo le pasaba, y que bien podía ser que la fiebre la hubiese dejado un poco loca, pero un día resolvió que era feliz, algo feliz, y que tendría que acostumbrarse.

Descubrió entonces que uno podía sentirse feliz e inquieto al mismo tiempo, y así empezó a guardarse un poco del dinero que sacaba de la chatarra de Skinner para explorar la ciudad. Había mucho que hacer, aunque eso duró sólo un tiempo. Descubrió la calle Haight y la recorrió entera hasta el muro que rodeaba Skywalker, por donde asomaba el Templo de la Perdición y todo aquello, pero no se propuso entrar. Había un parque largo y angosto que conducía hasta allí: se llamaba Panhandle, y todavía era público. Demasiado público, pensó, lleno de gente, en su mayoría viejos, o al menos eso parecían, echados uno al lado del otro, envueltos en un plástico plateado que los protegía de los rayos, un material arrugado y crujiente, parecido a esos trajes estilo Elvis que había visto en los vídeos que a veces les ponían en Beaverton. Le parecían larvas, como si alguien los hubiese envuelto a cada uno en un trozo de papel aluminio. Se movían casi como larvas, y eso la asustaba.

También Haight la asustaba un poco, aunque tenía tramos donde se sentía casi como en el puente: no había nadie normal a la vista y la gente hacía sus cosas a la vista de todos, como si supiera que la policía no se dejaría ver nunca por allí. Pero en el puente nunca sentía miedo, tal vez porque estaba siempre rodeada de gente conocida, gente que vivía allí y conocía a Skinner. Pero le gustaba pasear por Haight porque estaba llena de tiendas pequeñas, de lugares donde comprar comida barata. Conocía un puesto que vendía roscas de pan del día anterior, y Skinner decía que así eran mejores. Decía que las roscas frescas eran casi veneno, que taponaban los intestinos, o algo así. Siempre tenía ese tipo de ideas. En la mayoría de las tiendas la dejaban entrar, siempre y cuando se estuviera callada, sonriera un poco y no sacara las manos de los bolsillos.

Un día, en Haight, encontró una tienda llamada Gente de Color. No podía imaginar qué venderían. Detrás del escaparate había una cortina, y delante de la cortina unas cuantas cosas en exposición: cactus en macetas, trozos de hierro oxidado y un montón de objetos de acero, pulidos y brillantes. Anillos y cosas. Unas varitas con bolitas en los extremos. Estaban colgadas de las espinas del cacto y esparcidas por encima del hierro oxidado. Resolvió abrir la puerta y echar un vistazo, pues al ver que entraba y salía gente supo que no estaba cerrada con llave. En ese momento salía silbando un gordo corpulento de overol blanco y cabeza rapada, y entraban dos mujeres altas, de pelo negro, como cuervos hermosos, las dos vestidas de negro. Se preguntó qué pasaría allí.

Asomó la cabeza. Detrás del mostrador había una mujer de pelo corto y rojo. Todas las paredes estaban cubiertas de dibujos estilo historieta, pintados de colores tan chillones que lastimaban los ojos. Todo eran serpientes y dragones y esas cosas. Había tantos que resultaba difícil apreciarlos, y sólo cuando la mujer dijo «vamos, entra, no te quedes ahí cerrando el paso» y Chevette entró, se dio cuenta de que la mujer llevaba una camisa sin mangas y abierta hasta abajo, y que tenía los brazos y el pecho atiborrados de los mismos dibujos.

Chevette había visto tatuajes en el Centro Juvenil, y antes de eso en la calle, pero eran de los que uno mismo se hacía con tinta, aguja, hilo y un bolígrafo usado. Se acercó para mirar atenta y detenidamente los colores que estallaban entre los senos de la mujer —senos que, aunque la mujer tendría sin duda unos treinta años, no eran tan grandes como los de Chevette—. Tenía un pulpo, una rosa, rayos azules, todo enredado, sin dejar un punto de piel al descubierto.

—¿Buscas algo —dijo la mujer—, o sólo estás mirando?

Chevette parpadeó.

—No —se oyó decir—, me preguntaba qué serían esas cosas de metal que están en el escaparate.

La mujer puso en el mostrador un libro negro y grande, parecido a las carpetas escolares, sólo que éste tenía las tapas forradas de cuero negro claveteado con tachuelas cromadas. Lo abrió y Chevette se encontró mirando el sexo de un hombre, grande, colgando allí.

A ambos lados de la cabeza en forma de cuña había dos bolitas de acero.

Chevette soltó algo parecido a un gruñido.

—Eso es un anfalange —dijo la mujer, pasando páginas—. Estas son pesas. Clavos para el tabique nasal. Clavos para los labios. Esto son anillas. A esto lo llaman ordeñador. Más pesas, éstas se llaman bombas. Todo en acero quirúrgico, niobio, oro blanco de catorce quilates. —Volvió a la página del tipo con la barra atornillada a ambos lados de la punta del sexo. Sería un truco, pensó Chevette, una foto trucada.

—Eso tiene que doler —dijo Chevette.

—No tanto como te imaginas —dijo un vozarrón—, después se empieza a sentir un guuusto...

Chevette alzó la mirada y se encontró a un negro de sonrisa grande y blanca, llena de dientes, con una mascarilla filtradora colgada bajo la barbilla, y fue así como conoció a Samuel Saladin DuPree.

Volvió a encontrárselo dos días más tarde en Union Square, reunido con un grupo de bicimensajeros. Ya había catalogado a los mensajeros como algo digno de mirar en la ciudad. Llevaban la ropa y el pelo como nadie, y bicis con neón y ruedas luminosas, manillares retorcidos como colas de escorpión, cascos con radios incorporadas. Se los veía dirigiéndose a algún lugar a toda velocidad o haraganeando juntos, tomando café.

Allí estaba, parado con una pierna a cada lado de la barra de la bici, comiéndose medio sándwich. Del cuadro rosado veteado de negro salía música, en la que dominaba el bajo, y él se movía como siguiendo el compás. Chevette se acercó para ver mejor la bici, pues le atraía el modo en que estaba hecha, la complejidad de los frenos y palancas de cambio. Una belleza.

—Mírame eso —dijo, masticando un trozo de pan—, ¡anfalange mío! ¿De dónde has sacado esas zapatitas?

Eran las viejas zapatillas de lona de Skinner. Le quedaban grandes y por eso se las ajustaba rellenándolas con papel en las puntas.

—Toma. —Le dio la otra mitad del sándwich—. Yo ya estoy lleno.

—Esa bici —dijo Chevette, aceptando el sándwich.

—¿Qué le pasa?

—Es... es...

—¿Te gusta?

—¡Mucho!

Sammy sonrió.

—Cuadro Sugawara, llantas y radios Sugawara. Amortiguadores Zuni. Es perfecta.

—Me gustan las ruedas.

—Bueno —dijo él—, eso es para llamar la atención. Impide que un cabrón te pase por encima porque no te ha visto, ¿sabes?

Chevette tocó el manillar. Sintió la música.

—Cómete ése —dijo Sammy—. Me parece que te va a caer bien.

Chevette comió, y le cayó bien, y así fue como se pusieron a charlar.

Apoyaron las bicis en las escaleras de aglomerado. Chevette le contó lo de la chica japonesa, cómo se le vino encima cuando salía del ascensor. Que de no ser por eso, Chevette no habría pisado la fiesta, de no haber estado justo allí, justo entonces. Sammy gruñía; ahora que las ruedas no giraban, el Fluoro-Rimz se había vuelto de ópalo.

—¿Quién daba la fiesta, Chev? ¿Se te ocurrió preguntárselo a alguien?

Recordó a aquella María.

—Cody. Dijo que era la fiesta de Cody...

Sammy Sal se detuvo en seco, alzando las cejas.

—Mmm. ¿Cody Harwood?

Chevette hizo ademán de no saberlo; la bici de papel casi no le pesaba en el hombro.

—Ni idea.

—¿Sabes de quién te hablo?

—No. —Llegaron a la plataforma y Chevette puso la bicicleta en el suelo.

—Ese tipo tiene dinero, mucho dinero. Publicidad. Harwood Levine, pero ése era su padre.

—Bueno, ya te dije que era fiesta de ricos —dijo Chevette sin prestar mucha atención.

—La empresa de su padre se ha encargado de las relaciones públicas de Millbank, en las dos elecciones.

Pero Chevette ahora se ocupaba del bucle de reconocimiento, sin molestarse por las alarmas Radio Shack. El Fluoro-Rimz de Sammy se puso a latir en cuanto colocó su bici junto a la de ella.

—La ataremos a la mía. De todos modos aquí no le va a pasar nada.

—Eso fue lo que dije —explicó Sammy—, antes de perder las últimas dos bicis. —Vio cómo ella sacaba el lazo y lo pasaba por el cuadro de su bici, cuidando de no rayar el esmalte rosa y negro, y cerraba el bucle con la huella digital del dedo pulgar.

Chevette caminó hasta la cesta amarilla del ascensor, alegrándose de encontrarla allí, donde la había dejado, y no en lo alto de la cremallera.

—Hacemos lo que te he dicho, ¿de acuerdo? —Recordó que había pensado en comprarle a Skinner sopa del puesto de Johnny el Tailandés, esa de limón agridulce que a él le gustaba.

Cuando le dijo a Sammy que quería trabajar de mensajera, tener su propia bici, él le prestó unos auriculares mexicanos que enseñaban todas las calles de San Francisco. Al cabo de tres días se las había aprendido bastante bien, por cierto, aunque Sammy dijera que no se podía comparar con el mapa que el mensajero lleva en la cabeza. Había que conocer los edificios, saber cómo entrar en ellos, cómo actuar, cómo evitar que te robaran la bici. Pero cuando la llevó a conocer a Bunny, eso sí que fue mágico.

Tres semanas después había ahorrado lo suficiente como para comprarse su primera bicicleta de verdad. También eso fue mágico.

Por aquellos días empezó a salir después del trabajo con otras dos chicas que también trabajaban para Aliados. Tami Two y Alice Maybe, y así fue como terminó entrando en Disidentes Cognitivos, y en una de esas noches conoció a Lowell.

—Por aquí nadie cierra la puerta con llave —dijo Sammy desde la escalerilla, mientras ella levantaba la tapa de la entrada.

Chevette cerró los ojos y vio lo que parecía un grupo de policías, reunidos frente a la puerta de Skinner. Abrió los ojos y asomó la cabeza, con la vista a ras de suelo.

Skinner estaba en la cama, con la tele portátil apoyada en el pecho. De los apelmazados calcetines grises le asomaban, largas y amarillentas, las uñas de los pies. La miró por encima de la pantalla.

—Hola —dijo Chevette—. He venido con Sammy. Trabaja conmigo. —Terminó de entrar, dejando libre el espacio para que Sammy asomara la cabeza y los hombros.

—Hola... —dijo Sammy Sal.

Skinner lo miró sin decir nada. Los colores de la pantallita le brillaban en la cara.

—¿Cómo estamos? —preguntó Sammy, terminando de subir.

—¿Has traído algo para comer? —preguntó Skinner a Chevette.

—Johnny el Tailandés tendrá sopa dentro de un rato —dijo ella, acercándose a los estantes, a las revistas. Había dicho una tontería y lo sabía, porque Johnny siempre tenía sopa preparada; había empezado a prepararla hacía años: lo único que hacía era seguir añadiendo cosas a la cacerola.

—¿Cómo le va, señor Skinner? —Sammy Sal se quedó allí de pie, un poco encorvado, con los pies separados, sosteniendo el casco con ambas manos, como un chico que saluda al padre de la novia. Guiñó un ojo a Chevette.

—¿A qué vienen esos guiños, muchacho? —Skinner apagó la pantalla de la tele con un golpe seco. Chevette se la había comprado en la Trampa. Decía que ya no veía ninguna diferencia entre los «programas» y los «comerciales». No estaba claro qué era lo que quería decir.

—Me ha entrado algo en el ojo, señor Skinner —dijo Sammy Sal, apoyando el peso en el otro pie, acentuando la pose de novio nervioso. A Chevette le hizo mucha gracia. Se ocultó detrás de él y metió la mano por encima de las revistas. Allí estaban las gafas. Se las echó al bolsillo.

—¿Has visto alguna vez el paisaje desde aquí arriba, Sammy?

Sabía que esa sonrisa de tonta estaba fuera de lugar, y Skinner se la estaba mirando, tratando de entender lo que sucedía, pero ella no le hizo caso. Colocó la escalerilla bajo la escotilla del techo.

—Pues, la verdad es que no, Chevette, cariño. Tiene que ser impresionante.

—Ey —dijo Skinner cuando Chevette ya abría la tapa—, ¿a ti qué mosca te ha picado?

Pero ella ya estaba fuera, en uno de los raros momentos de quietud que a veces se producían allí arriba. Por regla general el viento daba ganas de acostarse y quedarse así un rato, pero de tanto en tanto había momentos en que nada se movía, instantes de calma absoluta. Tenía el estuche en las manos y se acercó al borde.

—Ey —dijo Sammy—. Déjame que eche un vistazo.

Chevette alzó las gafas en la mano, preparándose para tirarlas.

El se las pescó de entre los dedos.

—¡Oye!

—Calla. —Ya estaba abriendo el estuche, ya las estaba sacando—. Mm. Qué bonitas.

—¡Sammy! —Chevette intentó arrebatárselas. Pero él le devolvió el estuche.

—Mira, ¿ves cómo se hace? —Las abrió y sostuvo una parte en cada mano—. Hacia la izquierda es aus, a la derecha es ein. Basta con moverlas así, sólo un poco. —Chevette miró lo que hacía, a la luz que salía del cuarto de Skinner—. Toma. Pruébalas. —Se las puso.

Chevette estaba mirando hacia la ciudad cuando Sammy las activó. El barrio financiero, la Pirámide con el refuerzo que llevaba desde Pequeño Grande, y más allá los cerros.

—¡Cielos! —dijo al ver aquellas torres que se agrandaban, unos edificios descomunales, toda una retícula de piedra que avanzaba desde las colinas. Cada uno medía unas cuatro manzanas de base, y subían rectos y anónimos hacia pantallas que se multiplicaban en otras formando una trama que le recordó el escurridor donde enfriaba la verdura hervida. Entonces el cielo se llenó de caracteres chinos—. Sammy...

Sintió que Sammy la agarraba justo cuando perdía el equilibrio.

La escritura china cambió a inglés.

SUNFLOWER CORPORATION

—Sammy...

—¿Mm?

—¿Qué mierda es esto? —Hacia donde mirase, allí se encendía una etiqueta, densos bloques de palabras técnicas que no entendía.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —dijo él—. Déjame ver.

—Hombre —oyó que decía Skinner, allá abajo—, pero si es Scooter. ¿Qué te trae de nuevo por aquí?

Sammy Sal se quitó las gafas. Chevette se había arrodillado para asomarse por el agujero del techo y mirar al joven japonés que visitaba a Skinner, el universitario, o trabajador social, o lo que fuera. Parecía más confundido que de costumbre. Parecía asustado.

—Bueno, Scooter —dijo Skinner—, ¿Qué me cuentas?

—Aquí el señor Desamorado —dijo Yamazaki—. Ha pedido conocerlo.

Chevette vio el oro que brillaba en la sonrisa del desconocido.

—Hola —dijo el hombre, sacando la mano del bolsillo lateral de la larga gabardina negra. La pistola no era muy grande, pero había demasiada naturalidad en la manera en que la sostenía, como haría un carpintero con un martillo. Llevaba guantes de látex—. ¿Por qué no bajan?

17. La Trampa

—Funciona así —dijo Freddie, dándole a Rydell una tarjeta electrónica—, pagas quinientos para entrar, y así tienes para llevarte hasta quinientos dólares en mercancías.

Rydell miró la tarjeta. Era de un banco holandés. Si le iban a pagar de esa manera, entonces había llegado el momento de preguntarles cuál sería su sueldo. Pero tal vez fuera conveniente esperar a que Freddie estuviese de mejor humor.

Freddie le había dicho que Container City era un buen sitio para comprarse ropa. Ropa normal, esperaba Rydell. Habían dejado a Warbaby en un bar tomándose un té de hierbas, algo muy raro, pues les dijo que necesitaba pensar. Rydell había ido hasta el Patriot mientras Warbaby y Freddie tenían una breve conversación.

—¿Qué pasa si nos necesita, si quiere el coche?

—Nos llama por el localizador —dijo Freddie. Le enseñó a Rydell a meter la tarjeta en una máquina que le dio una ficha magnética de Container City por valor de quinientos dólares y con la que pagó el estacionamiento del Patriot—. Por aquí. —Freddie le señaló una fila de torniquetes.

—¿Tú no compras una? —preguntó Rydell.

—Yo no —dijo Freddie—. Yo no compro mi ropa en barcos. —Sacó una tarjeta de la billetera y le mostró a Rydell el logo de IntenSecure.

—Creí que eran estrictamente independientes.

—Estricta pero frecuentemente —dijo Freddie, introduciendo la tarjeta en la ranura de un torniquete, que chasqueó y lo dejó pasar. Rydell metió su ficha magnética y lo siguió.

—¿Así que la gente paga quinientos dólares sólo por entrar?

—Por eso lo llaman la Trampa. Pero así están seguros de cubrir los gastos. Nadie entra aquí si no va a dejarse esa cantidad. Eso les garantiza un mínimo de ventas per cápita.

Container City resultó ser el centro comercial semicubierto más grande que Rydell había visto, si podía llamarse centro comercial a un sitio donde atracaban barcos, grandes barcos. Y la obligada compra de quinientos dólares no parecía desanimar a nadie: había más gente allí que en las calles de fuera.

—Dinero de Hong Kong —dijo Freddie—, Compraron un buen trozo del Embarcadero.

—Ey —dijo Rydell, señalando hacia una silueta difusa e irregular que se alzaba más allá de las grúas y las torres de iluminación—, aquél es el puente elevado, donde vive la gente.

—Sí —dijo Freddie, mirándolo de un modo raro—. Esos locos de mierda. —Llevó a Rydell hacia una escalera mecánica que subía al casco pintado de blanco de un barco mercante.

Rydell miró alrededor, fijándose en Container City mientras subían.

—En Los Ángeles no hay nada tan extraño como esto —dijo, admirado.

—¡Qué dices! —Replicó Freddie—. Yo soy de L.A. Esto es sólo un centro comercial, hombre.

Rydell se compró una chaqueta de nailon rojo oscuro, dos pares de vaqueros negros, calcetines, calzoncillos y tres camisetas negras. Todo eso le costó un poco más de quinientos. Pagó la diferencia con la tarjeta de compra electrónica.

—Oye —le dijo a Freddie, llevando todo en una enorme bolsa amarilla de Container City—, no ha sido una mala operación. Te lo agradezco.

Freddie se encogió de hombros.

—¿Dice de dónde son esos vaqueros?

Rydell buscó en la etiqueta.

—Unión Africana.

—Mano de obra esclava —dijo Freddie—. No deberías comprar esa mierda.

—No se me ocurrió. ¿Hay algún lugar donde se pueda comer?

—Sí, en la Feria de Alimentos...

—¿Probaste alguna vez estas cosas coreanas en escabeche? Cómo pican...

—Tengo una úlcera. —Freddie se metía en la boca metódicas cucharadas de yogur natural, con una notable falta de entusiasmo.

—Estrés. Eso es el estrés, Freddie.

Freddie miró a Rydell por encima del borde del envase rosado del yogur.

—¿Te estás haciendo el gracioso?

—No —dijo Rydell—. Sólo que sé de úlceras, porque se pensaba que eso era lo que tenía papá.

—No me digas. ¿Tu papá? ¿Y tenía o no tenía?

—No —dijo Rydell—. Era cáncer de estómago.

Freddie hizo una mueca, dejó el yogur, agitó el hielo en el vaso de papel con Evian y bebió un poco.

—Ese Hernández —dijo— nos explicó que habías estado estudiando para poli en no sé qué sitio...

—En Knoxville —dijo Rydell—. Y fui policía. Sólo que no por mucho tiempo.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Freddie, como queriendo calmar a Rydell, como queriendo ganárselo—. Así que has recibido formación y todo. ¿Te enseñaban cosas de polis?

—Bueno, tratan de darte un poco de todo —contestó Rydell—. Investigación de escenarios de crímenes... como hoy, en esa habitación. Me di cuenta de que no habían usado Súper Goma.

—¿No?

—No. La Súper Goma tiene una sustancia que se adhiere al agua de las huellas, ¿sabes?, y el noventa y ocho por ciento o más de una huella es agua. Usas entonces un aparatito que calienta la goma, ¿sabes? Se enchufa en cualquier toma y después se sellan puertas y ventanas con bolsas de basura y se deja el calentador encendido. Lo dejas veinticuatro horas, luego vuelves y purgas la habitación.

—¿Cómo se hace eso?

—Abriendo puertas y ventanas. Luego se quita el polvo. Pero en el hotel no habían hecho nada parecido. Pues la goma deja una película que lo cubre todo. Y un olor...

Freddie alzó las cejas.

—Hombre. Pero si eres un verdadero técnico, ¿eh, Rydell?

—Casi todo es cuestión de sentido común —dijo Rydell—. Como lo de no ir al baño.

—¿No ir?

—En el lugar de un crimen. No usar nunca el inodoro. No tirar de la cadena. Cuando tiras algo al inodoro, por el modo en que se mueve el agua... ¿Te fijaste alguna vez en cómo sube?

Freddie asintió.

—Bien, pues quizá el criminal haya tirado de la cadena después de echar algo. Pero no siempre funciona como se supone, y puede que lo que tirara volviera a aparecer flotando allí. Pero si viene uno y vuelve a tirar, entonces ahí sí que se ha perdido para siempre.

—Maldita sea —dijo Freddie—, pues no, nunca lo había pensado.

—Sentido común —dijo Rydell, limpiándose los labios con una servilleta de papel.

—Creo que el señor Warbaby tiene razón en lo que dice de ti, Rydell.

—¿Qué dice?

—Dice que te estamos desperdiciando, teniéndote al volante de ese doble tracción. Para serte sincero, yo no estaba muy seguro. —Freddie calló un momento, pensando que Rydell podría sentirse ofendido.

—¿Y bien?

—¿Te has fijado en la rodillera que lleva el señor Warbaby en la pierna?

—Sí.

—¿Recuerdas el puente, el que viste cuando subíamos?

—Sí.

—¿Recuerdas la foto que Warbaby te mostró, la de la mensajera con cara de malas pulgas?

—Sí.

—Bueno —dijo Freddy—, pues el señor Warbaby piensa que es ella quien robó esa cosa al muerto. Y ella vive en el puente, Rydell. Y el puente, hombre, ése sí que es un sitio de mierda. Está lleno de anarquistas, anticristos, hijos de puta caníbales...

—Pues yo oí decir que no son más que unos desahuciados —dijo Rydell, recordando vagamente un documental que había visto en Knoxville—, que sólo se buscan la vida.

—Qué va, hombre —dijo Freddie—, son gente que no tiene casa y que anda por las calles. Esos cabrones del puente son unos satánicos de mierda. ¿Crees que puedes irte a vivir allí así, fácilmente? Ni hablar. Sólo dejan entrar a los suyos, ¿entiendes? Es como una secta. Con iniciaciones y toda esa mierda.

—¿Iniciaciones?

—Iniciaciones negras —dijo Freddie, dejando que Rydell llegase solo a la conclusión de que tal vez no lo había dicho en un sentido racial.

—De acuerdo —dijo Rydell—, pero ¿qué relación tiene eso con la rodillera de Warbaby?

—Que fue allí donde le estropearon la rodilla —dijo Freddie—. Subió al puente, convencido de que arriesgaba la vida, para tratar de rescatar a una niña. Una bebida —añadió Freddie, como disfrutando del efecto—. Porque esos hijos de puta del puente son capaces de eso y de mucho más.

—¿De qué? —preguntó Rydell, pensando en las matanzas de los Pooky Bear.

—De robar niños —dijo Freddie—. Y ni el señor Warbaby ni yo podemos volver al puente, Rydell, porque esos cabrones nos la tienen jurada, ¿me entiendes?

—¿Y quieren que vaya yo? —preguntó Rydell, metiendo la servilleta en la aceitosa cajita de papel donde venían los dos Kim Chee WaWa.

—Más vale que te lo explique el señor Warbaby —dijo Freddie.

Encontraron a Warbaby donde lo habían dejado, en aquel café oscuro y de techo alto que según Freddie quedaba en North Beach. Se había vuelto a poner aquellas gafas y Rydell se preguntó qué estaría viendo.

Rydell había ido al Patriot a buscar la Samsonite azul y la bolsa de Container City. Se metió en el baño a cambiarse de ropa. Había un solo baño, unisex, y era realmente un baño, pues tenía una bañera. Dudaba que alguien la usara, porque en el interior había una sirena pintada en tamaño natural, con un cigarrillo marrón aplastado en el estómago, justo por encima de donde empezaban las escamas.

Rydell descubrió que los caquis de Kevin tenían la costura del culo abierta. Se preguntó cuánto tiempo habría estado caminando así por ahí. Pero no lo había notado en Container City, así que esperaba que hubiese sucedido en el coche. Se quitó la camisa de IntenSecure, la arrojó al cesto de la basura y se puso una de las camisetas negras. Luego se desató los cordones de las zapatillas deportivas y trató de encontrar un modo de cambiarse de pantalón, calcetines y calzoncillos sin tener que poner los pies en el suelo, que estaba mojado. Pensó hacerlo en la bañera, pero también se la veía mugrienta. Decidió que podía hacerlo poniendo los pies encima de las zapatillas y luego sentándose a medias en el inodoro. Tiró todo cuanto se quitó en el cesto. Preguntándose qué saldo le quedaría en la tarjeta de compra electrónica que Freddie le había dado, transfirió la billetera al bolsillo trasero derecho de los vaqueros. Se puso la chaqueta que acababa de comprar, se lavó las manos y la cara con el miserable goteo del grifo y se peinó. Guardó el resto de la ropa nueva en la Samsonite y conservó la bolsa de Container City para la ropa sucia.

Ansiaba darse una ducha, pero no sabía cuándo podría hacerlo. Ponerse ropa limpia era lo más parecido.

Warbaby levantó la mirada cuando Rydell regresó a la mesa.

—Parece que Freddie le ha estado hablando del puente, ¿no es así, Rydell?

—Dice que son todos unos satánicos comeniños.

Warbaby miró a Freddie.

—Lo que ha dicho quizá haya sido demasiado pintoresco, pero no deja de estar dolorosamente cerca de la verdad, señor Rydell. No es lo que se pueda decir un lugar saludable, en absoluto. Y a efectos prácticos, está fuera del alcance de la ley. Allí no encontrará usted a nuestros amigos Svobodov y Orlovsky, por ejemplo. En todo caso no en misión oficial.

Rydell sorprendió a Freddie, que escuchaba con una sonrisa, y vio cómo la mirada severa de Warbaby lo hacía cambiar de expresión.

—Freddie me ha dicho que usted quiere que yo vaya, señor Warbaby. Que vaya a buscar a la chica.

—Así es —dijo Warbaby, muy serio—. Nos gustaría. También me gustaría decirle que no será peligroso, pero no puedo.

—Y... ¿cuán peligroso, señor Warbaby?

—Mucho.

—Y la chica ésa, ¿también es peligrosa?

—Extremadamente —dijo Warbaby—, y sobre todo porque no siempre lo parece. Al fin y al cabo, usted vio lo que le pasó a ese hombre en la garganta...

—Dios mío —dijo Rydell—. ¿Cree usted que la chica hizo eso?

Warbaby asintió, triste.

—Es terrible —dijo—. Esa gente hace cosas terribles...

Guando salieron hacia el coche, se dio cuenta de que había estacionado justo delante de un mural de J. D. Shapely, que aparecía vestido con un chaleco de cuero negro de motorista y sin camisa, transportado al cielo por unos ángeles extremadamente afeminados de pelo largo y rubio, estilo roquero. Del estómago de Shapely salían unas espirales de ADN o algo parecido, azules y brillantes, que atacaban lo que a Rydell le pareció que tendría que ser un virus del sida, sólo que más parecía una ruinoso estación espacial militar dotada de amenazadores brazos de robot.

Le hizo pensar en lo extraña que tenía que haber sido la vida de aquel tipo. Vida más extraña no podía haber otra, concluyó. Pero tenía que ser más extraño todavía ser Shapely, y estar muerto de ese modo, y tener que mirar ese mural.

AÚN VIVE EN NOSOTROS, decía debajo del mural en letras blancas de medio metro de altura, Y POR OBRA DE ÉL VIVIMOS.

Lo cual era estrictamente cierto, y Rydell tenía una vacuna para probarlo.

18. Condensador

La madre de Chevette había tenido un novio que se llamaba Oakley, que dedicaba parte del tiempo a beber y el resto a conducir camiones cargados de madera, al menos eso era lo que decía. Era un hombre de piernas largas y ojos azules, llamativamente separados, en un rostro de mejillas surcadas por profundas arrugas que, según la madre de Chevette, lo hacían parecer un auténtico vaquero. Chevette pensaba que sólo lo hacían parecer peligroso, cosa que por regla general no era, a menos que se topara con una o dos botellas de whisky y se olvidara de dónde estaba o con quién, especialmente cuando confundía a Chevette con la madre, lo cual le había sucedido en un par de ocasiones, aunque ella siempre había conseguido que la dejara en paz y él siempre le pedía disculpas una vez pasada la borrachera, y le compraba anillos y chucherías varias en el Seven-Eleven. Pero lo que sí había hecho Oakley, recordó, ahora que miraba desde la escotilla al tipo de la pistola, era llevarla una vez al bosque y dejarla disparar con su arma.

Este tenía una cara que le recordaba la de Oakley, con esos ojos y esos surcos en las mejillas. Arrugas de las que salen por sonreír mucho, como lo hacía ahora. Sólo que no era una sonrisa que pudiese inspirar confianza a nadie. Una sonrisa con oro en las comisuras.

—Baja de ahí —dijo el hombre, subrayando cada palabra.

—¿Quién demonios es usted? —dijo Skinner, con más interés que susto.

El hombre disparó. No fue un estampido fuerte, sino un crujido seco acompañado de un destello azul. Chevette vio que el japonés se sentaba en el suelo, escondiendo las piernas, y se le ocurrió que estaba herido.

—Cállate. —El hombre miró a Chevette—. Te he dicho que bajas.

Los dedos de Sammy Sal le tocaron la nuca, urgiéndola a entrar por la escotilla.

Tal vez el hombre ni siquiera sabía que Sammy Sal estaba allí. Sammy Sal tenía las gafas. Y si de algo estaba segura Chevette era que aquel hombre no era ningún policía.

—Disculpe —dijo el japonés—, disculpe, yo...

—Voy a meterte en el ojo derecho una bala subsónica de titanio. —Sin dejar de sonreír, como quien dice Voy a comprarte un sándwich.

—Ya estoy bajando —dijo Chevette. Y el hombre no disparó, ni a ella ni al japonés.

A Chevette le pareció oír que Sammy Sal caminaba hacia el otro borde del techo, alejándose de ella, pero no se volvió a mirar. No sabía si tenía que cerrar o no la escotilla. Decidió no hacerlo, porque el hombre sólo le había dicho que bajara. Tendría que estirar el brazo para alcanzar la manija y eso podía hacerle creer a él que buscaba un arma o algo. Como en el cine.

Se dejó caer desde el peldaño más bajo de la escalera, tratando de mantener las manos siempre a la vista del hombre.

—¿Qué hacías ahí arriba? —El hombre seguía sonriendo. Su pistola no tenía ningún parecido con el viejo revólver brasileño de Oakley: era un objeto pequeño, cuadrado y grueso, hecho de metal opaco, del color de las herramientas de Skinner. Un aro delgado de metal más brillante rodeaba el estrecho orificio de la punta. Parecía la pupila de un ojo.

—Miraba la ciudad —dijo Chevette, sin sentirse especialmente asustada. En realidad no sentía nada, salvo el temblor en las piernas.

El hombre miró hacia arriba sin que el arma se desviara un centímetro. Chevette no quería que le preguntara si estaba sola o no, pues podría vacilar al responder y el hombre sabría que mentía.

—Tú sabes a qué he venido.

Skinner estaba sentado en la cama, la espalda apoyada en la pared, con la mirada más despierta que Chevette le había visto jamás. El japonés, que no parecía estar herido, seguía sentado en el suelo, con las delgadas piernas abiertas en V.

—Pues —dijo Skinner—, supongo que por dinero o por drogas, pero no has tenido suerte. Te puedo dar cincuenta y seis dólares y un canuto de Humbolt viejo, si quieres.

—Cállate. —Desaparecida la sonrisa automática, el hombre parecía no tener labios—. Estoy hablando con ella.

Skinner parecía a punto de decir algo, o de echarse a reír, pero se contuvo.

—Las gafas. —Había vuelto la sonrisa. El hombre alzó la pistola y Chevette se quedó mirando directamente el orificio. Si me dispara, pensó, tendrá que seguir buscándolas.

—Hepburn —dijo Skinner, con sonrisa de lunático. Sólo entonces se dio cuenta Chevette de que el póster de Roy Orbison tenía un agujero en el centro de la frente gris.

—Por aquí —dijo Chevette, señalando la escotilla del suelo.

—¿Dónde?

—En mi bici. —Esperaba que Sammy Sal no tropezara en la oscuridad con el carrito oxidado, que no hiciese algún ruido.

El hombre miró hacia la abertura del techo, como si la hubiese oído pensar.

—Apóyate en esa pared, con las manos abiertas. —Se acercó más—. Separa los pies. —La pistola le tocó la nuca. Con la otra mano hurgó en la cazadora de Skinner, buscando armas—. Quédate así. —No encontró la navaja de Skinner, la de hoja fractal. Chevette volvió un poco la cabeza y vio que el hombre estaba envolviendo una muñeca del japonés con una cosa roja que parecía de caucho. Lo hacía con una sola mano. Le recordó esas golosinas gomosas, largas como lombrices, que vendían en unas jarras grandes de plástico. Tirando de la cuerda roja, el hombre arrastró al japonés hasta la mesa-estante donde Chevette desayunaba. Pasó un extremo de la cuerda por detrás de la escuadra que sostenía la mesa y se lo ató a la otra muñeca. Sacó otra cuerda del bolsillo y la sacudió, como si fuera una culebra de juguete. Se puso detrás de Skinner y volvió a trabajar con una mano—. Tú quédate en la cama, abuelo. —Con la punta de la pistola le tocó la sien. Skinner lo miró.

Volvió junto a Chevette.

—Vamos a bajar por esa escalera. Pon las manos delante.

La cuerda era fría y pegajosa y pareció encogerse en cuanto se la enrolló en las muñecas. Fluía. Se movía sola. Como los brazaletes plásticos rojos, como esos juguetes que tenían trucos moleculares.

—Voy a estar observándote —dijo el hombre, y volvió a mirar hacia la escotilla del techo—, así que baja despacio, como una chica buena. Y si saltas o intentas escapar cuando llegues abajo, te mato.

Chevette no dudaba que lo haría, si pudiese, pero en ese momento estaba recordando algo que Oakley le había dicho aquel día en el bosque: lo difícil que era acertar a un blanco disparando en vertical hacia abajo, y más difícil aún en vertical hacia arriba. Así que tal vez lo que había que hacer era echar a correr en cuanto tocara el suelo; bastaría con alejarse de la escalera un par de metros para ponerse fuera de la vista del hombre. Pero miró el ojo negro y plateado de la pistola y se convenció de que la idea no era buena.

Se acercó al agujero abierto en el suelo y se puso de rodillas. No era fácil moverse con las manos atadas. El hombre tuvo que sostenerla agarrando con una mano la cazadora de Skinner. Chevette logró apoyar los pies en el tercer peldaño y los dedos en el de arriba, y así fue bajando. Tenía que apoyar los pies en un peldaño, soltar el de arriba, y atrapar el siguiente antes de perder el equilibrio.

Pero tuvo que pensar mientras bajaba, y eso la ayudó a decidirse e intentar el plan que se le había ocurrido. Era raro pensar de esa manera, por lo tranquila que se sentía, aunque no era la primera vez. Había tenido la misma sensación en Beaverton, la noche en que había saltado la alambrada, a pesar de que no era algo planeado. Y también la vez que unos camioneros habían intentado arrastrarla al colchón de la cabina. Fingió que no le importaba, y a uno le arrojó a la cara un termo de café caliente y al otro le dio una patada en la cabeza y salió corriendo. La buscaron durante una hora, con linternas, mientras ella permanecía acucillada en el barro del río y dejaba que los mosquitos se la comieran viva. Las luces la buscaban entre los matorrales.

Llegó abajo y dio un paso atrás, sosteniendo en alto las muñecas atadas para que él se las pudiera ver si quería. El hombre bajó con rapidez y economía de movimientos, sin hacer ruido. La larga gabardina estaba hecha de algo negro, una tela que no reflejaba la luz; Chevette vio que llevaba botas negras de vaquero. Sabía que con ese calzado podría correr sin problema alguno, si tuviera que hacerlo; la gente no siempre lo creía, pero se podía hacer.

—¿Dónde está? —El oro le brillaba en las comisuras de la sonrisa. El pelo, peinado hacia atrás, estaba a medio camino entre castaño y rubio. Movié la mano para recordarle la pistola. Chevette vio que aquella mano sudaba, que había puntos de humedad que se oscurecían en el interior del guante de caucho blanco.

—Tenemos que tomar el... —Chevette se interrumpió. La cesta amarilla estaba donde Sammy Sal y ella la habían dejado. ¿Cómo había subido entonces?

Más oro en la sonrisa.

—Subimos por la escalera.

Habían subido por la escalera de los pintores. Peldaños de acero sin pintar, algunos de ellos oxidados de lado a lado. Así que ella no podía haberlos oído subir. Con razón se había asustado el japonés.

—Bueno —dijo Chevette—. ¿Viene o no viene?

El hombre la siguió al ascensor. Chevette fijó la mirada en el suelo para no distraerse y mirar hacia arriba buscando a Sammy, que sin duda estaba allí, por alguna parte. No había tenido tiempo de bajar, pues lo habrían oído.

El hombre la sujetó del hombro mientras ella levantaba la pierna para entrar en la cesta, y luego entró él, sin quitarle los ojos de encima.

—Ésa es para bajar —dijo Chevette, señalando una de las palancas.

—Hazlo tú.

Chevette la movió una muesca, y otra más, y el motor gimió allí debajo, haciéndolos descender por la pendiente. En el fondo se veía un parche de luz bajo una lámpara enjaulada en aluminio oxidado, y Chevette se preguntó qué pasaría si por casualidad llegase alguien justo en ese momento, Fontaine, por ejemplo, o cualquiera de los que pasaban de vez en cuando a inspeccionar la instalación eléctrica. Fuera quien fuese, él le dispararía, concluyó. Después lo haría rodar hacia la oscuridad. Se le veía en la cara. Era evidente.

Él salió primero y la ayudó a bajar. Empezaba a soplar el viento y se sentía ya la música que subía por las suelas de los zapatos: el puente estaba sonando como un arpa sorda. Chevette oyó risas de gente en algún lugar.

—¿Dónde? —dijo él.

Ella señaló hacia la bicicleta, que estaba atada a la de Sammy Sal.

—La rosa y negro.

El hombre hizo un gesto con la pistola.

—Aléjese —ordenó la bici cuando Chevette estaba a dos metros.

—¿Qué es eso? —Sintió la pistola en la espalda.

—Es la otra bici. Tiene alarma de voz. Trata de que la gente no se acerque a la mía. — Chevette se inclinó para pasar el pulgar por el punto que liberaría la bici de Sammy Sal, pero no tocó el bucle de reconocimiento detrás del sillín de la suya.

—Lo digo en serio, pedazo de imbécil —dijo la bici.

—Apágala —dijo el hombre.

—De acuerdo.

Chevette sabía que tenía que hacerlo con un solo movimiento, hacia un lado y hacia arriba: sólo el pulgar y el índice tocarían el caucho no conductor de la rueda.

Pero fue de verdad un accidente que el cuadro rozara la pistola. Chevette vio un arco de luz que saltaba entre la bici y la pistola, un relámpago violeta brillante, del grosor de un dedo: los condensadores de los frenos instalados en el tubo soporte vaciaron la carga acumulada en el sistema antirrobo disimulado bajo el óxido falso y la cinta plateada cuidadosamente desgastada del tubo. El hombre cayó de rodillas, la mirada perdida, con una solitaria burbuja de saliva que se le formó y estalló en los labios entreabiertos. A Chevette le pareció ver que de la pistola que él sostenía en la mano salía una espiral de vapor.

Proyecta, pensó Chevette, preparándose para salir corriendo, pero justo entonces una cosa negra cayó aleteando desde la oscuridad y derribó al hombre contra el suelo. Un rollo de papel alquitranado. Fue entonces cuando vio a Sammy Sal, subido a la abrazadera horizontal de carbono de un poste al que se aferraba con una mano. Creyó verle la sonrisa blanca.

—Olvidaste esto —dijo Sammy Sal, y dejó caer algo.

El estuche con las gafas. Chevette las atrapó con las manos atadas, como si las gafas supieran adonde querían ir a parar. No sabría nunca por qué Sammy Sal se las devolvía.

Porque en ese instante la pistola hizo un ruido como si masticara, y lanzó unos fogonazos azules como si una docena de petardos hubieran estallado al mismo tiempo, y Sammy Sal retrocedió y desapareció.

Chevette echó a correr.

19. Superpelota

Yamazaki oyó disparos por debajo de donde estaba arrodillado, con las manos atadas por un plástico reluciente que lo sujetaba al áspero tirante metálico que sostenía la mesa-estante de Skinner. ¿No habría sido en realidad el ruido de alguna herramienta hidráulica?

Había un olor acre e intenso en la habitación. Pensó que tenía que ser el olor de su propio miedo.

Tenía los ojos a la altura de un plato astillado de porcelana blanca en cuyo borde se ennegrecía una mancha de aguacate triturado.

—Yo le dije lo que tenía —dijo Skinner, levantándose esforzadamente con los brazos atados a la espalda—. No lo quiso. Sólo quería lo que quería, ¿no es así? —El pequeño televisor se deslizó por el borde de la cama y se estrelló contra el suelo. La pantalla se abrió de golpe y escupió un cable plano iridiscente—. Mierda. —Giró sobre los talones, respingando al sentir el peso del cuerpo en la cadera enferma. Yamazaki creyó que se caía. Skinner dio otro paso, y otro, inclinado hacia adelante para mantener el equilibrio.

Yamazaki forcejeó con las ataduras plásticas. Soltó un grito al sentir que se ajustaban todavía más. Como si estuvieran vivas.

—Si tiras de ellas, o las tuercas —dijo Skinner, detrás de él—, las muy cabronas se aprietan más. Las usaba la policía. Pero las declararon inconstitucionales. —Se oyó un estruendo que sacudió la habitación e hizo vacilar las luces. Yamazaki miró por encima del hombro y vio a Skinner sentado en el suelo, las rodillas levantadas a medias, inclinado hacia adelante—. Tengo ahí unas cizallas de veinte pulgadas —dijo el viejo, señalando con el pie izquierdo una maltratada caja de herramientas verde—. Con eso nos las arreglaríamos, si es que llegamos a sacarlas de ahí. —Yamazaki vio cómo movía los dedos de los pies, sacándolos por los agujeros de los ruinosos calcetines grises—. No es que esté seguro de poder hacer una mierda con ellas una vez que las tenga... —No terminó la frase. Miró a Yamazaki—. Se me ha ocurrido una idea mejor, pero no te va a gustar.

—¿Skinner-san?

—¿Ves ese tirante?

Descoloridos goterones de soldadura sujetaban el conjunto, que sin embargo parecía bastante sólido. Contó nueve cabezas de tornillos diferentes. El tirante diagonal parecía estar hecho con delgadas cuñas de metal, sujetas entre sí con cabos de alambre por arriba y por debajo.

—Lo hice yo —le dijo Skinner—. Son tres pedazos de una sierra industrial. Nunca les rebajé esos dientes de arriba.

Yamazaki pasó los dedos sobre asperezas ocultas.

—Tranquilo, Scooter. No cortan una mierda. Por eso las usé.

—¿Sierro el plástico? —Yamazaki alzó las muñecas.

—Espera. Si empiezas a cortar, a ese caucho del diablo no le gustará nada. Tienes que hacerlo muy rápido, si no se te hundirá hasta el hueso. Te he dicho que esperes...

Yamazaki se quedó quieto. Miró hacia atrás.

—La tienes demasiado cerca del centro. Si cortas por ahí terminarás con un anillo en cada muñeca, y las muy cabronas se cerrarán todavía más. Tienes que cortar lo más cerca que puedas de un lado, luego vienes y cortas del otro lado con la cizalla antes de que te apriete. Yo trataré de abrir esto... —Volcó la caja con los dedos de los pies. De adentro salió un ruido de hierros.

Yamazaki acercó la cara a las ataduras rojas. Despedían un tenue olor medicinal. Respiró hondo, apretó los dientes y se puso a serrar moviendo con furia las muñecas. La cosa empezó a encogerse. Eran cintas de hierro, un dolor caliente, imposible. Recordó la mano de Desamorado apretándole la muñeca.

—Termina —dijo Skinner.

El plástico se separó con un ruido seco, absurdamente fuerte, como un efecto sonoro en un dibujo animado infantil. Era libre, y por un instante la cinta de la muñeca izquierda se aflojó absorbiendo el resto de la masa.

—¡Scooter!

La cinta apretaba. Yamazaki se abalanzó sobre la caja de herramientas, asombrado al verla abierta por el golpe de talón que le había dado Skinner, desparramando cientos de piezas de metal.

—¡Busca el mango azul!

Era una herramienta larga, difícil de manejar, con el mango envuelto en una grasienta cinta adhesiva azul. Vio que la banda roja se encogía, hundiéndose ya en la carne. Con una mano sacó la cizalla del enredo de piezas, hundió las pinzas a ciegas entre la piel y la atadura y apoyó todo el peso en el brazo superior del mango. Un navajazo de dolor. La detonación.

Skinner soltó el aire entre los labios con un suave y prolongado ruido de alivio.

—¿Estás bien?

Yamazaki se miró las muñecas. Tenía en la izquierda una estría profunda y azulada que empezaba a sangrar, pero no más de lo que había imaginado. La otra mano se la había arañado con la sierra. Miró el suelo alrededor, buscando los restos de la atadura.

—Quítame la mía —dijo Skinner—. Pero mete la pinza por debajo del plástico, ¿de acuerdo? Trata de no sacar un trozo. Y date prisa al cortar la segunda.

Yamazaki probó la cortadora, se arrodilló detrás de Skinner y metió una de las hojas debajo del plástico que atenazaba la muñeca derecha del viejo. Allí la piel era traslúcida, manchada y descolorida, y las venas estaban retorcidas e inflamadas. El plástico se rompió fácilmente, haciendo el mismo ruido absurdo, y se enroscó enseguida en la otra muñeca, retorciéndose como un animal vivo. Lo cortó antes de que apretara, pero esta vez, después de hacer el ruido, sencillamente se desintegró.

Yamazaki se quedó mirando el lugar donde había estado la atadura.

—¡Pon la barra en la puerta! —rugió Skinner.

—¿Qué?

—Que tranques la maldita escotilla.

Yamazaki cruzó la habitación a gatas, puso la escotilla en su lugar y la aseguró con un dispositivo plano de bronce ennegrecido, algo que podía haber sido parte de un barco.

—La chica —dijo, mirando a Skinner.

—Que golpee la puerta —dijo Skinner—. ¿O quieres que vuelva a entrar el hijo de puta ese de la pistola?

Yamazaki no quería. Levantó la mirada hacia la escotilla del techo, la que daba al tejado. Estaba abierta.

—Sube y busca al marica.

—Skinner-san, ¿cómo dice?

—El marica grande. El negro, ¿entiendes?

Aun sin saber de qué o de quién hablaba Skinner, Yamazaki subió por la escalera. Una racha de viento le arrojó lluvia a la cara en cuanto asomó la cabeza por la escotilla. Tuvo la súbita e intensa convicción de estar en lo más alto de un buque antiquísimo, una goleta de hierro negro abandonada a la deriva en mares oscurecidos, con las velas desgarradas y la tripulación loca o muerta, con Skinner como demente capitán, vociferando órdenes desde el camarote.

—¡Aquí no hay nadie, Skinner-san!

La lluvia bajó como una lámina explosiva, ocultando las luces de la ciudad.

Yamazaki metió la cabeza, buscando la escotilla a lientas, la cerró y aseguró el pestillo, lamentando que no fuera de un material más sólido.

Bajó por la escalerilla.

Skinner estaba ahora de pie, cojeando hacia la cama.

—Mierda —dijo—. Alguien me ha roto el televisor. —Se dejó caer boca abajo en el colchón.

—¿Skinner?

Yamazaki se arrodilló junto a la cama. Skinner tenía los ojos cerrados, la respiración ligera y rápida. Levantó la mano izquierda con los dedos separados y se rascó la enredada mata de pelo blanco que le asomaba por el cuello de la desgastada camiseta de algodón. Yamazaki sintió el penetrante tufo a orina por encima del olor picante del explosivo que había propulsado la bala de Desamorado. Se fijó en los vaqueros de Skinner, de un azul que ahora era gris por el uso, con arrugas ya crónicas, brillantes de grasa, y vio que Skinner se había meado encima.

Se quedó allí un rato, sin saber qué hacer. Terminó por sentarse en el taburete salpicado de pintura junto a la mesita de la que hasta hacía unos minutos había sido

prisionero. Pasó los dedos por los dientes de las sierras. Miró hacia abajo y vio una esfera roja perfecta. Estaba en el suelo, junto a su pie izquierdo.

La recogió. Era una brillante bolita de plástico escarlata, fría y algo maleable. Una de las ataduras, la suya o la de Skinner.

Siguió allí sentado, mirando a Skinner y escuchando los ruidos del puente en la tormenta, y una música extraña que salía del haz de cables. Sintió la tentación de apoyar la oreja en ellos, pero un temor para el que no encontraba nombre se lo impidió.

Skinner despertó un momento, o pareció despertar, y trató de incorporarse mientras llamaba a la chica, supuso Yamazaki.

—No está —dijo Yamazaki, poniéndole una mano en el hombro—. ¿No se acuerda?

—No está desde hace veinte, treinta años —respondió Skinner—. Hijo de puta. El tiempo.

—¿Skinner?

—El tiempo, sí. Ese es el cabrón hijo de puta total, ¿verdad?

Yamazaki alzó la esfera roja y la puso ante los ojos del anciano.

—Mire, Skinner. ¿Ve en qué se ha convertido?

—Una superpelota —dijo Skinner.

—¿Skinner-san?

—Hazla rebotar, Scooter. —Cerró los ojos—. Hazla rebotar muy alto...

20. El gran vacío

—¡No puede ser! —Dijo Nigel—. ¡Esa mierda se ha movido!

Con los ojos cerrados, Chevette sintió que el borde romo de la navaja cerámica se le apretaba contra la muñeca, y luego un ruido de aire como el de un neumático con demasiados parches, y la muñeca le quedó libre.

—¡Qué bestias...!—Manos rugosas y rápidas. Chevette abrió los ojos al oír el segundo taponazo, y vio la mancha roja que iba y venía sobre la pila de chatarra. Nigel la siguió, moviendo la cabeza como un perro de yeso que Skinner había encontrado y que Chevette tuvo que ir a vender en el puente.

Las paredes de aquel estrecho espacio estaban todas atiborradas de metal, piezas despintadas de viejos tubos Reynolds, polvorientos frascos de mermelada llenos de clavos oxidados. El taller de Nigel, donde construía los carritos, donde improvisaba reparaciones chapuceras para cuanta bicicleta se le presentara. El pendiente color salmón que le colgaba de la oreja izquierda osciló en contrapunto con el movimiento pendular de la cabeza, y sonó como un cascabel cuando Nigel atrapó la pelota aquella en pleno vuelo. Una pelota de plástico rojo.

—Increíble —comentó, impresionado—. ¿Quién te puso esta cosa?

Chevette se incorporó y tembló con un estremecimiento que la recorrió de arriba abajo como con vida propia, la misma que había animado el movimiento de las ataduras rojizas.

Sintió lo mismo que el día en que volvió a la caravana y descubrió que su madre había empacado y se había ido. No había dejado ni una nota, sólo una lata de ravioles en una olla en la cocina, con el abrelatas al lado. Chevette no sólo no comió los ravioles, sino que desde entonces no los volvió a probar y supo que nunca más lo haría.

El sentimiento que se le instaló aquel día terminó por tragarse todo lo demás; era tan grande que no había modo de demostrar su existencia salvo por la aritmética de la ausencia y el recuerdo de mejores días. Y vivió dentro de aquello, yendo de aquí para allá, hasta que terminó detrás de la alambrada de Beaverton, un sitio tan malo que era como un trozo de cristal roto contra el que frotaba su gran vacío. Y fue entonces cuando empezó a percatarse de qué era lo que se había tragado el mundo, aunque apenas resultaba visible, y eso sólo si lo miraba de soslayo. No era tanto un sentimiento como una especie de gas, algo cuyo olor casi percibía en el fondo de la garganta, frío e inerte en las antesalas de lo que vendría después.

—¿Estás bien? —dijo Nigel con el pelo grasiento que le tapaba los ojos, la pelota roja en la mano, un mondadientes envuelto en celofán en la comisura de la boca.

Durante mucho tiempo había estado preguntándose si la fiebre no se lo habría quemado, si no le había freído por casualidad el circuito del que se alimentaba. Pero a medida que fue acostumbrándose al puente, a Skinner, al trabajo en Aliados, llegó a parecerle que el vacío estaba lleno de cosas corrientes, que todo un mundo nuevo había crecido en el espacio que había dejado el anterior, bien fuera bailar en Disidentes, o pasar toda la noche hablando con los amigos, o dormir ovillada en el saco de dormir en casa de Skinner, cuando el viento batía las paredes de chapa de madera y los cables vibraban contra rocas que andaban a la deriva (decía Skinner) como en el más lento de los mares.

Ahora todo estaba roto.

—¿'Vette?

Una vez había visto a una clavadista, una chica, que pescaron del agua con un gancho de plástico y la metieron en una Zodiac. Blanca y flácida, el agua le salía a chorros de la nariz y de la boca. No te queda un hueso sano ni en su lugar, aseguraba Skinner, si chocas de cierto modo. Desnuda, atravesó el bar a toda carrera y saltó de cabeza desde la mesa de turistas que estaba más cerca de la baranda cubierta con una red luminiscente y corchos de pesca japoneses de imitación. Seguramente Sammy Sal flotaba a la deriva en ese instante, quizá ya lejos de la zona muerta que ahuyentaba a los peces con los años de plomo tóxico desprendido de las innúmeras capas de pintura, tal vez ya en la corriente que, decían, se llevaba a los muertos del puente, más allá de Mission Rock, y los dejaba encallados a los pies de los ricos que, vestidos con esas prendas microporosas, trotaban por la costa de hormigón de China Basin.

Chevette se inclinó hacia adelante y vomitó, arreglándose para que casi todo cayera en una lata de pintura vacía que tenía los bordes cubiertos por una espesa capa del material gris que Nigel usaba para disimular un trabajo mal hecho.

—Eh, eh —dijo Nigel saltando alrededor de ella, sin saber qué hacer, sin atreverse a tocarla por su timidez de oso, amparándola con aquellas manos grandes, nervioso por el malestar de Chevette y preocupado porque pudiera vomitar encima de su trabajo, lo cual podría llegar a exigir, sin dar lugar a escapatorias, la tan necesaria y nunca emprendida labor de vaciado, más que de limpieza, de la estrecha guarida—. ¿Agua? ¿Quieres agua? —Le ofreció la vieja lata de café que siempre tenía allí para enfriar hierros calientes. El velo aceitoso que cubría la superficie como una capa de gasolina al pie de un embarcadero, casi la hizo vomitar otra vez, pero se obligó a sentarse.

Sammy Sal muerto, quizá también Skinner. Él y el estudiante atados con las lombrices plásticas.

—¿Chev?

Nigel había dejado la lata de café y ahora le ofrecía una de cerveza abierta. Chevette la rechazó con un ademán, tosiendo.

Nigel estuvo un rato apoyándose primero en un pie y luego en otro, y después se asomó al triángulo de metacrilato que servía de única ventana. La lámina vibraba con el viento.

—Tormenta —dijo, alegrándose al comprobar que el mundo exterior seguía algún curso reconocible, por drástico que fuese—. Está cayendo mucha agua.

Mientras corría, alejándose de la habitación de Skinner y de la pistola en la mano del matón, de aquellos ojos y del oro de las comisuras de la sonrisa, encorvada para compensar el equilibrio que perdía con las manos atadas en las que sostenía las gafas del imbécil, Chevette vio que también otros corrían, tratando seguramente de ganarle la carrera al descabro del tiempo y a los primeros goterones que caían ya, casi calientes. Skinner habría pronosticado la tormenta, habría consultado el barómetro enmarcado en madera gastada, como un timón de barco antiguo. Skinner, posado en su caja en lo alto del puente, sabía qué tiempo haría en todo momento. Puede que también los demás lo supieran, pero era costumbre esperar y luego echar a correr, siempre a la espera de una última venta, de otra fumada, de algún negocio. La hora que precedía a las tormentas favorecía ese ambiente: la gente hacía compras apresuradas desafiando lo que por lo común era una incertidumbre soportable. Alguno que otro se perdía para siempre, si el viento soplaba con fuerza, y quienes se perdían no siempre eran los que no tenían refugio, los recién llegados que se ataban con el desvencijado equipaje al primer sitio vacante que encontraban en la estructura exterior. A veces, si el viento golpeaba en el lugar adecuado, se desprendía todo un bloque de viviendas; ella nunca lo había visto, pero se contaban historias. Nada impedía a los nuevos instalarse al abrigo de las calzadas, pero rara vez lo hacían.

Chevette se limpió la boca con el dorso de la mano y aceptó la cerveza de Nigel. Bebió un sorbo. Estaba caliente. Se la devolvió. Él se sacó el mondadientes de la boca, hizo ademán de llevarse la lata a los labios, pero decidió no hacerlo y la dejó junto al soplete.

—Tienes un problema gordo —dijo—. Se nota.

Chevette se masajeó las muñecas. Empezaban a dibujársele unas pulseras de piel inflamada, rosada y húmeda, en la parte donde la banda de plástico la había atenazado. Recogió la navaja cerámica y la cerró automáticamente.

—Sí —dijo—. Sí, tengo un problema...

—¿Cuál es el problema, Chevette? —Nigel sacudió la cabeza para apartarse el pelo de los ojos, como un perro intranquilo, pasando los dedos por encima de las herramientas. Tenía unas manos que parecían animales pálidos y sucios, de movimientos ágiles y silenciosos, capaces de resolver problemas que habrían dejado perplejo al dueño—. Esa mierda japonesa se te ha deshecho entre las piernas —concluyó—, y estás cabreada.

—No —dijo ella, sin prestarle atención.

—La bicicleta de un mensajero tiene que ser de acero. Pesada. Con una cesta grande adelante. No cartón envuelto en mierda de aramida, que no pesa más que una barra de pan. ¿Qué pasa si chocas con un bu... bus? Tú tienes más ma... masa que la bi... bici, sales volando y te a... bres... te abres la... —Nigel retorció las manos, tratando de ilustrar con mayor exactitud la escena del accidente que estaba viendo. Chevette lo miró y descubrió que temblaba.

—Nigel —dijo, levantándose—, me han puesto eso para gastarme una broma, ¿te das cuenta?

—Se movía —dijo él—. Yo lo vi.

—De acuerdo, fue una broma pesada. Pero yo sabía a quién podía buscar. A ti, ¿verdad que sí? Y tú me lo has quitado.

Nigel sacudió la cabeza para echarse de nuevo el pelo sobre los ojos, intimidado y complacido.

—Suerte que tenías ese cuchillo. Corta bien. —Y frunció el entrecejo—. Necesitas uno de acero...

—Ya lo sé —replicó Chevette—. Tengo que marcharme—. Se agachó para recoger la lata de pintura—. Voy a tirar esto, y perdona.

—Hay tormenta —dijo Nigel—. No salgas con esta tormenta.

—Tengo que irme. No te preocupes por mí. —Chevette pensó que el hombre también mataría a Nigel, si la encontraba allí. Le haría daño. Lo asustaría.

—Yo las corté. —Nigel le mostró la pelota.

—Deshazte de eso.

—¿Por qué?

—Mira qué sarpullido.

Nigel dejó caer la pelota como si fuera veneno. La pelota rebotó y se perdió de vista. Nigel se limpió los dedos en la mugrienta pechera de la camiseta.

—Nigel, ¿no tendrías un destornillador que me puedas prestar? Uno de punta plana.

—Los míos están todos gastados... —Los animales blancos corrieron por encima del montón de herramientas, felices de lanzarse a la caza, mientras Nigel los miraba con seriedad—. Los de punta plana los tiro en cuanto puedo. Son mejores los de estrías...

—Quiero uno que esté muy gastado.

La mano derecha se zambulló y salió con el trofeo, de mango negro y ligeramente doblado.

—Ese es el que necesito —dijo Chevette, cerrando la cremallera de la cazadora de Skinner.

Las dos manos le ofrecieron la herramienta; los ojos de Nigel se ocultaban tras el pelo, mirándola.

—Me... me gustas, Chevette.

—Lo sé —dijo ella, llevando la lata de pintura con vómito en una mano y el destornillador en la otra—. Sé que te gusto.

Desviada por el entramado de plásticos que daban techumbre a la calzada superior, la lluvia seguía los tubos de desagüe y los cables de electricidad y aparecía desde ángulos imposibles, en cascadas aleatorias, pequeñas Niágaras que saltaban desde láminas corrugadas de metal y madera chapada. Desde la entrada del taller de Nigel, Chevette vio cómo se desplomaba un toldo y caían de pronto cientos de litros de agua plateada de lo que hasta entonces había sido una tensa cavidad, una hinchada bañera de lona que cedió con un chasquido agudo convirtiéndose enseguida en muchos metros de tela empapada y aleteante. Allí nada se planificaba, en ningún sentido general, y los problemas de drenaje se resolvían a medida que aparecían. O lo que era lo más probable, no se resolvían.

Advirtió que la mitad de las luces estaban apagadas, pero eso podía ser porque la gente las había apagado, porque había desenchufado todas las cosas. Pero en ese instante advirtió oblicuamente un extraño destello rosado; oyó que un transformador crepitaba y luego una detonación. Hacia el lado de Tesoro. Con eso se apagaron casi todas las luces que quedaban. Se encontró de pronto en medio de una oscuridad casi total. No había nadie a la vista, absolutamente nadie. Sólo una lámpara de cien vatios que bailaba al viento enroscada en una base de plástico anaranjado.

Salió al centro de la calzada, cuidando de no acercarse a los cables caídos. Se acordó de la lata que llevaba en la mano y la tiró hacia un lado, y oyó cómo golpeaba y rodaba.

Pensó en la bici, abandonada en la lluvia, con los condensadores descargados. Alguien se la llevaría, sin duda, y también la de Sammy Sal. Era lo más grande, lo más valioso que había poseído jamás, y cada uno de los dólares que había depositado en el mostrador de City Wheels se lo había ganado con esfuerzo. No pensaba en ella como cosa, sino como se le ocurría que podía pensar alguien en su caballo. Algunos

mensajeros ponían nombre a las bicicletas, pero Chevette nunca habría hecho algo así, y en cierto modo precisamente porque pensaba en ella como algo vivo.

Proyecta, se dijo, si te quedas aquí te alcanzarán. Le dio la espalda a San Francisco y echó a andar hacia Tesoro.

¿Te alcanzarán? ¿Quiénes? El de la pistola. Ése había venido por las gafas. Vino por las gafas y mató a Sammy. ¿Lo habría mandado esa gente, los que llamaron a Bunny y a Wilson, el dueño? Polis de alquiler quizá. Seguridad privada.

El estuche en el bolsillo. Suave. Y aquellos extraños dibujos de la ciudad, esas torres de terrazas que se ensanchaban. Un girasol.

—Por Dios —se dijo—. ¿Adónde voy?

¿A Tesoro, donde estaban los hombres lobo y los caras de muerto, los locos peligrosos expulsados del puente, que rondaban ahora aquellos bosques? Había sido un cuartel de la Marina, decía Skinner, pero una plaga acabó con todo justo después del Pequeño Grande, una enfermedad: primero se te estropeaban los ojos y después se te caían los dientes. La fiebre de la Isla del Tesoro; decían que después del terremoto algo había salido de una lata en el cuartel de la Marina. Nadie se acercaba allí, nadie que fuera normal. De noche se veían las hogueras, a veces, y de día el humo, y si uno iba hasta el arco de Oakland, hasta el voladizo, se daba cuenta de que la gente de allí no era como uno, de verdad, como la gente de aquí, la que vivía en la estructura de suspensión del puente.

¿No sería mejor volver y tratar de encontrar la bici? Con una hora de marcha los frenos recuperarían la carga. Se vio a sí misma pedaleando, tal vez hacia el este, pedaleando para siempre hacia el país que hubiese de ese lado, por desiertos como los que salían en la televisión, y luego granjas llanas y verdes por donde avanzarían enormes máquinas en fila, haciendo lo que hacían las máquinas. Pero entonces se acordó de la carretera que la había traído desde Oregón, los camiones que pasaban rugiendo en medio de la noche como animales furiosos y perdidos, y trató de imaginarse en la bicicleta avanzando por esos lugares. No, no encontraría salida por carreteras como la que recordaba, donde nada estaba hecho a escala humana, donde apenas si de vez en cuando se avistaba una luz en todos aquellos campos de oscuridad. Donde se podía caminar y caminar por siempre jamás y no llegar nunca a ningún sitio, ni siquiera a un sitio donde sentarse. No sería una bicicleta lo que la sacaría de allí.

También podría volver a lo de Skinner. Subir a ver... No. Desechó esa idea con todas sus fuerzas.

El vacío subió desde las sombras batidas por la lluvia como un gas, y Chevette contuvo el aliento.

Lo curioso de las pérdidas: uno no se da cuenta de las cosas que tiene hasta que las pierde. Tuvo que marcharse su madre para darse cuenta de que había estado con ella, pues antes la madre era ese lugar, todas las cosas, como el clima. Y Skinner, y la estufa Coleman y el aceite que había que gotear en el orificio para que la junta de cuero estuviera siempre blanda y funcionara la bomba. Uno no se despierta todas las mañanas diciéndole sí y sí a todas las cosas pequeñas. Pero todo en la vida estaba hecho de cosas pequeñas. O de alguien a quien ver, que estuviera allí al despertar. O de Lowell. Cuando tenía a Lowell, si es que podía decir que lo había tenido alguna vez, porque suponía que no, la verdad... pero mientras estuvo sí que fue un poco así...

—¿Chev? ¿Eres tú?

Y allí estaba. Lowell. Sentado de piernas cruzadas encima de una oxidada refrigeradora portátil que decía CAMARONES en la parte de adelante, fumando un cigarrillo y viendo cómo caía la lluvia desde el toldo de la tienda de camarones. Hacía ya tres semanas que no lo veía, y en lo único que se le ocurrió pensar fue en su propio aspecto, que debía de ser desastroso. Al cabeza rapada que estaba sentado al lado de Lowell lo llamaban Códigos. Tenía puesta la capucha negra del suéter, y las manos escondidas en las mangas largas. Códigos nunca había simpatizado con Chevette.

Pero Lowell le sonreía detrás de la brasa de aquel cigarrillo.

—Bueno —dijo—, ¿vas a decir hola o qué?

—Hola —dijo Chevette.

21. Disidentes Cognitivos

A Rydell no lo entusiasmaba mucho aquel asunto del puente, y menos aún lo entusiasmaban las cosas que Freddie le había contado en la Feria de la Alimentación y durante el regreso de North Beach. No dejaba de recordar el documental que había visto en Knoxville, y estaba seguro de que no se decía nada de caníbales ni de cultos. Tenía la sensación de que Freddie quería que pensara esas cosas, porque era él, Rydell, quien tenía que ir allí y encontrar a la chica, Chevette Washington.

Y ahora estaba allí, viendo cómo la gente se afanaba por sacar sus cosas de la lluvia, sin que nada le recordara lo que Freddie le había contado. Parecía más bien un carnaval. O una feria callejera, sólo que estaba techada, en la calzada superior, con chabolas demencialmente pequeñas, apenas unas cajas, y caravanas subidas y pegadas a las vigas con goterones de adhesivo: parecían saltamontes atrapados en una telaraña. Se podía subir o bajar entre los dos niveles de calzada originales por unos agujeros que habían abierto en el nivel superior y a los que se accedía mediante todo tipo de escaleras, de madera chapada o de hierro soldado; a uno de ellos se llegaba por una antigua escalerilla de avión que descansaba sobre ruedas desinfladas.

En la calzada inferior, después de dejar atrás numerosos puestos de comida, lo que más había era bares, los más pequeños que Rydell había visto jamás; algunos sólo tenían cuatro taburetes y ni siquiera una puerta, sólo una cortina metálica que se bajaba y se cerraba con un candado.

Y nada estaba hecho de acuerdo con un plan o algo que se le pareciese. No era como en los centros comerciales, donde se instala un negocio en un local y se espera a ver si da o no resultado. Ese sitio daba la impresión de haber brotado, con cada cosa adherida a la siguiente, hasta que todo quedó envuelto en una masa amorfa, en la que no había dos cosas que hicieran juego. Hacia donde se mirase se encontraba un material diferente, y casi ninguno había sido utilizado para su finalidad original. Pasó delante de puestos con fachada de fórmica turquesa, ladrillos falsos, trozos de azulejos rotos dispuestos en forma de espirales y rayos de sol y flores. Un local, ya cerrado, estaba cubierto con láminas de una consola desarmada, de color verde y cobre.

Rydell se sorprendió sonriendo sin que la gente, caníbales o no, le hiciera el menor caso. Formaban un grupo tan diverso como sus materiales de construcción: todas las edades, razas y colores, y corrían adelantándose a la tormenta que se avecinaba ahora sin ninguna duda, precedida por un viento que arreciaba por momentos mientras él avanzaba entre carros y señoras que arrastraban maletas de mimbre. Un niño pequeño que venía dando tumbos abrazado a un extintor rojo tropezó contra sus piernas. Rydell nunca había visto a un niño con tatuajes como aquéllos. El niño le dijo algo en otro idioma y se perdió de vista.

Rydell se detuvo y sacó el plano de Warbaby del bolsillo de la chaqueta. El plano indicaba dónde vivía la chica y cómo llegar hasta allá arriba. Justo en lo más alto, en una diminuta chabola amarrada a la cima de una de las torres de donde colgaban los cables. Warbaby tenía una caligrafía preciosa, realmente elegante, y eso que había dibujado el plano y escrito las indicaciones en el asiento trasero del Patriot. Unas escaleras por aquí, luego una pasarela, y había que tomar una especie de ascensor.

Encontrar el primer tramo de escaleras iba a ser muy difícil porque, ahora que miraba a su alrededor, veía montones de escaleritas que subían serpenteando entre puestos y microbares cerrados, sin que pudiese reconocer pauta alguna. Daba por sentado que todas conducían al mismo nido de ratas, pero nada garantizaba que se juntasen en lo alto.

Entonces el agotamiento lo venció, y quiso saber dónde y cuándo le tocaría dormir, y en qué lio había dejado que lo metiera Hernández.

Cayeron las primeras gotas, la velocidad del viento aumentó en un par de nudos y los vecinos abandonaron lo que estaban haciendo para guarecerse. Rydell se quedó agazapado entre dos anticuadas máquinas expendedoras japonesas. La estructura general, si es que se le podía dar ese nombre, era lo bastante porosa como para permitir generosamente el paso de la lluvia, pero también lo bastante grande y enrevesada como para cerrarle el paso al viento. Todo el montaje empezó a crujir, a saltar y a sonar con una especie de gemido. Y las luces empezaron a apagarse.

Vio un estallido de chispas blancas y enseguida un cable se desprendió de la enloquecida maraña. Alguien gritó algo, pero el viento se tragó las palabras y no pudo entenderlas. Miró al suelo y vio que el agua le cubría ya las zapatillas SWAT. Mala cosa, pensó: charcos, pies mojados, corriente alterna.

Al lado de una de las máquinas expendedoras había un puesto de frutas armado de cualquier manera con maderas rescatadas, como una fortaleza construida por un niño. Pero tenía una especie de plataforma debajo, de unos quince centímetros de altura, y parecía estar seco. Subió encorvándose a la plataforma, los pies ya fuera del agua. Olía a mandarinas demasiado maduras, pero la plataforma estaba bastante seca, y la máquina expendedora paraba casi todo el viento.

Se subió la cremallera de la chaqueta hasta el tope, metió las manos en los bolsillos y se puso a pensar en un baño caliente y una cama seca. Pensó en su futón de Futon Mouth, allá en Mar Vista, y llegó a sentir cierta nostalgia. Por Dios, pensó, sólo falta que eche de menos esas flores adhesivas.

Un toldo de lona se vino abajo, rompiendo los listones que lo sujetaban como si fueran mondadientes y derramando unos ochenta litros de lluvia. Fue entonces cuando vio a Chevette Washington, justo allí delante. Como si la estuviera soñando. A menos de seis metros. Allí, de pie.

Rydell había estado saliendo con una chica en Florida, después de que su padre se había ido a vivir allí y se había enfermado. Se llamaba Claudia Marsalis y era de Boston, y su madre tenía la caravana en la misma parcela que su padre, cerca de la bahía de Tampa. Rydell cursaba el primer año en la Academia, pero tenía un par de semanas libres y su padre sabía cómo comprar billetes de avión baratos.

Así que Rydell bajaba a visitar a su padre en vacaciones, y a veces, por las noches, salía a pasear con Claudia Marsalis en el Lincoln 94 de la madre de ella, un coche que, decía Claudia, era rojo cereza cuando lo habían traído, pero la sal lo estaba atacando. Naturalmente, en Boston sólo lo sacaba a la carretera en verano para que los productos químicos no lo carcomieran. Las chapas de la matrícula decían PATRIMONIO DE MASSACHUSETTS en letras blancas y azules, como un verdadero artículo de coleccionista. Eran chapas de las antiguas, de metal estampado, y no se encendían desde dentro.

En esa parte de Tampa el ambiente era duro, con las señales de las calles agujereadas, pues las usaban para tirar al blanco o para demostraciones nocturnas con algún fusil. Por otra parte, las demostraciones en materia de fusiles y escopetas eran práctica corriente; más de uno las llevaba expuestas en el vidrio trasero de la camioneta o del jeep, acompañadas por un par de perros grandes y viejos. Claudia solía darle la lata con ese tema, el de los chicos de Florida y sus sombreros téjanos, dejándose ver con las escopetas y los perros. Rydell le explicaba que eso no tenía nada que ver con él, que él era de Knoxville, y que allí la gente no iba por la vida enseñando las armas ni se dedicaba a agujerear las señales de las calles, al menos si la policía podía evitarlo. Pero Claudia era de esas que pensaban que todo lo que estaba al sur de Washington era igual, aunque a lo mejor sólo lo decía para tomarle el pelo.

Pero de noche olía a sal y a magnolias y a marismas, y ellos salían a pasear en el Lincoln con las ventanillas bajas y escuchando la radio. Cuando oscurecía se veían las luces de los barcos y de los enormes aviones de carga que pasaban ronroneando como si fueran los ovnis más lentos del universo. De cuando en cuando se hacían unos desganados arrumacos en el asiento trasero, pero sólo a veces, porque Claudia decía que en Florida se sudaba demasiado, y Rydell solía estar de acuerdo. Era sólo porque los dos estaban allí, solos, y no había mayor cosa que hacer.

Una noche estaban escuchando una emisora de Georgia que ponía música country, y empezó a sonar «Yo y Jesús te vamos a romper ese culo pagano», una de esas heavy metal pentecostales sobre abortos, ayatolás y cosas parecidas. Claudia nunca la había oído, y de tanto reírse casi se mojó los pantalones. No se podía creer lo que decía la canción. Cuando se hubo calmado y secado las lágrimas le preguntó a Rydell que por qué quería ser policía. Rydell se sintió incómodo, convencido de que sus estudios en la Academia le parecían a ella algo tan divertidamente ridículo como la canción. Pero también porque no era un tema sobre el que hubiese reflexionado mucho tiempo.

La verdad era que probablemente tuviera mucho que ver con todas las veces en que él y su padre habían visto juntos Polis en problemas, porque aquel programa sí que le enseñaba a uno lo que era el respeto. Uno veía la clase de problemas con que se topaba la policía. No sólo cuando se enfrentaba a delincuentes armados y drogados, sino a abogados ladinos y a los malditos tribunales y a todo. Pero sabía que si le llegaba a decir que era por un programa de la tele ella se echaría a reír. Así que se lo pensó un momento y le dijo que era porque le gustaba la idea de estar en una posición que le permitiera ayudar a la gente que se encontraba en problemas de verdad. Ella se quedó mirándolo.

—Berry —dijo—. Lo dices en serio, ¿verdad?

—Claro —dijo él—. Supongo que sí.

—Pero Berry, cuando seas policía la gente sólo te va a decir mentiras. Pensarán que tú eres el enemigo. Sólo querrán hablar contigo cuando sean ellos los que tengan problemas.

Él iba conduciendo y la miró de soslayo.

—¿Cómo es que sabes tanto de eso?

—Porque es lo que hace mi padre —dijo ella, zanjando la conversación.

Él en cambio volvió a pensar en el asunto, y recordó el tiempo en que trabajaba para IntenSecure al volante de Gunhead, porque aquello era como ser un poli pero sin serlo. La gente a la que ayudaba ni se molestaba en mentir porque al fin y al cabo ellos eran los que pagaban la factura.

Y aquí estaba, en este puente, saliendo casi a gatas de un puesto de frutas para seguir a la chica que, según Warbaby y Freddie —a quien Rydell había decidido no creerle ni el Padre Nuestro— había degollado al alemán o lo que fuera en ese hotel. La que había robado unas gafas que Rydell tenía que recuperar, unas gafas como las de Warbaby. Pero, si las había robado, ¿qué la había hecho volver más tarde para matar al tipo? Aunque la verdadera pregunta era: ¿qué tenía esto que ver con nada, incluso con haber visto tantas veces Polis en problemas en compañía de su padre? Y la respuesta, pensó, era que él, al igual que cualquiera que se encontrara en esa situación, estaba tratando de ganarse la vida.

Del enjambre de arriba caían gruesos chorros de lluvia que rompían en la calzada. A lo lejos hubo un destello rosado, eléctrico. Le pareció que la chica arrojaba algo a un lado, pero si se detenía a ver qué era, podría perderla. La chica había echado a andar, evitando las cascadas.

La Academia no hacía ningún hincapié en las técnicas de seguimiento en la calle, a menos que el estudiante diera tan claras muestras de ser un buen detective que lo hicieran pasar directamente a los cursos avanzados. A pesar de eso, Rydell se había comprado el libro. El problema era que precisamente por haberlo leído sabía que hacía falta un compañero, y eso suponiendo que se dispusiese además de un enlace por radio y de varios ciudadanos entre los que ocultarse. Haciéndolo como lo hacía ahora, sólo podía seguir furtivamente a la chica y esperar no ser visto.

Supo que era ella por el demencial corte de pelo, por la coleta pegada a la nuca como la de esos gordos luchadores japoneses. Sólo que ella no era gorda. Las piernas, que asomaban por debajo de una vieja cazadora de motorista que sin duda habría pasado dos años colgada en un establo, delataban un ejercicio muy frecuente. Las tenía apretadamente forradas en tela negra y brillante, como las prendas microporosas que Kevin traía de Sóplame, y terminaban en unas botas oscuras o zapatos de caña alta.

Por prestarle tanta atención, y por el esfuerzo de mantenerse oculto, pues a ella podía ocurrírsele mirar hacia atrás, Rydell se las arregló para pasar justo debajo de una de las cascadas. El agua le dio en la base de la nuca. En ese instante oyó que alguien decía «Chev, ¿eres tú?» y se arrodilló en medio de un charco, detrás de un montón de troncos apilados en dos filas, y envueltos en un plástico empapado. Identificación confirmada.

La catarata a sus espaldas hacía demasiado ruido para oír lo que se decía, pero podía verlos: un tipo joven con cazadora de piel negra, mucho más nueva que la de ella, y otra persona vestida de negro, encapuchada. Estaban sentados encima de una refrigeradora o algo semejante, y el de la cazadora fumaba un cigarrillo. Llevaba el pelo encopetado, brillante idea para esa lluvia. El cigarrillo dibujó un arco y se apagó en el agua, y el tipo bajó de donde estaba sentado y ahora parecía hablar con ella. También bajó el de la capucha negra, con movimientos de araña. Llevaba una camisa de mangas largas que le colgaban un buen palmo por debajo de las manos. Se parecía a la sombra suelta que aparecía en una película antigua que Rydell había visto alguna vez, en la que las

sombras se separaban de la gente y había que atraparlas y volverlas a coser en su lugar. Tal vez Sublett supiera cómo se llamaba.

Trató por todos los medios de no moverse, arrodillado en aquel charco, y entonces ellos echaron a andar, la chica entre los dos tipos y el de la sombra mirando hacia atrás de vez en cuando para vigilar la retaguardia. Alcanzó a ver parte de un rostro blanco y un par de ojos duros, cautelosos.

Contó: uno, dos, tres. Se levantó y empezó a seguirlos.

No estaba seguro de la distancia que habrían recorrido cuando le pareció que desaparecían de repente, perdiéndose de vista. Se quitó la lluvia de los ojos y trató de entender lo que pasaba, y descubrió entonces que habían bajado por unas escaleras que se abrían en la calzada inferior, cosa que veía por primera vez. Se asomó al hueco y empezó a oír música y vio el resplandor azulado que despedía un rótulo de delgadas letras de neón que decían, en mayúsculas azules: DISIDENTES COGNITIVOS.

Permaneció allí un instante oyendo el chisporroteo del agua en el transformador del rótulo, y empezó a bajar por la escalera.

Era de madera chapada, y habían revestido los peldaños con adhesivos ásperos antideslizantes que no impidieron que resbalase. A mitad de la escalera ya sabía que era un bar, pues le llegaba el olor de la cerveza y de al menos dos clases de humo.

Y hacía calor, allí abajo. Era como entrar en un baño de vapor. Había mucha gente. Alguien le tiró una toalla. Estaba empapada y lo golpeó en el pecho, pero la agarró y se frotó el pelo y la cara antes de arrojarla de vuelta. Alguien soltó una carcajada, una mujer, a juzgar por la voz. Fue a la barra y encontró un sitio vacío en el extremo. Buscó en los bolsillos empapados un par de monedas de cinco y las estampó en el mostrador.

—Cerveza —dijo, sin levantar la mirada cuando alguien le puso una delante y barrió después las monedas. Era una de esas marcas japonesas destiladas en América que apenas se consumía en lugares como Tampa. Cerró los ojos y se bebió la mitad de un solo trago. Cuando miró para dejar la botella en el mostrador había alguien junto a él.

—¿Saltos?

Rydell miró a un lado y vio a un personaje sin mandíbula, con gafas pequeñas y rosadas y una boquita rosada, pelo rubio y menguante, peinado hacia atrás y brillante por otra causa además de la humedad del salón.

—¿Qué? —dijo Rydell.

—He dicho «saltos».

—Te he oído —dijo Rydell.

—Bueno, ¿qué, necesitas el servicio?

—Mm, mira —dijo Rydell—, ahora lo único que necesito es esta cerveza, ¿de acuerdo?

—Tu número de teléfono —dijo el hombre de la boca rosada—. O del fax. Salto garantizado, un mes. Treinta días y si no los treinta siguientes gratis. Larga distancia nacional ilimitada. Si necesitas el extranjero, podemos hablar. Pero el servicio básico son trescientos—. Todo esto en un zumbido que a Rydell le recordó las voces de chip que salían de los juguetes infantiles más baratos.

—Espera un momento —dijo Rydell.

El hombre parpadeó un par de veces detrás de las gafas rosadas.

—Me estás hablando de hacerle un salto a un teléfono portátil, ¿no es así? ¿Para no tener que pagar las llamadas?

El hombre se limitó a mirarlo.

—Bueno, pues gracias —se apresuró a decir Rydell—. Te lo agradezco, pero yo no tengo teléfono. Si lo tuviera, con mucho gusto te aceptaba el trato.

El hombre siguió mirándolo.

—Pensé que te conocía de algo...

—No —dijo Rydell—. Yo soy de Knoxville. He venido escapando de la lluvia. —Decidió que ya era hora de aventurarse a mirar alrededor y observar el lugar, porque los espejos de la barra estaban completamente velados por el vapor y hasta chorreaban. Se volvió de lado y vio a la japonesa, la que había visto en las colinas de Hollywood aquella noche, patrullando con Sublett. Estaba de pie en un pequeño escenario, desnuda, y la larga cabellera rizada le llegaba hasta las caderas. Rydell se oyó soltar un gruñido.

—Eh —le decía el hombre—, eh...

Rydell se sacudió, una extraña reacción automática, como la de un perro mojado, pero la mujer seguía allí.

—Eh. Tengo crédito. —Otra vez el zumbido—. ¿Andas con problemas? Tal vez quieras ver el estado de tu cuenta. La de cualquier otro, si tienes los números...

—Oye —dijo Rydell—, espera un poco. ¿Y esa mujer?

Las gafas rosadas se inclinaron.

—¿Quién es? —preguntó Rydell.

—Eso es un holograma —dijo el hombre, cambiando por completo el tono de voz, y se marchó.

—Vaya —dijo el barman, a sus espaldas—. Acabas de batir el récord sacándote de encima a Eddie el Mierda. Te has ganado una cerveza.

El barman era un negro que lucía cuentas de cobre en el pelo. Miraba a Rydell y le sonreía.

—Lo llamamos Eddie el Mierda porque no vale una y eso le importa otra. Enchufa tu teléfono a una caja que ni pilas tiene, aprieta unos cuantos botones, le pasa un pollo muerto por encima y se lleva tu dinero. Ése es Eddie. —Destapó una cerveza y la puso al lado de la otra.

Rydell volvió a mirar a la japonesa. No se había movido.

—Acabo de entrar, escapando de la lluvia —fue todo lo que se le ocurrió.

—Buena noche para venir —dijo el barman.

—Dime —dijo Rydell—, esa señora que está allí...

—Ésa es la bailarina de Josie —dijo el barman—. Tú mírala. La pondrá a bailar en un momento, en cuanto suene una canción que le guste.

—¿Josie?

El barman señaló con el dedo. Rydell siguió la indicación. Vio a una mujer muy gorda en una silla de ruedas. Tenía el pelo del color y la textura del alambre de acero. Llevaba un overol tejano muy nuevo y una camiseta blanca XXL, y tenía las dos manos escondidas en una cosa que sostenía sobre las rodillas y parecía un manguito de suave plástico gris. Tenía los ojos cerrados y un rostro sin expresión. Rydell no habría sabido decir si estaba dormida o no.

—¿Un holograma? —La japonesa no había hecho el menor movimiento. Rydell recordaba lo que había visto aquella noche: la corona con cuernos, toda de plata. El vello púbico rasurado en forma de signo de exclamación. Ésta no tenía ni una cosa ni la otra, pero era la misma. Seguro.

—Josie está siempre proyectando —dijo el barman como si hablara de algo inevitable.

—¿Desde esa cosa que tiene sobre las rodillas?

—Eso es el interfaz —dijo el barman—. El proyector está allí. —Señaló otra vez—. Encima del rótulo de la NEC.

Rydell vio un aparato negro y pequeño instalado en el borde superior del antiguo rótulo luminoso. Parecía una cámara antigua, de las ópticas. No sabía decir si NEC era una cerveza o qué. Toda la pared estaba llena de rótulos por el estilo, todos de marcas distintas. Rydell reconoció algunos de los nombres y concluyó que se trataba de reclamos publicitarios de antiguas marcas de productos electrónicos.

Miró hacia el aparato, luego a la mujer de la silla de ruedas, y sintió tristeza. Enfado, también. Como si hubiera perdido algo.

—No tiene nada que ver con lo que pensé que era —dijo entre dientes.

—Engañaría a cualquiera —dijo el barman.

Rydell pensó en alguien sentado al borde de la carretera que cruzaba el valle. A la espera de coches. Como él y sus amigos cuando se echaban bajo los matorrales de la calle Jefferson para arrojar latas a las ruedas de los coches. Se oía un ruido como si se hubiera desprendido un tapacubos. Veían cómo se bajaban los dueños, miraban y se rascaban la cabeza. Lo que acababa de ver no era más que una versión de aquello: alguien que se divertía con un juguete caro.

—Mierda —dijo, y se concentró en buscar a Chevette Washington entre la multitud. Ya no notaba el olor a cerveza ni a humo, sino olor a pelo y a ropa mojada, y olor a cuerpos. Allí estaban, la chica y sus dos amigos, encorvados sobre una mesita redonda en una esquina. La capucha había bajado, mostrando a Rydell una cabeza blanca y calva con un murciélago o un pájaro tatuado en un lado, en una parte donde no se vería si se dejara crecer el pelo. Era el tipo de tatuaje que se dibujaba a mano, no de los que se hacían con ordenador. Cabeza Calva tenía, de perfil, un rostro pequeño y huraño, y no hablaba. Chevette Washington le decía algo al otro, y no parecía contenta.

Entonces cambió la música; la nueva empezaba con tambores, millones de tambores situados al otro lado de las paredes, y por encima entraban y salían ondas de estática, y voces de mujeres que gritaban como pájaros, y ningún sonido era natural: las voces entraban y salían en efecto doppler y sonaban como sirenas en una autopista, y los tambores, si se escuchaban con atención, estaban hechos con brevísimos fragmentos de sonidos que no eran en absoluto de tambor.

La japonesa —el holograma, se recordó Rydell— alzó los brazos y empezó a bailar, arrastrando los pies en espiral y taconeando no al compás de los tambores sino al compás de las ondas de estática que iban y venían por encima de la música. Cuando Rydell se acordó de mirar a la gorda vio que tenía los ojos abiertos y que movía las manos dentro del manguito de plástico.

Aparte de Rydell y la mujer de la silla de ruedas, no había en el bar otra persona que prestara la más mínima atención al baile. Rydell se acodó en el mostrador, mirando el holograma y preguntándose qué le quedaba por hacer.

La lista de compras de Warbaby era la siguiente: en el mejor de los casos hacerse con las gafas y la chica; si eso no podía ser, conseguir las gafas. Sólo la chica era definitivamente la peor compra, pero obligatoria si eso era todo lo que había.

La música de Josie hizo una última ida y vuelta, y con eso terminó la danza del holograma. De un par de mesas salieron aplausos de borrachos; Josie ladeó un poco la cabeza como agradeciéndolos.

Lo terrible del asunto, pensó Rydell, era que allí estaba esa Josie, clavada en la silla de ruedas, y encima ni siquiera era muy buena haciendo bailar aquella cosa. Le recordó a un ciego que se pasaba todo el día en el parque de Knoxville rasgueando una vieja guitarra National. Allí estaba, ciego, tocando la vieja guitarra, y no lograba sacar un maldito acorde. Ni siquiera mejoraba con el tiempo. No era justo.

Un grupo de personas se levantó de una mesa cerca de la de Chevette Washington. Rydell se apresuró a ocuparla, llevando consigo la cerveza que se había ganado por deshacerse de Eddie el Mierda. Seguía estando demasiado lejos para oír lo que decían, pero podía intentarlo. Estuvo pensando en formas de entablar conversación, pero ninguna le pareció viable. No porque su aspecto lo delatase como ajeno al ambiente, pues tenía la impresión de que la mayoría de los clientes no eran habituales, sino un muestreo aleatorio que había entrado escapando de la lluvia. Pero no tenía ni idea de cuál era la onda del bar. No lograba imaginar qué podría significar «Disidentes Cognitivos», pues el nombre no le daba ninguna pista sobre el tema ni sobre nada. Además, fuera cual fuese el motivo de la discusión de Chevette con el otro tipo, parecía que la cosa estaba calentándose.

Sería el novio, pensó. Algo en el lenguaje corporal de ella decía Novia Cabreada, y algo en la manera en que el chico se esforzaba por demostrar lo poco que le importaba todo aquello hacía pensar que era la Ex...

Todo terminó abruptamente en nada cuando las conversaciones se interrumpieron y Rydell alzó los ojos y vio al teniente Orlovsky, el poli-vampiro del Departamento de Homicidios de la Policía de San Francisco, que entraba desde la escalera con una London Fog, con un sombrero de fieltro que parecía moldeado en plástico color carne y las intimidantes gafas de media montura. Orlovsky se detuvo en la entrada. Del ruedo de la gabardina oscurecida por la lluvia caían hilos de agua que ya hacían un charco alrededor de los zapatos de punta levantada mientras él se desabotonaba la gabardina con una mano. Aún llevaba el chaleco negro. La misma mano fue a posarse en el mango liso, moldeado por inyección, color verde pardo, de la H&K de recámara flotante. Rydell buscó la placa de identificación colgada del hilo de nailon, pero no la vio.

Todo el bar miraba a Orlovsky.

Orlovsky paseó la mirada por la sala, observando por encima de las gafas, tomándose su tiempo, dándoles a todos una buena dosis de Mirada de Poli. La música, un sonido hueco de onda tecno que hacía pensar en bombas que estallaban en salas de ecos, adquirió un sentido diferente.

Rydell vio que Josie, la mujer de la silla de ruedas, miraba al ruso con una expresión que él no conseguía descifrar.

Al descubrir a Chevette en la esquina, Orlovsky se acercó a su mesa, otra vez dándose tiempo, dejando que todo en el salón se diera tiempo. La mano seguía apoyada en el arma.

Rydell tuvo la impresión de que el ruso bien podría estar a punto de desenfundar y matarla. Desde luego lo parecía, pero ¿qué clase de policía haría algo así?

Orlovsky se detuvo delante de la mesa, a la distancia exactamente adecuada: demasiado lejos para ellos, lo bastante apartado para poder sacar la pistola si tuviera que hacerlo.

Por alguna razón, a Rydell le agradó ver que Novio estaba a punto de cagarse en los pantalones. Cabeza Calva parecía hecho de plástico, allí congelado, las manos encima de la mesa, y entre esas manos Rydell vio un teléfono portátil.

Orlovsky paralizó a la chica con la mirada de alto voltaje, el rostro liso, gris a la luz del local, ni rastro de sonrisa. Se levantó el ala del sombrero plástico, pero sólo lo estrictamente necesario, y dijo:

—De pie.

Rydell miró a la chica y vio que temblaba. No había ninguna duda de que el ruso la buscaba sólo a ella y no a sus amigos: el Novio daba la impresión de que se iba a desmayar en cualquier momento, y Cabeza Calva jugaba a las estatuas.

Chevette Washington se puso de pie, temblorosa, haciendo caer hacia atrás la desvencijada silla de madera.

—En marcha. —El ala del sombrero apuntó hacia la escalera. El velludo dorso de la mano de Orlovsky cubría la culata de la H&K.

Rydell oyó el crujido de tensión de sus propias rodillas. Estaba echado hacia adelante, aferrado a los bordes de la mesa. Tocó con los dedos unos chicles viejos pegados debajo.

Las luces se apagaron.

Mucho después, al tratar de explicarle a Sublett lo que había pasado cuando Josie arrojó su holograma sobre Orlovsky, Rydell dijo que era más o menos como los efectos especiales del final de *En busca del Arca perdida*, la parte en que aquellos ángeles o lo que fueran salían como humo de la caja y se echaban sobre los nazis.

Para Rydell, sin embargo, todo había sucedido al mismo tiempo. De pronto, en un instante, se apagaron todas las luces, los rótulos de las paredes, todo, y Rydell no hizo más que empujar la mesa a un lado y saltar hacia donde ella había estado de pie. Y de un punto de la pared que seguramente marcaba el borde superior del rótulo de la NEC salió aquella bola de luz, expandiéndose. Tenía el color de la piel del holograma, entre miel y marfil, toda salpicada con el negro del pelo y de los ojos, y parecía la imagen que da un satélite meteorológico de un sistema de tormenta pero en cámara rápida. La bola envolvió al ruso: una esfera de un metro que le encerraba cabeza y hombros, y cuando se puso a girar, los ojos y la boca se abrieron en un grito silencioso, parpadeando, creciendo. Cada ojo, durante una fracción de segundo, tuvo el tamaño de la esfera, y también los dientes blancos, cada uno el tamaño de la mano de un hombre.

Orlovsky se puso a darle manotazos y eso le impidió, durante un brevísimo instante, sacar la pistola.

Pero aquello iluminó la escena lo suficiente para que Rydell viese que había agarrado a la chica y no al Novio. En realidad la tenía alzada, olvidándose de todo cuanto se le había enseñado en materia de inmovilizaciones del estilo «acompañenos», mientras corría hacia la escalera como mejor podía.

Orlovsky gritó algo, pero debió de ser en ruso.

Su tío, el que había estado en África con el ejército, solía decir, cuando le gustaba el modo en que una mujer movía el trasero al caminar, que era como dos cachorros de lince metidos en un saco de arpillera. Y ésa fue la imagen que acudió a los ojos de Rydell cuando subió corriendo aquellas escaleras con Chevette Washington cargada delante de él como una bolsa para las compras. Sólo que ésta no tenía nada de sexy.

Tuvo suerte de que la chica no le diera en un ojo ni le rompiera una costilla.

22. Robados

Sin saber quién la sujetaba, Chevette no dejó de soltar puntapiés y puñetazos hacia atrás hasta que llegaron a lo alto de la escalera. Pero él la tenía agarrada desde tan lejos que casi se le cayó encima.

Y llegó a la calzada oscurecida por el apagón, con la mirada puesta en un arma que parecía una metralleta de plástico color juguete bélico y que estaba entre las manos de otro hombre corpulento con gabardina, pero éste no llevaba sombrero, y el pelo, mojado, se le estiraba hacia atrás desde un rostro de piel demasiado tensa.

—Suéltala, idiota —dijo el de la metralleta. Tenía acento de monstruo de película antigua. Chevette apenas si podía mantenerse en pie cuando el hombre la soltó.

—Idiota —dijo el pistolero, con aquel acento raro—, no tratarás de hacerte el listo, ¿verdad?

—War —dijo el que la había sujetado, mientras se doblaba sobre el estómago, tosiendo—. Baby —dijo, irguiéndose, haciendo muecas, frotándose las costillas, mirándola—. Mierda, vaya coces que das. —Sonaba americano, pero no de la Costa Oeste. Llevaba una chaqueta de nailon barata con la manga desgarrada en una hombrera de la que salía un trozo de relleno blanco algodonoso.

—Como trates de hacer algo... —y la metralleta de plástico apuntó directamente a la cara del tipo.

—War-baby, war-baby —decía el tipo, o eso parecía decir—, «w-baby me ha ordenado venir a buscarla. Está allá fuera, detrás de aquellas trampas antitanques, esperando a que se la lleve.

—Arkady... —dijo un hombre de sombrero de plástico que ahora salía de las escaleras, justo detrás del que la había agarrado. Llevaba puestas unas gafas de visión nocturna, con ese extraño tubo central que asomaba por debajo del ala del sombrero. Tenía en la mano una cosa que parecía una lata de aerosol en miniatura. Dijo algo en algún idioma. ¿Ruso? Apuntó con la lata hacia el fondo de la escalera.

—Si usa cápsico en un espacio cerrado como ése —dijo el que la había agarrado— puede hacerle daño a la gente. Puede producirle sinusitis crónica.

El del rostro tenso lo miró como quien mira a un bicho que acaba de salir de debajo de una piedra.

—Tú eres chófer, ¿no? —dijo mientras ordenaba con gestos al del sombrero que guardase aquello, fuera lo que fuese.

—Estuvimos tomando café. Bueno, usted se tomó un té. ¿No es así, Svobodov?

Chevette vio que el de rostro tenso le echaba una rápida ojeada, como si no le hubiese gustado que ella oyese su nombre. Ella tuvo ganas de decirle que había entendido Robados, por el modo en que el otro lo había dicho, y que no podía ser ése el nombre, ¿verdad que no?

—¿Por qué la agarraste? —preguntó el de rostro tenso, Robados.

—Podría haberse escapado en la oscuridad, ¿no? Yo no sabía que su colega tuviese infrarrojos. Además, Warbaby me mandó a buscarla. No habló de ustedes. Es más, me dijo que ustedes no venían por aquí.

El del sombrero se le había puesto detrás y le torcía el brazo para que no se moviera.

— Suéltame...

—Oye —dijo el que la había agarrado, como queriendo tranquilizarla—, estos señores son oficiales de la policía. De Homicidios. Policía de San Francisco, ¿sabes?

—Idiota —dijo Robados como en un silbido bajo.

—¿Polis? —preguntó ella.

—Pues claro.

Oír eso hizo que Robados soltara un gruñido de exasperación.

—Nos vamos, Arkady. Esos depravados de ahí abajo están figoneando... —El del sombrero se quitó las gafas de visión nocturna mientras daba saltitos como quien tiene prisa por ir a orinar.

—¡Escuchen! —Dijo ella—, alguien ha matado a Sammy. ¡Si de verdad son policías me tienen que escuchar, ese tipo mató a Sammy Sal!

—¿Quién es Sammy? —preguntó el de la chaqueta desgarrada.

—¡Yo trabajo con él! En Aliados. Sammy DuPree. Sammy. Le han pegado un tiro.

—¿Quién le disparó?

—Rydell. Cierra el jodido pico. —Ese acento.

—Ella nos cuenta que tiene información sobre un posible homicidio, ¿y usted me dice que cierre el pico?

—Sí. Te digo que cierres el jodido pico. Warbaby te lo explicará.

Y le torcieron otra vez el brazo y tuvo que ir con ellos.

23. Fue y lo hizo

Svobodov había insistido en esposarlo a Chevette Washington. Eran unas esposas Beretta, igual que las que llevaba cuando patrullaba en Knoxville. Svobodov dijo que él y Orlovsky necesitaban tener las manos libres por si acaso algún vecino del puente se daba cuenta de que se llevaban a la chica.

Pero, si se la llevaban, ¿por qué no le habían leído sus derechos? ¿Por qué no se habían molestado en decirle que estaba arrestada? Rydell ya había decidido que si la cosa llegaba a tribunales y lo llamaban como testigo, de ninguna manera iba a incurrir en perjurio diciendo que los había oído leerle los jodidos derechos. En su opinión, aquellos rusos eran unos rufianes descarados, precisamente el tipo de oficiales que la Academia se esforzaba tanto en no producir.

En un sentido, esa forma de ser reflejaba lo que mucha gente, conscientemente o no, esperaba de los polis, y eso, según decía un profesor de la Academia, ocurría por culpa de la mitología. Por culpa de cosas como el llamado Síndrome del padre Mulcahy, que se daba en situaciones de toma de rehenes. Cuando se producía un secuestro y la policía trataba de decidir qué hacer. Todos habían visto alguna vez aquella película del padre Mulcahy, por eso siempre había uno que salía diciendo: «Ya sé, voy a buscar un cura, voy a buscar a los padres del tipo, voy a soltar mi arma para entrar a convencerlo». Y el poli entraba y le freían el culo a tiros. Por olvidar que las cosas no son como en las películas. Y funcionaba también en el sentido inverso: el policía se convertía en un remedo de los que veía en el cine y la televisión. A todos ellos se les había advertido contra eso. Pero quizá la gente como Svobodov y Orlovsky, gente que había llegado de otros países, se dejara sugerir con mayor facilidad por los medios de comunicación. Bastaba con ver cómo se vestían, por ejemplo.

Una cosa era segura: se iba a meter debajo de una ducha. Una ducha caliente. Se iba a quedar bajo el chorro hasta que no aguantara más, o hasta que se acabara el agua caliente. Entonces iba a salir, se iba a secar con una toalla y estrenar ropa nueva totalmente seca, en la habitación de hotel que Warbaby le hubiera reservado. Iba a llamar para pedir que le subieran un par de sándwiches de pollo y un cubo de hielo con cuatro o cinco de esas cervezas mexicanas de botella de cuello largo que bebían en Los Ángeles. Entonces se sentaría, armado con el mando a distancia, a ver televisión. Tal vez Polis en problemas. A lo mejor hasta llamaba a Sublett, para contarle todo, para hablarle de las locuras que le estaban pasando en California del Norte. Sublett siempre trabajaba hasta tarde pues era hipersensible a la luz, así que si por casualidad esa noche estaba libre, lo encontraría en casa viendo películas.

—Mira por dónde caminas... —La chica tiró de la mano esposada con tanta fuerza que casi lo derribó. Había estado a punto de pasar por un lado de un poste cuando ella iba a pasar por el otro.

—Bueno, oye, lo siento —dijo él.

Ella no lo miraba. Sin embargo, Rydell no llegaba a imaginarla sentada en el pecho de un hombre y con un cuchillo en la mano para arrancarle la lengua. De acuerdo, tenía aquella navaja cerámica que cayó al suelo cuando Svobodov la sacudió, aparte de un teléfono portátil y las malditas gafas que todos buscaban. Las gafas eran iguales que las de Warbaby, y venían en un estuche. Los rusos estaban encantados, ahora que las tenían a buen resguardo en el bolsillo interior del chaleco de Svobodov.

Tampoco parecía adecuadamente asustada. Algo se lo decía a Rydell una y otra vez. No transmitía la vibración de miedo de quien ha delinquido, algo que se aprende a reconocer hacia el tercer día de trabajo. Era más bien miedo de víctima, aunque le había confesado abiertamente a Orlovsky que ella había robado las gafas. Que se las había robado la víspera en una fiesta celebrada en aquel hotel. Pero ninguno de los rusos había dicho nada del homicidio, ni mencionado al tal Blix o como quiera que se llamase la víctima. Ni siquiera habían hablado de latrocinio. Ella había dicho que alguien había matado a Sammy, quienquiera fuese el tal Sammy. Tal vez Sammy fuese el alemán. Pero los rusos habían cambiado de tema, la habían hecho callar, y ahora también ella se hacía la muda, salvo para quejarse si él empezaba a quedarse dormido de pie.

Ahora que la tormenta había pasado, el puente recobraba vida, o algo parecido, pero eran las mil y quinientas de la madrugada y pocos se habían levantado para evaluar los daños. A un lado y a otro volvían a encenderse las luces, y ya había quienes se

dedicaban a barrer el agua de las calzadas; también había alguno que otro borracho, y uno que tenía todo el aspecto de haberse intoxicado con dancin, que hablaba consigo mismo a mil por hora y que no dejó de seguirlos hasta que Svobodov sacó la H&K y se volvió hacia él para decirle que lo iba a convertir en mierda de gato si no se iba con el culo a Oakland, imbécil, y el tipo obedeció, por supuesto, con los ojos casi fuera de las órbitas, y Orlovsky se rió de él.

Llegaron a una parte más iluminada, cerca de donde Rydell había visto a Chevette Washington por primera vez. Mientras miraba al suelo para no tropezar, Rydell vio que la chica llevaba zapatillas negras SWAT iguales a las de él. Con plantillas Lexan.

—Eh —le dijo—, calzado del bueno, ¿verdad?

Y ella lo miró como quien mira a un loco, y él vio las lágrimas que le corrían por la cara. Y Svobodov le hundió el morro de la H&K, con fuerza, en la articulación de la mandíbula, y le dijo:

—Tú con ella no hablas, idiota.

Rydell miró a Svobodov de soslayo, desde la punta del cañón. Esperó hasta que le pareció que no sería peligroso decir de acuerdo.

A partir de entonces no volvió a hablar a la chica, ni siquiera a mirarla. Cuando le parecía que no pasaría nada, se atrevía a observar a Svobodov. Tal vez cuando le quitaran las esposas podría arreglar cuentas con aquel hijo de puta.

Justo después de que el ruso le apartara el arma de la oreja, Rydell notó algo a sus espaldas. En su momento no supo qué podía ser, pero luego se dio cuenta: un melenudo con pinta de oso grande que los miraba parpadeando desde una puerta que no podía tener más de medio metro de ancho.

Rydell no tenía nada contra los negros ni los inmigrantes ni contra nadie, a diferencia de mucha gente. Esa era en verdad una de las razones que lo habían llevado a la Academia pese a no haber sacado muy buenas notas en secundaria. Le habían hecho pasar una serie de pruebas que demostraron que no era racista. Y no lo era, pero no porque fuese un tema en el que pensara con frecuencia, sino porque no le veía sentido. Ser así sólo servía para meterse en dificultades; ¿por qué serlo entonces? De todos modos, nadie iba a volver al lugar de donde había venido, ¿no es así?, y si volvían (tenía la vaga sospecha), no habría quién hiciera asados mongoles y estaríamos todos escuchando heavy metal pentecostal, y al fin y al cabo la presidenta era negra.

Tenía que reconocer, sin embargo, ahora que caminaba junto a Chevette Washington entre los bloques de hormigón de las trampas antitanque, los dos columpiando las manos esposadas con una ridícula uniformidad de noche de graduación, que últimamente había unos negros y unos inmigrantes muy concretos que empezaban a caerle pesados. La melancolía de telepredicador de Warbaby había terminado por aburrirlo; de Freddie pensaba lo que su padre habría dicho: que era una mierda pinchada en una vara; en cuanto a Svobodov y Orlovsky, sin duda eran lo que su tío, el que se había metido en el ejército, llamaba cerdos cuadrados.

Se imaginó a Freddie, con el culo apoyado en el parachoques delantero del Patriot, meneando la cabeza al compás de algo que le llegaba por los auriculares mientras la letra de la canción o lo que fueran esas palabras escritas en diodos rojos le desfilaban por los bordes de las zapatillas. Tenía que haber pasado la tormenta metido en el coche, porque ni la camisa estampada con pistolas ni las enormes bermudas mostraban huellas de humedad.

Y allí estaba Warbaby, con la larga gabardina de forro acolchado, el sombrero calado hasta las gafas de LV. Parecía una refrigeradora, si es que podía imaginarse una refrigeradora apoyada en un bastón.

Y el tanque gris de los rusos, sin identificación, estacionado a la par del Patriot, con los neumáticos blindados y la reja de grafito que derribaba rinocerontes, gritando Coche de Policía a quien pudiera interesarle. Y de hecho algunos se interesaban, advirtió Rydell: un reducido grupo de vecinos del puente los miraba desde los bloques de hormigón y desde los aporreados carritos de frituras. Algunos niños, un par de mujeres de aspecto mexicano, con redecillas para el pelo como las que se ponen quienes trabajan preparando comidas, unos jóvenes con pinta de duros y ropa de trabajo embarrada, apoyados en palas y cepillos. Sólo miraban, con un cuidado aire de neutralidad, como miran los curiosos cuando ven a la policía en acción.

Y alguien más en el coche de los rusos, arrellanado en el asiento del acompañante, con las rodillas en alto.

Los rusos se apretaron a los lados de Rydell y la chica, apurándoles el paso. Rydell notó que respondían así a la presencia del público. No deberían haber dejado ese coche allí de esa manera.

Teniéndolo tan cerca, notó que algo crujía con cada paso de Svobodov: era el antibalas que llevaba bajo la camisa y que Rydell ya había detectado antes en aquel bar grasiento. Svobodov iba fumando uno de sus marlboros y disparando nubes de humo azul. Había escondido el arma.

Delante de Warbaby, Freddie iluminaba la escena con una sonrisa que daba ganas de patearlo, pensó Rydell, pero Warbaby parecía tan triste como siempre.

—Haga que me quiten esta mierda —dijo Rydell a Warbaby, alzando la muñeca, remolcando hacia arriba la de Chevette Washington. La gente vio las esposas y se oyó un rumor de reacciones, voces.

Warbaby miró a Svobodov.

—¿Lo tienes?

—Aquí. —Svobodov se llevó la mano a la London Fog.

Warbaby hizo un gesto de aprobación, miró a Chevette Washington, luego a Rydell.

—Pues muy bien. —A Orlovsky—. Quítales las esposas.

Orlovsky asió la muñeca de Rydell y pasó una tarjeta magnética por la ranura de las esposas.

—Suba al coche —le dijo Warbaby a Rydell.

—No le han leído sus derechos —dijo Rydell.

—Suba al coche. Su trabajo consiste en conducir, ¿no se acuerda?

—¿Está arrestada, señor Warbaby?

Freddie soltó una risita.

Chevette Washington mantenía la muñeca levantada, delante de Orlovsky, que ya se estaba guardando la tarjeta.

—Rydell —dijo Warbaby—, suba ya al coche. Aquí hemos terminado.

Se abrió la puerta del acompañante del coche gris. Salió un hombre. Botas vaqueras negras y una larga gabardina negra. Pelo rubio, ni largo ni corto. Tenía en las mejillas arrugas de quien sonríe a menudo, profundas, como si se las hubiesen tallado. Ojos claros. De pronto sonrió, dos tercios de encías y uno de dientes, y oro en las comisuras.

—Es él —dijo Chevette Washington con voz áspera—, el que mató a Sammy.

Fue entonces cuando el melenudo corpulento, el de la camisa sucia, el que Rydell había visto poco antes en el puente, descargó el cuadro de una bicicleta en la espalda de Svobodov. No era por cierto una bici normal, sino una vieja y oxidada bicicleta de paseo que llevaba delante una pesada cesta metálica. La bici y la cesta bien podían pesar cincuenta kilos, más los otros cincuenta kilos de chatarra que había en la cesta cuando aplastó a Svobodov. Svobodov se estrelló boca abajo contra el capó del Patriot, haciendo saltar a Freddie como gato escaldado.

El melenudo aterrizó encima de Svobodov y la chatarra como un oso atacado de rabia, lo sujetó por las orejas y empezó a estamparle la cara contra el capó. Orlovsky estaba ya desenfundando la H&K cuando Rydell vio que Chevette Washington se doblaba y sacaba algo de una de las SWAT. Se lo clavó a Orlovsky en la espalda. Parecía un destornillador. Chocó con el antibalas, pero le hizo perder el equilibrio justo cuando ya apretaba el gatillo.

Nada en este mundo hace el ruido de la munición sin cartucho cuando sale de la recámara flotante de un arma automática. No fue el ruido de un fusil, sino un alarido largo y ensordecedor.

El primer disparo no pareció alcanzar a nadie, pero como veía que Chevette Washington seguía arañándole el brazo armado, Orlovsky trató de apuntarle. El segundo disparo salió perdido hacia el público. La gente se puso a chillar y a recoger a los niños.

Warbaby se había quedado boquiabierto, como si no pudiera creer lo que veía.

Rydell estaba detrás de Orlovsky cuando éste trató de alzar el arma. El momento era oportuno.

Le asestó al ruso una patada pocos centímetros por debajo del dorso de la rodilla; el tercer disparo subió casi en vertical mientras Orlovsky caía al suelo.

Freddie trató de atrapar a Chevette Washington, y como si viera el destornillador sólo ahora, apenas si alcanzó a levantar el ordenador portátil con ambas manos. El destornillador lo atravesó de lado a lado. Freddie chilló y dejó caer el ordenador.

Rydell agarró la anilla suelta de las esposas, la que le había apretado la muñeca, y tiró con fuerza.

Abrió la puerta del acompañante del Patriot y arrastró a la chica con él. Ya instalado en el asiento del conductor tuvo una visión privilegiada del melencólico que golpeaba el ensangrentado rostro de Svobodov contra el capó, haciendo saltar las oxidadas piezas de chatarra con cada golpe.

Llave. Contacto.

Rydell vio el teléfono de Chevette Washington y el estuche de las gafas LV que caían del chaleco de Svobodov. Bajó la ventanilla y estiró el brazo. Alguien quitó al melencólico de encima de Svobodov a fuerza de disparos, pop, pop, pop, y Rydell, retrocediendo, vio que el hombre que había salido del coche policia hacia un barrido a su alrededor con una pequeña pistola que sostenía con ambas manos. Tal como lo enseñaban en «Planes». La parte trasera del Patriot chocó contra algo y Svobodov atravesó el capó entre una maraña de cadenas oxidadas y tubos de diversos tamaños. Chevette Washington trataba de salir por su puerta, por lo que Rydell tuvo que aferrarse a las esposas, manejar el volante con una mano, y soltarla luego el tiempo necesario para poner el coche en primera y volver a sujetarla.

La puerta del acompañante se cerró con un golpe seco cuando lanzó el Patriot directamente hacia el hombre de la sonrisa, quien tal vez pudo disparar una vez más antes de entender que tenía que apartarse, y rápido.

El Patriot patinó un par de veces al rodar por un charco de agua, y estuvo a punto de rozar un contenedor anaranjado y grande instalado al lado de un edificio.

Rydell vio en el espejo retrovisor, por el cristal trasero, una imagen incongruente: el puente que se alzaba como vestido de algas, delante de un cielo que empezaba a encapotarse, y Warbaby, avanzando, patitioso, levantando el bastón a la altura del hombro, apuntando al Patriot, como si esgrimiera una varita mágica o algo así.

Fuera lo que fuese lo que salió de la punta del bastón de Warbaby, hizo trizas el cristal trasero del Patriot, y Rydell giró a la derecha tan violentamente que casi hizo volcar el coche.

—Santo cielo —dijo Chevette Washington, como quien habla dormido—, ¿qué estás haciendo?

Él no lo sabía. Pero lo había hecho, ¿verdad?

24. Canción del pilar central

Cuando se produjo el apagón, Yamazaki buscó su bolso a tientas. Lo encontró y hurgó en él hasta dar con la linterna.

En el haz de luz blanca, Skinner dormía boquiabierto bajo las mantas y un raído saco de dormir.

Yamazaki registró los diversos estantes instalados encima de la mesa: pequeños frascos de especias, frascos idénticos que contenían tornillos de acero, un antiguo teléfono de bakelita que le recordó el origen del verbo «dispar», rollos de diferentes tipos y colores de cinta adhesiva, cabos de alambre de cobre, trozos de algo que, pensó, serían filtros de agua salada, y por fin un fardo de cabos de vela sujetos con una tira de goma podrida. Escogió el más largo y tomó un encendedor que descansaba junto al hornillo verde de campaña. Puso la vela sobre un platillo blanco y la encendió. La llama vaciló y se apagó.

Linterna en mano, se acercó a la ventana y apretó la vela contra el profundo marco circular.

Esta vez la vela no se apagó, aunque la llama palpitaba y crecía gobernada por corrientes de aire imposibles de localizar. Volvió a la ventana para mirar afuera. Oscurecido, el puente era invisible. La lluvia caía casi horizontal contra la ventana. Sintió en la cara gotas diminutas que se colaban por entre las grietas del vidrio y los resquicios que se abrían en las deterioradas juntas de plomo.

Se le ocurrió pensar que la habitación de Skinner podría funcionar como cámara oscura. Si se quitaba el diminuto ojo de buey del centro del rosetón y se tapaban los demás paños, era posible proyectar una imagen invertida en la pared opuesta.

Yamazaki sabía que el pilar central, el anclaje situado a medio trayecto del puente, había sido calificado como la cámara más grande del mundo. En el negrísimo interior de la estructura, la luz que entraba por un diminuto orificio había proyectado la descomunal imagen de la superficie inferior de la calzada baja, la torre más cercana y el trozo de bahía que rodeaba el conjunto. En la actualidad, la cavidad interior del pilar albergaba, en número indeterminado, a los más herméticos habitantes del puente, y Skinner le había desaconsejado acercarse por allí.

—No tienen nada que ver con los Manson que rondan entre los arbustos de Tesoro, Scooter, pero no se te ocurra molestarlos. No son mala gente, sólo que prefieren no recibir visitas, ¿sabes?

Yamazaki se acercó a la suave curva de cable que interrumpía el suelo de la habitación. Sólo se veía un fragmento oval del conjunto. Parecía una fórmula matemática que estorbaba apenas en una superficie topográfica representada en la pantalla de un ordenador. Se inclinó para tocar el segmento visible, pulido por otras manos. Cada uno de los treinta y siete cables, formados por cuatrocientos setenta y dos alambres, habían soportado y seguían soportando una carga de varios millones de kilos. Yamazaki sintió que algo, un mensaje de inercia enorme y oscura, ascendía vibrante por el interior de la joroba dorsal, lisa como una reliquia. La tormenta, sin duda. El puente en sí tenía una considerable capacidad de movimiento: se expandía y contraía con el calor y el frío, y los descomunales colmillos de acero de los pilares se hundían en un lecho rocoso cubierto por el cieno de la bahía, un lecho que casi no se había desplazado, ni siquiera en el Pequeño Grande.

Godzilla. Yamazaki se estremeció al recordar las imágenes televisadas del derrumbe de Tokio. Estaba en París con sus padres. Ahora se levantaba allí una nueva ciudad de edificios que habían crecido, literalmente, planta por planta.

La luz de la vela le mostró el diminuto televisor de Skinner, olvidado en el suelo. Lo llevó a la mesa, se sentó en el taburete y se puso a examinarlo. La pantalla no tenía daños aparentes. Sólo se había soltado del marco, pegada a un cable plano multicolor. Dobló el cable por detrás y presionó con ambos pulgares en los bordes de la pantalla, que encajó en el marco con un ruido seco. ¿Funcionaría? Se acercó para examinar los controles. ON.

La pantalla se llenó de diagonales de color lima y violeta que se perseguían entre sí y se disolvieron dejando lugar a una imagen de cámara fija. El logo de la NHK aparecía en la esquina inferior izquierda. «... heredero forzoso del magnate de la publicidad y las relaciones públicas, Hardwood Levine abandonó San Francisco esta misma tarde, tras

una estancia de varios días sobre la que se tejieron todo tipo de rumores, sin querer hacer comentario alguno sobre el motivo de su visita.» Un rostro largo, caballuno pero hermoso, asomaba saliendo del cuello levantado de una gabardina. Una amplia sonrisa. «Acompañándolo», vista a medio camino de un pasillo de aeropuerto, una mujer delgada, de pelo largo y oscuro y envuelta en algo lujoso y negro a cuyos pies brillaba la plata de los tacones de las relucientes botas, «estaba María Paz, paduana, célebre personalidad de los medios de comunicación, hija del realizador de cine Carlo Paz...» La mujer, que parecía desdichada, desapareció y fue sustituida por imágenes infrarrojas tomadas en Nueva Zelanda, donde fuerzas de paz del ejército japonés avanzaban a bordo de vehículos artillados hacia un aeropuerto rural. «... pérdidas atribuidas al ilegalizado Frente de Liberación de South Island...» Yamazaki intentó cambiar de canal, pero la pantalla no hacía más que parpadear con los colores lima y violeta, hasta que al fin enmarcó el retrato de Shapely. Un docudrama de la BBC. Tranquilo, serio, tibiamente hipnótico. Tras dos nuevos y fallidos intentos de sintonizar otro canal, Yamazaki dejó que la voz británica se impusiera al viento, al gemido de los cables y al crujido de las paredes de madera chapada. Prestó atención a la historia ya conocida, con resultado establecido, reconfortante... al menos por su verosimilitud.

James Delmore Shapely había atraído la atención de la industria del sida en los primeros meses del nuevo siglo. Tenía treinta y un años de edad, se prostituía, y hacía doce que era seropositivo. En el momento del diagnóstico, realizado por la doctora Kim Kutnik, de Atlanta, Georgia, Shapely cumplía una condena de doscientos cincuenta días de cárcel por comercio carnal. (Su condición de seropositivo, que le habría acarreado automáticamente cargos más graves, había sido aparentemente «pasada por alto».) Kutnik, investigadora del Grupo Sharman, filial americana de Shibata Pharmaceuticals, se dedicaba a compilar datos médicos de la población carcelaria, buscando individuos que hubiesen sido seropositivos durante una década o más, que fueran asintomáticos y que presentaran un recuento de células T completamente normal (o, como en el caso de Shapely, por encima de lo normal).

Una de las tareas de investigación del Grupo Sharman consistía en estudiar la posibilidad de aislar cepas mutantes del VIH. Aduciendo que los virus obedecen las leyes de la selección natural, varios biólogos del Sharman habían sugerido que el virus VIH, en el formato genético que presentaba actualmente, era demasiado letal. Si se lo dejaba propagarse sin control, sostenía el equipo Sharman, un virus que demostrase un ciento por ciento de capacidad letal tendría que provocar, tarde o temprano, la extinción del organismo anfitrión. (Otros investigadores del Sharman objetaban esta tesis refiriéndose al prolongado período de incubación como una contribución a la supervivencia de la población anfitriona.) Tal como se cuidaron de subrayar los guionistas de la BBC, la idea de detectar cepas no patogénicas del VIH con el fin de dominar y neutralizar las cepas letales, ya había sido propuesta hacía una década, pero las implicaciones «éticas» de la experimentación en seres humanos habían bloqueado la investigación. Las observaciones básicas de los investigadores del Sharman databan de este trabajo anterior: el virus aspira a sobrevivir, y no puede lograrlo si mata a su anfitrión. El equipo Sharman, del que formaba parte la doctora Kutnik, se propuso inyectar en pacientes seropositivos sangre extraída de individuos considerados infectados por cepas no patogénicas del virus. Cabía la posibilidad, creían ellos, de que la cepa no patogénica prevaleciera sobre la cepa letal. Kim Kutnik fue uno de los siete investigadores a quienes se les asignó la tarea de detectar individuos seropositivos que pudiesen albergar cepas no patogénicas. Ella decidió trabajar en un cierto sector de datos: reclusos de prisiones estatales que: a) gozasen en apariencia de buena salud, y b) hubiesen dado positivo en pruebas del VIH realizadas como mínimo diez años antes. Sus primeras investigaciones arrojaron sesenta y seis posibilidades, entre ellas J. D. Shapely.

Yamazaki vio a Kutnik, interpretada por una joven actriz británica, recordar, instalada en un patio de Río, su primera entrevista con Shapely.

—Me había sorprendido el hecho de que ese día su recuento de células T estuviese por encima de las mil doscientas, y que sus respuestas al cuestionario indicaran que el «sexo seguro», tal como lo concebíamos en aquella época, no parecía ser una prioridad. Era un personaje muy abierto, muy extravertido, a decir verdad, una persona muy inocente, y cuando le pregunté, en la sala de visitas de la cárcel, por el sexo oral, se ruborizó. Luego se echó a reír y dijo que, bueno, él «chupaba vergas como si estuviese pasando de moda...». —La misma actriz que interpretaba a Kutnik pareció sonrojarse—. Por

supuesto —dijo—, en aquella época no teníamos una idea muy clara de cuáles eran los vectores exactos de la infección, porque, por grotesco que hoy parezca, los modos exactos de transmisión no se habían investigado seriamente.

Yamazaki apagó el televisor. La doctora Kutnik invocaría la ley federal para lograr la excarcelación de Shapely en virtud de su condición de voluntario en la investigación sobre el sida. El proyecto del Grupo Sharman se vería más tarde bloqueado por cristianos fundamentalistas que se oponían a la inyección de sangre «manchada por VIH» en el organismo de enfermos terminales de sida. Cuando el proyecto estuviera a punto de irse a pique, la doctora Kutnik revelaría datos clínicos que sugerían que varios de sus pacientes daban muestras de que sus síntomas habían remitido tras haber tenido contactos sexuales con Shapely sin protección. Luego se produciría la apasionada renuncia de Kutnik a su puesto, la huida a Brasil con un Shapely perplejo, y profusas financiaciones contra un fondo de inminente guerra civil, y lo que podía considerarse, sin duda, un clima sumamente pragmático de investigación.

Pero era una historia tan triste...

Más valía quedarse ahí sentado a la luz de la vela, acodado en el borde de la mesa de Skinner, escuchando la canción del pilar central.

25. Sin remos

Él no paraba de decir que era de Tennessee y que no necesitaba esa mierda. Ella no dejaba de pensar que iba a morir, si él seguía conduciendo así, y de todos modos los estaría persiguiendo la policía, o el que liquidó a Sammy. Seguía sin saber qué había ocurrido. ¿No era Nigel el que había saltado encima del cara tensa?

Él había doblado a la derecha en Bryant, y ella le dijo que a la izquierda en Folsom, porque si aquellos imbéciles los seguían, entonces más valía irse a Haight, el mejor sitio para perderse, que era precisamente lo que pretendía hacer en la primera oportunidad. Y ese Ford era igual que el que conducía el señor Matthews en Beaverton. Y había intentado apuñalar a una persona con un destornillador. Nunca en su vida había hecho nada parecido. Y había destrozado el ordenador del negro aquel del pelo cortado. Y encima este brazaletes en la muñeca izquierda, con la otra mitad abierta, colgando de tres eslabones...

Rydell estiró el brazo y agarró la anilla suelta. Hizo algo sin quitar los ojos de la calle. Soltó la anilla. Ahora estaba cerrada.

—¿Por qué lo has hecho?

—Para que no te enganches con algo, no vaya a ser que termines esposada al picaporte de la puerta o a una señal de la calle...

—Quítame esto.

—No tengo llave.

—Quítamelo —insistió ella.

—Métetelo por la manga de la cazadora. Son esposas Beretta. De las mejores. —Él parecía encantado de tener algo de qué hablar, y conducía ahora más tranquilo. Ojos marrones. No era viejo: veintitantos, quizás. Ropa barata, de tipo K-Mart, empapada. Pelo castaño claro, demasiado corto pero no lo suficiente. Vio que se le movía un músculo de la mandíbula, como si mascarara chicle, pero no era eso.

—¿Adonde estamos yendo? —preguntó ella.

—Ni puta idea —dijo él, acelerando un poco—. Tú fuiste la que dijo que doblara a la izquierda.

—¿Quién eres?

Él la miró brevemente.

—Rydell. Berry Rydell.

—¿Barry?

—Berry. Con «e». Oye, esta jodida calle es enorme, con luces y todo...

—Derecha.

—Bueno, ¿qué, hacia dónde...?

—¡A la derecha!

—De acuerdo —dijo él, y dobló—. ¿Por qué?

—Por aquí se va a Haight. Hay montones de gente hasta muy tarde, a la poli no le gusta ir por ahí...

—¿Se puede dejar el coche?

—Le das la espalda y a los dos segundos ya no está.

—¿Habrá cajeros automáticos?

—Sí.

—Bueno. Aquí hay uno... —Las ruedas saltaron a la acera en una curva, y del marco donde hasta hacía poco estaba el vidrio trasero cayeron los restos astillados. Ella ni siquiera se había dado cuenta.

Rydell sacó una billetera empapada del bolsillo trasero y empezó a extraer tarjetas. Tres.

—Necesito efectivo —dijo. La miró—. Si quieres salir del coche y echar a correr —se encogió de hombros—, adelante. —Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó las gafas y el teléfono de Códigos, el que ella había pescado cuando se apagaron las luces en Disidentes. Porque Lowell le había dicho que cuando se está en problemas se necesita un teléfono, que casi siempre es lo más necesario. Rydell le puso ambas cosas en el regazo, las gafas del imbécil y el teléfono—. Esto es tuyo.

Y bajó del coche, se acercó hasta el cajero, y se puso a meterle tarjetas. Ella se quedó allí sentada, viendo cómo el cajero salía de la armadura, con ese aire tímido y cauteloso, sacando las cámaras para registrar la transacción. El permaneció allí de pie,

tamborileando con los dedos en un costado de la máquina, poniendo boca de silbar pero sin emitir sonido alguno. Chevette bajó la mirada hacia el estuche y el teléfono y se preguntó por qué no bajaba y echaba a correr, como él le había dicho.

Por fin volvió, contando con los dedos un fajo de billetes que se metió en el bolsillo delantero de los pantalones antes de subir al coche. Por la ventanilla arrojó la primera tarjeta hacia el cajero, que ya retrocedía hacia el caparazón como un cangrejo.

—No me explico cómo la han podido cancelar tan rápido después de que rompieras el portátil de Freddie.

Arrojó una más. Y luego la última. Las tres quedaron al pie del cajero mientras el escudo de lexan bajaba para cerrarlo. Los pequeños hologramas parpadearon a las luces halógenas de la máquina.

—Ahí las puede encontrar cualquiera —dijo ella.

—Eso espero —dijo Rydell—, que las encuentren y se vayan a Marte con ellas. —Hizo algo con la marcha atrás en doble tracción y el Ford saltó hacia la calle, justo cuando otro coche pasaba a milímetros de distancia, todo frenos y bocina, la boca del conductor en forma de O negra, y la parte de Chevette que seguía siendo mensajera lo observó complacida, pensando en todas las veces que a ella le habían cortado el paso—. Mierda —dijo él, moviendo la palanca de cambios hasta que la llevó donde quería y arrancaron.

Las esposas le rozaban a ella la hinchazón que le había dejado la lombriz roja.

—¿Eres poli?

—No.

—¿Guardia jurado? ¿Como los del hotel?

—Mm, no.

—Bueno —dijo Chevette—, ¿a qué te dedicas?

La luz de la calle le cruzó el rostro. Parecía estar pensando la respuesta.

—A subir por un río de mierda. Sin remos.

26. Gente de Color

Lo primero que Rydell vio al bajar del Patriot, en un callejón que daba a la calle Haight, fue un hombre de un solo brazo y una sola pierna en un monopatín. Iba acostado sobre el estómago y se impulsaba a tirones, con un curioso movimiento que le hizo pensar en las patas de una rana arponeada. Conservaba el brazo derecho y la pierna izquierda, lo cual le daba al menos una cierta simetría, pero a la pierna le faltaba el pie. La cara, como en virtud de una extraña osmosis, había adquirido un color de cemento sucio. Rydell no habría podido decir de qué raza era. Llevaba el pelo, si es que lo tenía, cubierto con una gorra negra tejida, y el resto del cuerpo estaba enfundado en una cosa negra, una prenda de una sola pieza que parecía hecha de restos de neumáticos cosidos entre sí. Miró hacia arriba al pasar por delante de Rydell, atravesando los charcos que había dejado la tormenta, hacia la boca del callejón, y dijo, o Rydell creyó oírle decir:

—¿Buscas camorra? Si no quieres camorra más vale que te calles la boca.

Rydell se detuvo, con la Samsonite en la mano, mirando al tipo.

Oyó un repiqueteo al lado. La ferretería de la cazadora de piel de Chevette Washington.

—Vamos —dijo ella—. Más vale no quedarse por aquí.

—¿Has visto eso? —preguntó Rydell, señalando con la maleta.

—Si te quedas por aquí los verás peores —dijo ella.

Rydell se volvió para mirar el Patriot. Lo había dejado cerrado y con la llave debajo del asiento del conductor, porque tampoco quería que pareciese demasiado fácil, pero se había olvidado del vidrio roto. Nunca antes había deseado que le robaran un coche.

—¿Estás segura de que alguien se lo llevará? —preguntó.

—Como no nos larguemos de aquí se lo llevarán con nosotros dentro. —Y ella echó a andar. Rydell la siguió. En las paredes de ladrillos había cosas pintadas a la mayor altura posible, pero lo escrito no se parecía a ningún idioma que él pudiera reconocer, salvo el grafismo de las interjecciones, que era igual que el de los cómics.

Acababan de doblar la esquina cuando Rydell oyó que el motor del Patriot se ponía en marcha. Se le erizó la piel; era cosa de fantasmas, pues no había nadie a la vista en el momento de dejarlo, y ahora ni siquiera se veía al hombre del monopatín.

—Mira al suelo —dijo Chevette Washington—. No los mires cuando pasen al lado, porque nos matan...

Rydell se concentró en la punta de las SWAT negras.

—¿Sueles andar con ladrones de coches?

—Camina. No hables. No mires.

Oyó que el Patriot salía del callejón y los alcanzaba, moviéndose a la par de ellos. Cada vez que daba un paso las zapatillas le chapoteaban. Se preguntó cómo sería morir con esa última sensación, una molestia tan grotesca como ésa, con los zapatos empapados y los calcetines mojados, sabiendo que no podrías cambiártelos nunca.

Rydell oyó que el Patriot aceleraba alejándose; se notaba que el conductor forcejeaba con el desacostumbrado cambio de marchas americano. Empezó a levantar la cabeza.

—No —dijo ella.

—¿Son amigos tuyos o qué?

—Lowell los llama piratas de callejón.

—¿Quién es Lowell?

—Lo viste en Disidentes.

—¿El bar?

—No es un bar. Es un local.

—Sirven alcohol —dijo Rydell.

—Un local. Para pasar el rato.

—¿Quién? ¿Ese Lowell pasa el rato allí?

—Sí.

—¿Tú también?

—No —dijo ella, molesta.

—¿Es tu amigo, el Lowell ése? ¿Tu novio?

—Has dicho que no eras policía. Hablas como si lo fueras.

—No lo soy —dijo él—. Si quieres pregúntales.

—Lowell es un conocido —dijo ella.

—De acuerdo.

Chevette miró la Samsonite.

—¿Qué llevas ahí? ¿Un arma?

—Calcetines secos. Calzoncillos.

Chevette lo miró.

—No te entiendo.

—No tienes por qué —dijo él—. ¿Seguimos caminando así sin rumbo o sabes de algún sitio adónde podamos ir? ¿Y si saliéramos de esta calle?

—Queríamos ver fotos —le dijo al gordo. El gordo tenía las tetillas atravesadas por unas cosas que parecían candados Yale. Esas cosas tiraban hacia abajo, y Rydell no soportaba verlo. Llevaba unos pantalones blancos de pinzas con el tiro a la altura de las rodillas, y un chaleco de terciopelo azul todo bordado en oro. Era grande y blando y gordo y estaba cubierto de tatuajes.

El tío de Rydell, el que se había marchado a África con el ejército y no había vuelto, tenía un par de tatuajes. El mejor era uno que le cruzaba la espalda de lado a lado, un enorme dragón retorcido, con cuernos y una sonrisa boba. Se lo habían hecho en Corea, a ocho colores, con un ordenador. Le había contado a Rydell cómo el ordenador había trazado un mapa de su espalda y le había enseñado cómo se vería el tatuaje una vez terminado. Luego tuvo que acostarse en una mesa mientras un robot le hacía el tatuaje. Rydell se había imaginado un robot parecido a una aspiradora, con brazos cromados y articulados y agujas en las puntas. Pero su tío le había dicho que se parecía más a pasar por una impresora matricial de agujas, y que había tenido que volver ocho veces, una para cada color. Era un dragón estupendo, mucho mejor que los que llevaba en los brazos, que eran unas águilas americanas y el logo de la Harley. Cada vez que su tío se ponía a levantar las pesas Sears en el patio trasero, Rydell se quedaba mirando las ondulaciones del dragón.

Este gordo de las pesas en las tetillas tenía tatuajes en todo el cuerpo salvo en las manos y la cabeza. Era como si llevara un traje de tatuajes. Todos distintos, sin águilas americanas ni la marca Harley, y todos entremezclados. Rydell sintió que se mareaba sólo de verlos, así que se dedicó a mirar las paredes, que estaban cubiertas de más tatuajes, a modo de catálogo.

—A ti te he visto por aquí antes —dijo el hombre.

—Sí —dijo Chevette Washington—. Con Lowell. ¿Te acuerdas de Lowell?

El gordo alzó los hombros.

—Mi amigo y yo —dijo Chevette— queremos escoger algo...

—A tu amigo no lo conozco —dijo el gordo, con toda amabilidad, pero Rydell notó que el comentario escondía una pregunta. Le estaba mirando la maleta.

—No pasa nada —dijo Chevette—. Conoce a Lowell. También es de Oakland.

—Sois del puente —dijo el gordo, como si la gente del puente le cayera bien—. Vaya tormenta, ¿eh? Espero que no haya causado muchos destrozos... El mes pasado nos visitó un cliente con una diapositiva tomada con un gran angular. La quería para la espalda. Incluía la parte colgante entera, con todos los detalles. La foto era preciosa, pero quería que se la tatuásemos de este tamaño, y el tipo no era suficientemente ancho, ¿sabes? —El gordo miró a Rydell—. En cambio a tu amigo...

—¿Se lo podrían hacer a él? —preguntó Chevette, y Rydell entendió ese instinto de hacer hablar a la gente, para distraerla.

—Gente de Color es una empresa de servicios completos —dijo el gordo—. Lloyd llevó la foto a una máquina de gráficos, la giró treinta grados, subrayó la perspectiva, y quedó estupendo... Pero, a ver, ¿a ti te interesa ver cosas para ti, o para este amigo tan grande?

—Eh... pues, a decir verdad —explicó Chevette—, buscamos algo para los dos. Algo que haga juego, ¿sabes?

El gordo sonrió.

—Qué romántico...

Rydell la miró.

—Venid por aquí. —El gordo hizo un ruido de cascabeles al caminar, y a Rydell se le erizó la piel—. ¿Qué tal un té de cortesía?

—¿Podría ser café? —preguntó Rydell, esperanzado.

—Lo siento —dijo el gordo—, pero Butch salió a las doce y yo no sé cómo funciona la máquina. Pero puedo traerte un rico té.

—Sí —dijo Chevette, azuzando a Rydell a codazos—. Té.

El gordo los llevó por un pasillo que daba a una salita equipada con un par de pantallas murales y un sofá de piel.

—Voy a preparar el té —dijo, y salió arrastrando los pies, tintineando.

—¿Por qué dijiste eso de los tatuajes haciendo juego?

Rydell estudiaba la sala. Limpia. Paredes vacías.

Luz suave pero sin sombras.

—Porque nos va a dejar solos mientras escogemos uno, y porque vamos a tardar tanto que podremos pensar en algo.

Rydell dejó la maleta en el suelo y se sentó en el sofá.

—¿Entonces podemos quedarnos aquí?

—Sí. Mientras sigamos pidiendo fotos.

—¿Qué quieres decir?

Chevette tomó un mando a distancia y encendió una de las pantallas. Empezó a pasar menús. Primeros planos en alta resolución de espacios de piel tatuada. El gordo volvió con un par de tazones ordinarios de té humeante en una pequeña bandeja.

—El tuyo es verde —le dijo a Chevette—, y el tuyo es mormón —le dijo a Rydell—, porque tú querías café...

—Mm, gracias —dijo Rydell, recogiendo el tazón que se le ofrecía.

—Y ahora, a tomarlo con calma —dijo el gordo—, y si os hace falta algo, sólo tenéis que llamar—. Salió, con la bandeja debajo del brazo, y cerró la puerta.

—¿Mormón? —Rydell olfateó el té. No olía a nada.

—Ellos no pueden tomar café. Esa clase de té tiene un poco de efedrina.

—¿Es té con drogas?

—Está hecho de plantas que te mantienen despierto. Como el café.

Rydell decidió que de todos modos estaba demasiado caliente para tomárselo ahora. Dejó el tazón en el suelo al lado del sofá. La chica que aparecía en la pantalla tenía un dragón parecido al de su tío, pero en la cadera izquierda. Un diminuto anillo de plata le atravesaba el borde superior del ombligo. Chevette Washington pasó a otra foto, la de un grueso y sudoroso brazo de motorista con un fondo gris desde el que miraba la presidenta Millbank.

Rydell se quitó la chaqueta empapada, y descubrió que tenía desgarrada la hombrera y que asomaba por allí el relleno barato. La tiró detrás del sofá.

—¿Tú tienes tatuajes?

—No.

—¿Cómo es que conoces este sitio?

—Lowell —dijo, pasando unas seis fotos más— lleva un Giger.

—¿Giger? —Rydell abrió la maleta Samsonite, sacó un par de calcetines y empezó a desatarse los cordones de las SWAT.

—Un pintor. Siglo diecinueve, o algo así. De lo más clásico. Bio-mec. Lowell tiene un Giger en la espalda, la copia de un cuadro que se llama «N.Y.C. XXIV». —Chevette dijo x, x, i, v. Es como esta ciudad. Todo esfumado y oscuro. Pero quiere mangas que hagan juego, por eso hemos estado viniendo a mirar otros Gigers.

—¿Por qué no te sientas? —Dijo Rydell—. Estás haciendo que me duela el cuello. —Chevette iba de un lado para otro frente a las pantallas. Rydell se quitó los calcetines mojados, los metió en la bolsa de Container City, y se puso los secos. Pensó en quedarse sin las zapatillas un rato, pero, ¿y si tenían que salir corriendo? Se las puso. Se las estaba atando cuando ella se sentó a su lado.

Se bajó la cremallera de la cazadora, y más que quitársela, salió de ella, haciendo sonar la anilla suelta de las Beretta. Habían cortado las mangas de la camiseta negra y tenía la piel de los brazos pálida y suave. Se estiró hacia la punta del sofá y dejó allí la cazadora, que quedó como apoyada en la pared, pues la rigidez del cuero hacía que se mantuviera así, con los brazos colgando, como si estuviera dormida, como a Rydell le gustaría estar. Chevette tenía el mando a distancia.

—Oye —dijo Rydell—, el tipo ese de la gabardina, el que le disparó a... —Iba a decir al melenudo de la bicicleta, pero Chevette le agarró la muñeca, haciendo sonar las esposas.

—A Sammy. El fue el que mató a Sammy, allá arriba, en lo de Skinner. Estaba... estaba buscando las gafas, y Sammy las tenía, y...

—Espera. Espera un poco. Las gafas. Todo el mundo está detrás de esas gafas. El tipo las quiere. Warbaby las quiere...

—¿Quién es Warbaby?

—El negro corpulento que rompió de un disparo la ventana trasera del coche que yo le estaba robando. Ese es Warbaby.

—¿Acaso crees que yo sé qué son esas gafas?

—¿Ni siquiera sabes por qué las buscan?

Chevette lo miró como quien mira a un perro que acaba de decir que es un buen día para gastar todo el dinero en cierto número de la lotería.

—Empecemos por el principio —sugirió Rydell—. Cuéntame dónde conseguiste las gafas.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

Rydell pensó un momento.

—Porque en este momento estarías muerta si yo no hubiera hecho la estupidez que hice.

Chevette se quedó pensando.

—De acuerdo —dijo.

Es posible que hubiera algo de verdad en el té mormón que le había servido el gordo, o es posible que Rydell hubiese cruzado esa línea del cansancio más allá de la que todo se invierte por un momento y uno empieza a sentirse más despierto, en varios sentidos, de lo que está normalmente. En cualquiera de los casos terminó por beberse el té a sorbos mientras la escuchaba, y si ella se metía tanto en su relato que se olvidaba de cambiar de foto, él lo hacía en su lugar.

Puestas las cosas en orden secuencial, ella era una chica de Oregón, no tenía familia, había llegado hasta aquí y se había instalado en el puente con un viejo, loco a juzgar por las palabras de ella, que tenía problemas de cadera y necesitaba alguien que lo ayudara. Luego había encontrado un empleo que consistía en ir en bicicleta por San Francisco entregando mensajes. Rydell había conocido a los mensajeros cuando patrullaba en el centro de Knoxville, porque vivía poniéndoles multas por ir por la acera, que era una infracción de tránsito, y ellos se mosqueaban en serio. Pero ganaban buen dinero, si trabajaban bien. Y Sammy, el que ella decía que habían matado, asesinado, era otro mensajero, un negro que le había conseguido el empleo en Aliados, la empresa para la que ella trabajaba.

Y en cuanto al relato de cómo había sacado las gafas del bolsillo del tipo, en aquella superfiesta de borrachos en la que se había colado en el Morrissey, la verdad es que era convincente. No era ése el tipo de historias que la gente se inventa. Nada de que las gafas le habían saltado a las manos o algo por el estilo: se las había robado y punto, por impulso, sólo porque el tipo le había tocado las narices y era insoportable. Delito menor, si no fueran tan valiosas.

Por su descripción supo que el imbécil del Morrissey era el mismo al que le habían hecho la corbata cubana, el ciudadano costarricense de origen alemán que a lo mejor no era una cosa ni la otra, el protagonista del fax obscuro que había recibido Warbaby y el mismo que Svobodov y Orlovsky habían estado investigando. Si es que habían estado haciendo eso.

—Mierda —dijo Rydell en medio de algo que ella trataba de contarle.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sigue hablando...

Los rusos estaban comprados, ahora lo sabía con certeza. Serían de Homicidios, pero estaban comprados, y apostaría lo que fuera a que ni siquiera estaban investigando el caso. Podían haber llevado a Warbaby a la escena del crimen, destaparle el ordenador del departamento, pero todo lo demás había sido sólo una fachada, para él, para Rydell, para los contratados. Además estaba eso que Freddie había dicho: que DatAmerica e IntenSecure eran básicamente la misma empresa.

Pero Chevette Washington se había soltado a hablar sola, como sucede a veces, cuando la gente empieza a hablar y luego habla de todo. Ahora le decía que Lowell, que era el del pelo y no el cabeza rapada, había sido tiempo atrás algo así como su novio, y que era un tipo que sabía hacer cosas con los ordenadores si había buen dinero de por

medio, y que eso la asustaba porque él siempre hablaba de la policía y de lo poco que le preocupaba.

Rydell asintió con la cabeza, cambiando automáticamente de foto —una señora con claveles rosados que seguían la línea del bikini—, pero en realidad estaba oyendo lo que le rondaba en la cabeza. Hernández era IntenSecure, el Morrisey era IntenSecure, Warbaby era IntenSecure, Freddie había dicho que DatAmerica e IntenSecure eran la misma cosa...

—... Deseo...

Rydell parpadeó. En la pantalla, un tipo muy delgado con un J. D. Shapely triste en el pecho. Pero ¿no era como para entristecerse que a uno le creciera vello pectoral en los ojos?

—¿Cómo dices?

—República. República del Deseo.

—¿Qué es?

—El motivo por el que Lowell dice que la poli nunca lo va a molestar, pero yo le dije que eso eran tonterías.

—Piratas informáticos —dijo Rydell.

—No has oído ni una palabra de lo que he dicho.

—No —dijo Rydell—, no. Eso no es verdad. Deseo, República del. Repite eso.

Chevette agarró el mando, pasó una diapositiva de una cabeza afeitada con un sol en la coronilla, rodeado por planetas que lo orbitaban hasta la punta de las orejas, otra de una mano con una boca que gritaba en la palma, otra de pies cubiertos con escamas verdiazules.

—He dicho que Lowell siempre exagera con eso, con lo conectado que está con esa República del Deseo, que pueden hacer lo que les da la gana con un ordenador, que el que se meta con él está perdido.

—¿De veras? —dijo Rydell—. ¿Has visto alguna vez a esos tipos?

—No se los ve —dijo ella—. No en vivo. Se habla con ellos, por teléfono. O con antiparras, y eso es lo más raro.

—¿Por qué?

—Porque parecen langostas. O estrellas de la tele. Cualquier cosa. Pero no sé por qué te estoy contando todo esto.

—Porque si no me quedo dormido, y entonces ¿cómo vamos a decidir si nos hacemos las escamas en los pies o los claveles en la ingle?

—Te toca a ti —dijo ella, y se quedó allí esperando hasta que él empezó a hablar.

Él le dijo que venía de Knoxville, y le contó lo de su ingreso en la Academia, su afición por Polis en problemas y que cuando se hizo poli y se metió en problemas creyó que estaba a punto de salir en el programa. Le contó cómo lo habían llevado a Los Ángeles, que fue porque no querían que Adultos Supervivientes del Satanismo les quitara fuerza, pero que luego llegaron las noticias de los asesinatos de Pooky Bear y perdieron interés en su caso, que entonces tuvo que seguir con IntenSecure y llevar el volante de Gunhead. Le habló de Sublett y le contó que había vivido con Kevin Tarkovsky en la casa de Mar Vista, pero omitió lo de República del Deseo y la noche en que metió a Gunhead en la casa de los Schonbrunn, en Benedict Canyon. Le contó la visita de Hernández, que había ocurrido hacía apenas unos días pero parecían años, cómo lo había convencido de venir a San Francisco como chófer del señor Warbaby. Entonces ella quiso que le explicara qué era lo que hacían los sabuesos, y él le explicó lo que se suponía que hacían y lo que él pensaba que hacían en verdad, y ella dijo que nada bueno veía en los sabuesos.

Cuando él terminó de contar, Chevette se lo quedó mirando.

—¿Eso es todo? ¿Así fue como llegaste aquí para hacer lo que estás haciendo?

—Pues, sí —dijo él—. Supongo que sí.

—Qué barbaridad —dijo Chevette. Meneó la cabeza. Los dos miraron otro par de tatuajes integrales; uno de ellos era un dibujo de circuitos, como los que se imprimían en las antiguas tarjetas—. Tienes los ojos —dijo ella, y bostezó en medio de la frase— como agujeros de pis en la nieve.

Sonó un golpe en la puerta, que se abrió apenas y alguien, no el que tintineaba al caminar, dijo:

—¿Habéis escogido algo? Henry se ha marchado a su casa...

—Bueno, es tan difícil decidirse... —dijo Chevette Washington—. Son muchos, y queremos escoger sólo el que nos quede mejor.

—Me parece muy bien —dijo la voz, aburrída—. Seguid mirando. —Y cerró la puerta.

—Déjame ver esas gafas —dijo Rydell.

Ella se estiró y recogió la cazadora. Sacó el estuche de las gafas, el teléfono. Le dio las gafas a Rydell. El estuche estaba hecho de un material oscuro, fino como cáscara de huevo, rígido como el acero. Lo abrió. Las gafas eran idénticas a las de Warbaby. Montura gruesa y negra. Las lentes negras por el momento. Lo del peso era curioso: pesaban más de lo que uno creería.

Chevette Washington había abierto el teclado del teléfono.

—Ojo —advirtió Rydell, tocándole la mano—, seguro que tienen tu número. Si marcas con eso, si tan siquiera recibes una llamada, los tendrás aquí en diez minutos.

—No tendrán este número. Es uno de los teléfonos de Códigos. Lo saqué de la mesa cuando se apagaron las luces.

—Creí que habías dicho que tú no robabas cosas.

—Bueno —dijo ella—, si lo tenía Códigos ya era porque lo habían robado. Códigos los cambia en la ciudad, luego Lowell busca a alguien que les dé el salto, que cambie los números. —Marcó algo en el teclado, se llevó el teléfono al oído—. No hay línea —dijo, alzando los hombros.

—A ver —dijo Rydell, dejando las gafas en las rodillas y agarrando el teléfono—. A lo mejor se ha mojado, o se le ha soltado la pila. ¿Qué recibe a cambio el Códigos ése? —Pasó la uña del dedo pulgar por el borde de la tapa trasera del teléfono, buscando la ranura que lo abría.

—Qué sé yo —dijo ella—, cosas.

Rydell abrió la tapa. Vio una diminuta bolsa de cierre Ziploc atascada entre la pila y el marco. La bolsa había desalineado los puntos de contacto. Sacó la bolsa y la desenrolló.

—¿Cosas?

—Aja.

—Este tipo de cosas.

—Ajá.

Rydell la miró.

—Si esto es 4-Tiobuscalina, sabrás que es una sustancia controlada.

Chevette miró la bolsa de polvo grisáceo, luego lo miró a él.

—Pero tú ya no eres un poli.

—No te darás con esto, ¿verdad?

—No. Bueno, una que otra vez. Lowell lo hacía, de vez en cuando.

—Pues delante de mí no lo hagas, porque he visto lo que produce. Gente simpática y normal que se da un par de toques y se vuelve loca de atar. —Dio un golpe suave en la bolsa—. Aquí hay suficiente para joder a más gente de la que te imaginas. —Le devolvió la bolsa y recogió el teléfono para meter la pila en su lugar.

—Sí que me lo imagino —dijo ella—. He visto lo que le ha hecho a Lowell...

—Línea —dijo él—. ¿A quién quieres llamar?

Chevette lo estuvo pensando y luego tomó el teléfono y lo cerró.

—Supongo que a nadie.

—¿El viejo tiene teléfono?

—No —dijo ella, y encogió los hombros—. Tengo miedo de que también lo hayan matado a él. Por culpa mía.

A Rydell no se le ocurrió nada que decir. Estaba demasiado cansado para manejar el mando. El brazo de un tipo con una bandera confederada ondeante. Como en casa. Miró a Chevette. No parecía ni la mitad de lo cansado que estaba él. Será porque es joven, pensó. Desde luego, esperaba que no fuera porque llevase nieve o dancero encima. Quizá estaba en estado de shock. Dijo que habían matado al tal Sammy, y que temía por dos más. Era evidente que conocía al que estampó la bicicleta en la cabeza a Svobodov, pero aún no sabía que lo habían matado a tiros. Es curioso, la cantidad de cosas que se te escapan en medio de una pelea. En todo caso no veía ninguna razón para contárselo. No ahora.

—Voy a probar con Fontaine —dijo ella, volviendo a abrir el teléfono.

—¿Quién dices?

—El que arregla la electricidad a Skinner y esas cosas—. Marcó un número, se llevó el teléfono al oído.

Los ojos de Rydell se cerraron, y su cabeza cayó en el respaldo del sofá con tanta fuerza que casi se despertó.

27. Después de la tormenta

—Huele a pis —dijo Skinner acusadoramente, despertando a Yamazaki de un sueño en el que aparecía junio a J. D. Shapely sobre un enorme plano oscuro, delante de una pared interminable y negra dedicada a los nombres de los muertos.

Yamazaki levantó la cabeza de la mesa. La habitación estaba a oscuras. La única luz entraba por el rosetón de iglesia en el techo.

—¿Qué haces aquí, Scooter?

A Yamazaki le dolían las nalgas y la zona lumbar.

—La tormenta —dijo, aún medio soñando.

—¿Qué tormenta? ¿Dónde está la chica?

—Se ha marchado —dijo Yamazaki—. ¿No se acuerda? ¿Desamorado?

—¿De qué me hablas? —Skinner se apoyó en el codo para incorporarse, pateando las mantas y el saco dormir. Tenía el rostro salpicado de barba gris y torcido en una mueca de asco—. Tengo que darme mi baño, y ponerme ropa seca.

—Desamorado. Me encontró en un bar. Me obligó a traerlo hasta aquí. Creo que me venía siguiendo, desde antes, cuando me fui de aquí...

—Sí, claro. Cállate, Scooter, ¿de acuerdo?

Yamazaki cerró la boca.

—Lo que necesitamos ahora es un poco de agua. Caliente. Primero para el café, y luego para poder lavarme. ¿Sabes cómo funciona un calentador Coleman?

—¿Un qué?

—Esa cosa verde que está ahí, con un tanque rojo delante. Quítale el tanque rojo, ya te diré cómo se bombea.

Yamazaki se puso de pie, haciendo una mueca por el dolor de la espalda, y fue dando tumbos hasta la caja de metal pintada de verde que señalaba Skinner.

—Se ha ido otra vez a fornicar con ese novio de mierda. No tiene remedio, Scooter...

Estaba de pie en el tejado de Skinner; las perneras del pantalón le aleteaban en una brisa que no conservaba la menor huella de la tormenta del día anterior. Miraba la ciudad, bañada en una extraña luz acerada. Aún lo rondaban unos deshilvanados jirones del sueño... Shapely le había hablado con la voz del joven Elvis Presley. Decía que había perdonado a sus verdugos.

Yamazaki miró hacia la empinada antena de la Transamérica, vendada con el entramado que le habían puesto después del Pequeño Grande, escuchando a medias la voz soñada. Eran unos ignorantes, Scooter.

Debajo, Skinner maldecía mientras se lavaba con el agua que Yamazaki había calentado en la Coleman. Yamazaki pensó en el tutor de su tesis, en Osaka.

—*I don't care* —dijo Yamazaki en inglés, con San Francisco por testigo.

La ciudad entera era un Thomasson. Tal vez América toda fuera un Thomasson.

¿Cómo podían entender esto en Osaka, en Tokio?

—¡Eh! ¡El del tejado! —gritó alguien. Yamazaki se volvió y vio a un señor negro, delgado, subido al enredo de vigas que sujetaban el extremo superior del ascensor de Skinner. Llevaba un grueso abrigo de paño y un gorro tejido.

—¿Todo bien ahí arriba? ¿Cómo está Skinner?

Yamazaki no sabía qué hacer, pensando en Desamorado. Si Skinner o la chica tenían enemigos, ¿cómo podría reconocerlos?

—Me llamo Fontaine —dijo el hombre—. Chevette me ha llamado para que viniera a ver si Skinner había pasado bien la tormenta de anoche. Yo soy el que se encarga de las instalaciones eléctricas, de que el ascensor funcione y esas cosas.

—En este momento se está duchando —dijo Yamazaki—, la tormenta lo ha... confundido. Parece que no se acuerda.

—De aquí a media hora más o menos habrá otra vez corriente —dijo el hombre—. Ojalá pudiera yo decir lo mismo de nuestro barrio. Perdimos cuatro transformadores. Cinco muertos y veinte heridos, que yo sepa. ¿Skinner habrá hecho café?

—Sí —dijo Yamazaki.

—No me vendría mal una taza.

—Claro, por favor —dijo Yamazaki, haciendo una reverencia. El negro sonrió. Yamazaki se asomó por la escotilla.

—¡Skinner-san! Un señor que se llama Fontaine. ¿Es amigo suyo?

Skinner forcejeaba en vano con unos amarillentos calzoncillos térmicos.

—¿Dónde está ese inútil? Aquí seguimos sin corriente...

Yamazaki sacó el pestillo de la escotilla del suelo y la levantó. Al cabo de un rato apareció Fontaine al pie de la escalera. Llevaba en cada mano un maltratado bolso de herramientas. Dejó uno en el suelo, se echó el otro al hombro y empezó a subir.

Yamazaki vertió el café que quedaba en la taza más limpia que encontró.

—Se nos han acabado las pilas —dijo Skinner mientras Fontaine hacía pasar el bolso de herramientas por la abertura antes de subir. Skinner se había envuelto en al menos tres capas de desgastadas camisas de algodón; los picos estaban metidos de cualquier manera en la cintura de un viejísimo pantalón militar de lana.

—Estamos trabajando en eso, jefe —dijo Fontaine, enderezándose y alisándose el abrigo—. Nos ha caído un buen chubasco.

—Es lo que dice Scooter —dijo Skinner.

—Pues no te engaña, Skinner. Gracias. —Fontaine aceptó la humeante taza de café negro y se puso a soplarlo. Miró a Yamazaki—. Chevette dice que a lo mejor tarda algo en volver por aquí. ¿Estáis enterados?

Yamazaki miró a Skinner.

—Esa inútil —dijo Skinner—. Se ha vuelto a marchar con ese imbécil.

—De eso no dijo nada —explicó Fontaine—. La verdad es que no dijo gran cosa. Pero si no va a estar por aquí, tú vas a necesitar a alguien que se ocupe de tus asuntos.

—Yo sé cuidarme solo —dijo Skinner.

—Ya lo sé, jefe —aseguró Fontaine—, pero a tu ascensor se le han quemado un par de servos. Nos va a llevar unos días arreglártelo. Hay mil cosas que reparar. Necesitas a alguien que tenga una escalera de mano. Que te traiga comida y esas cosas.

—Lo puede hacer Scooter —dijo Skinner.

Yamazaki pestañeó.

—¿De verdad? —Fontaine alzó las cejas mirando a Yamazaki—. ¿Te quedarás a cuidar al señor Skinner?

Yamazaki pensó en el apartamento prestado, en la casona victoriana, con el baño de mármol negro, más amplio que su piso de soltero en Osaka. Miró a Fontaine, a Skinner, a Fontaine.

—Me sentiría honrado de quedarme con Skinner-san, si él lo desea.

—Haz lo que te dé la gana —le dijo Skinner, y se puso laboriosamente a quitar las sábanas del colchón.

—Chevette me contó que quizás estabas aquí —dijo Fontaine—. Que vas a la universidad, o algo parecido—. Puso la taza en la mesa y se inclinó para dejar caer el bolso de herramientas al lado—. Dijo que a lo mejor os preocupaba recibir visitas indeseables. —Abrió el bolso. Adentro brillaban herramientas, rollos de cable. Sacó algo que venía envuelto en un trapo aceitoso, se aseguró de que Skinner no estuviese mirando y escondió la cosa detrás de los frascos de vidrio del estante encima de la mesa.

—Es casi seguro que no aparecerá nadie por aquí durante un par de días —dijo a Yamazaki, bajando la voz—. Pero eso es un 38 especial, seis balas de punta hueca. Si lo llegas a usar, hazme un gran favor, tíralo, ¿entendido? Es de... bueno —Fontaine sonrió—, dudosa procedencia.

Yamazaki pensó en Desamorado. Tragó saliva.

—¿Crees que te las podrás arreglar, aquí arriba? —preguntó Fontaine.

—Sí —dijo Yamazaki—, sí. Gracias.

28. Caravana

Eran las diez y media cuando finalmente tuvieron que salir a la calle, y eso sólo porque Laurie, a quien Chevette había conocido el día en que visitó el local, le dijo que el gerente, Benny Singh, aparecería en cualquier momento y que más valía que no estuviesen allí, sobre todo con su amigo tan dormido, que parecía desmayado o algo semejante. Chevette dijo que entendía y le dio las gracias.

—Si ves a Sammy Sal —dijo Laurie—, dale saludos de mi parte.

Chevette asintió y se puso a sacudir el hombro del tipo. El gruñó y trató de apartarla con la mano.

—Despierta. Tenemos que irnos.

No podía creer que le hubiera contado todas esas cosas, pero lo cierto es que tenía que contárselas a alguien si no quería enloquecer. No porque contarle diera más sentido a lo que había hecho, sobre todo porque si se le añadía la parte de Rydell, parecía aún menos verosímil. La noticia de que alguien había matado al imbécil no era quizá real, pero si lo era, entonces estaba metida en un problema inesperado y demasiado gordo.

—¡Despierta!

—Dios mío...

Rydell se sentó de un salto, frotándose los ojos con los nudillos.

—Tenemos que irnos. El gerente no tardará en llegar. Mi amiga te ha dejado dormir un buen rato.

—¿Irnos adonde?

Chevette había estado pensando en eso.

—A Colé. Cerca del Panhandle; ahí hay sitios en que alquilan habitaciones por horas.

—¿Hoteles?

—No exactamente —dijo ella—. Es para los que necesitan una cama para un rato.

Rydell metió la mano detrás del sofá buscando la chaqueta.

—Mira esto —dijo, metiendo los dedos en el agujero del hombro—. La compré anoche.

Los barrios que viven principalmente de la noche presentan un aspecto mucho peor por la mañana. Hasta los mendigos parecen más pobres a esa hora del día, como el de las llagas, el que intentaba vender media lata de salsa para espaguetis. Chevette dio un rodeo esquivándolo. Una calle más y se encontrarían con la multitud que iba a Skywalker Park. Las multitudes escondían mejor, pero también incluían más policías. Chevette trató de recordar si los polis de alquiler de Skywalker eran de IntenSecure, la empresa de la que hablaba Rydell.

Se preguntaba si Fontaine habría ido a ver a Skinner, como había prometido. No quiso contarle muchas cosas por teléfono; sólo le había dicho que pasaría fuera un tiempo, que si podía ir a ver cómo estaba Skinner, que quizás estuviera también un estudiante japonés que últimamente iba por allá. Pero Fontaine se dio cuenta de que estaba preocupada, y ella le dijo que le preocupaba Skinner, que tenía miedo de que alguien fuera por allí a molestarlo.

—No será gente del puente —le había dicho él, y ella que no, que nada que ver, pero no dijo más. Hubo un silencio de varios segundos y oyó a uno de los niños de Fontaine cantando en el fondo, una de esas canciones africanas en las que hacían unos ruidos raros con la garganta—. Está bien —dijo por último Fontaine—. Me ocuparé de lo que me pides. —Y Chevette se lo agradeció apresuradamente antes de colgar. Fontaine le hacía muchos favores a Skinner. Nunca le había contado nada a Chevette, pero daba la impresión de que conocía a Skinner de toda la vida, o al menos desde que se había instalado en el puente. Había mucha gente así, y Chevette sabía que Fontaine se las arreglaría para que otras personas cuidasen la torre, y el ascensor. Estarían atentos a cuanto desconocido se acercase. La gente del puente se ayudaba mutuamente en ese tipo de cosas, y a Fontaine se le debían muchos favores, porque era uno de los que más sabía de electricidad.

Pasaban en ese momento frente a una cafetería que tenía delante una especie de jaula fabricada con hierros soldados. Había mesitas para sentarse a tomar café y comer bollos, y el olor de la hornada matutina le hizo desfallecer de hambre. Se le ocurrió que podrían entrar y pedir una docena para llevar, y también un poco de queso cremoso, cuando Rydell le puso una mano en el hombro.

Se volvió y vio una enorme y reluciente caravana blanca que acababa de entrar en la calle Haight y avanzaba hacia ellos. Era como las que utilizaban los ricos de Oregon, donde se veían filas enteras que remolcaban todo tipo de embarcaciones, jeeps pequeños, motos enganchadas como si fueran salvavidas. Pasaban la noche en campamentos cercados con alambre, cuidados por perros, con avisos de NO PASAR que no mentían.

Rydell no dejaba de mirar aquella caravana, como si viera un espejismo, y la caravana se acercó y se detuvo junto a ellos, y una señora de pelo gris bajó la ventanilla y se estiró desde el asiento del conductor diciendo:

—¡Oiga, joven! Perdona usted. Me llamo Danica Elliot y, si no me equivoco, nos conocimos ayer en el vuelo que venía de Burbank.

Danica Elliot era una jubilada de Altadena, California Sur, que había volado a San Francisco, según decía, en el mismo avión que Rydell para llevarse a su marido a otra unidad criogénica. Bueno, no exactamente su marido, sino el cerebro de su marido, que él había ordenado congelar cuando murió.

Chevette había oído de gente que hacía eso, pero nunca había llegado a entender para qué, y era evidente que tampoco Danica Elliot lo entendía. Pero había venido a San Francisco a arreglar las cosas, dijo, para llevarse el cerebro de su marido a un lugar más caro donde lo tendrían metido en hielo en su propio tanque, en vez de estar en un tanque más grande dando tumbos entre otros cerebros congelados, como había estado hasta entonces. A Chevette le pareció una señora muy simpática, pero la verdad era que le gustaba hablar del tema, así que al cabo de un rato estaba Rydell conduciendo y diciendo que sí con la cabeza como si la escuchara, y Chevette, que iba de copiloto, se concentraba en el plano que aparecía en la pantalla del tablero de mandos, y en la detección de coches de la policía.

La señora Elliot había pasado la víspera ocupándose del traslado del cerebro del marido. Dijo que el trámite la había puesto sentimental, y que por eso había decidido alquilar la caravana y volver por tierra a Altadena, para tomárselo con calma y disfrutar del viaje. El problema estaba en que no conocía San Francisco, que esa misma mañana había ido a recoger el trasto en una agencia de alquiler que quedaba en la sexta, y que se había perdido buscando la autopista. Se encontró metida en Haight que, según dijo, no le parecía un barrio muy seguro pero sí muy interesante.

La anilla suelta de las esposas no dejaba de deslizarse fuera de la manga de la cazadora de Skinner, pero la señora Elliot estaba demasiado ocupada hablando y no se daba cuenta. Chevette iba en el medio, y la señora Elliot al lado de la ventanilla. La caravana era japonesa. Tenía tres asientos delanteros de ajuste eléctrico, y en los apoyacabezas llevaba altavoces empotrados.

La señora Elliot le había dicho a Rydell que se había perdido, le preguntó si conocía la ciudad y si podía guiarla hasta la entrada de la autopista a Los Ángeles. Rydell la miró boquiabierto un rato, luego se recompuso y, le dijo que lo haría con mucho gusto, que ésa era su amiga Chevette, que conocía bien la ciudad, y que él se llamaba Berry Rydell.

La señora Elliot opinó que Chevette era un nombre bonito.

Y allí iban, saliendo de San Francisco, y Chevette estaba segura de que Rydell trataría de convencer a la señora Elliot de que permitiese que la acompañaran. Era lo único que se le ocurría, y allí iban, doblando por otra calle y alejándose del tipo que había matado a Sammy, de Warbaby y de aquellos polis rusos, todo lo cual le parecía una buena idea, y aparte de notar que su estómago estaba a punto de devorarse a sí mismo, empezaba a sentirse un poco mejor.

Pasaron al lado de un In-and-Out Burger, y Chevette se acordó de un amigo de Oregon que se llamaba Franklin, que una vez había ido con un rifle de balines y había destrozado la B y la R, con lo que el rótulo pasó a decir In-and-Out Urge. Se lo había contado a Lowell, pero él no le vio la gracia. Ahora se daba cuenta de que a Rydell le había dicho cosas de Lowell que lo harían enfurecer si algún día llegaba a enterarse, sobre todo porque Rydell era casi un policía. Pero estaba molesta con la actitud de Lowell la noche anterior. Allí estaba él, imperturbable y pesado con esos contactos y esas cosas, y cuando ella le cuenta que anda metida en líos, que acaban de matar a Sammy Sal y que ahora seguro que la andaban buscando a ella, él y Códigos se quedan ahí sentados, mirándose de aquella manera, como si la historia les hiciese cada vez menos gracia, y luego llega el poli malandrín de la gabardina y ellos casi se cagan en los pantalones.

Ella se lo había ganado. Lowell no le había caído bien a ninguno de sus amigos, y Skinner lo había odiado desde el primer momento. Decía que era un presumido

pretencioso insoportable. Pero ella nunca había tenido novio antes de Lowell, y él se había mostrado tan simpático con ella al principio... Si tan sólo no le hubiese dado por meterse dancier, porque eso sacaba lo peor que había en él, y con qué velocidad. Y encima estaba Códigos, que nunca la había tratado bien, y que se ponía a decirle a Lowell que ella no era más que una pobre campesina. A la mierda con todo.

—¿Saben una cosa? —dijo—. Si no paro a comer algo, me muero.

La señora Elliot se puso a insistir en que Rydell se detuviese de inmediato a buscar algo de comer para Chevette, y en lo mucho que lamentaba no haberles preguntado si habían desayunado.

—Mire —dijo Rydell, frunciendo el gesto al mirar por el retrovisor—, la verdad es que preferiría salir antes de que empiece el tránsito de mediodía.

—Ah —dijo la señora Elliot. Entonces se le iluminó el rostro—. Chevette, cariño, si vas atrás encontrarás una nevera. Estoy segura de que los de la agencia han puesto cosas para picar. Casi siempre lo hacen.

A Chevette le pareció bien. Se desabrochó el cinturón de seguridad y pasó entre su asiento y el de la señora Elliot. Había una puerta pequeña, y cuando la abrió se encendieron las luces.

—Eh —dijo—, pero si esto es una casa completa...

—Que la disfrutes —dijo la señora Elliot.

La luz no se apagó cuando cerró la puerta a sus espaldas. Nunca había estado dentro de un trasto semejante, y lo primero que vio era que aquello tenía tanto espacio como el cuarto de Skinner, y resultaba diez veces más cómodo. Todo era gris, moqueta gris, plástico gris y piel de imitación gris. La nevera era un mueblecito precioso empotrado en un mostrador; dentro había una cesta envuelta en plástico y decorada con un lazo de regalo. Quitó el plástico y encontró vino, porciones de queso, una manzana, una pera, galletas saladas y un par de barras de chocolate. También había Coca Cola, y botellas de agua. Se sentó en la cama y comió un queso, un paquete de galletas, una barra de chocolate que estaba hecho en Francia, y se tomó una botella de agua. Probó a encender la tele, que recibía veintitrés canales vía satélite.

Cuando hubo terminado, metió la botella vacía, el papel roto y los demás restos en un pequeño cesto para basura empotrado en la pared, apagó la tele, se quitó las zapatillas y se tendió en la cama.

Resultaba extraño estirarse en la cama de una pequeña habitación que se movía, sin saber hacia dónde, sin saber dónde estaría al día siguiente.

Justo antes de dormirse recordó que aún tenía la bolsita de dancier que le había dado Códigos metida en los pantalones. Tendría que deshacerse de ella. Sin duda había allí cantidad suficiente para que la encerraran.

Se preguntó qué se sentiría, pensó en lo raro que resultaba que la gente se gastase todo ese dinero para sentirse así.

Lamentó que a Lowell le gustara sentirse así.

Despertó cuando él se acostó a su lado. La caravana seguía moviéndose, pero ella sabía que en algún momento tendría que haberse detenido. Las luces estaban ahora apagadas.

—¿Quién conduce? —preguntó.

—La señora Armbruster.

—¿Quién?

—La señora Elliot. La señora Armbruster era una profesora que tuve. Se parece a ella.

—¿Adónde vamos?

—A Los Ángeles. Le he dicho que la reemplazaré al volante cuando se canse. Y que no se moleste en despertarnos cuando llegue a la frontera estatal. A una señora así, con que les diga que no lleva ningún producto agrícola la dejarán pasar sin mirar aquí dentro.

—¿Y si miran?

Rydell estaba tan cerca que ella sintió cómo se encogía de hombros.

—¿Rydell?

—¿Qué?

—¿Cómo es que hay policías rusos?

—¿Qué quieres decir?

—En esos programas de la tele, la mitad de los polis importantes son siempre rusos. También los del puente. ¿Por qué rusos?

—Bueno —dijo él—, en la tele lo exageran un poco, por aquello de la Organizatsiya. A la gente le gusta ver programas sobre eso. Pero la verdad es que si la mayoría de los que controlan la mafia son rusos, entonces hace falta tener también algunos polis rusos... — Ella lo oyó bostezar. Sintió cómo se estiraba.

—¿Son todos como los dos que fueron a Disidentes?

—No —dijo él—. Siempre hay polis corruptos, pero ya se sabe, así son las cosas...

—¿Qué haremos al llegar a Los Ángeles?

Pero él no respondió, y al cabo de un rato empezó a roncar.

29. Centro comercial

Rydell abrió los ojos.

El vehículo no se movía.

Se llevó el Timex a la altura de los ojos y apretó el botón de la luz: 3:15 PM. Chevette Washington estaba ovillada a su lado, metida en la cazadora de motorista. Era como dormir al lado de una maleta vieja.

Buscó la persiana de la ventana que tenía al lado y la levantó un poco. Fuera estaba tan oscuro como dentro.

Había soñado que estaba en la clase de la señora Armbruster, en el quinto grado de la escuela Oliver North. Iban a mandarlos de vuelta a casa porque la Red Escolar acababa de informar que había demasiados casos de gripe de Kansas City para que los chicos de Virginia y Tennessee fueran al colegio esa semana. Todos llevaban puestas unas mascarillas blancas de papel que esa mañana las enfermeras les habían dejado en los pupitres. La señora Armbruster les acababa de explicar el significado de la palabra pandemia. Poppy Markoff, la vecina de asiento, que ya tenía unas tetas que le llegaban hasta aquí, le había explicado a la señora Armbruster que su papá decía que la gripe de KC te podía matar en el tiempo que tardabas en llegar al autobús. La señora Armbruster, que llevaba su propia máscara, de las microporosas que vendían los farmacéuticos, empezó a explicarles la palabra pánico, asociándola con la raíz de pandemia, pero entonces se despertó.

Se sentó en la cama. Le dolía la cabeza y notaba los primeros síntomas de un resfriado. La gripe de Kansas City. Quién sabe si fiebre de Mokola.

—No dejes que el pánico acabe contigo —se dijo en un susurro.

Pero sentía algo.

Se levantó y caminó a tientas hasta la puerta; por debajo se filtraba una raya de luz. Encontró el picaporte. Abrió un poco.

—Hola. —Oro en las comisuras de una sonrisa. Una pequeña automática cuadrada le apuntaba al ojo. El que estaba allí había girado y reclinado el asiento del acompañante. Apoyaba las botas en el asiento del medio. Había bajado la luz de la cabina.

—¿Dónde está la señora Elliot?

—La señora Elliot se ha marchado.

Rydell terminó de abrir la puerta.

—¿Trabaja para usted?

—No —dijo el hombre—. Para IntenSecure.

—¿La pusieron en ese avión para seguirme la pista?

El hombre hizo ademán de no saberlo, pero Rydell no notó que hubiera movido la pistola. Llevaba guantes de látex, y la misma gabardina larga que tenía al bajar del coche de los rusos. Parecía una bata australiana hecho de microporo negro.

—¿Cómo sabía que nos encontraría cerca del salón de tatuajes?

—Para algo tenía que servir Warbaby. Había puesto a dos a seguirte los pasos.

—Yo no vi a nadie —dijo Rydell.

—No se suponía que los vieras.

—Dígame una cosa —dijo Rydell—, ¿Fue usted el que mató a Blix, el del hotel?

El hombre lo miró por encima del cañón de la pistola. Era de calibre pequeño, que normalmente no tendría por qué hacer mucho daño. Rydell supuso que las balas serían especiales.

—No veo qué relación puede tener contigo —dijo el hombre.

Rydell pensó un instante.

—Es que he visto la fotografía. Usted no parece estar tan loco.

—Es mi trabajo —dijo el hombre.

Claro, pensó Rydell, como quien trabaja atendiendo la sartén de patatas informatizada. A la derecha de la puerta estaba la refrigeradora y el lavaplatos, así que por allí no había nada que hacer. Si se movía hacia la izquierda, el tipo dispararía al tabique, y el disparo quizá alcanzase también a la chica.

—Ni lo pienses.

—¿Pensar qué?

—En hacerte el héroe. El superpoli. —Quitó los pies del asiento central—. Haz lo que te voy a decir. Pero despacio. Muy despacio. Pasa al asiento del conductor y pon las

manos en el volante. A las nueve y a las dos. Déjalas allí. Si no las dejas allí, te meto un tiro detrás de la oreja derecha. No lo oirías. —Hablaba despacio, con voz monótona; a Rydell le hizo pensar en un veterinario hablando a un caballo.

Rydell siguió las instrucciones. Fuera no se veía nada. Sólo oscuridad y los reflejos de la luz de la cabina.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—¿Te gustan los centros comerciales, Rydell? ¿Hay centros comerciales en Knoxville?

Rydell lo miró de soslayo.

—La vista al frente, por favor.

—Sí. Tenemos centros comerciales.

—A éste no le fue muy bien.

Rydell estrujó el acolchado del volante.

—No te pongas nervioso.

Rydell le oyó dar un taconazo en el tabique.

—¡Señorita Washington! Despierte usted y sonría. ¡Señorita Washington! Hónrenos usted con su presencia.

Rydell oyó el doble golpe del asustado despertar de Chevette: tratando de saltar de la cama, se golpeó la cabeza y cayó. Vio el reflejo de ella en el parabrisas, el rostro blanco en el marco de la puerta. Vio cómo ella miraba al hombre, la pistola.

No era de las que gritaban.

—Tú mataste a Sammy Sal —dijo Chevette.

—Tú trataste de electrocutarme —dijo el hombre, como si ahora pudiera verle la gracia al asunto—. Sal hacia aquí, date vuelta y siéntate a caballo en la consola del medio. Muy despacio. Así. Ahora inclínate hacia adelante y pon las manos en el asiento.

Chevette acabó sentada al lado de Rydell, a horcajadas sobre el tablero de instrumentos, mirando hacia atrás. Parecía cabalgar una cafetera de carreras.

En esa posición le bastaba un barrido de cinco centímetros para meterle a cada uno una bala en la cabeza.

—Quiero que te quites la cazadora —le dijo a la chica—, para lo cual tendrás que sacar las manos del asiento. A ver si te las arreglas para mantener una mano apoyada en todo momento. Tómate el tiempo que quieras.

Cuando llegó al punto en que bastaba con inclinarse para que se le deslizara del hombro izquierdo, la cazadora cayó sobre las piernas del hombre.

—¿Hay agujas hipodérmicas aquí dentro? —Preguntó él—, ¿Cuchillas u objetos peligrosos de cualquier especie?

—No —dijo Chevette.

—¿Y cargas eléctricas? Eso lo haces bien.

—Sólo las gafas del imbécil y un teléfono.

—¿Ves, Rydell? —dijo el hombre—. «El imbécil.» Así será recordado. Alguien sin nombre. Otro imbécil sin nombre. —Hurgaba en los bolsillos de la cazadora con la mano que tenía libre. Sacó el estuche y el teléfono y puso ambas cosas en el hueco del acolchado tablero de mandos. Rydell había girado la cabeza y lo miraba, pese a que se le había dicho que no lo hiciera. Vio que la mano enguantada abría el estuche a tientas y sacaba las gafas. Fue el único momento en que aquellos ojos se apartaron de él, cuando miró las gafas, y ese movimiento apenas si duró un segundo.

—Son ésas —dijo Rydell—. Ya las tiene.

La mano las devolvió al estuche.

—Sí.

—¿Y ahora qué?

La sonrisa desapareció. Sin sonreír, el hombre parecía que no tenía labios. La sonrisa volvió, más amplia y pronunciada.

—¿Me podrías sacar una Coca Cola de la nevera? Todas las ventanas, y la puerta de atrás, están selladas.

—¿Quieres una Coca Cola? —Preguntó Chevette incrédula—. Me vas a matar. En cuanto me levante.

—No —dijo él—, no necesariamente. Porque quiero una Coca Cola. Tengo la garganta un poco seca.

Chevette miró a Rydell con ojos agrandados por el miedo.

—Dale la Coca —dijo Rydell.

Chevette bajó de la consola y pasó apretadamente entre los asientos para ir atrás, pero sólo hasta la puerta, que estaba al lado de la nevera.

—La vista al frente —le recordó el hombre a Rydell. Rydell vio la luz de la nevera reflejada en el parabrisas, y tuvo una imagen fugaz de Chevette en cuclillas.

—¿D... dietética o normal? —preguntó Chevette.

—Dietética.

—¿Clásica o descafeinada?

—Clásica. —El hombre hizo un ruido que a Rydell le pareció una risita.

—No hay vasos.

Volvió a oír el ruido.

—De la lata.

—S... se me ha derramado un poco —dijo ella—. M... me tiemblan las manos...

Rydell miró de soslayo. Vio cómo el hombre agarraba la lata roja por la que corrían hilos de cola marrón.

—Gracias. Ahora te puedes bajar los pantalones.

—¿Qué?

—Esos negros que llevas puestos. Bájelelos. Despacio. Nos dejaremos los calcetines puestos.

Rydell vio la expresión de la chica reflejada en el parabrisas negro. Vio que el rostro se le quedaba como en blanco. Chevette se dobló, empujando los apretados pantalones hacia abajo.

—Ahora vuelve a la consola. Así. Tal como estabas. Deja que te vea. ¿Quieres mirar tú también, Rydell?

Rydell miró. La vio allí acuclillada, piernas suaves y musculosas, de palidez cadavérica a la luz de la cabina. El hombre tomó un largo sorbo de Coca Cola, mirando a Rydell por encima del borde de la lata que luego dejó en la bandeja del tablero de mandos. Se secó los labios con el dorso de la mano enguantada.

—No está mal, ¿eh, Rydell? —Señalando con el mentón hacia Chevette Washington—. Ahí hay verdadero potencial, diría yo.

Rydell lo miró.

—¿Te molesta esto, Rydell?

Rydell no respondió.

El hombre hizo un ruido que podía ser una risa. Bebió otro sorbo de Coca Cola.

—¿A ti te parece que disfruté haciendo lo que le hice al mierda ése, Rydell?

—No lo sé.

—Pero te lo parece. Sé que piensas que disfruté. Y sí. Me gustó. Pero ¿sabes dónde está la diferencia?

—¿La diferencia?

—Que cuando lo hice no tuve una erección. Ahí está la diferencia.

—¿Lo conocía?

—¿Qué?

—Quiero decir si lo hizo por alguna razón personal.

—Ah. Bueno, supongo que podría decir que lo conocía. Lo conocía del modo en que no hay que conocer a nadie. Sabía todo lo que hacía. Por las noches me dormía oyéndolo respirar. Tanto que llegué a saber cuántas tenía encima, sólo con oír cómo respiraba.

—¿Tenía encima?

—Bebía. El serbio. Tú eras policía, ¿no es así?

—Sí.

—¿Te tocó alguna vez seguir a alguien, Rydell?

—No llegué tan lejos.

—Es curioso, eso de seguir a alguien. Viajar con ellos. Ellos no te conocen. No saben que estás ahí. Vaya, lo intuyen. Suponen que uno está por ahí. A veces los ves mirando a alguien, en el vestíbulo de un hotel, y te das cuenta de que ellos creen que ése eres tú, que el otro es el que los va siguiendo. Pero siempre se equivocan. Y a medida que los vas observando, con el paso de los meses, uno empieza a quererlos, Rydell.

Rydell vio que un estremecimiento recorría el muslo blanco y tenso de Chevette Washington.

—Pero luego, al cabo de unos meses más, unos veinte vuelos, dos docenas de hoteles, la cosa se invierte...

—¿No los quieres más?

—No. Ya no. Empiezas a esperar que se jodan, Rydell. Empiezas a esperar que traicionen la confianza de alguien. Porque la confianza en un mensajero es una cosa terrible. Terrible.

—¿Mensajero?

—Fíjate en ella, Rydell. Ella lo sabe. Aun cuando lo único que hace es llevar documentos confidenciales de un lado a otro de San Francisco, es una mensajera. Ella es portadora de confianza, Rydell. Los datos se convierten en algo físico. Ella los lleva consigo. ¿Verdad que los llevas, nena?

Chevette seguía como una esfinge, con los dedos blancos profundamente hundidos en la tela gris del asiento.

—Pues a eso me dedico yo, Rydell. Miro cómo llevan las cosas. Los vigilo. A veces hay gente que trata de quitárselas. —Apuró la Coca Cola—. Yo mato a esa gente. En verdad, ésa es la mejor parte del trabajo. ¿Has estado alguna vez en San José, Rydell?

—¿En Costa Rica?

—Allí mismo.

—Nunca.

—Allí la gente sí que sabe vivir.

—Usted trabaja para paraísos informáticos —dijo Rydell.

—Yo no he dicho eso. Te lo habrá dicho alguien.

—Y él también —dijo Rydell—. Él llevaba esas gafas a alguien desde Costa Rica, y ella se las quitó.

—Y no sabes cuánto me alegró que lo hiciera... Me encantó. Yo estaba en la habitación de al lado. Me metí en la suya por una puerta interior. Me presenté. Conoció a Desamorado. Por primera y última vez. —La pistola no se movió en lo más mínimo, pero empezó a rascarse la cabeza con la mano enguantada. Se rascaba como si tuviera pulgas o algo así.

—¿Desamorado?

—Es mi nom. Nom de cosa. —Y soltó una parrafada larga que a Rydell le sonó a español, aunque Rydell sólo alcanzó a entender nombre de algo—. ¿Tú crees que sea dura de carnes, Rydell? A mí me gustan duras.

—¿Es usted norteamericano?

El hombre meneó la cabeza un poco hacia los lados cuando Rydell dijo eso, y los ojos se perdieron a lo lejos un instante, pero se recuperaron enseguida, claros como el círculo cromado que ceñía la boca del cañón.

—¿Sabes quiénes organizaron los paraísos informáticos, Rydell?

—Los cárteles —dijo Rydell—. Los colombianos.

—Así es. Ellos fueron los que llevaron los primeros sistemas profesionales a Centroamérica, en la década de los ochenta del siglo pasado, para coordinar los envíos. Alguien tenía que ir allí a instalar esos sistemas. La guerra de las drogas, Rydell. Muchos norteamericanos en los dos bandos.

—Sí —dijo Rydell—, pero ahora nos hacemos aquí nuestras propias drogas, ¿no es cierto?

—Pero los paraísos están allá. Ni siquiera necesitan el negocio de las drogas. Ahora tienen lo que antes tenía Suiza. Tienen el único lugar en el mundo donde guardar lo que la gente no puede dejar en otra parte.

—Parece usted un poco joven para haber ayudado a organizar aquello.

—Mi padre. ¿Conoces a tu padre, Rydell?

—Claro. —De alguna manera, al menos.

—Yo nunca conocí al mío. Me ha costado una buena cantidad de terapia.

Para lo que te ha servido, pensó Rydell.

—¿Y Warbaby? ¿También trabaja en eso?

Una perla de sudor había brotado en la frente del hombre, que se la secó con el dorso de la mano que sostenía la pistola, pero Rydell vio que el arma volvía a la posición original con un movimiento automático, como si la sujetara un imán.

—Enciende los faros, Rydell. Está bien, puedes quitar la mano izquierda del volante.

—¿Por qué?

—Porque si no lo haces te mato.

—Bueno. ¿Por qué?

—Tú hazlo, ¿de acuerdo? —El sudor se le metía en los ojos.

Rydell quitó la mano izquierda del volante y pulsó dos veces el conmutador de las luces. Dos conos de luz se estrellaron contra una pared de comercios muertos, rótulos muertos, polvo sobre plástico. El local iluminado por el haz izquierdo decía EL BOQUETE.

—¿A quién se le ocurre ponerle ese nombre a una tienda? —dijo Rydell.

—¿Estás tratando de distraerme, Rydell?

—No —dijo Rydell—, sólo que me parece un nombre raro. Sobre todo porque, vistos ahora, todos esos locales parecen boquetes...

—Warbaby está contratado, Rydell. IntenSecure recurre a él cuando las cosas se complican. Y las cosas siempre se complican. Siempre.

Se habían detenido en una especie de plaza interior, en medio de un centro comercial. Todas las tiendas estaban tapadas con tablas o tenían los cristales de los escaparates pintados de blanco. Fuera o no un nivel subterráneo, aquello tenía techo.

—¿Así que ella se robó las gafas en un hotel vigilado por IntenSecure y por eso contrataron a Warbaby?

Rydell miró a Chevette Washington. Parecía una de esas figuras cromadas que pegaban en el capó de los coches antiguos, sólo que a ella se le había puesto la piel de gallina en todo el muslo. Hacía frío, y Rydell pensó que quizá estaban en un nivel subterráneo.

—¿Sabes una cosa, Rydell?

—¿Qué?

—Que tú no te enteras de nada. Por mucho que te explique, nunca vas a entender la situación. Te queda demasiado grande. Tú no sabes pensar en esos términos. IntenSecure pertenece a la empresa propietaria de la información que hay en esas gafas.

—Singapur —dijo Rydell—. ¿Singapur es también propietaria de DatAmerica?

—No lo puedes demostrar, Rydell. Tampoco el Congreso podría.

—Mire esas ratas...

—Otra vez intentando distraerme...

Rydell vio cómo la última de las tres ratas desaparecía en el interior del local que se llamaba El Boquete. Debió de entrar por alguna abertura o algo así. Un boquete.

—No. Acabo de verlas.

—¿Se te ha ocurrido pensar que no estarías aquí en este momento si a Lucius Warbaby no le hubiese dado por ponerse a patinar el mes pasado?

—¿Qué quiere decir?

—Se rompió la rodilla. Warbaby se rompe la rodilla, no puede conducir, tú apareces por aquí. Piensa. ¿Qué te dice eso acerca del capitalismo tardío?

—¿Acerca de qué?

—¿No enseñan nada en esa academia de policía?

—Pues sí —dijo Rydell—. Muchas cosas. —Pensaba: ¿cómo hablar con chiflados que lo tienen a uno secuestrado, sobre todo cuando cuesta tanto recordar el tema de la conversación? Hacer que no paren de hablar y no discutirles mucho, algo así—: ¿Por qué esas gafas tienen tan loco a todo el mundo?

—Van a reconstruir San Francisco. Desde abajo hasta arriba. Como lo que ahora están haciendo en Tokio. Empezarán tendiendo un entramado de diecisiete complejos sobre la infraestructura actual. Edificios de ochenta pisos con oficinas y apartamentos, y comercios y viviendas abajo. Completamente autosuficientes. Reflectores parabólicos de paso variable, generadores de vapor. Edificios nuevos; se alimentarán de sus propias aguas fecales.

—¿Quién se alimentará de sus propias aguas fecales?

—Los edificios. Los van a levantar, ¿entiendes, Rydell? Como lo que están haciendo en Tokio. Como el túnel magnético.

—El girasol —dijo Chevette Washington, y puso cara de lamentarlo.

—Alguien ha estado mi-ran-do... —Destello de dientes de oro.

—Pero entonces... —dijo Rydell, tratando de mantener la modalidad de charla-para-loco-armado.

—¿Sí?

—¿Cuál es el problema? Si quieren construir, pues que construyan.

—El problema —dijo Desamorado, que empezaba a desabotonarse la camisa—, es que una ciudad como San Francisco tiene tanta idea de adonde quiere ir, de adonde debería ir, como tú. Lo que equivale a decir muy poca idea. Hay personas, millones, que se

opondrían a la mera existencia de un plan como éste. Por otra parte está el negocio inmobiliario.

—¿Inmobiliario?

—¿Sabes cuáles son las tres consideraciones más importantes para la compra de cualquier bien inmueble, Rydell? —El pecho de Desamorado, lampiño y artificialmente pigmentado, brillaba de sudor.

—¿Tres?

—Ubicación —dijo Desamorado—, ubicación, y ubicación.

—No lo entiendo.

—Ni lo entenderás. Pero los que saben dónde comprar, los que han visto dónde se alzarán las torres, ellos sí que lo entienden, Rydell. Y ellos se quedarán con todo.

Rydell pensó en lo que había oído.

—Usted ha mirado, ¿verdad?

Desamorado asintió.

—En Ciudad de México. Él las dejó en la habitación. Nunca tendría que haber hecho nada semejante.

—Pero tampoco usted tendría que haber mirado, ¿verdad? —dijo Rydell sin querer.

La piel de Desamorado chorreaba sudor, pese al frío que hacía. Era como si su sistema límbico o lo que fuera se hubiese vuelto loco. No dejaba de parpadear y de quitarse el sudor de la cara.

—Yo he hecho mi trabajo. Hice mi trabajo. Trabajos. Años. Mi padre también. Tú no has visto cómo vive esa gente. Los conjuntos residenciales. La gente aquí no tiene ni idea de lo que se puede hacer con dinero, Rydell. No sabe lo que es el dinero de verdad. Allá viven como dioses. Los hay que tienen más de cien años, Rydell.— En las comisuras de la sonrisa de Desamorado se habían acumulado unas babas blancas, y Rydell estaba de nuevo en las habitaciones de la novia de Turvey, mirando a los ojos de Turvey, y fue entonces cuando entendió lo que había hecho Chevette.

Había vaciado toda la bolsa de dancin en la Coca Cola que le había traído al hombre. No había podido verterla toda, por eso había derramado Coca por encima de la lata para lavar los restos, para mezclarlos.

Ahora tenía la camisa abierta hasta abajo, la tela oscura oscurecida por el sudor, y se le había enrojecido la cara.

—Desamorado... —dijo Rydell, sin saber de qué iba a hablar, pero en ese instante Desamorado soltó un chillido, un sonido agudo y fino, inhumano, como el de un conejo atrapado en un cepo, y se puso a golpearse la entrepierna de los téjanos con la culata de la pistola, como si algo terrible se le hubiera aferrado a la ingle, algo que tenía que matar. La pistola se descargaba con cada golpe, abriendo agujeros del tamaño de una moneda de cinco dólares en el suelo enmoquetado.

Chevette Washington salió de la consola como disparada por tiras de goma. Saltó por encima del asiento del medio y fue a dar al habitáculo de atrás.

Desamorado dejó de moverse, estremeciéndose como si todos sus átomos se hubieran detenido al mismo tiempo, girando sólo en una estrecha órbita de emergencia. Entonces sonrió, como si hubiera logrado matar esa cosa que le torturaba la entrepierna, volvió a gritar, y se puso a disparar hacia el parabrisas. Lo único que Rydell consiguió recordar fue que un instructor les había dicho que el efecto de una sobredosis de dancin era tan fuerte que, a su lado, una cantidad similar de fenciclidina parecía aspirina mezclada con Coca Cola. Con Coca Cola.

Y también Chevette Washington parecía haberse vuelto loca, a juzgar por los gritos y los golpes que daba en la puerta trasera tratando de salir de la caravana.

—Cien años, tienen esos cabrones —dijo Desamorado, sollozando o algo parecido mientras expulsaba el cargador vacío y metía otro lleno—, y continúan quedándose con todo...

—Allí —dijo Rydell—, por El Boquete...

—¿Qué?

—Svobodov —dijo Rydell, esperando que sirviese de algo.

Las balas salieron de la diminuta arma como los cubos de caucho de una pistola de tacos. Cuando sonó el tercer disparo, Rydell ya se había estirado hasta alcanzar el cierre de la puerta, y se había lanzado a la calle. Aterrizó de espaldas, encima de unas latas y cosas que podían ser tazas de poliestireno. Rodó. Siguió rodando hasta topar con algo.

Las pequeñas balas abrían enormes agujeros en los cristales pintados de blanco. Un escaparate entero se derrumbó estrepitosamente.

Oía a Chevette Washington aporreando la puerta trasera de la caravana. Daría cualquier cosa por hacerla callar.

—¡Eh, Desamorado!

El tiroteo cesó.

—¡Svobodov ha caído, hombre!

Chevette seguía golpeando. Por Dios.

—¡Hay que llamar una ambulancia!

A gatas, parapetado detrás de una fuente con azulejos que olía a polvo y cloro, vio a Desamorado que bajaba reptando del asiento del conductor, cara y pecho brillantes y aceitosos. Había recibido un entrenamiento tan riguroso, pensó Rydell, que era capaz de sobreponerse al efecto que le producía el dancin. Porque aún se movía como le enseñaban a uno en «Planes», con la pistola en ambas manos y siempre a punto, el cuerpo en pose de asalto, los ágiles barridos del arma cubriendo arcos de tiro potenciales.

Y Chevette seguía tratando de romper a puntapiés la fibra hexacelular, o lo que fuese, de la puerta trasera. Desamorado metió un par de balas justo allí, y los golpes cesaron de inmediato.

30. Carnaval de almas

A las cuatro, Yamazaki bajó los peldaños que había subido con Desamorado, a oscuras, la noche anterior.

Fontaine se había marchado veinte minutos antes de que volviese la luz, llevando consigo, pese a las protestas de Skinner, un enorme atado de ropa por lavar. Skinner se había pasado el día clasificando una y otra vez el contenido de la caja verde de herramientas, la que había volcado para encontrar la cizalla.

Yamazaki había estado observando las manos del viejo cuando tocaban cada herramienta, imaginando que las veía recibir un momentáneo flujo de fuerza o de propósito, o tal vez sólo recuerdos de tareas emprendidas, abandonadas, concluidas.

—Siempre se puede vender herramientas —había murmurado Skinner, quizá dirigiéndose a Yamazaki, quizá hablando solo—. Siempre hay quien las compre. Aunque siempre se vuelven a necesitar. Justo las que has vendido. —Yamazaki no sabía el nombre en inglés de la mayoría de las herramientas, muchas de las cuales le eran por completo desconocidas—. Un escariador —informó Skinner, alzando el puño. Por entre el segundo y tercer dedo asomaba, amenazante, una punta de acero dentada y oscurecida por el óxido—. Una de las cosas más útiles que se pueda tener, Scooter, y casi nadie sabe que existe.

—¿Para qué sirve, Skinner-san?

—Para ensanchar agujeros. Los hace redondos, además, si se sabe usar. Chapas de metal, sobre todo, pero también plásticas, sintéticas. Cualquier cosa que sea bastante rígida y no muy gruesa. Menos el vidrio.

—Tiene usted muchas herramientas, Skinner-san.

—Que nunca aprendí a utilizar como se debe.

—Pero este cuarto lo construyó usted, ¿no es así?

—¿Alguna vez has visto trabajar a un carpintero de verdad, Scooter?

—Sí. Una vez —dijo Yamazaki, recordando una demostración que había visto en un festival: el vuelo de las hojas negras, el olor a cedro cortado. Recordaba las tablas, color crema, inmaculadas. Estaban levantando un salón de té que duraría lo que durase el festival—. La madera es muy escasa en Tokio, Skinner-san. No verá a nadie tirarla, ni siquiera los restos pequeños.

—No es lo mismo por estos lados —dijo Skinner, frotándose la yema del pulgar con el filo de un cincel. ¿Se refería a América, a San Francisco, o al puente?—. Aquí solíamos quemar la madera que sobraba, antes de que nos pusieran corriente eléctrica. Pero al municipio no le gustaba nada. Es malo para el aire, Scooter. Hoy día ya no se hace tanto.

—¿Y eso por consenso?

—Por sentido común. —Skinner envolvió el cincel en una lona manchada de grasa y lo guardó con cuidado en la caja verde.

Una procesión avanzaba hacia San Francisco por la calzada superior, y Yamazaki se arrepintió en el acto de haber dejado el cuaderno en la habitación de Skinner. Nunca había visto aquí hasta entonces una muestra de rito colectivo.

En un espacio tan angosto y cerrado era imposible contemplar la procesión como algo más que una sucesión de participantes, solos o en parejas, aunque no por eso dejaba de ser una procesión, a todas luces fúnebre, tal vez conmemorativa. A la cabeza iban los niños, siete, según su apresurado cálculo, uno detrás del otro, vestidos con harapos cenicientos. Cada niño llevaba una máscara de yeso pintada con la intención manifiesta de representar a Shapely. Pero no había nada de funerario en su marcha: algunos avanzaban patinando, entusiasmados por la atención que despertaban.

En camino hacia el puesto de sopa, Yamazaki había hecho un alto entre el carromato de una tienda de libros y un puesto que vendía pájaros enjaulados. Se sentía incómodo, muy fuera de lugar, con aquel extraño cesto de material aislante debajo del brazo. Tratándose de un rito funerario, tal vez se esperaba de él un gesto o alguna actitud determinada. Miró disimuladamente a la librera, una mujer de elevada estatura abrigada con un chaleco de piel de oveja, cabello gris peinado hacia atrás y sujeto con un nudo atravesado por dos palillos chinos.

Su mercancía, que consistía principalmente en amarillentos libros de tapa blanda en diversos estados de desintegración, cada uno en una bolsa de plástico traslúcido, estaba expuesta delante de ella en el carromato. La mujer pregonaba esas ofertas cuando

Yamazaki vio a los niños enmascarados de Shapely; la mujer vociferaba extrañas frases que, pensó Yamazaki, tenían que ser títulos: «El valle de las muñecas, meridiano de sangre, la experiencia de la sierra eléctrica...». Impresionado por la rareza de la poesía norteamericana, Yamazaki estuvo a punto de preguntar por La experiencia de la sierra eléctrica. Pero la mujer se había callado, y también él acababa de ver a los niños.

Nada en los ademanes de la mujer revelaba que la procesión exigiese de ella más reverencia de la que estuviese dispuesta a ofrecer. Se dedicaba a inventariar automáticamente la mercancía, moviendo las manos por entre los libros embolsados, mientras veía cómo desfilaban los niños.

El encargado del puesto de los pájaros, hombre pálido de bigote esmeradamente cultivado, se rascaba la barriga, mirando con ojos apacibles.

Los niños iban seguidos de cinco bailarines vestidos con la malla esquelética de La Noche de Muerte. Yamazaki vio que algunas de las máscaras no eran más que respiradores microporosos moldeados como sonrientes mandíbulas de calaveras. Estos bailarines eran adolescentes, sin duda, y se sacudían al ritmo de alguna música interior de plagas y caos. Había una oculta corriente de erotismo, de violencia, en los muslos negros pintados de hueso, en las pelvis blancas dibujadas sobre nalgas apretadamente embutidas en tela de tejanos. Cuando pasaban los esqueletos danzantes, uno de ellos clavó en Yamazaki una mirada punzante, ojos azules adolescentes que asomaban por encima de las moldeadas ventanas negras del respirador blanco.

Luego marchaban dos personajes altos, negros, de cara feamente pintada de crema, vestidos de cirujanos, con batas verdes desteñidas y largos guantes de látex escarlata. ¿Serían los médicos, sobre todo blancos, a quienes tantos se les habían muerto antes del advenimiento de Shapely? ¿O representaban acaso a las empresas bio-médicas brasileñas que con tanto éxito y tanto lucro habían supervisado la transformación de Shapely, la prostituta analfabeta, en espléndido manantial? Tras ellos, los primeros cadáveres, envueltos y atados con grandes pliegos de plástico lechoso, cada uno a bordo de un carrito de dos ruedas como los que allí se fabricaban para el transporte de equipajes o de grandes bultos de comestibles. Conducían los carritos, temporalmente equipados con plataformas, hombres y mujeres colocados delante y detrás, sin indumentaria ni porte especiales, aunque Yamazaki advirtió que no miraban a los lados y que no respondían a las miradas del público.

—Ahí va Nigel —dijo la librera—. Quizá él mismo construyó el carro en el que se lo llevan.

—¿Son víctimas de la tormenta? —se atrevió a preguntar Yamazaki.

—Nigel no —le dijo la mujer, entornando los ojos al ver que se trataba de un extraño—. La tormenta no hace esos agujeros...

Siete en total, cada cual en su carro, y luego un hombre y una mujer, vestidos con idénticos overoles de papel, cargando entre los dos una litografía laminada de Shapely, uno de esos retratos edulcorados, de ojos grandes y mejillas sumidas, que invariablemente dejaban en Yamazaki una ligera sensación de náusea.

Por último, un personaje pequeño y rojo que daba incesantes cabriolas. Un diablo, quizás, sin rabo y sin cuernos, que bailaba con un fusil descomunal, un antiguo AK-47 sin cerrojo, con una prótesis de madera a modo de cargador, y todo bañado, alguna vez, en esmalte rojo ahora desgastado por manos, por procesiones.

Yamazaki supo, sin preguntar, que el bailarín rojo representaba el modo en que había muerto Shapely, la terrible e infame estupidez que acecha agazapada en el corazón de las cosas.

—¿Skinner-san? —El cuaderno estaba listo—. Hoy he visto una procesión. Se llevaban unos cuerpos del puente. Los muertos de la tormenta.

—No se los puede tener aquí. No se los puede echar al agua. El municipio lo prohíbe. Los damos para que los cremen. Los hay que no quieren saber nada del fuego, y esos entierran a sus muertos en Tesoro. Y claro, si se piensa en la clase de gente que vive en Tesoro, uno se pregunta para qué lo harán.

—En la procesión había muchas referencias a Shapely, a su historia.

Skinner asintió con la cabeza sin apartar la mirada del minúsculo televisor.

—Niños enmascarados como J. D. Shapely, dos hombres negros pintados de médicos blancos, el retrato de Shapely...

Skinner gruñó. Luego, con voz distraída, comentó: —Hace tiempo que no veo a esos.
—Y al final, un personaje pequeño, rojo. Bailando. Con un rifle de asalto.
—Ajá —asintió Skinner.
Yamazaki activó la función de transcripción del cuaderno.

La verdad es que a mí no me la llegaron a poner. La de él, quiero decir. Ese pedazo suyo que ahora tiene todo el mundo. No veía para qué iba a hacerlo a mi edad, sobre todo yo que nunca confié en la medicina. Claro, ocurre que tampoco llegué a tener la otra clase, y la verdad es que no me faltaron oportunidades. Pero tú eres muy joven para recordarlo. Sí, ya sé que todos piensan que viven en todas las épocas al mismo tiempo, que lo tienen todo grabado, listo para reproducir. Digital. Eso es todo lo que hay hoy en día: reproducciones. Sin embargo, no puedes recordar cómo era eso, qué se sentía al ver cómo se amontonaban. Aquí no tanto, aunque bastante duro era, pero en Tailandia, África, Brasil... joder, Scooter. Esa mierda nos estaba devorando. Pero en cámara lenta, muy lenta. Así son esos retro-virus. Una vez un hombre, que tenía la antigua y se murió de eso, me dijo que habíamos vivido en una época, corta, en la que a mucha gente le dio por pensar que fornicar una vez no mataba a nadie, ni siquiera a una mujer. Pero siempre estaban preocupados, cada vez que lo hacían había una posibilidad, infectarse y morir en el parto, o al nacer, morir tratando de curarse, y de todas formas la vida te cambiaba para siempre. Y en aquella época se usaban pastillas para curar esto, aquello, inyecciones para curar las otras pestes, incluso las que habían matado a gente por todas partes. Vaya época ésa, Scooter. Luego aparece esa cosa que lo cambia todo y lo pone al revés. Y así estábamos, con el 2000 a la vuelta de la esquina, con cambios por todas partes, con guerras civiles en Europa y el sida tan ancho. Se dijo de todo: que si eran los gays, que si la CIA, que si el ejército americano en un cuartel de Maryland. Se llegó a decir que eran unos overoles verdes. Te lo juro. ¿Sabes qué era? ¡Gente! Demasiada gente, Scooter. Gente volando con su mierda a todas partes y volviendo por aquí. Así cualquiera carga con una o varias pestes. No hay lugar en todo el jodido planeta que esté a más de dos horas de cualquier otro lugar. Entonces llega el pobre condenado de Shapely con su cepa mutante que no mata, que no hace una mierda, que sólo se desayuna a la otra cepa. Yo no me creo esas imbecilidades de que Shapely era Cristo, Scooter. Si a eso vamos, tampoco creo en Cristo.

—¿Queda café?

—Voy a bombear el calentador.

—Ponle una gota de Tres-en-Uno al agujero del pistón, Scooter. Tiene una junta de cuero. Así se mantiene blanda.

31. Del lado del conductor

No vio la primera bala, pero tuvo que dar en un cable o algo así, porque las luces se encendieron. La segunda sí que la vio, al menos el agujero que abrió en el plástico imitación cuero. Algo dentro de ella se detuvo mientras aprendía una lección sobre las balas: en un instante no hay agujero, y en el instante siguiente sí lo hay. Y entre los dos instantes no hay nada. Se ve ocurrir, pero no se ve cómo ocurre.

Se dejó caer al suelo y echó a andar a gatas. Porque no podía quedarse esperando la siguiente. Cuando llegó a la puerta vio sus pantalones negros tirados en el suelo, al lado de un juego de llaves enganchadas a un llavero de plástico gris. Se notaba el olor que el disparo había dejado en el suelo. Tal vez fuera olor a moqueta quemada, porque vio que los bordes de los orificios estaban chamuscados y como fundidos.

Le oía gritar allá fuera, gritos sordos y ásperos seguidos por ecos. Contuvo el aliento. Gritaba que eran (¿quiénes?) los mejores Relaciones Públicas del mundo, que le habían hecho la campaña a Hunnis Millbank, que ahora harían lo mismo con Girasol. Si es que entendía bien.

—Están ahí, en el suelo. Del lado del conductor.

Era Rydell. La puerta de ese lado había quedado entreabierta.

—Dejó las llaves aquí —dijo ella.

—Me parece que se ha ido a meter por allí, donde estaba la concesión de Muros de Ensueño.

—¿Y si vuelve?

—Probablemente vuelva, si nos quedamos aquí. ¿Puedes arrastrarte y tirarme esas llaves?

Chevette se deslizó entre los asientos. Vio la cabeza de Rydell enmarcada en la puerta abierta. Agarró las llaves y las arrojó de lado, sin mirar. Pescó los pantalones y volvió a donde estaba, arrastrándose, preguntándose si cabría en la refrigeradora, doblando las piernas.

—¿Por qué no te acuestas en el suelo ahí detrás? —La voz venía del asiento del conductor.

—¿Que me acueste?

—Silueta mínima.

—¿Eh?

—Va a empezar a disparar. Cuando yo haga esto... —El ruido del arranque, el del vidrio que caía del parabrisas agujereado, y Chevette se tiró al suelo. La caravana dio un tirón hacia atrás, girando en ángulo forzado, y ella oyó que Rydell golpeaba la consola, tratando de activar alguna función que necesitaba, mientras nuevas balas iban llegando, una detrás de otra, como impactos, como si alguien golpeará con un martillo invisible, cuidando de no perder el ritmo.

Rydell debió de lograr lo que quería, porque hizo lo que hacían los chicos en Oregón, aquello con la transmisión y los frenos.

Chevette se dio cuenta entonces de que estaba gritando. No eran palabras ni nada, sólo gritos.

Dieron entonces una media vuelta que casi los hizo volcar, y pensó que sin duda esos vehículos no estaban pensados para grandes velocidades. Ahora iban más rápido, y parecía que subían una pendiente.

—A la mierda —oyó que decía Rydell, con esa voz extrañamente normal, y en ese instante chocaron contra la puerta, o el portón o lo que fuese. Se acordó de la ocasión en que ella había tratado de hacer una pirueta con la bici en el Parque Lafayette, y le habían tenido que explicar una y otra vez cómo había aterrizado de cabeza, y cada vez que se lo explicaban ella lo volvía a olvidar.

Estaba de nuevo en el cuarto de Skinner, leyendo National Geographic, un artículo sobre la división de Canadá en cinco países. Bebiendo leche fría directamente del envase y comiendo galletas saladas. Skinner en la cama con la tele, viendo uno de esos programas históricos que tanto le atraían. Skinner hablaba de cómo esas películas históricas habían ido mejorando en sonido y en imagen. Decía que al principio todo eran movimientos entrecortados y en blanco y negro, con los soldados corriendo como si se les

hubieran metido hormigas en los pantalones, y con esa granulosidad tremenda, y el cielo todo lleno de arañazos. Que poco a poco las habían desacelerado hasta que la gente se empezó a mover como en la vida real, y que luego las habían coloreado, y habían ido reduciendo más el grano, haciéndolo más fino. Pero que todo era mentira, decía, porque todo era una aproximación, lo que alguien pensaba que podría haber sido en realidad, el resultado de una decisión particular, de un botón que alguien había pulsado. Pero que sin embargo era una maravilla, decía, igual que la primera vez que se oye a Billy Holiday sin ese ruido de lata y de leños ardiendo.

Billy Holiday debía de ser alguien como Elvis, pensaba Chevette, con trajes de adornos y lentejuelas, pero como cuando era joven, no como después, tan gordo.

Skinner tenía una idea fija a propósito de la historia. Que en realidad se estaba volviendo de plástico y cosas semejantes. Pero a ella le gustaba demostrar que prestaba atención cuando él le decía algo, porque de lo contrario Skinner podía pasar días sin abrir la boca. Así que ahora miró hacia donde él estaba, dejando la revista y la foto de las chicas que agitaban banderas blanquiazules de la República de Quebec, y a quien vio allí fue a su madre, sentada en el borde de la cama de Skinner, guapísima, triste y cansada, el aspecto que tenía a veces cuando acababa de volver del trabajo y todavía no se había quitado el maquillaje.

—Tiene razón —dijo la madre de Chevette.

—¿Mamá?

—Lo que dice de la historia, de la manera en que la cambian.

—Mamá, tú...

—Pero eso lo hace todo el mundo, cariño. No es ninguna novedad. Sólo que las películas han igualado a los recuerdos, eso es todo.

Chevette empezó a llorar.

—Chevette-Marie —dijo su madre, con ese tono cantarín tan lejano—, te has hecho daño en la cabeza.

32. Fallonville

—¿Conoces mucho a ese tipo? —preguntó Chevette.

La zapatilla SWAT de Rydell aplastaba fragmentos de vidrio de seguridad cada vez que pisaba el freno. De haber tenido tiempo y una escoba, ella lo habría barrido todo afuera. Pero en la situación en que estaban, había tenido que quitar lo que quedaba del parabrisas con un tubo herrumbroso que encontró al lado del camino, pues de lo contrario la policía de carreteras habría visto los agujeros y los habrían obligado a parar. De todos modos, él tenía esas plantillas.

—Trabajaba con él en Los Ángeles —dijo Rydell, frenando para esquivar unos pedazos de neumático de camión tirados en la calzada de dos carriles, como piel de la muda de algún monstruo.

—Me estaba preguntando si no nos hará algo parecido a lo de la señora Elliot. A ella también decías conocerla.

—No la conocía —dijo Rydell—. Me la encontré en el avión. Si Sublett es uno de ellos, entonces el mundo entero es un complot. —Se encogió de hombros—. Si es por eso, tú tendrías que empezar a preocuparme. —En lugar de preocuparse, por ejemplo, de la posibilidad de que Desamorado o la señora Elliot hubiesen puesto un transmisor de rastreo en aquella caravana, o de si la Estrella de la Muerte venía detrás de ellos en ese mismo instante, pues en ese caso estaría escuchándolos. Se decía que Estrella de la Muerte era capaz de leer los titulares de un periódico, o saber de qué marca y talla eran unos zapatos a partir de una huella nítida.

Una cruz de madera apareció de la nada delante de los faros. Mediría unos tres metros de altura. En el travesaño decía SINTONIZA CON, y en el larguero, TU CONEXIÓN INMORTAL. Donde tendría que estar la cabeza del Cristo, se veía clavado un polvoriento televisor portátil. Alguien había usado la pantalla para hacer tiro al blanco con una calibre 22, parecía.

—Debemos de estar cerca —dijo Rydell.

Chevette Washington pareció gruñir. Bebió un poco del agua que habían conseguido en la estación Shell, y le ofreció la botella a Rydell.

Mientras huían del centro comercial, él estaba convencido de que al salir se encontrarían al lado de alguna autopista importante. Visto desde fuera, el centro era un amasijo chato de ladrillos oscuros, de escaparates tapiados con esas feas láminas de aserrín reciclado y compactado en caliente con el color de un viejo vómito. Había recorrido en círculos, haciendo chirriar las ruedas, un extenso parque de estacionamiento donde lo único que les salía al paso eran cacharros rotos y viejos colchones, hasta que encontraron una salida.

Pero de autopista nada, sólo un ramal de cuatro carriles, y por lo visto Desamorado había metido una bala en el equipo de navegación, porque el mapa se había bloqueado parpadeando en el centro de Santa Ana sin que hubiera manera de moverlo de allí. Aquel lugar parecía una de esas ciudades periféricas abandonadas, como las que se fueron al garete con la implosión del eurodinero.

Chevette Washington estaba ovillada junto a la refrigeradora con los ojos cerrados, y no hablaba. Rydell empezó a pensar, asustado, que Desamorado también le había metido una bala a ella, pero sabía que no podía detenerse hasta que hubiese puesto al menos un poco de distancia entre ellos y el centro comercial. Y no veía sangre en ella ni en ninguna otra cosa.

Terminó por llegar a una estación de la Shell. Sabía que había sido de la Shell por la forma del marco metálico que había sujetado el símbolo en lo alto del poste. La puerta del baño para hombres había sido arrancada de los goznes; el de mujeres estaba cerrado con cadena y candado. Aparentemente alguien había descargado un arma automática en la máquina de palomitas de maíz. Rydell dio un rodeo hacia la trastienda y tropezó con un antiquísimo modelo de remolque Airstream, parecido al que servía de casa al vecino de su padre, en Tampa. Al lado había un hombre arrodillado junto a una hornilla de carbón japonesa, preparando algo en una cacerola, y acompañado por dos perros labradores negros que lo observaron.

Rydell estacionó la caravana, se aseguró de que Chevette respiraba aún, y bajó de la cabina. Se acercó al hombre de la hornilla hibachi, que ahora se había puesto de pie y se limpiaba las manos en las perneras del overol rojo. El hombre llevaba una vieja gorra de

pescador de la que salía un pico de unos veinte centímetros. El parche de la Shell que llevaba bordado en el overol estaba deshilachado y desteñido.

—¿Estás perdido —dijo el hombre—, o tienes algún problema?

—No, señor. No tengo problemas, pero es cierto que estoy perdido. —Rydell miraba los labradores negros, que le devolvían la mirada—. No se puede decir que sus perros se hayan alegrado de verme.

—No están acostumbrados —dijo el hombre.

—No, señor —dijo Rydell—. Ya lo creo que no.

—También tengo dos gatos. Los alimento con pienso seco, aunque de vez en cuando cazan algún pájaro, y hasta ratones. ¿Así que estás perdido?

—Así es, señor. Perdido. Ni siquiera sabría decirle en qué zona estamos ahora.

El hombre escupió al suelo.

—Entonces, bienvenido al club, muchacho. Cuando yo tenía tu edad todo esto era California, como Dios mandaba. Ahora es el Sur, según me dicen, pero ¿sabes lo que es en verdad?

—No, señor. ¿Qué es?

—La misma mierda que todas las otras cosas. Igual que esa mujer que acampa en la maldita Casa Blanca—. Se quitó la gorra y descubrió un par de plateadas cicatrices de cáncer, se secó las cejas con un pañuelo manchado de grasa, y volvió a ponerse la gorra—. ¿Así que estás perdido?

—Así es, señor. Tengo el mapa roto.

—¿Sabes leer mapas de papel?

—Sí, señor.

—¿Qué diablos le han hecho a esa muchacha en la cabeza?

Rydell se volvió y vio a Chevette Washington asomada por encima del asiento del conductor, mirándolos.

—Es el corte de pelo —dijo.

—Vaya por Dios —dijo el hombre—. Y pensar que podría ser guapa y todo.

—Sí, señor —dijo Rydell.

—¿Ves esa caja de papilla de cereales, allí? ¿No me mezclas una taza de eso en el agua cuando hierva?

—Sí, señor.

—Muy bien. Voy a buscar un mapa para que lo mires. Mosquito y Blanquito te harán compañía.

—Sí, señor...

PARAÍSO, CALIFORNIA DEL SUR
COMUNIDAD CRISTIANA
A CINCO KILÓMETROS
PROHIBIDO ACAMPAR
PLATAFORMAS DE HORMIGÓN
SERVICIOS COMPLETOS
PERÍMETRO VALLADO ELECTRIFICADO
PISCINA GRATUITA
RESIDENCIA CRISTIANA AUTORIZADA
(ESTADO DE CALIFORNIA DEL SUR)
327 CANALES DE TV

Y detrás, una cruz más alta, hecha con rieles de ferrocarril soldados, una especie de marco repleto de viejos televisores, con pantallas ciegas orientadas todas hacia la carretera.

Mientras tanto, Chevette Washington dormía.

Rydell pensó en la llamada que había hecho al número de Sublett en Los Ángeles, con el teléfono de Códigos. El tono era tan desconocido que estuvo a punto de colgar, pero resultó ser el teléfono del desvío de llamadas, pues Sublett había solicitado permiso para ir a ver a la madre, que se sentía algo enferma.

—¿Quieres decir que estás en Texas?

—En Paraíso, Berry. Mamá está enferma porque a ella y a un grupo los hicieron trasladarse a SurCal.

—¿Paraíso?

Sublett le había explicado dónde quedaba mientras Rydell consultaba el mapa del hombre de la Shell.

—Oye —había dicho Rydell, ahora que tenía una idea general de dónde estaba aquello—, ¿qué te parece si me acerco hasta ahí?

—Pensaba que tenías un empleo en San Francisco.

—Sí. Ya te contaré cuando llegue.

—¿Sabes que por aquí andan diciendo que soy un apóstata? —Sublett parecía angustiado.

—¿Un qué?

—Un apóstata. Porque le enseñé a mi mamá esa película de Cronenberg, ¿sabes, Berry? Videodrome. Han dicho que es obra del Demonio.

—Pensaba que en todas esas películas estaba Dios.

—Hay películas que son claramente obra del Demonio, Berry. Al menos eso es lo que dice el reverendo Fallón. Dice que todas las de Cronenberg lo son.

—¿También él está en Paraíso?

—No, por Dios —había dicho Sublett—. Está en los túneles esos que hay en las Islas del Canal, entre Inglaterra y Francia. Y no puede salir de allí, porque está refugiado.

—¿Refugiado de qué?

—De los impuestos. ¿Sabes quién excavó esos túneles, Berry?

—¿Quién?

—Hitler. Con mano de obra esclava.

—No lo sabía —había dicho Rydell, imaginándose al temible hombrecito en lo alto de una roca, blandiendo un gran látigo.

Otro aviso, pero éste menos profesional que el primero: letras pintadas con aerosol negro en unas tablas.

¿ESTÁS PREPARADO PARA LA ETERNIDAD?

¡ÉL VIVE! ¿VIVIRÁS TÚ?

¡MIRA LA TELEVISIÓN!

—¿Mira la televisión? —Chevette se había despertado.

—Sí —dijo Rydell—. Parece que los falonitas creen que Dios está allí. En la televisión, quiero decir.

—¿Que Dios sale en la tele?

—Sí. En el fondo, o algo así. La madre de Sublett pertenece a esa iglesia, pero parece que Sublett suspendió el examen.

—Entonces, ¿qué? ¿Miran la tele y rezan?

—Me parece que es sobre todo una especie de meditación, ¿sabes? Miran películas antiguas, y creen que si miran muchas, durante mucho tiempo, entonces recibirán la luz del espíritu.

—En Oregón teníamos a los Nazarenos Arios Iluminados —dijo Chevette—. La Primera Iglesia de Jesús Superviviente. Les daba lo mismo mirarte que pegarte un tiro.

—Mala cosa —admitió Rydell, mientras la caravana llegaba a una pequeña cima— esa clase de cristianos...

Al otro lado de la cima apareció Paraíso, iluminado por postes de luz.

El perímetro vallado que anunciaban no era más que unos rollos de alambre estirados alrededor de una extensión de poco más de una hectárea. Rydell dudó que estuviera de verdad electrificado, aunque se veían alarmas colgadas a intervalos de tres metros, así que tenía que resultar bastante eficaz. Había a la entrada del complejo una garita de vigilancia con barrera levadiza que ofrecía protección a tan sólo una docena de caravanas, remolques y trailers estacionados sobre plataformas de cemento en torno a lo que parecía ser una anticuada antena de emisión radiofónica rematada con un enjambre de parabólicas, de las pequeñas y caras, que hacían pensar en gigantescos malvaviscos de plástico gris. Habían embalsado un riachuelo para crear una especie de estanque en el que se pudiera nadar, pero el riachuelo en sí parecía más bien un desagüe industrial de esos a los que no se acercarían ni siquiera las cucarachas, y mucho menos los pájaros.

Lo que no faltaba eran luces, eso sí. Mientras bajaban la pendiente oyeron el rumor de los generadores.

—Dios mío —dijo Chevette Washington.

Rydell se detuvo junto a la garita y bajó la ventanilla, alegrándose de que el sistema eléctrico aún funcionase. Salió un hombre con un chaquetón de lana rabiosamente anaranjado y gorra haciendo juego, armado con una especie de escopeta de culata metálica.

—Propiedad privada —dijo el hombre, mirando el hueco donde había estado el parabrisas—. ¿Qué le ha pasado a su parabrisas, caballero?

—Ciervos —dijo Chevette Washington.

—Venimos a visitar a unos amigos, los Sublett —dijo Rydell, esperando poder distraer al guardia para que no viese los agujeros de balas—. Nos están esperando, ¿puede avisarles?

—No tienen ustedes mucho aspecto de cristianos, la verdad sea dicha.

Chevette Washington se asomó por encima de Rydell y miró enfurecida al guardia.

—Yo no sé tú, hermano, pero nosotros somos nazarenos arios, de Eugene. No te creas que nos hace mucha gracia entrar ahí. Se dice que por aquí hay mulatos, que se mezclan con cualquier raza. Claro que hoy día está todo lleno de traidores a la raza.

El guardia la miró.

—¿Son nazarenos? ¿Cómo es que no llevan la cabeza rapada?

Chevette se llevó la mano a su demencial corte de pelo.

—Ya veo. Ahora sólo falta que me digas que Cristo era judío. ¿No sabes qué significa esto?

Ahora el guardia parecía más que preocupado.

—Llevamos clavos santificados en la espalda. Tal vez eso te dé una idea.

Rydell vio que el guardia vacilaba, que tragaba saliva.

—Bueno, colega —dijo—, ¿vas a avisar a Sublett, o no?

El guardia volvió a la garita.

—¿Qué es eso de los clavos? —preguntó Rydell.

—Una cosa que me contó Skinner una vez —respondió Chevette—. A mí me dio miedo.

Dora, la madre de Sublett, bebía Coca Cola con vodka mexicano. Rydell había visto beber esa mezcla antes, pero nunca a temperatura ambiente. Además, la Coca Cola había perdido el gas, porque la compraba, al igual que el vodka, en garrafas de plástico embotelladas por el supermercado, y éstas daban la impresión de haber sido abiertas hacía ya unos cuantos días. Rydell decidió que, de todos modos, no tenía ganas de beber.

En la sala de estar del tráiler de Dora había un sofá y un canapé reclinable. Dora descansaba en el canapé con los pies en alto, para la circulación, decía. Rydell y Chevette Washington se apretaron en el sofá, que más parecía un confidente, y Sublett se sentó en el suelo, con las rodillas recogidas casi hasta la barbilla. Las paredes estaban atiborradas de cosas, así como los anaqueles, pero todo se veía muy limpio. Rydell imaginó que sería por lo de las alergias de Sublett. Había de todo: láminas y cuadros y estatuillas y unas cosas que tenían que ser, pensó Rydell, estampitas de oraciones. Había también una lámina con un holograma plano del reverendo Fallón, con la misma cara de zarigüeya de siempre, pero una zarigüeya bronceada, y probablemente retocada con cirugía plástica. Había un busto de tamaño natural de J. D. Shapely que a Rydell no le gustó porque le daba la impresión de que lo seguía con la mirada. La mayoría de los objetos de valor estaban reunidos en torno al televisor, que era grande y lustroso pero de los modelos antiguos, anterior a los primeros televisores verdaderamente grandes y planos. Estaba encendido, y se veía una película en blanco y negro, pero sin volumen.

—¿De veras no quiere un trago, señor Rydell?

—De veras, señora. Gracias —dijo Rydell.

—Joel no bebe nunca. Es alérgico, ¿sabe?

—Sí, señora. —Era la primera vez que Rydell oía el nombre de pila de Sublett.

Sublett llevaba unos téjanos blancos recién estrenados, una camiseta blanca, calcetines blancos de algodón, y zapatillas de hospital, de papel blanco.

—Siempre fue un chico muy sensible, señor Rydell. Recuerdo que una vez se puso a chupar el manillar de una bici. Y bueno, la boca se le salía de lo hinchada que le quedó.

—Mamá —dijo Sublett—, ya sabes que el médico ha dicho que tendrías que dormir más de lo que estás durmiendo últimamente.

La señora Sublett suspiró.

—Sí. Bueno, Joel, ya sé que queréis hablar entre jóvenes—. Inspeccionó con la mirada a Chevette Washington—. Qué lástima de pelo, cariño. Con lo bonita que eres, y con lo bien que te debe de quedar el pelo largo. Una vez, cuando vivíamos en Galveston y Joel era todavía bebé, traté de encender el horno de la cocina a gas que teníamos entonces, y vaya, la cocina me soltó un fognazo que no veas. Me habían hecho una permanente, ¿sabes?, y bueno...

Chevette Washington no dijo nada.

—Mamá —dijo Sublett—, ya te has tomado tu trago...

Rydell siguió con la mirada a Sublett, que llevaba a su madre a la cama.

—Dios mío, Rydell —dijo Chevette Washington—, ¿qué le pasa en los ojos?

—Nada. Es hipersensible a la luz —dijo Rydell.

—Da miedo.

—No le haría daño a una mosca —dijo Rydell.

Sublett regresó, echó un vistazo a la imagen de la pantalla, suspiró y apagó el televisor.

—¿Sabes que no debo salir de la caravana, Rydell?

—¿Y eso por qué?

—Por mi apostasía. Dicen que podría corromper a la congregación. —Se sentó erguido en el borde del canapé para no tener que reclinarsé.

—Pensaba que te habías desenganchado de Fallón al irte a vivir a Los Ángeles.

Sublett parecía avergonzado.

—Es que ella ha estado enferma, Berry. Por eso, cuando llegué, les dije que había venido a reconsiderar mi situación. Para meditar sobre la tele, y todo eso—. Se retorció las manos largas y pálidas—. Pero me pescaron mirando Videodrome. No sé si la has visto, con Debora Harry, ¿eh, Rydell? —Sublett soltó un suspiro y pareció que se estremecía.

—¿Cómo te pescaron?

—Tienen equipos para controlar lo que miras.

—¿Y por qué han venido a instalarse aquí?

Sublett se pasó los dedos por el seco pelo pajizo.

—No te sabría decir, pero supongo que tiene que ver con los problemas fiscales del reverendo Fallón. Últimamente casi todo lo que hace tiene que ver con eso. ¿Qué pasó con tu empleo de San Francisco, Berry? ¿No te fue bien?

—No —dijo Rydell—. No me fue bien.

—¿Me lo quieres contar?

Rydell dijo que sí.

—Me parece que también estropeó la calefacción de un disparo —dijo Rydell. Estaban ahora en la caravana, fuera del perímetro.

—Me cae bien tu amigo —dijo ella.

—A mí también.

—No, quiero decir que se ve que le preocupa lo que te pueda suceder. Se nota mucho.

—Usa tú la cama —dijo él—. Yo dormiré delante.

—No hay parabrisas. Te vas a congelar.

—Me las arreglaré.

—Duerme aquí. Ya lo hemos hecho antes. No pasa nada.

Despertó en la oscuridad y escuchó el sonido de la respiración de ella, el crujido del cuero viejo y acartonado de la cazadora convertida en manta.

Sublett había escuchado el relato, haciendo de tanto en tanto gestos de asentimiento con la cabeza y alguna que otra pregunta, reflejando en las lentillas espejadas la imagen diminuta y convexa de ellos dos sentados en el confidente.

—Berry, me parece que ahora sí que te has metido en un problema. Un problema serio.

Un problema serio.

Rydell deslizó una mano hacia abajo, rozando accidentalmente una mano de ella, y se tocó el bulto de la billetera en el bolsillo trasero. Todo el dinero que tenía estaba ahí. También estaba la tarjeta de Wellington Ma. O lo que quedaba de ella. La última vez que la había mirado se había roto en tres pedazos.

—Un problema gordo —dijo a la oscuridad. Chevette Washington levantó el borde de la cazadora y se arrimó un poco más a él, sin cambiar el ritmo de la respiración, lo cual confirmaba que seguía dormida.

Rydell siguió allí acostado, pensando, y al cabo de un rato empezó a ocurrírsele una idea. La idea más disparatada que se le había ocurrido jamás.

—Ese novio tuyo —le dijo a Chevette cuando estaban en la minúscula cocina de la caravana de la madre de Sublett—, ese Lowell.

—¿Qué pasa con él?

—¿Tiene un número al que se lo pueda llamar?

Chevette vertió la leche en los copos de maíz. Era leche en polvo y tenía ese aspecto aguado y calizo. La madre de Sublett no compraba de otra clase. Sublett era alérgico a la leche.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor quiero hablar con él de algo.

—¿De qué?

—Algo que él podría hacer para ayudarme.

—¿Lowell? Lowell no te va a ayudar. Lowell no ayuda ni a su madre.

—De acuerdo —dijo Rydell—, pero ¿por qué no dejas que hable con él?

—Si le dices dónde estamos, o si nos rastrea por la red telefónica, nos entrega. Es lo que primero que hará si llega a saber que nos están buscando.

—¿Por qué?

—Porque él es así. —Pero le dio el teléfono y el número a Rydell.

—Hola, ¿Lowell?

—¿Quién mierda habla?

—¿Cómo te va?

—¿Quién te ha dado...?

—No cuelgues.

—Escúchame, hijo de...

—El Departamento de Homicidios. La Policía de San Francisco.

Rydell oyó que Lowell daba una larga pitada a un cigarrillo.

—¿Qué has dicho?

—Orlovsky. Homicidios. Policía de San Francisco. ¿Te acuerdas de él, del cabrón de la pistola? El que entró en el bar. Acuérdate. Justo antes de que se apagaran las luces. Yo estaba en el mostrador, hablando con Eddie el Mierda.

Lowell dio otra pitada, más breve.

—Mira, no sé para qué me...

—No tienes por qué saber. Si quieres puedes colgar, Lowell. Pero si cuelgas, ya puedes despedirte de tus huevos. Porque tú viste a Orlovsky cuando entró buscando a la chica, ¿verdad que sí, Lowell? Tú lo viste. Él no quería que lo vieras. No estaba haciendo nada que tuviera que ver con la Policía de San Francisco. Era una historia suya, Lowell, negocios privados. Y es un policía de los malos, Lowell. Malo como el cáncer.

Silencio.

—No sé de qué me estás hablando.

—Entonces escúchame, Lowell. Escúchame bien. Si no escuchas le diré a Orlovsky que tú lo viste. Le daré tu número de teléfono, tu descripción, y también la del cabeza rapada. Le diré que has estado hablando de él. ¿Sabes qué hará él, Lowell? Irá a buscarte y te meterá unas balas en el culo. Y no hay quien lo pare. Es Homicidios, Lowell. Después él mismo puede investigar el caso, si quiere. El tío es una bestia, Lowell, te lo aseguro.

Lowell tosió. Dos veces. Se aclaró la garganta.

—Esto es una broma, ¿verdad?

—Pues yo no te oigo reír.

—De acuerdo —dijo Lowell—, digamos que va en serio. ¿Y ahora qué? ¿Qué es lo que quieres?

—He oído decir que conoces a gente que sabe hacer cosas con ordenadores y eso. — Oyó que Lowell encendía otro cigarrillo.

—Bueno —dijo Lowell—, más o menos.

—República del Deseo —dijo Rydell—, Necesito que tú los convenzas para que me hagan un favor.

—De nombres nada —se apresuró a decir Lowell—. Hay rastreadores pescando cosas en la red...

—Ellos, ¿está bien? «Ellos.» Necesito que los convenzas de que me hagan un trabajo.

—Te va a costar —dijo Lowell—, y no será barato.

—No —dijo Rydell—, te va a costar a ti.

Rydell pulsó el botón que cortaba la conexión. Era cosa de darle a Lowell tiempo para pensar. Mientras tanto, podría buscar el número de Orlovsky en el anuario de funcionarios públicos, verificar si aparecía y si era de Homicidios. Cerró el teléfono y volvió a la caravana. La madre de Sublett tenía el aire acondicionado unos dos puntos demasiado fuerte.

Sublett estaba sentado en el confidente. La ropa blanca le daba aspecto de pintor, yesero o algo así, si no fuera por lo limpio que estaba.

—¿Sabes qué, Berry? Se me está ocurriendo que tal vez sea hora de que vuelva a Los Ángeles.

—¿Y qué pasa con tu madre?

—Bueno, está la señora Baker, de Galveston. Han sido vecinas durante años. Ella puede cuidar a mi madre.

—¿Te has cansado de esas estupideces de la apostasía?

—Claro —dijo Sublett, volviéndose para mirar el holograma de Fallón—. Sigo creyendo en el Señor, Berry, y sé que he visto Su rostro en los medios, tal como lo enseña el reverendo Fallón. De verdad. Pero el resto, te juro, el resto no es más que un engaño. —Sublett parecía a punto de echarse a llorar. Los ojos plateados barrieron el espacio hasta encontrarse con los de Rydell—. Y he estado pensando en IntenSecure, Berry. Después de lo que me contaste anoche, no veo cómo puedo volver a trabajar con ellos, sabiendo el tipo de cosas que llegan a permitir. Yo creía que ayudaba a proteger a la gente de algunos de los males de este mundo, Berry, pero ahora sé que estaría trabajando para una empresa como cualquier otra, sin ningún tipo de moral.

Rydell se acercó para ver mejor las estampitas de oraciones. Se preguntó cuál sería la que lo protegía a uno del sida.

—No —dijo, al cabo de un rato—. Vuelve a tu trabajo. Proteges a la gente. Esa parte es verdad. Tienes que ganarte la vida, Sublett.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué?

—Cuando den contigo te matarán. A ti y a ella.

—A ti también, probablemente, si se enteran de lo que te he contado. No debería haberlo hecho, Sublett. Ésa es una de las razones por las que Chevette y yo tenemos que largarnos de aquí. Para que no vengan a molestar, ni a ti ni a tu madre.

—Mira —dijo Sublett—, no voy a seguir trabajando con ellos, Berry. Pero también me marchó de aquí. No me podría quedar.

Rydell miró a Sublett, y lo vio, por alguna razón, vestido con el equipo de IntenSecure, con el Glock y todo, y de pronto pareció que aquella idea demencial se materializaba, agitándose y abriéndose, revelando mil ángulos desconocidos. Pero no puedes involucrarlo, se dijo Rydell, no sería justo.

—Sublett —se oyó decir un minuto más tarde—, te voy a proponer una opción profesional en la que seguramente nunca has pensado.

—¿De qué se trata? —preguntó Sublett.

—De meterse en líos —dijo Rydell.

33. Cuaderno

arroz
esponjas para fregar
escoba
detergente líquido
saco de dormir
combustible estufa
aceite/junta

Ahora duerme. Arroz con curry del puesto tailandés. Pregunta adonde ha ido la chica. Le digo que Fontaine habló con ella pero que no sabe dónde está ni por qué. La pistola sigue en el estante. Me cuesta tocarla (fría, pesada, huele a aceite, el acabado azul oscuro desgastado en los costados del cañón, que es ahora de color gris plata en los segmentos aflautados del cilindro. «SMITH & WESSON.» Thomasson. Esta noche ha vuelto a hablar de Shapely.

El modo en que lo mataron, Scooter, fue una mierda. Siempre es la misma mierda. Siempre son los mismos. Uno se pregunta cómo pueden durar tanto esas malditas religiones, o qué fue lo que las puso en marcha. A lo mejor algún día le toca a él, y empezamos a ver a otros cabrones imbéciles matando gente en su nombre, o dirán que lo hacen en su nombre. Antes eran los devotos de Cristo Crucificado, que sólo hablaban los lunes, que era cuando iban y sacaban una palada de tierra de sus propias tumbas, Scooter. De tanto en tanto salía uno diciendo que habían conocido la luz del espíritu, y lo hacían, lo hacían con esos clavos cromados que llevaban todos en una bolsa de cuero colgada al cuello, una bolsa que tenía que ser de piel de cordero nonato. Joder, estaban más locos que los que crucificaron al primero, Scooter. Pero acabaron con todos, por fin. No quedó ni uno, poco después de 1998.

34. Para salir del paraíso

—Tele interior, cariño —dijo la señora Sublett—, Talitha Morrow, Todd Probert, Gary Underwood. Mil novecientos noventa y seis. —Estaba recostada en el canapé y se cubría la frente con un trapo mojado. El trapo era del mismo azul que las pantuflas, también de tela de toalla.

—No la he visto —dijo Chevette, pasando las páginas de una revista enteramente dedicada al reverendo Fallón. Aparecía una actriz retirada, Gudrun Weaver, que salía en la foto abrazando a Fallón en un escenario. Si se pusieran de frente, no había duda de que el reverendo no le llegaría con la nariz al pecho. Toda la piel de Fallón parecía inyectada con cera rosada; tenía el pelo más feo que había visto jamás; parecía una peluca muy, muy corta, y tan artificial que uno podía imaginársela levantándose y marchándose a pie.

—Es toda sobre la televisión —dijo la señora Sublett—, así que, naturalmente, resulta de especial importancia para la Iglesia.

—¿Cómo es el argumento?

—Talitha Morrow es una presentadora de noticias, y Todd Probert es un ladrón de bancos. Pero es un ladrón de bancos bueno, porque sólo quiere el dinero para pagar el trasplante de corazón que necesita su mujer, Carrie Lee. ¿La recuerdas? Hace un papel de mujer madura. Aparece en una sola escena. Bueno, Gary Underwood es el ex de Talitha, pero él todavía la quiere, y mucho. De hecho, sufre de... ¿cómo se llama?... erotomanía, porque no piensa en otra cosa, y te juro, cariño, se convierte en el mismísimo diablo. Primero le manda muñecas Barbie degolladas; luego un conejo blanco muerto, después lencería fina manchada de sangre...

Chevette la dejó hablar. No tenía ningún problema para desintonizar, como solía hacer con su propia madre, a veces. Se preguntaba qué tendría tan ocupados a Rydell y a Sublett. En algo andaban: no paraban de cuchichear en la cocina.

Miró una mosca que volaba por encima de los anaqueles de la señora Sublett. Volaba despacio, como si el aire acondicionado fuera demasiado para ella.

Se preguntaba si no se estaría enamorando de Rydell. Quizá sólo fuera porque él se había duchado y afeitado y se puso ropa limpia sacada de la ridícula maleta. La ropa era idéntica a la que había llevado hasta entonces. Quizá no se pusiera otra cosa. En cualquier caso, tenía que admitir que tenía un trasero atractivo con esos téjanos. La madre de Sublett decía que se parecía a Tommy Lee Jones. ¿Quién sería Tommy Lee Jones? Tal vez todo se debía a que se le había ocurrido que él le iba a hacer algo malo a Lowell. Antes pensaba que seguía enamorada de Lowell, o algo por el estilo, pero ya no, en absoluto. Si Lowell no hubiese empezado a tomar dancin... Pensó en lo que le había dado a Desamorado cuando le vació la bolsa en la Coca Cola. Le preguntó a Rydell si eso habría bastado para matarlo, y Rydell dijo que no. Le dijo que bastaba para dejarlo medio loco un buen rato, y que cuando volviera a estar sobrio le dolería todo. Entonces le preguntó a Rydell por qué Desamorado se había puesto así, a golpearse en la ingle con la pistola. Rydell se rascó la cabeza y dijo que no estaba muy seguro, pero que le parecía que tenía que ver con los efectos sobre el sistema nervioso. Dijo que había oído que provocaba priapismo. Ella le preguntó qué era eso, y él dijo «Bueno, es cuando el hombre está... sobreexcitado». Ella no sabía de esas cosas, pero lo cierto es que Lowell tenía unas erecciones tremendas y no había forma de que se le pasaran. Y eso estaba muy bien, o al menos no era lo malo, pero él sí se volvía malo, con lo que ella terminaba cubierta de moretones, y luego él la humillaba delante de toda aquella gente con la que andaba, como Códigos. Así que no iba a perder el tiempo preocupándose por lo que Rydell le estuviese preparando a Lowell, de ninguna manera. El que sí le preocupaba era Skinner, saber si estaba bien, si alguien lo cuidaba. Ahora le daba miedo llamar a Fontaine; cada vez que Rydell hacía una llamada temía que los pudieran localizar. Y le deprimía pensar en la bicicleta. Estaba segura de que a esas alturas alguien se la habría llevado. Odiaba reconocerlo, pero pensar en eso la ponía casi tan triste como pensar en Sammy Sal y en la forma en que lo habían matado. Y encima Rydell le había dicho que creía que también a Nigel lo habían matado a tiros.

—Y entonces —decía la madre de Sublett— Gary Underwood se tira por una ventana y cae encima de una de esas verjas, ¿sabes?, de esas que terminan en punta.

—Oye, mamá —la interrumpió Sublett—, estás mareando a Chevette.

—Sólo le estoy contando Tele interior —dijo la señora Sublett, cubierta con el trapo mojado.

—Mil novecientos noventa y seis —dijo Sublett—. Rydell y yo la necesitamos un momento. —Sublett le hizo un gesto a Chevette para que lo siguiera a la cocina.

—De verdad no me parece buena idea que ella salga, Berry —le dijo a Rydell—. No a plena luz del día.

Chevette se miró la anilla que aún llevaba en la muñeca. Rydell había cortado la otra, junto con la cadena, con una sierra cerámica que alguien le había prestado en el camino. Le llevó unas dos horas.

Rydell estaba sentado frente a la mesita plástica donde ella había desayunado.

—¿Qué hacemos entonces? Tú, Sublett, no puedes ir, por tu apostasía. Y yo no quiero estar solo allí. Y menos con la cabeza metida en un videófono. Podrían entrar los padres de él; podría ponerse a escuchar.

—¿No podrías llamarlos desde un teléfono normal cualquiera, Berry? —Sublett parecía triste.

—No —dijo Rydell—. No puedo. No les gusta. Dijo que si quería que ellos me hablasen tendría que ser con un aparato de videófono.

—¿Cuál es el problema? —dijo Chevette.

—Un amigo de Sublett tiene un videófono.

—Colega —dijo Sublett.

—¿Colega tuyo? —preguntó ella.

—Se llama Colega —dijo Sublett—. Lo que pasa es que todo lo que sea realidad virtual, videófonos y esas cosas son contrarios a la ley de la Iglesia. Le ha sido revelado al reverendo Fallón que la realidad virtual es un medio satánico, porque en cuanto empiezas a usarla ya no miras tanto la televisión.

—Tú no te creerás eso —dijo Rydell.

—Tampoco se lo cree Colega —dijo Sublett—, pero su padre le corta la cabeza si se entera de que tiene ese RV debajo de la cama.

—Tú llámalo —dijo Rydell—. Dile lo que te he dicho. Doscientos dólares al contado, más el tiempo y los gastos que haya.

—La gente la va a ver —dijo Sublett, y su tímida mirada de plata saltó a Chevette, y de nuevo a Rydell.

—¿Qué quieres decir con eso de que me van a «ver»?

—Por tu pelo —dijo Sublett—. Les resultará demasiado extraño, te lo puedo asegurar.

—Entonces mira, Colega —le dijo Rydell al muchacho—, te voy a dar estos doscientos dólares. ¿Cuándo has dicho que volverá tu padre?

—Dentro de dos horas, como mínimo —dijo Colega, con la voz quebrada por los nervios. Agarró el dinero como si estuviera infectado—. Está ayudando a vaciar cemento para los nuevos tanques de combustible; lo han ido a buscar a Phoenix con el camión de carga de la Iglesia. —Colega no dejaba de mirar a Chevette, que llevaba un sombrero de paja de ala ancha y blanda que le había prestado la madre de Sublett, y una de esas gafas de sol tan raras que usan las viejas, con montura de color amarillo limón y lentes estiradas en punta hacia afuera. Chevette sonrió para calmarlo, pero no dio resultado.

—Sois amigos de Joel, ¿verdad? —Colega llevaba el pelo cortado casi al rape; en la boca tenía un aparato para enderezar la dentadura, y en la garganta una nuez que medía un tercio del tamaño de la cabeza. Chevette la miraba subir y bajar—. ¿De Los Ángeles?

—Así es —dijo Rydell.

—Yo... yo qui... quiero irme allá —dijo Colega.

—Muy bien —dijo Rydell—, pues estás dando un paso en la dirección adecuada, créeme. Bueno, ahora tú esperas aquí fuera, como te dije, y avisas a Chevette si aparece alguien.

Colega salió de la minúscula habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Chevette no podía creer que un chico de la edad de Colega viviese en aquel lugar. Era un lugar demasiado ordenado, con todos esos carteles de Fallón y de Jesucristo. Sintió lástima por él. La habitación era angosta y caliente, y Chevette echaba de menos el aire acondicionado de la madre de Sublett. Se quitó el sombrero.

—Muy bien —dijo Rydell, levantando el casco de plástico—. Tú te sientas en la cama y si algo nos interrumpe, desenchufas. —Colega ya les había dejado el equipo conectado. Rydell se sentó en el suelo y se puso el casco, de manera que ella no podía verle los ojos. Después se calzó uno de esos guantes que se usan para marcar y mover las cosas.

Chevette le miró el dedo índice enguantado, que pulsaba botones en un teclado inexistente. Luego le oyó hablar con el ordenador de la empresa telefónica, pidiéndole que le indicara el tiempo transcurrido y el importe de la comunicación.

Rydell volvió a levantar la mano.

—Allá vamos —dijo, y se puso a teclear, con un dedo que subía y bajaba en el vacío, el número que según él le había dado Lowell. Hecho eso, apretó el puño, lo hizo girar y bajó la mano enguantada hasta apoyarla en el regazo.

Permaneció así sentado unos segundos. El casco giraba como si él estuviera mirando cosas, y de pronto dejó de moverse.

—De acuerdo —dijo Rydell, con voz rara, hablando con otra persona—, pero ¿hay alguien aquí?

Chevette sintió que se le erizaba el pelo de la nuca.

—Oh —dijo Rydell, moviendo el casco—. ¡Cielos!

35. La República del Deseo

En sus tiempos de colegial, a Rydell le gustaba jugar a Muros de Ensueño. Había entonces un negocio japonés que funcionaba en todo tipo de espacios, principalmente en los centros comerciales más antiguos, aunque algunos ocupaban viejas salas de cine, o grandes almacenes en desuso. En una ocasión había ido a uno instalado en una vieja pista de bolos. Era una instalación larga y angosta, y las cosas se distorsionaban ante el jugador si éste las movía con demasiada velocidad.

Se podía jugar de muy diversas maneras. La modalidad más popular en Knoxville eran los combates con armas de fuego. Uno iba armado y disparaba a todos los malos que se le pusieran en el camino, y ellos devolvían el ataque y al final se ganaban unos puntos. Era como «Planes», en la Academia, pero con la mitad de la resolución y sin nada de... bueno, color.

Pero el que más le gustaba a Rydell era uno en el que esculpías cosas a partir de la nada, con las nubes de pixels o polígonos o lo que fuera, y veías lo que hacía otra gente al mismo tiempo, y hasta podías juntar lo tuyo con lo de los demás, si las dos partes estaban de acuerdo. Eso le daba un poco de vergüenza, porque quienes jugaban a eso eran sobre todo las niñas. Y las niñas hacían casi siempre unicornios y arco iris y cosas así; en cambio a Rydell le gustaba hacer coches, coches de fantasía, como si fuera un diseñador en Japón y pudiese construir lo que le diese la gana. Y al terminar podías hacer una impresión en papel, o llevártelo en una cinta, si lo habías animado. Siempre, en el extremo más alejado, había un par de niñas haciendo cirugía plástica en fotos de ellas mismas, manipulándose las caras y el cabello, y si alguna intervención les gustaba mucho, sacaban una copia impresa.

Rydell se situaba más cerca de la entrada, y allí se ponía a moldear retículas de luz verde sobre el contorno que hubiese dibujado, y añadía color y texturas para comparar las versiones.

Pero lo que recordó al entrar en el espacio videofónico de la República fue la impresión que provocaba el espacio en Muros de Ensueño. Era raro, porque si mirabas hacia arriba, por encima de lo que estuvieras haciendo, no se veía nada, al menos nada en particular. Pero al mirar lo que hacías, diseñar un coche o cualquier otra cosa, te daba la impresión de que te asomabas al borde del mundo, y que más allá el espacio se perdía en la distancia, para siempre.

Y no notabas que estabas pisando el suelo de una vieja sala de cine o una pista de bolos, sino una planicie, o tal vez una lámina de vidrio; sentías que se extendía hacia lo lejos, a tus espaldas, kilómetros y kilómetros, sin verdadero fin.

Por eso, cuando pasó de ver el logo de la compañía telefónica a encontrarse directamente en aquella llanura vítrea, sólo dijo «Oh», porque veía los bordes, y veía que el plano estaba suspendido en el vacío, perfectamente horizontal, y a su alrededor y por encima una nube o niebla o cielo que sin tener color los tenía todos a la vez, mezclados en ebullición.

Y luego aparecieron las figuras, más altas que rascacielos, más grandes que todo, con cuerpos enormes que llegaban hasta los mismos bordes de la planicie, haciendo que Rydell se sintiera como un insecto o un juguete pequeño.

Una de ellas era un dinosaurio, una especie de Tyrannosaurus Rex, con patas delanteras muy cortas pero rematadas en algo que parecían manos. Otra era una especie de estatua, o mejor dicho una caprichosa formación natural, atravesada de grietas y fisuras, pero con forma de hombre, de cara muy ancha enmarcada por trenzas, expresión relajada y ojos entornados. Todo era piedra y musgo, y las trenzas, de alguna manera, estaban formadas por montañas de esquisto.

Siguió mirando y vio la tercera, y fue entonces cuando dijo «¡Cielos!».

Esta era también una figura, igual de grande pero hecha toda de televisión, de imágenes que se enroscaban en espirales y en remolinos que apenas conseguían, por lo que llegaba a verse, conservar las formas que adoptaban: era algo que podía ser hombre o mujer. Al tratar de distinguir en detalle cualquiera de las partes, dolían los ojos. Era como tratar de ver un millón de canales a la vez, y el ruido que se oía entonces parecía el de un salto de agua desde una roca, un zumbido sibilante que en verdad no era ningún sonido.

—Bienvenido a la República —dijo el dinosaurio, con voz de mujer hermosa. Sonreía, y en el marfil de los dientes tenía esculpidas catedrales enteras. Rydell trató de observar los detalles, pues la imagen se hizo muy nítida durante un momento, pero algo sucedió.

—No tienes ni un tercio del ancho de banda que necesitas —dijo la montaña de las trenzas con la voz que se espera de una montaña—. Estás en el espacio K-Tel...

—Podríamos apagar el emulador —sugirió la cosa hecha de televisión, modulando la voz e imitando el rumor de la cascada.

—No vale la pena —dijo el dinosaurio—. No creo que esto vaya a ser una gran conversación.

—Tu nombre —dijo la montaña.

Rydell vaciló.

—Seguridad Social —dijo el dinosaurio, con voz de aburrimiento, y Rydell pensó en su padre, en las muchas veces que hablaba de lo que eso solía significar y lo que significaba ahora.

—Nombre y número —le dijo la montaña—, o nos marchamos.

—Rydell, Stephen Berry —y la secuencia de dígitos. Rydell apenas había pronunciado el último cuando el dinosaurio dijo:

—Ex policía, aparece aquí.

—Vaya por Dios —dijo la montaña, que seguía recordándole algo a Rydell.

—Sí —dijo el dinosaurio—, y, por lo visto, definitivamente «ex». Después trabajó para IntenSecure.

—Una estafa —dijo la montaña, y alzó una mano para señalar a Rydell. Pero no era una mano, sino una gigantesca pinza de langosta cubierta por una costra de líquen. Ocupaba la mitad del cielo. Parecía el costado de una nave espacial—, ¿Culpable o víctima?

—Más culpables que éste no hay, si quieres mi opinión —dijo la tormenta de televisión—, Lowell no hace otra cosa que pensar en ti, Rydell. Y ni siquiera nos ha dicho cómo te llamas.

—No lo sabe —dijo Rydell.

—Ése no sabe ni dónde está parado —dijo la montaña, bajando la pinza y hablando con una voz que parodiaba la de Rydell. Rydell quiso mirarle bien los ojos y percibió, antes de que la imagen perdiera nitidez, un destello de estanques azules y serenos, helechos ondulantes, y un roedor de pelo marrón que daba un salto y se perdía de vista—. Los que son como Lowell creen que los necesitamos más que ellos a nosotros.

—Di qué asunto te trae, Stephen Berry —ordenó el dinosaurio.

—Una vez ocurrió algo, allá en Benedict Canyon...

—Sí, sí —dijo el dinosaurio—, tú conducías. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

Fue entonces cuando Rydell cayó en la cuenta de que el dinosaurio, o todos ellos, tenían acceso a cuanto se hubiese registrado acerca de él, en cualquier momento, en cualquier lugar. Eso hizo que se sintiera incómodo.

—Está mirando mi historial —dijo.

—Y no es muy interesante que digamos —dijo el dinosaurio—. ¿Benedict Canyon?

—Fueron ustedes —dijo Rydell.

La montaña alzó las cejas. Hubo un movimiento de maleza barrida por el viento, desprendimientos de rocas, pero sólo en la visión periférica de Rydell.

—A juzgar por la calidad del incidente, eso no lleva nuestra firma. Nosotros habríamos seguido un camino más elegante.

—Pero ¿por qué lo hicieron?

—Veamos —dijo el dinosaurio—, si partimos de la base de que alguien lo hizo, o hizo que ocurriera, supongo que más valdría pensar en el marido de la señora, quien, ahora que lo veo, después de aquel incidente presentó demanda de divorcio. Por razones sólidamente fundadas, parece ser.

—¿Le tendió una trampa a la mujer? ¿Con el jardinero y todo?

—Creo que Lowell nos debe una convincente explicación —dijo la montaña.

—Aún no nos ha dicho qué es lo que quiere usted, señor Rydell —dijo la cosa hecha de televisión.

—Un trabajo como ése. Necesito que me hagan uno de éstos. Para mí.

—Lowell —dijo la montaña, y sacudió las trenzas. Avalanchas de pizarra en la visión periférica de Rydell. Una nube de polvo en una colina lejana.

—Ese tipo de cosas son peligrosas —dijo el dinosaurio—, Las cosas peligrosas son muy caras. Tú no tienes dinero, Rydell.

—¿Qué os parece si paga Lowell?

—Lowell —dijo el enorme rostro vacío hecho de imágenes enroscadas— tiene deudas con nosotros.

—De acuerdo —dijo Rydell—, Entiendo. Pero conozco a quien puede pagarles. —Ni siquiera sabía si aquello era o no una fanfarronada—. Pero tienen que escucharme. Oír la historia.

—No —dijo la montaña, y Rydell se dio cuenta de quién era el que le recordaba aquella cosa: el tipo que salía en los documentales históricos, el inventor del videófono, o algo así—, y si Lowell se cree que es la última limonada en el desierto, tendrá que volvérselo a pensar.

Las figuras empezaron a desvanecerse, descomponiéndose en vistosos dibujos fractales. Rydell sabía que los estaba perdiendo.

—Esperen —les dijo—. ¿Alguno de ustedes vive en San Francisco?

El dinosaurio regresó parpadeando.

—Y si así fuera, ¿qué?

—Bueno —dijo Rydell—, ¿les gusta?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque va a cambiar por completo. Van a reconstruirla igual que están haciendo con Tokio.

—¿Tokio? —La tormenta de televisión volvió, transformada ahora en una gran esfera parecida al holograma que había visto en Disidentes Cognitivos—. ¿Quién te dijo eso?

También la montaña había regresado.

—Tokio no es muy buen lugar para nosotros, últimamente...

—Cuéntanos.

Y Rydell habló.

Chevette llevaba puesto el sombrero cuando él se quitó el casco, pero las gafas de sol las tenía en la mano. No había hecho otra cosa que mirarlo.

—No me he enterado de nada —dijo. Sólo había podido escuchar la parte de Rydell, aunque era él quien más había hablado, sobre todo al final—. Pero me parece que estás jodido del coco.

—A lo mejor sí —dijo él.

La compañía le informó del tiempo y del costo de la llamada. Poco más o menos todo el dinero que tenía.

—No entiendo por qué han tenido que hacer la conexión vía París —dijo Rydell.

Chevette se puso las gafas y meneó la cabeza, lentamente.

36. Cuaderno (2)

La ciudad al sol, desde el tejado de esta caja encaramada en la torre. La escotilla abierta. Se oye a Skinner ordenando y reordenando sus pertenencias. Una caja de cartón que poco a poco se llena de objetos que he de llevar abajo, a los vendedores, los que tienen las cosas esparcidas en mantas, en grasientos cuadrados de viejas lonas. Osaka está lejos. La brisa trae un martilleo, una canción. Skinner, esta mañana, preguntándome si había visto el lucio del Acuario Steiner.

—No.

—No se mueve, Scooter.

¿Seguro que eso fue todo lo que dijo Fontaine? ¿Y había encontrado la bicicleta? Mala señal. Ella no desaparecería tanto tiempo sin su bici. Esa cosa cuesta un ojo y un huevo. Está hecha de papel por dentro. Papel de construcción japonés, ¿cómo es que se llama? Es inútil, Scooter. Mierda, es que lo tienes en tu lengua. El olvido va más rápido que uno... El tubo está hecho de ese papel que luego envuelven con aramida o algo parecido. No, ella no la deja así como así. El día que la trajo se pasó tres horas rociándole un aerosol de falso óxido. ¿Te das cuenta? Óxido falso, Scooter. Y la envolvió en trapos viejos, neumáticos, cualquier cosa. Para que no pareciese nueva. La verdad es que resulta mejor que ponerle un candado, todo hay que decirlo. ¿Sabes cómo se rompe un candado Kryptonite, Scooter? Con un gato de Volvo. El gato del Volvo encaja perfectamente, como si estuviese hecho para eso. Un par de vueltas y zas. Pero ya nadie usa esos candados. Alguno que otro, sí. Son esos que se ponen boca abajo. Se reconocen enseguida... A ella la encontré un día. Querían llevársela en un carrito hasta el extremo del puente para que la ciudad se hiciera cargo de ella. Decían que de todos modos ya estaría muerta antes de llegar. Les dije que se fueran a la mierda. Me la traje aquí arriba. Entonces podía hacerlo. ¿Por qué? Porque sí. No va uno a pasar de largo si ve que alguien se está muriendo, como si lo estuvieran pasando por la tele, ¿verdad?

37. Century City

Chevette no sabía qué pensar de Los Ángeles.

Pero las palmeras le resultaron muy extrañas.

Cuando entraban, el coche eléctrico de Sublett se había puesto detrás de un remolque blanco que decía INSTALACIONES VITALICIAS, VEGETACIÓN NANOTRÓNICA en la parte trasera, donde asomaban, envueltos en plástico, los penachos de las palmeras falsas.

Ya había visto una vez en la tele, con Skinner, que estaban plantando esas palmeras para sustituir a las que el virus había matado. Un virus mexicano. Eran como el túnel magnético de la bahía, o como lo que Rydell y Sublett decían que haría la Compañía Girasol en San Francisco: cosas que crecían solas, pero que eran en verdad estructuras mecánicas. En un programa que había visto con Skinner se decía que estos nuevos árboles estaban diseñados para que en ellos pudiesen anidar todo tipo de aves y de ratas como las que habían muerto. Skinner le contó que una vez, en Los Ángeles, había estrellado el jeep que conducía contra una palmera de verdad, y que con el golpe habían caído como diez ratas que aterrizaron en el capó y se quedaron allí un rato, hasta que se asustaron y huyeron corriendo.

Desde luego, no se parecía a San Francisco. Los Ángeles contenía dos ciudades diferentes. Por una parte era una cantidad enorme de cosas, esparcidas al azar, y por otra era un lugar grande de verdad, con montes a la distancia, y con una energía que Huía por todas partes, iluminándolo todo. Tal vez eso fuera porque habían llegado de noche.

Sublett tenía un eurocoche marca Montxo. Eso Chevette lo sabía porque se había pasado todo el viaje desde Paraíso viendo el logo en el tablero de mandos. Sublett decía que rimaba con poncho. Estaba fabricado en Barcelona, y bastaba con enchufarlo a una toma doméstica y dejar que se cargara. No pasaba de sesenta en autopista, pero Sublett no quería otro tipo de coche por lo de las alergias. Ella le dijo que era una suerte que hubiese coches eléctricos; él le contó lo mucho que le preocupaban los campos electromagnéticos y el cáncer y todas esas cosas.

Habían dejado a la madre de Sublett con la señora Baxter viendo Cazador del espacio en la tele. Estaban las dos entusiasmadas porque, decían, era la primera película de Molly Ringwald. La verdad era que cualquier cosa las entusiasmaba, y Chevette nunca tenía la menor idea de quién estaban hablando.

Se miró la esposa. La había tapado con goma negra y con un puñado de cuentas rosadas y azules que le había dado la madre de Sublett. El resultado era una mierda, pero al menos no se veía que tenía la muñeca esposada.

Rydell pasaba cada vez más tiempo al teléfono, y habían tenido que parar dos veces a comprar pilas nuevas, que pagaba Sublett.

Le molestaba que Rydell hubiese dejado de prestarle atención. Habían vuelto a dormir en la misma cama, en el cuarto del motel, pero sin que pasara nada, y eso que Sublett había dormido en el Montxo, en los asientos reclinados.

Ahora, lo único que hacía Rydell era hablar con aquella gente de República del Deseo que conocía Lowell, pero por el teléfono normal, y dejar mensajes en el fonobuzón electrónico de alguien. Un tal señor Mom, o algo por el estilo. Ma. Rydell pensaba que nadie los estaba recibiendo, así que volvió a llamar a los de Deseo y les contó otra vez la historia, todo lo que les había pasado. Ellos lo grabaron y quedaron en que lo dejarían en el fonobuzón del señor Ma. Rydell pidió que se lo llenasen para que no cupieran allí más mensajes. Decía que eso tendría que llamarle la atención.

Cuando llegaron a Los Ángeles y alquilaron un cuarto en un motel, Chevette estaba entusiasmada, porque era algo que siempre había querido. Su madre, al parecer, siempre se divertía mucho cuando iba a moteles. Pues bien, resultó ser como un campamento de caravanas pero sin las caravanas. Edificios pequeños de hormigón divididos en cuartos, y había unos extranjeros cocinando algo en el fondo de lo que había sido la piscina. Sublett se había preocupado mucho, porque no podía aguantar los hidrocarburos y esas cosas, pero Rydell dijo que no sería más de una noche. Luego Rydell fue a hablar con los extranjeros, que resultaron ser tibetanos, y expertos asadores de carne, por cierto, aunque Sublett no comía nada que no fuera esa comida de farmacia

que había traído consigo: agua embotellada y unas barras amarillas que parecían pastillas de jabón. Durmió en su Montxo.

Y ahora allí estaba, entrando en un edificio que se llamaba Century City II, tratando de aparentar que era una mensajera que iba a entregar un encargo. La construcción era verde, en forma de teta, apoyada en tres patas que la atravesaban de arriba abajo. Se las podía ver porque casi todas las paredes eran de vidrio, transparentes. No había nada más grande a la redonda. Se veía desde cualquier punto. Rydell la llamaba la Gota.

Era un sitio para ricos, además, como los de China Basin, la misma gente, la que se veía principalmente en el barrio financiero, o en los centros comerciales, o cuando iba a repartir encargos.

Ella, por si acaso, llevaba las chapas de mensajera, y en el motel se había dado una buena ducha, lo cual no impedía que se sintiera intimidada. Con todos esos árboles que crecían en el interior de la hueca pierna del gigante, todo iluminado por esa luz tamizada, tan rara, que entraba por los lados. Ahora subía en unas escaleras mecánicas de kilómetro y medio de largo, subía y subía, rodeada por gente que sin duda estaba allí como en su casa. Rydell le había dicho que por las otras dos patas subían sendos ascensores en ángulo, como el ascensor de Skinner. Pero el amigo de Sublett había dicho que ésos solían estar más vigilados por los de IntenSecure.

Sabía que Sublett la iba siguiendo, al menos en eso habían quedado antes de que Rydell los dejara en la entrada. Ella le había preguntado a dónde iba, y él le había dicho que sólo a pedir prestada una linterna. Rydell empezaba a gustarle en serio. Eso le preocupaba. Se preguntó cómo sería él de no estar en una situación como ésa. Se preguntó cómo sería ella de no estar en una situación como ésa.

Rydell y Sublett habían trabajado para la empresa que se encargaba de la seguridad en el edificio, IntenSecure, y Sublett había llamado a un colega suyo y le había preguntado si estaba muy vigilado. Tal como se lo preguntó, aparentaba interés en volver a trabajar para la empresa. El y Rydell resolvieron que ella podría entrar, sobre todo si Sublett le seguía los pasos.

Lo que la molestaba de Sublett era que actuaba como si se estuviese suicidando, o algo así. Desde que se había embarcado en el programa, en el plan de Rydell, era como si hubiese soltado amarras, desprendiéndose del mundo. No hacía más que hablar de su apostasía y de las películas que le gustaban, y de alguien llamado Cronenberg. Con la calma de alguien que sabe a ciencia cierta que va a morir y ha hecho las paces con la muerte. Lo único que lo perturbaba eran las alergias.

Luz verde. Subía atravesándola.

En el motel le habían preparado un paquete. Lo que llevaba dentro eran las gafas. Estaba dirigido a Karen Mendelsohn.

Cerró los ojos; se dijo que Bunny Malatesta le aplastaría la cabeza si no entregaba enseguida el encargo, y pulsó el botón.

—¿Sí? —Era uno de esos ordenadores.

—Mensajeros Aliados, para Karen Mendelsohn.

—¿Una entrega?

—La tiene que firmar.

—Autorizado con código de barras...

—La mano. Tengo que verle la mano. ¿Entiende?

Silencio.

—¿Naturaleza de la entrega?

—No querrá que lo abra, ¿verdad?

—¿Naturaleza de la entrega?

—A ver —dijo Chevette—, aquí pone Tribunal Testamentario, viene de San Francisco, y si se pasa de listo y no abre la puerta, esto regresa en el próximo avión.

—Espere, por favor —dijo el ordenador.

Chevette miró hacia las plantas que crecían en macetas junto a la puerta. Eran grandes, parecían de verdad, y sabía que Sublett estaba escondido detrás de ellas, pero no podía verlo. Alguien había apagado una colilla en una de las plantas, entre las raíces.

La puerta se abrió, apenas unos centímetros.

—¿Sí?

—¿Karen Mendelsohn?

—¿De qué se trata?

—Mensajeros Aliados. San Francisco. ¿Me firma esto, por favor? —Pero no había papeleta que firmar.

—¿San Francisco?

—Es lo que dice aquí.

La puerta se abrió un poco más. Una mujer de pelo oscuro con una bata larga de tela de toalla clara. Chevette vio que examinaba las chapas que llevaba en la cazadora de Skinner.

—No lo entiendo —dijo Karen Mendelsohn—. Nosotros hacemos todo vía GlobEx.

—Son demasiado lentos —dijo Chevette mientras Sublett salía de detrás de las plantas, vestido con el uniforme negro. Chevette se vio reflejada en las lentes de contacto, doblada hacia afuera en el centro.

—Señora Mendelsohn —dijo Sublett—, me temo que tenemos una emergencia de seguridad.

Karen Mendelsohn miró.

—¿Una emergencia?

—No se preocupe —dijo Sublett. Apoyó una mano en el hombro de Chevette y la empujó hacia adentro, metiéndose detrás de Karen Mendelsohn—. Todo está bajo control. Agradecemos su colaboración.

38. Zona milagrosa

Wally Divac, el casero serbio de Rydell, no quería prestarle la linterna, pero Rydell le mintió prometiéndole que a cambio le traería de IntenSecure algo mucho mejor. Tal vez uno de esos bastones telescópicos con puntera láser, le dijo; en todo caso sería algo profesional, serio, y quién sabe si casi ilegal. Wally era un admirador de cuanto tuviera que ver con la policía. Le gustaba sentir que estaba del lado de la fuerza. Al igual que muchos otros, ignoraba qué diferencia había entre la policía oficial y una empresa como IntenSecure. Tenía, además, una de esas señales de «respuesta armada» instalada en el jardín de adelante, y Rydell se alegró de que no fuera un rótulo de IntenSecure. Wally no tenía con qué pagarse ese tipo de servicios, o comprarse algo más que un coche de ocasión, por mucho que él dijera que el suyo provenía de un anterior propietario, como si su primer dueño no hubiese sido más que un lacayo encargado de rodar el vehículo.

Pero era propietario de la casa donde vivía, con esas paredes forradas de plástico azul claro que parecía madera pintada, con ese césped artificial que parecía más verdadero que el auténtico. Y también eran de él la casa de Mar Vista y un par más. Su hermana había llegado en 1994, y detrás había venido él, huyendo de las turbulencias. Nunca lo lamentó. Decía que éste era un país excelente, aunque dejaba entrar a demasiados inmigrantes.

—¿Y qué es eso que está conduciendo? —le preguntó desde las escaleras del porche remozado, a dos calles de Melrose.

—Un Montxo. De Barcelona. Es eléctrico.

—Usted vive en Norteamérica —dijo Wally. Llevaba el pelo gris engominado y esmeradamente alisado hacia atrás desde la frente apergaminada—, ¿Por qué conduce eso? —Su immaculado BMW descansaba en la entrada; había pasado cinco minutos desactivándole los sistemas de seguridad para sacar la linterna. Rydell recordó aquella Navidad en Knoxville, cuando los nuevos walkie-talkies del equipo antinarcóticos habían disparado las alarmas de todos los coches en diez kilómetros a la redonda.

—Pues —dijo Rydell—, porque es bueno para el medio ambiente.

—Pero es malo para su país —dijo Wally—. Cuestión de imagen. Un norteamericano debe conducir un coche del que pueda sentirse orgulloso. Un coche bávaro. O al menos japonés.

—Se la devolveré en cuanto pueda, Wally. —Rydell alzó la enorme linterna negra.

—Y me traerá algo más. Usted lo ha dicho.

—Por eso no se preocupe.

—¿Cuándo pagará el alquiler de Mar Vista?

—Kevin se encargará —dijo Rydell, mientras se metía en el diminuto Montxo y lo ponía en marcha. El coche se balanceó ligeramente.

Wally lo despidió saludando con la mano, se encogió de hombros, entró en la casa y cerró la puerta. Rydell nunca le había visto aquel sombrero tirolés.

Examinó la linterna preguntándose dónde estaría el dispositivo de seguridad. No era gran cosa, pero pensaba que no podía ir con las manos vacías. Y esto no era letal. No resultaba difícil comprar armas de fuego en la calle, pero no quería llevar una consigo ese día. La duración de la condena aumentaba notablemente si había armas de fuego involucradas.

Volvió entonces hacia la Gota, parando en los cruces y tratando de seguir los carriles de los vehículos eléctricos. Sacó el teléfono de Chevette y apretó otra vez el botón; quería comunicarse con el número nodular de Utah, el que le había dado Comedioses en Paraíso. Comedioses era el que parecía una montaña: eso, al menos, era lo que él le había dicho. Rydell le había preguntado qué clase de nombre era ése. El hombre que parecía una montaña le había respondido que era un Indio Sangre de pura cepa. Rydell lo puso en duda.

Ninguna de las voces era verdadera: todas habían sido digitalizadas. Comedioses bien podía ser una mujer, o tres personas distintas, o quizá las tres que había visto eran una sola persona. Se acordó de la mujer de la silla de ruedas en Disidentes Cognitivos. Podía ser ella. Podía ser cualquiera. Eso era lo que más asustaba de aquellos piratas. Oyó los zumbidos de la llamada al número nodular de Utah. Comedioses siempre respondía en la mitad de la quinta llamada.

—¿Sí?

—Paraíso —dijo Rydell.

—¿Richard?

—Nixon.

—Tenemos tu mercancía preparada, Richard. Sólo falta ponerla a rodar.

—¿Ya me has hecho el presupuesto? —El semáforo cambió a verde. Alguien detrás estaba tocando la bocina, enfadado por la lentitud del Montxo.

—Cincuenta —dijo Comedioses.

Cincuenta mil dólares. Rydell hizo una mueca de dolor.

—De acuerdo —dijo—, me parece justo.

—Más te vale que te lo parezca —dijo Comedioses—. Podemos amargarte la vida hasta en la cárcel. En realidad, es en la cárcel donde más te podemos amargar la vida. El nivel de partida es allí más bajo.

Apuesto a que allí no te faltan amigos, pensó Rydell.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará en llegar la respuesta, desde el momento en que yo haga la llamada?

Comedioses soltó un eructo largo y deliberado.

—Poco. Diez. Máximo quince. Lo tenemos preparado tal como habíamos dicho. Tus amigos se van a cagar del susto. Pero eso sí, no te vayas a poner en el medio. Vas a ver lo que nunca has visto. La unidad que acaban de crear.

—Eso espero —dijo Rydell, y cortó la comunicación.

Dio el número de la casa de Karen al encargado del garaje. Cuando todo hubiese terminado eso no tendría ninguna importancia. Se había metido la linterna entre el pantalón y la espalda, tapándola con la chaqueta tejana que Colega le había prestado. Probablemente fuese del padre de Colega. Le había dicho a Colega que lo ayudaría a encontrar algo cuando llegase a Los Ángeles. En cierto modo esperaba que Colega nunca se atreviese a ir, porque suponía que un chico como él no llegaría a caminar más de cien metros desde la parada del autobús antes de caer en las garras de algún rápido depredador urbano; apenas un revoloteo de ruedas y de dientes, y hasta allí habría llegado Colega. Claro, también había que pensar en la situación en que se encontraba Colega, arrinconado en el cuarto de un metro por dos que tenía en la caravana, con aquellos carteles de Fallón y de Cristo, utilizando a hurtadillas el aparato de RV cada vez que su padre se distraía. ¿Cómo llegaría a sentirse si al menos no intentaba salir de allí? Eso era lo que había que admirar de Sublett: que hubiese salido de allí, a pesar de las alergias.

Sublett lo preocupaba. Era bastante absurdo preocuparse ahora por alguien, pero Sublett actuaba como si estuviese muerto o algo parecido. Pasaba de una cosa a la siguiente como si nada tuviese nunca la menor importancia. Lo único que parecía conmoverlo eran las alergias.

Y Chevette también, Chevette Washington, sólo que lo que lo inquietaba de ella era la blanca piel de la espalda, justo encima de la cintura de aquellos pantalones negros de ciclista, cuando estaba ovillada en la cama junto a él. Cuántas veces había sentido la tentación de tocarla. Y la manera en que se le dibujaban las tetas debajo de la camiseta cuando se levantaba por las mañanas, y aquellos rizados negros en las axilas. Y ahora, mientras se acercaba al mostrador de terracota de la cafetería al pie de las escaleras mecánicas, con la cabeza rectangular de la linterna-pistola de aerosol de Wally hundiéndosele en la columna, supo que quizá no volvería a tener otra oportunidad. Podría estar muerto, al cabo de media hora, o camino a la cárcel.

Pidió un café doble, lo pagó con casi todas las monedas que le quedaban y consultó el Timex. Tres menos diez. Al llamar al portátil personal de Warbaby, desde el motel, le había dicho que a las tres.

El número se lo había proporcionado Comedioses. Comedioses podía conseguir cualquier número.

Warbaby parecía realmente triste cuando supo quién lo llamaba. Como decepcionado.

—No esperábamos esto de usted, Rydell.

—Lo siento, señor Warbaby. Esos jodidos rusos. Y ese jodido vaquero, ese Desamorado. Me cansé de ellos.

—No es necesario decir obscenidades. ¿Quién le dio este número?

—Me lo había dado Hernández.

Silencio.

—Tengo las gafas, señor Warbaby.

—¿Dónde está?

Chevette Washington lo miraba desde la cama.

—En Los Ángeles. Se me ocurrió que lo mejor era alejarme todo lo posible de esos rusos.

Silencio. Quizá Warbaby había tapado el micrófono del teléfono con la mano.

—Bueno. Supongo que entiendo su comportamiento, aunque no puedo decir que lo apruebe...

—¿Puede usted venir a buscarlas, señor Warbaby? Así quedaríamos en paz, ¿le parece?

Silencio más prolongado.

—Mire, Rydell —con tristeza—, no querría que olvidara lo mucho que me ha decepcionado, pero sí, podría hacer lo que usted dice.

—Pero sólo usted y Freddie, ¿de acuerdo?

—Naturalmente —había dicho Warbaby. Rydell se lo imaginó mirando a Freddie, que habría estado tecleando en el nuevo ordenador portátil, tratando de rastrear el origen de la llamada. Daría con un nódulo celular en Oakland, y luego con un teléfono falso.

—Espéreme ahí mañana, señor Warbaby. Lo llamaré a este mismo número para decirle adonde tiene que ir. A las tres. En punto.

—Creo que ha tomado la decisión adecuada, Rydell —había dicho Warbaby.

—Eso espero —había dicho Rydell antes de colgar.

Volvió a mirar el Timex. Tomó un sorbo de café. Las tres. En punto. Puso la taza en el mostrador y sacó el teléfono. Empezó a marcar el número de Warbaby.

Tardaron veinte minutos en presentarse allí. Llegaron en dos coches y desde direcciones opuestas: Warbaby y Freddie en un Lincoln negro con una parabólica blanca en el techo. Conducía Freddie. Svobodov y Orlovsky en un Lada gris metalizado que a Rydell le pareció de alquiler.

Vio cómo se encontraban los cuatro y luego entraban en la plaza interior de la Gota; pasaron junto a las esculturas cinéticas y se encaminaron hacia la escalera mecánica más cercana, Warbaby con la tristeza de siempre y apoyándose en el bastón. Warbaby llevaba puesta la misma gabardina verde oliva y el Stetson. Freddie lucía una enorme camisa con muchos motivos rosados, y llevaba el portátil debajo del brazo. Los rusos iban vestidos de traje gris, un gris parecido en tono y textura al Lada que los había traído.

Esperó un buen rato para ver si Desamorado también se presentaba, y luego empezó a marcar el número de Utah.

—Señor, por favor, que alguien conteste —dijo, contando los zumbidos de llamada.

—¿Le ha gustado el café? —preguntó el jovencito centroasiático de la cafetería, mirándolo.

—Mucho —dijo Rydell en el instante en que respondía Comedioses.

—¿Sí?

—Paraíso.

—¿Eres Richard?

—Nixon. Ya están aquí. Cuatro, sin Sonrisas.

—¿Los dos rusos, Warbaby y su lacayo?

—Eso.

—¿Pero el otro no?

—No lo veo...

—De todas formas la descripción está en el paquete. Muy bien, Rydell, a trabajar. — Clic.

Rydell guardó el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, dio media vuelta y empezó a caminar, a pasos rápidos, hacia la escalera mecánica. El chico de la cafetería pensaría quizá que no le había gustado el café.

Comedioses y sus amigos, si es que no eran todos la misma persona, por ejemplo una anciana demente que vivía en las colinas de Oakland equipada con aparatos por valor de un par de millones de dólares y siempre malintencionada, le habían parecido a Rydell una verdadera mierda. No había nada, si uno creía en su palabra, que no pudiesen

hacer. Pero si eran tan poderosos, ¿por qué tenían que esconderse de aquella manera, y ganarse la vida cometiendo delitos?

Rydell había recibido en la Academia un par de clases sobre delincuencia informática, pero habían sido charlas un poco aburridas. La historia de los primeros piratas: unos niños espabilados que se dedicaban a defraudar a las compañías telefónicas. En realidad, había dicho el conferenciante invitado, un detective del FBI, los delitos hasta entonces llamados de «cuello blanco» serían en adelante delitos informáticos, pues al fin y al cabo, en las empresas todo se hacía con ordenador. Pero aún se cometían delitos que podían considerarse informáticos en el antiguo sentido del término, pues solían involucrar a delincuentes profesionales, y esos delincuentes seguían considerándose a sí mismos piratas. La opinión pública, había dicho el federal, seguía atribuyendo a los piratas un no sé qué de romanticismo; los consideraba niños traviosos, revoltosos alegres que se dedicaban a vaciar letrinas. Antes, dijo, mucha gente no sabía que hubiese letrinas que vaciar, hasta que estuvieron envueltos en la mierda. La clase de Rydell rió, como correspondía. Pero ya no es así, dijo el detective: el pirata de hoy es tan romántico como el matón de una cuadrilla de voluntarios antidroga, o como un policía enredado en el tráfico de dancin. Y es mucho más difícil de capturar, aunque cuando se logra dar con uno, si se lo presiona lo suficiente, suelen caer unos cuantos más. Pero por lo general se organizan en células que a su vez son parte de grupos más amplios, de modo que en el mejor de los casos se captura a los miembros de una única célula, que no suelen saber quiénes son los miembros de las otras células y mucho se cuidan de no saberlo nunca.

Comedioses y sus amigos, los que fueran, pertenecían seguramente a una de esas células, una de las tantas que componían lo que ellos llamaban la República del Deseo. Y si de verdad iban a hacer lo que habían prometido, suponía que era por tres razones: porque detestaban la idea de que San Francisco fuese reconstruida y ellos preferían una infraestructura llena de agujeros; porque iban a cobrar buen dinero por el trabajo — dinero que él no tenía—, y porque se les había ocurrido hacer algo que nadie había hecho aún. Aparentemente era esta última razón la que los había puesto en marcha una vez que decidieron ayudarlo.

Y ahora, mientras subía en la escalera mecánica, cruzándose con toda aquella gente que vivía o trabajaba allí, mientras se obligaba a no echar a correr, a Rydell le costaba creer que Comedioses y los suyos fueran a hacer lo que habían prometido. Y si no lo hacían, bueno, estaba perdido para siempre.

No, se dijo, lo harían. Tenían que hacerlo. En algún lugar de Utah una parabólica giraba, orientándose hacia la costa, hacia el cielo de California. Y desde allí, siguiendo las órdenes de Comedioses y sus amigos, dondequiera que estuviesen, llegarían los envíos, no, los paquetes de señales. Paquetes, Comedioses los llamaba.

Y en algún lugar, muy por encima de la Gota, muy por encima de toda la Cuenca de Los Ángeles, estaba la Estrella de la Muerte.

Rydell esquivó a un hombre de pelo plateado y zapatillas de tenis y corrió escaleras arriba. Llegó a la bóveda de la teta de cobre. La gente iba y venía por el pequeño centro comercial. Una fuente vertía agua por unas grandes láminas de vidrio verde. Y allí estaban los rusos, avanzando con las anchas espaldas grises hacia las paredes blancas del complejo donde estaba el apartamento de Karen. No veía a Warbaby ni a Freddie.

3:32

—Mierda —dijo, sabiendo que no había funcionado, que Comedioses lo había engañado, que había condenado a Chevette Washington y a Sublett y a Karen Mendelsohn y que, una vez más, él había saltado al vacío, se había equivocado, y que ésta iba a ser de verdad la última vez.

Entonces entraron aquellas cosas por una larga brecha abierta en la pared de vidrio, al sur de los campos de balonmano. Rydell nunca había visto nada semejante. Eran muchas, diez o doce, y negras. Apenas hacían ruido y pasaban como flotando. Deslizándose.

Los jugadores de balonmano se volvieron a mirarlas.

Eran helicópteros, pero demasiado pequeños para transportar a alguien. Más pequeños que el microligero más pequeño. Tenían forma de plato. Eran plataformas artilladas de la Aerospatiale francesa, como las que se veían en los noticieros de Ciudad de México, y Rydell supuso que estarían controladas por el SCCCE, el Sistema de

Comando y Control de Comunicaciones de Emergencia, que supervisaba las operaciones de la Estrella de la Muerte. Uno de ellos se balanceó pasando a menos de diez metros por encima de su cabeza, y vio el racimo de tubos de lo que tendría que ser un cañón o un lanzamisiles.

—¡Increíble! —dijo Rydell, levantando la mirada hacia el futuro de la respuesta armada.

—EMERGENCIA POLICIAL. TRANQUILÍCENSE.

Una mujer se puso a chillar en alguna parte del centro comercial; eran chillidos continuos, como de un aparato mecánico.

—TRANQUILÍCENSE.

Y la mayoría así lo hizo. Todas esas caras, las caras de los residentes de aquel elevado país, perfiles firmes, ropas suaves que aleteaban agitadas por las danzantes corrientes de aire.

Rydell echó a correr.

Pasó junto a Svobodov y a Orlovsky, que miraban los tres helicópteros ahora muy bajos y que avanzaban evidentemente hacia ellos. Los rusos estaban boquiabiertos, y las gafas de media montura de Orlovsky parecían a punto de caerse.

—AL SUELO. BOCA ABAJO. YA. O DISPARAMOS.

Pero los residentes, delgados y casi todos rubios, permanecieron inmóviles, mirando, con raquetas en las manos, o con bolsas de papel oscuro y lustroso de las tiendas del centro comercial. Miraban los helicópteros. Miraban a Rydell, que corría por delante de ellos, con ojos ligeramente curiosos y curiosamente duros.

Pasó junto a Freddie, que estaba tendido boca abajo sobre las losas de granito, obedeciendo las instrucciones de los helicópteros, con las manos encima de la cabeza sin soltar el portátil.

—TRANQUILÍCENSE.

Entonces vio a Warbaby, reclinado en un banco de hierro fundido como si hubiera estado siempre sentado allí, viendo pasar la vida. También Warbaby lo vio a él.

—EMERGENCIA POLICIAL.

Warbaby tenía el bastón al lado, apoyado en el banco. Lo recogió con un movimiento perezoso, intencionado, y Rydell tuvo la certeza de que iba a durar poco.

—TRANQUILÍCENSE.

Pero Warbaby, con la tristeza de siempre, se llevó la punta del bastón al ala del Stetson, como un saludo.

—SUELTE ESE BASTÓN.

La voz amplificada de un poli de SWAT que, desde los blindados búnkers de los sótanos del Ayuntamiento Este, controlaba el pequeño Aerospatiale mediante un aparato de telepresencia. Warbaby se encogió lentamente de hombros y tiró el bastón.

Rydell siguió corriendo, sin detenerse, hacia la puerta de Karen Mendelsohn. La puerta estaba entreabierta, y por ella se asomaban Karen y Chevette Washington, que miraban todo con ojos desorbitados.

—¡Adentro! —les gritó.

Las dos lo miraron perplejas.

—¡Méтанse dentro!

Había unas plantas grandes junto a la puerta, en una maceta de terracota de un metro de alto. Vio que Desamorado salía de detrás, levantando la pequeña pistola. Llevaba una gabardina deportiva plateada y el brazo izquierdo en un cabestrillo; tenía la cara salpicada de gasas microporosas de un color que no era el correcto, así que parecían manchas de lepra. Sonreía con aquella mueca.

—¡No! —gritó Chevette Washington—. ¡Asesino hijo de puta!

Desamorado apuntó hacia ella, poniéndole la pistola a treinta centímetros de la cabeza, y Rydell vio que se le borraba la sonrisa. Sin la sonrisa, advirtió Rydell, era como si Desamorado no tuviese labios.

—TRANQUILÍCENSE —les recordaron los helicópteros mientras Rydell sacaba la linterna de Wally.

Desamorado no alcanzó a apretar el gatillo, lo que ya era bastante asombroso. El efecto del cápsico fue parecido al de las alergias de Sublett, sólo que mucho peor, y mucho más rápido.

—¡Estás loco! ¡Estás loco de remate! —le decía Karen Mendelsohn una y otra vez, con los ojos hinchados como si hubiera caminado entre un enjambre de avispa. Ella y Chevette habían sido alcanzadas por parte del aerosol urticante, y Sublett estaba tan preocupado por los residuos que se había metido en el armario del dormitorio de Karen y se negaba a salir—. ¡Rematadamente loco! ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Rydell se había sentado en uno de los sillones blancos Retro Agresivos de Karen, escuchando los chillidos de los helicópteros allí fuera. Más tarde, cuando todo acabase, se enterarían de que República del Deseo había denunciado a Warbaby y a todos ellos como terroristas mercenarios, expertos en volar edificios, al servicio del Frente Separatista de Sonora, que habían almacenado en el apartamento de Karen explosivos en cantidad suficiente para hacer saltar el pezón de aquella teta y hacerlo volar hasta Malibu. También había montado la historia de la toma de rehenes, para que las gentes del SWAT entraran con cuidado, si llegaban a tener que hacerlo. Pero cuando el Comando Antiterrorista se presentó allí, en carne y hueso, las cosas podrían haberse puesto difíciles, si no fuera porque Karen era abogada de Polis en problemas. Éstos eran polis enfadados, y al principio se enfadaron todavía más, pero por lo visto la gente de Pursley sabía cómo apaciguarlos.

Lo curioso era que ellos, los de la Policía de Los Ángeles, nunca quisieron reconocer que alguien había pirateado la Estrella de la Muerte. Se empeñaron en decir que la Estrella había recibido la llamada. Y no hubo quién los sacara de sus trece. Era para ellos algo tan importante que, al fin, se mostraron dispuestos a pasar por alto casi todo lo demás.

Pero mientras estaba allí sentado, oyendo a Karen y empezando a entender que sí, que él era el tipo de loco que a ella le gustaba, no dejaba de pensar en Arte Popular Pesadillesco y en la mujer aquella, cuyo nombre no recordaba, esperando que la pobre se las estuviese arreglando bien, porque Comedioses había insistido en que necesitaba un número de Los Ángeles para introducirlo en el paquete de datos falsos, un número del que, en apariencia, procediese la denuncia. Rydell no había querido darle el número de Kevin, pero había encontrado en la billetera el número de Pesadillesco, anotado en un trozo de la portada de un ejemplar de People, y ése era el que le había dado a Comedioses.

Entonces se le acercó Chevette, con la cara hinchada por el cápsico, y le preguntó si las cosas estaban saliendo bien o si estaban perdidos. Y él dijo que sí a lo primero y que no a lo segundo, y en eso entraron los polis y las cosas dejaron de estar bien, pero entonces apareció Aaron Pursley, acompañado de tantos abogados como polis había, y luego Wellington Ma, de chaqueta azul con botones dorados.

Así fue como por fin lo conoció Rydell.

—Siempre es un placer conocer personalmente a un cliente —dijo Wellington Ma, estrechándole la mano.

—Mucho gusto, señor Ma —dijo Rydell.

—No pienso preguntarle qué fue lo que hizo con mi fonobuzón —dijo Wellington Ma—, pero espero que no volverá a hacerlo. Sin embargo, la historia de usted es fascinante.

Rydell se acordó de Comedioses y de los cincuenta mil dólares, y esperó que ni Ma ni Karen se enfadaran demasiado, pero no creía que eso fuera a ocurrir, porque Aaron Pursley había dicho, ya en dos ocasiones, que este caso haría palidecer al de Pooky Bear, y Karen no dejaba de decir lo muy telegénica que era Chevette, y lo importante que era el ángulo juvenil, y que los de Corán Cromado se ofrecerían de inmediato a componer la música.

Y Wellington Ma había contratado a Chevette, y también a Sublett, sólo que a él había tenido que pasarle los papeles por debajo de la puerta del armario, del que todavía se negaba a salir.

Rydell dedujo, de lo que decía Karen, que Chevette le había contado ya toda la historia mientras ella y Sublett la habían tenido retenida en el apartamento, cuidándose de que no fuera a apretar los botones de emergencia de IntenSecure. Y Karen, naturalmente, sabía todo lo que había que saber de gafas de LV, y sabía, además, cómo hacerlas funcionar, y eso era lo que había estado haciendo la mayor parte del tiempo, así que ahora conocía todos los detalles del proyecto Girasol o como se llamara. No dejaba de decirle a Pursley que aquello era pura dinamita, porque podían implicar al cabrón de Cody Hardwood si jugaban bien las cartas, y que el muy cabrón no se merecía otra cosa.

Rydell nunca había llegado a ver lo que había en aquellas gafas.

—Señor Pursley —dijo Rydell, acercándose a él.

—Dime, Berry.

—¿Qué pasará ahora?

—Pues, verás —dijo Pursley, pellizcándose debajo de la nariz—, serás arrestado y te encerrarán a ti y a tus amigos.

—¿De veras?

Pursley consultó su enorme reloj de oro. Llevaba diamantes engastados alrededor de la esfera y un trozo de turquesa a cada lado.

—Dentro de unos cinco minutos. Hemos pensado que la primera rueda de prensa podría ser a las seis. ¿Estás de acuerdo, o prefieres comer algo antes? Podemos pedir que suban algo.

—Pero nos van a arrestar.

—Quedarán en libertad bajo fianza, Berry. ¿Te suena la palabra fianza? Mañana por la mañana estarán todos fuera. —Pursley le sonrió.

—¿No nos pasará nada malo, señor Pursley?

—Berry —dijo Pursley—, estás metido en problemas, hijo. Eres un poli. Un poli honrado, además. Estás metido en problemas grandes, espectaculares y, todo hay que decirlo, problemas evidentemente heroicos. —Le dio una palmada en el hombro—. Polis en problemas está aquí para ayudarte, muchacho, y déjame que te diga una cosa: esto es algo que a todos nos va a salir redondo.

Chevette dijo que no veía ningún problema en ir a la cárcel, pero que si por favor podía telefonar a alguien llamado Fontaine, en San Francisco.

—Puedes telefonar a quien quieras, cariño —le dijo Karen, aplicándole una gasa en los ojos—. Lo grabarán todo, pero a nosotros nos quedará una copia. ¿Cómo se llamaba tu amigo, el negro, el que mataron?

—Sammy Sal —dijo Chevette.

Karen miró a Pursley.

—Más vale que llamemos a Jackson Cale —dijo. Rydell se preguntó para qué, porque Jackson Cale era la nueva estrella negra de las series de televisión.

Entonces Chevette se acercó y lo abrazó, apretando todo el cuerpo contra él y mirándolo desde abajo de aquel demencial corte de pelo. Y a él le gustó que lo hiciera, por muy rojos que tuviera los ojos y por mucho que le moqueara la nariz.

39. Celebración en un día gris

El sábado quince de noviembre, en la mañana después de la cuarta noche con Skinner, Yamazaki, abrigado por un enorme chaquetón a cuadros que más parecía una capa, muy remendado y oliendo a sebo de vela, bajó en el ascensor amarillo para negociar con los comerciantes de artefactos. Llevaba consigo una caja de cartón que contenía grandes trozos de madera fosilizada, el asta izquierda de un ciervo, quince discos compactos, una chuchería promocional victoriana en forma de jarra de porcelana aflautada, con las letras OXO estampadas en relieve, y una copia, hinchada por la humedad, de la Columbia Literary History of the United States.

Encontró a los vendedores acomodando las mercancías. Era una mañana fría y grisácea, y agradecía el chaquetón prestado, con los bolsillos llenos de aserrín viejo y diminutas piezas de ferretería diversa. Le intrigaba cuál sería la forma adecuada de abordar a los vendedores, pero ellos tomaron la iniciativa, arremolinándose a su alrededor y pronunciando el nombre de Skinner.

La madera fosilizada fue lo que se vendió a mejor precio, seguida por la jarra y ocho de los discos compactos. Se vendió todo salvo la historia de la literatura, que tenía demasiado moho. Dejó el ejemplar de tapas azules deformándose en el aire salino en lo alto de un montón de basura. Con los billetes apretados en la mano, fue en busca de la mujer que vendía huevos. Necesitaban café, además.

Ya divisaba el sitio donde tostaban y molían café cuando vio a Fontaine que salía entre el gentío de la mañana, con el cuello del largo abrigo de paño levantado para protegerse de la niebla.

—¿Cómo está el viejo, Scooter?

—Pregunta cada vez más por la chica...

—Está en la cárcel, en Los Ángeles —dijo Fontaine.

—¿Cárcel?

—Sale bajo fianza esta mañana. Al menos eso dijo anoche. Iba a dejarte esto. —Sacó un teléfono de un bolsillo y se lo dio a Yamazaki—. Ése es su número. Pero no hagas muchas llamadas a casa., ¿de acuerdo?

—¿A casa?

—A Japón.

Yamazaki parpadeó.

—No. Entiendo.

—No sé en qué se habrá metido desde la noche de la tormenta, pero la verdad es que he estado demasiado ocupado para pensar en eso. Ya tenemos corriente, pero también tenemos a un herido que nadie se ha molestado en reclamar todavía. Lo sacamos de los escombros de un invernadero. El miércoles por la mañana. Justo debajo de vuestra casa, por cierto. No sé si se golpeó la cabeza o qué, pero de vez en cuando parece que vuelve en sí y luego se duerme de nuevo. Los signos vitales están bien, y no hay huesos rotos. Tiene una quemadura en el costado; parece de bala, pero una bala muy rara...

—¿No lo llevó al hospital?

—No —dijo Fontaine—. Aquí no hacemos eso a menos que nos lo pidan, o a menos que haya riesgo de muerte. Muchos de nosotros tenemos buenas razones para no ir a ese tipo de sitios. Enseguida entras en los ordenadores, ya sabes.

—Ah —dijo Yamazaki, esperando haber reaccionado con tacto.

—Ah, sí —dijo Fontaine—. Seguramente lo encontraron unos chicos y le quitaron la billetera, si es que la tenía. Pero es un muchacho fuerte y saludable, y alguien terminará por reconocerlo. Difícil será que no lo reconozcan, con el perno ese que lleva en la paloma.

—Sí —dijo Yamazaki, que no llegó a entender esto último—, y aún tengo el arma.

Fontaine miró a su alrededor.

—Bueno, mira, si crees que no la vas a necesitar, guárdamela. Pero lo que sí voy a necesitar es que me devuelvas el teléfono, pronto. ¿Cuánto más te vas a quedar por aquí?

—No... no lo sé. —Y era verdad.

—¿Bajarás esta tarde a ver el desfile?

—¿Desfile?

—Quince de noviembre. Es el aniversario del nacimiento de Shapely. Vale la pena verlo. Tiene un ambiente de carnaval. Los más jóvenes se desnudan, aunque hoy no sé, con el frío que hace. Bueno, ya nos veremos. Saluda a Skinner de mi parte.

—Saluda, sí —dijo Yamazaki, sonriendo, mientras Fontaine seguía su camino, balanceando el arco iris de la gorra tejida por encima de las cabezas de la multitud.

Yamazaki fue hacia la tienda de café, recordando la procesión, el personaje rojo que bailaba con el fusil pintado de rojo. El símbolo de la muerte de Shapely.

El crimen de Shapely, aunque algunos lo llamaban sacrificio, había ocurrido en Salt Lake City. Sus siete asesinos, fundamentalistas armados hasta los dientes, miembros de una secta blanca racista empujada a la clandestinidad durante los meses siguientes al ataque al aeropuerto, seguían encarcelados en Utah. Dos de ellos habían muerto de sida, posiblemente contraído en la cárcel, tras negarse rotundamente a que les inyectaran la cepa vírica patentada con el nombre de Shapely.

Durante el juicio habían guardado silencio, y sólo el líder había dicho, una y otra vez, que la enfermedad era la venganza de Dios para los pecadores y los impuros. Enjutos, de cabezas rapadas y ojos inexpresivos, implacables, eran los pistoleros de Dios, y como tales mirarían, para siempre, desde todas las cintas de la historia.

Pero en el momento de su muerte Shapely había sido muy rico, pensó Yamazaki, poniéndose en la cola de los que iban a comprar café. Quizá hasta había sido feliz. Había visto cómo el producto de su sangre invertía el rumbo de la oscuridad. Habían aparecido otras plagas, pero la vacuna viva cultivada a partir de la variante de Shapely había salvado a innumerables millones.

Yamazaki se prometió asistir al desfile por el aniversario del nacimiento de Shapely. No se olvidaría de llevar el cuaderno.

Envuelto en el olor a café recién molido, esperó su turno.

FIN

Agradecimientos

Este libro tiene mucho que agradecer a Paolo Polledri, fundador y director de Arquitectura y Diseño del Museo de Arte Moderno de San Francisco. Polledri encargó, para la exposición San Francisco Visionaria de 1990, una obra de ficción que se convirtió en el relato titulado «Skinner's Room», y también hizo los arreglos necesarios para que yo colaborase con los arquitectos Ming Fung y Craig Hodgetts, cuya modificación del plano de la ciudad (plano que yo volví a modificar) me proporcionó Skywalker Park, la Trampa, y las torres Girasol. (De la poderosa obra de Richard Rodríguez, «Sodoma: reflexiones sobre un estereotipo», también encargada para la exposición, me apropié de la casa victoriana prestada a Yamazaki y de su sensación de melancolía.)

El término Luz Virtual fue acuñado por el científico Stephen Beck para describir una forma de instrumentación que produce «sensaciones ópticas directamente en el ojo sin utilizar fotones» (Mondo 2000).

La descripción de Los Ángeles de Rydell debe mucho a mi lectura de City of Quartz, de Mike Davis, tal vez sobre todo a sus observaciones relativas a la privatización de los espacios públicos.

Estoy en deuda con Markus, alias Piel, uno de los redactores de Mercury Rising, publicado por y para la Asociación de Mensajeros Ciclistas de San Francisco, quien con toda amabilidad me proporcionó un juego completo de números atrasados y no volvió a saber de mí durante un año (lo siento). Mercury Rising existe «para informar, entretener, cabrear y en cualquier caso fortalecer» a la comunidad de mensajeros. Eso me proporcionó el ambiente de trabajo de Chevette Washington y gran parte de su personaje. ¡Proyectal!

Gracias, también, a los que a continuación se citan, pues todos ellos me brindaron una ayuda decisiva, el fragmento necesario en el momento adecuado, o apoyo artístico: Laurie Anderson, Cotty Chubb, Samuel Delany, Richard Dorsett, Brian Eno, Deborah Harry, Richard Kadrey, Mark Laidlaw, Tom Maddox, Pat Murphy, Richard Piellisch, John Shirley, Chris Stein, Bruce Sterling, Roger Trilling, Bruce Wagner, Jack Womack.

Gracias en especial a Martha Millard, mi agente literario, siempre comprensiva ante la longitud del camino.

Y a Deb, Graeme y Claire, con amor, por haber soportado el tiempo que pasé en el sótano.

Vancouver, B. C. Enero de 1993